

COLECCIÓN • ESPEJO DE AGUA

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

La Vorágine

PRIMERA EDICIÓN 1924

Preparada por la
Facultad de Ciencias Humanas



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

COLECCIÓN • ESPEJO DE AGUA

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

La Vorágine

PRIMERA EDICIÓN 1924

Preparada por la
Facultad de Ciencias Humanas



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA











**MUESTRA EXCLUSIVA PARA EL PROYECTO
CONTAMAZ**

año
vorágine
centenario
1924-2024

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

La Vorágine

PRIMERA EDICIÓN 1924

Preparada por la Facultad de Ciencias Humanas



La Vorágine. Primera edición 1924

José Eustasio Rivera

© Colección Espejo de Agua

© 2024, Universidad Nacional de Colombia

Sede Bogotá

Facultad de Ciencias Humanas

Primera edición, Editorial Cromos, 1924

ISBN impreso: 978-958-505-564-3

ISBN digital: 978-958-505-565-0

Comité Curatorial de esta edición

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Ángela Zárate Díaz

Norma Donato Rodríguez

Jineth Ardila Ariza

Facultad de Ciencias Humanas

Comité Editorial

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

Decano

Victor Raúl Viviescas

Vicedecano Académico

Alejandra Jaramillo Morales

Vicedecana de Investigación y Extensión

Véronique Claudine Flori Bellanger

Representante de Revistas Académicas

Laura de la Rosa Solano

Directora del CES

María Inés Barreto Romero

Representante de las UAB

Preparación editorial

Centro Editorial, Facultad de Ciencias Humanas

Jineth Ardila Ariza

Dirección del Centro Editorial

Catalina Arias Fernández
Coordinación editorial
Michael Cárdenas Ramírez
Coordinación gráfica
Santiago Palazzesi
Dirección de arte, diseño editorial e ilustración de cubierta
Íkaro Valderrama
*Levantamiento del manuscrito de la primera edición,
cuidado de texto y corrección de estilo de las presentaciones*
Sarita Martín Rincón
Cuidado de texto y lectura en armada

Se imprimieron 10.000 ejemplares de distribución gratuita con el apoyo de la Dirección Académica de la Sede Bogotá, Universidad Nacional de Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Conversión ePub: Lápiz Blanco S.A.S.

Hecho en Colombia
Made in Colombia

**PROHIBIDA SU VENTA
EJEMPLAR NO COMERCIAL**

editorial_fch@unal.edu.co
www.humanas.unal.edu.co

**Catalogación en la publicación
Universidad Nacional de Colombia**

Rivera, José Eustasio, 1888-1928

La Vorágine : primera edición 1924 / preparada por la Facultad de Ciencias Humanas ; editores, Carlos Guillermo Páramo y [otros tres] ; asesora curaduría del texto de la novela Norma Donato-- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro Editorial, 2024.

ilustraciones (algunas a color), mapas,

fotografías. -- (Colección Espejo de agua)

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-958-505-564-3 (impreso)

ISBN 978-958-505-565-0 (digital)

1. Rivera, José Eustasio, 1888-1928 -- Crítica e interpretación -- *La Vorágine* 2. *La Vorágine* -- Crítica e interpretación 3. Literatura colombiana -- Historia y crítica -- Siglo xx 4. Novela colombiana -- Historia y crítica -- Siglo xx 5. Caucherías en la literatura -- Aspectos sociopolíticos -- Amazonas (Región) -- Novela 6. Amazonía -- Situación social -- 1890-1920 -- Críticas literarias I. Páramo, Carlos Guillermo, 1972-, II. Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá). Facultad de Ciencias Humanas, editor IV. Título V. Serie

CDD-23 863.8609 / 2024



CENTRO EDITORIAL
Facultad de Ciencias Humanas

Dirección Académica 
SEDE BOGOTÁ

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

La Vorágine

PRIMERA EDICIÓN 1924

Preparada por la Facultad de Ciencias Humanas

Bogotá, 2024

EDITORES

Carlos Guillermo Páramo, Carmen Elisa Acosta, Ángela Zárate Díaz y
Jineth Ardila Ariza

ASESORA CURADURÍA DEL TEXTO DE LA NOVELA

Norma Donato Rodríguez



POR QUÉ Y CÓMO LEER ESTA EDICIÓN

EDITORES

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Ángela Zárate Díaz

Jineth Ardila Ariza

José Eustasio Rivera se graduó como abogado de la Universidad Nacional de Colombia el 3 de marzo de 1917. Su tesis, aunque celebrada, no podía augurar por su título un tema más prosaico: *Liquidación de las herencias*. No obstante, fue gracias a esa especialidad que el flamante abogado pudo ser contratado rápidamente para litigar a favor de una de las partes en un pleito que involucraba el hato más grande de todos los llanos orientales. Así comenzó a cobrar forma lo que siete años después vino a ser *La Vorágine*.

No hay obra en la literatura colombiana que mejor refleje el espíritu y la misión de la Universidad Nacional que *La Vorágine*. Su desafinante originalidad; su preocupación por todo lo que implica la vida en la frontera; su atención a la diversidad social, cultural, lingüística, amén de biológica, botánica y geográfica; su crítica a la expliación extractivista de la selva y su denuncia de la esclavización que las fiebres del caucho impusieron a miles de personas —bajo el imperio del terror implantado por mandamases extranjeros y colombianos, con la mirada muchas veces cómplice de nuestro gobierno—; su sensibilidad por la belleza incluso en la tragedia; su interpretación profunda de los móviles psíquicos y afectivos de la Violencia y su fina introspección en la masculinidad y la feminidad de una sociedad en continua e incansante migración; su reconocimiento de las agencias y voluntades no humanas que también ocurren y obran en el mundo; todo eso se refleja en la historia académica y en un sinnúmero de hitos de nuestra Universidad, desde sus orígenes hasta el presente.

Es por esto que resulta particularmente importante para nuestra Facultad de Ciencias Humanas celebrar el centenario de una obra que nos resume; que nunca será cómoda o complaciente, que reta, que invita a miles de interpretaciones y que nunca se agotará en ellas; que al tiempo tiene el

vuelo vertiginoso de un relato de aventuras y la vivacidad de cualquier testimonio de la frontera y la violencia.

Hemos optado por reeditar *por primera vez* la edición original de noviembre de 1924, publicada en Bogotá por Editorial de *Cromos*, Luis Tamayo & Co. La verdad sea dicha, no tiene mucho sentido conmemorar en 2024 los cien años de *La Vorágine* con una edición posterior, bien sea la de 1925, la de 1926 o la de 1928.

Pero, antes de ingresar a la lectura de esta versión, conviene hacer algunas advertencias.

Hemos buscado respetar al máximo las particularidades e idiosincrasias de la primera edición, incluso algunas que hoy en día se interpretarían como flagrantes errores de impresión. Mantuvimos e hicimos constantes las tildes que ya no se estilan, pero que eran comunes en la ortografía de la época («fé», «ví», «dí»); las que se usan de una peculiar forma («luégo») o para diferenciar semánticamente algunas palabras («sér» o «són» como sustantivos de «ser» o «son» como verbos; «síno» como sustantivo o «sino» como conjunción); las de los imperativos graves («dáme», «quítá»); y ciertas variantes que reflejan maneras de pronunciar una misma palabra personajes distintos («wínchester» contra «winchester»); o diversos énfasis en la reproducción del habla (en casos como «tás» y «tas», y en casos como «únos a otros»). Mantuvimos la ausencia tipográfica de tildes sobre las letras mayúsculas y la aparente arbitrariedad de las convenciones con las que se dividen las secciones: a veces con tres asteriscos en triángulo, otras en sucesión y algunas con una escueta raya. Lo cierto es que los manuscritos de la novela que reposan en la Biblioteca Nacional demuestran una variación semejante.

En distintos lugares, el texto registra cambios importantes con respecto al de las ediciones posteriores. Enmiendas en las frases y sustitución de palabras, sobre todo. Cuando se publicó por primera vez *La Vorágine*, la más bien tibia recepción de la crítica nacional insistió casi al unísono en el

exceso de la cadencia rítmica de la prosa de la novela. Se les olvidaba que el que escribía era un poeta impenitente, Arturo Cova. No obstante, Rivera sucumbió al alud de observaciones y se dedicó a “descabezear endecasílabos” para las posteriores versiones, con la aparente ayuda (según quien lo haya relatado) de Miguel Rasch Isla, Ricardo Charria Tobar o Rafael Maya. Esta versión de 1924 resulta, pues, mucho más rítmica y a veces más atrevida que la definitiva de 1928.

Tanto más, la edición de 1924 venía acompañada por tres fotografías de enorme significado. *La Vorágine* fue una de las primeras novelas, en la literatura universal, que tuvo la osadía de difuminar la frontera entre la “realidad” y la “ficción” de la narración al incluir testimonios visuales que demostrarían la presumible factualidad de las situaciones descritas. En una de estas fotos, la que representa a Arturo Cova retratado por la madona Zoraida Ayram, Rivera no tuvo empacho en mostrarse él mismo como el protagonista. También por ello le llovieron críticas. En las siguientes dos ediciones mantuvo las imágenes, pero eliminó la leyenda que lo designaba como Cova, y al final prescindió totalmente de ellas en la de 1928, cuando, en cambio, le incorporó cuatro mapas. Llama la atención que hasta el presente ninguna edición de la obra haya incluido con el sentido original estas fotografías o haya reparado en su importancia como partes orgánicas de la narración.

Se advertirá que a lo largo del texto varía el uso de los signos de interrogación y exclamación, aparentemente sin método. En algunas ocasiones, las frases abren con el correspondiente signo y en otras no. A veces, abre interrogante y cierra con exclamación. Hemos decidido mantener esta rebelde irregularidad, en obediencia a tres consideraciones: en primer lugar, hemos buscado tomar en serio el problema de la musicalidad en la escritura de Rivera; bien pudiera ser que con las recurrentes variantes en su forma de interrogar o exclarar estuviera buscando algún efecto dinámico en la enunciación de la frase, tal vez la evolución de un parlamento que inicia en duda y concluye en aserto. En

segundo lugar, hay que recordar que el juego al que nos invitaba y aún nos invita Rivera es a leer un manuscrito transcrto por él y en el que buscó respetar «el estilo y hasta las incorrecciones del infortunado escritor» (p. 19 de esta edición). ...¿Quién es totalmente sistemático en servirse de los signos de interrogación y exclamación al llevar un diario frenético, escrito al filo de los acontecimientos y entre episodios de paludismo y beriberi? Valga la misma advertencia para el uso que reproducimos de los puntos suspensivos —que a veces suspenden más de lo que esperamos— y para los diálogos o discursos directos —con o sin raya y salto de párrafo, con o sin comillones—.

En último término, no está de más pensar en cómo fue leída la novela, recién aparecida. Se cuestionaron su cadencia, el uso de las fotografías, la supuesta bisoñería del poeta Rivera como prosista —casi nadie estaba preparado para recibir semejante carga de originalidad—, pero muy poco se dijo sobre la edición en cuestión. No parecen haber hecho demasiado ruido ni los ostensibles errores tipográficos —corregidos para la presente edición — ni la asistematicidad en el uso de los signos. En gran medida, los aparentes errores eran el resultado de la forma como se montaban los textos entonces, que exigía un arreglo pragmático según el espacio de las cajas.

Si se nos permite la equivalencia, cuando hoy en día escuchamos una grabación hecha en 1924 —de Gardel y Razzano, por ejemplo—, inevitablemente la encontramos imbuida en un aura de *scratch*. Pero ese mismo *scratch* era imperceptible para las audiencias de 1924; aunque estaba allí, se eliminaba de la experiencia acústica que más bien se concentraba en maravillarse con la mágica fidelidad del registro. Los primeros lectores de *La Vorágine* no parecen haber reparado en el *scratch* tipográfico; aunque sabemos que Rivera estaba muy poco satisfecho con la calidad de la edición de Cromos, también él pasó por alto o no le importaron varias circunstancias que hoy identificamos como erratas. (Empero, las cinco erratas que sí señaló la edición original, quisimos

dejarlas idénticas, con su respectiva Fe admonitoria al final, como testimonio de la era de la impresión tipográfica mecánica).

Y, bien pensado, ¿no perdería mucho de su encanto una grabación de 1924 sin *scratch*? Ese *scratch* hace de epifenómeno para permitirnos viajar hacia el pasado. Hasta donde sea posible, quisiéramos que el mismo efecto se lograra manteniendo para un público lector de nuestros tiempos el *scratch* de la versión original de *La Vorágine*.

La edición de 1924 no venía acompañada del célebre glosario de las versiones posteriores, pero sí llamaba la atención sobre algunas palabras en cursiva; también nos hemos mantenido fieles a esa primera decisión del autor. Probablemente fue con miras a la inminente circulación internacional de la novela que luego Rivera se preocupó por explicar en un anexo palabras que entonces se consideraban regionalismos. No obstante, irónicamente hoy entendemos varias de estas sin recurrir al glosario —por ejemplo, «guaricha», «juerga», «lambón» o «rebuscarse»— y en cambio en el texto Rivera se sirvió de arcaísmos tales como «lueñes», «follón» o «sobrestante», que hoy en día nos obligan a buscarlas en el diccionario. Mejor entonces mantener en una sola selva, colorida y abigarrada, la totalidad de las palabras de la primera *Vorágine*.

En la presente edición se encontrarán al final varias notas que indican las más significativas variantes entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional y la primera edición, especialmente las que atañen a cambios en los nombres de los personajes y versiones alternas de las situaciones, habida cuenta que estos materiales sólo alcanzan a reunir poco menos de la primera mitad del texto completo. En este invaluable documento —que agradecemos a la Biblioteca Nacional habernos permitido consultar en físico— queda evidente que el título, como lo quiso Rivera, fue *La Vorágine*, con mayúsculas iniciales en ambos casos. La edición de Cromos siguió esa pauta. Otras notas puntuales de nuestra edición precisarán información factual sobre algunos de los personajes o eventos referidos. En

todos los casos, la siguiente convención # se señalará en el margen interno que algún comentario o explicación pueden ser consultados en la sección de notas. Dicha convención se obtuvo de la Pieza 1 de los Manuscritos de *La Vorágine*, la cual fue dibujada repetidamente por el mismo José Eustasio Rivera a lo largo del libro de cuentas que le sirvió de cuaderno para escribir la novela.

Los editores de la novela enfrentaron en algunos momentos las expectativas de Rivera; tiempo después optaron entre su interpretación o asumir sus propios cambios en la mirada contemporánea. Editar comporta el riesgo de apropiarse del lenguaje de los otros. Acaso ocurre igual en las tensiones entre el pasado y el presente que ahora exigen las nuevas rutas de lectura de *La Vorágine*.

José Gustasio Rivera.

La Vorágine.



Editorial de Cromos.
Luis Tamayo & Co.
Bogotá.

DEDICATORIA

Al eximio literato y poeta **# doctor don Antonio Gómez Restrepo.**

PROLOGO

Señor Ministro:

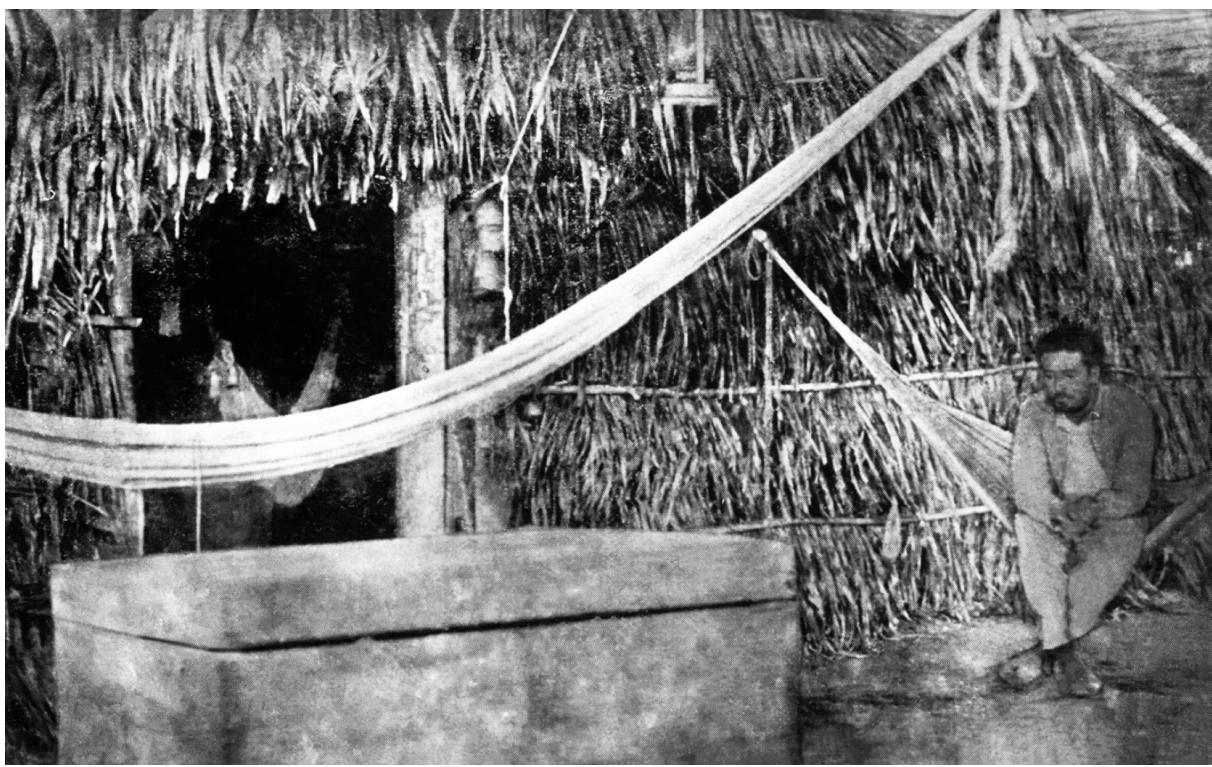
De acuerdo con los deseos de S. S. he arreglado para la publicidad los manuscritos de Arturo Cova, remitidos a ese Ministerio # por el Cónsul de Colombia en Manaos.

En esas páginas respeté el estilo y hasta las incorrecciones del infortunado escritor, subrayando únicamente los provincialismos de más carácter.

Creo, salvo mejor opinión de S. S., que este libro no se debe publicar antes de tener más noticias de los caucheros colombianos del Río Negro o Guainía; pero si S. S. resolviere lo contrario, le ruego que se sirva comunicarme oportunamente los datos que adquiera para adicionarlos a guisa de epílogo.

Soy de S. S. muy atento servidor,

JOSE EUSTASIO RIVERA.



Arturo Cova, en las barracas del Guaracú.
(Fotografía tomada por la madona Zoraida Ayram).

..... «Los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente, cual una aureola de mi juventud; los que se olvidaron de mí apenas mi planta descendió al infiernito; los que al recordarme alguna vez piensen en mi fracaso y se pregunten por qué no fui lo que pude haber sido, sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara, vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación».

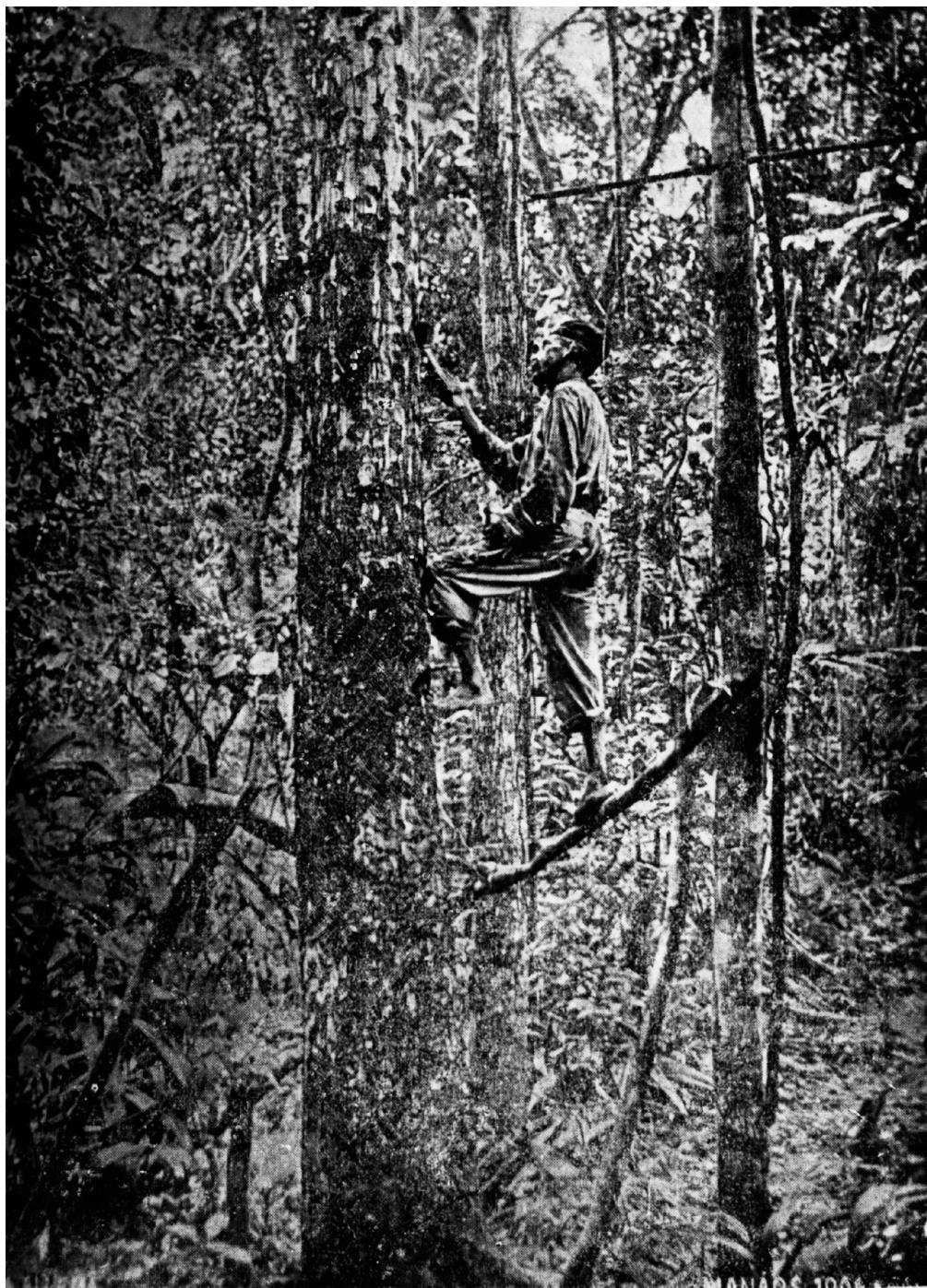
(Fragmento de la carta de Arturo Cova).



Un cauchero.

#

LA VORÁGINE



El cauchero Clemente Silva.

PRIMERA PARTE

Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar, y me lo ganó la Violencia. Nada supe de los deliquios embriagadores, ni de la confidencia sentimental ni de la zozobra de las miradas cobardes. Más que el enamorado, fui siempre el dominador cuyos labios no conocieron la súplica. Con todo, ambicionaba el dón divino del amor ideal, que me encendiera espiritualmente, para que mi alma destellara sobre mi cuerpo como la llama sobre el leño que la alimenta.

Cuando los ojos de Alicia me trajeron la desventura, había renunciado ya a la esperanza de sentir un afecto puro. En vano mis brazos —tediosos de su libertad— se tendieron ante muchas mujeres implorando para ellos una cadena. Nadie adivinaba mi ensueño. Seguía el silencio en mi corazón.

Alicia fue un amorío fácil: # se me entregó sin vacilaciones, esperanzada en el amor que buscaba en mí. Ni siquiera pensó casarse conmigo en aquellos días en que sus parientes fraguaron la conspiración de su matrimonio, patrocinados por el cura y resueltos a someterme por la fuerza. Ella me denunció los planes arteros. «Yo moriré sola, decía: mi desgracia se opone a tu porvenir».

Luégo, cuando la arrojaron del seno de su familia y el juez le declaró a mi abogado que me reduciría a la cárcel, le dije una noche, en su escondite, resueltamente: Cómo puedo desampararte? Huyamos! Toma mi suerte, pero dáme el amor.

Y huimos!

*
* * *

Aquella noche, la primera de Casanare, tuve por confidente al insomnio.

Al través de la gasa del mosquitero, en los cielos ilímites, veía parpadear las estrellas. Los follajes de las palmeras que nos daban abrigo enmudecían sobre nosotros. Un silencio infinito flotaba en el ámbito, azulando la transparencia del aire. Al lado de mi *chinchorro*, en su angosto catrecillo de viaje, Alicia dormía con agitada respiración.

Mi ánima atribulada tuvo entonces reflexiones agobiadoras: ¿Qué has hecho de tu propio destino? ¿Qué de esta jovencita que inmolas a tus pasiones? ¿Y tus sueños de gloria, y tus ansias de triunfo y tus primicias de celebridad? Insensato! El lazo que a las mujeres te une lo anuda el hastío. Por un orgullo pueril te engañaste a sabiendas, atribuyéndole a esta criatura lo que en ninguna otra descubriste jamás, y ya sabías que el ideal no se busca, pues lo lleva uno mismo. Saciado el antojo, ¿qué mérito tiene el cuerpo que a tan caro precio adquiriste? Porque el alma de Alicia no te ha pertenecido nunca, y aunque ahora recibas el calor de su sangre y sientas su respiro cerca de tu hombro, te hallas, espiritualmente, tan lejos de ella como de la constelación taciturna que ya se inclina hacia el horizonte.

En aquel momento me sentí pusilánime. No era que mi energía desmayara ante la responsabilidad de mis actos, sino que empezaba a invadirme el fastidio de la manceba. Poca cosa hubiera sido el poseerla, aun a cambio de las mayores locuras; ¿pero después de las locuras y de la posesión?...

[Casanare no me aterraba con todas sus leyendas espeluznantes](#). El instinto de la aventura me hacía desechar todo aquello, seguro de que saldría ilesa de las pampas libérrimas y de que alguna vez, en desconocidas ciudades, sentiría la nostalgia de los pasados peligros. Pero Alicia me estorbaba como un grillete. Si al menos fuera más arriscada, menos bisoña, más ágil! La pobre salió de Bogotá en circunstancias afflictivas: no sabía montar a caballo, se congestionaba al rayo del sol, y cuando a trechos prefería caminar a pie, yo debía imitarla pacientemente, cabestreando las cabalgaduras.

Nunca dí pruebas de una mansedumbre semejante. Yendo fugitivos, avanzábamos lentamente, incapaces de torcer la vía para esquivar el

encuentro con los transeúntes, campesinos en su mayor parte, que se detenían a nuestro paso interrogándome conmovidos: Patrón, ¿por qué va llorando la niña?

Era preciso pasar de noche por Cáqueza, en previsión de que las autoridades nos detuvieran. Varias veces intenté reventar el alambre del telégrafo, enlazándolo con la soga de mi caballo; pero desistí de tal empresa por el deseo íntimo de que alguien me capturara y, librándome de Alicia, me devolviera **# esa libertad del espíritu que nunca se pierde en la reclusión**. Por las afueras del pueblo pasamos a prima noche, y desviando luégo hacia la vega del río, entre ruidosos cañaverales que de paso descogollaban nuestros jamelgos, nos guarecimos en una ramada donde funcionaba un trapiche. Desde lejos lo sentimos gemir, y por el resplandor de la hornilla donde se cocía la miel cruzaban intermitentes las sombras de los bueyes que movían el mayal y del chicuelo que los espoleaba. Unas mujeres aderezaron la cena y le dieron a Alicia un cocimiento de yerbas para calmarle la fiebre.

Allí permanecimos una semana.

*
* * *

El peón que envió a Bogotá a caza de noticias, me las trajo azorantes. El escándalo ardía, avivado por las murmuraciones de mis malquerientes; comentábbase nuestra fuga y los periódicos usufructuaban el enredo. La carta del amigo a quien me dirigí pidiéndole su intervención, tenía este remate: «¡Los prenderán! No te queda más refugio que Casanare. ¿Quién puede imaginar que un hombre como tú se vaya al desierto?».

En la misma tarde me advirtió Alicia que pasábamos por huéspedes sospechosos. La dueña de casa le había preguntado si éramos hermanos o esposos legítimos o meros amigos, y la instó con zalemas a que le mostrara algunas de **# las monedas que hacíamos, caso de que las hicéramos, en lo que no había nada de malo, dada la tirantez de la situación**. Al siguiente día partimos antes del amanecer.

—¿No crees, Alicia, que vamos huyendo de un fantasma cuyo poder se lo atribuimos nosotros mismos? No sería mejor regresar?

—Tánto me hablas de eso, que estoy convencida de que te canso! Para qué me trajiste? Porque la idea partió de tí! Véte, déjame! Ni tú ni Casanare merecen la pena!

Y de nuevo se echó a llorar.

El pensamiento de que la infeliz se creyera desamparada me movió a tristeza, porque ya me había revelado el secreto de su destino. Querían casarla con un viejo terrateniente en los días en que me conocí. Ella se había enamorado, cuando impúber, de un primo suyo, paliducho y enclenque, con quien estaba en secreto comprometida; luégo aparecí yo, y alarmado el vejete por el riesgo de que le birlara la prenda, multiplicó las cuantiosas dádivas y estrechó el asedio, ayudado por la parentela entusiástica. Entonces, Alicia, como única liberación, se lanzó a mis brazos.

Mas no había pasado el peligro: el viejo, a pesar de todo, quería casarse con ella.

—Déjame, volvió a decir, arrojándose del caballo. De tí no quiero nada! Me voy a pie, a buscar por estos caminos un alma caritativa! Infame, nada quiero de tí.

Yo que he vivido lo suficiente para saber que no hay cordura en replicarle a una mujer airada, permanecí mudo, agresivamente mudo, en tanto que ella, sentada en el suelo, con mano convulsa arrancaba puñados de yerba.

—Alicia, esto me prueba que no me has querido nunca.

—Nunca!

Y volvió los ojos hacia otra parte.

Quejóse luégo del descaro con que la engañaba:

—¿Crees que no advertí tus persecuciones a la muchacha de allá abajo? Y tanto disimulo para seducirla! Y alegarme que la demora obedecía a quebrantos de mi salud. Si esto es ahora, qué será después? Déjame! A Casanare, jamás, y contigo, ni al cielo!

Ese reproche contra mi infidelidad me ruborizó. No sabía qué decir. Hubiera deseado abrazar a Alicia, agradeciéndole sus celos con un abrazo

de despedida. Si quería que la dejara, tenía yo la culpa?

Y cuando me desmontaba a improvisar una explicación, vimos venir por el tendido de la pendiente a un hombre que galopaba en dirección a nosotros. Alicia, conturbada, se agarró de mi brazo.

El sujeto apeándose a corta distancia, avanzó con el hongo en la mano.

—Caballero, permítame una palabra.

—Yo? repuse con voz enérgica.

—Sí, sumercé. Y terciándose la ruana, me alargó un papel enrollado. Es que lo manda a notificar mi padrino.

—Quién es su padrino?

—Mi padrino el Alcalde.

Esto no es para mí, dije, devolviendo el papel, casi sin haberlo leído.

—No son, pues, susmercedes los que estuvieron en el trapiche?

—Absolutamente. Voy de Intendente a Villavicencio y esta señora es mi esposa.

Al escuchar tales afirmaciones, permaneció indeciso.

Yo creí, balbuceó, que eran susmercedes los acuñadores de las monedas. De la ramada estuvieron mandando razón al pueblo para que la autoridad los notificara, pero mi padrino estaba en el campo, pues sólo abre la Alcaldía los días de mercado. Recibió también varios telegramas, y como ahora soy Comisario....

Sin dar tiempo a más aclaraciones, le ordené que acercara el caballo de la señora. Alicia, para ocultar su palidez, velóse el rostro con la gasa de su sombrero. El importuno nos veía partir sin pronunciar palabra; mas, de repente, montó en su yegua y acomodándose en la enjalma que le servía de montura, nos flanqueó sonriendo:

—Sumercé, firme la notificación para que mi padrino vea que cumplí. Firme como Intendente.

—Tiene usted una pluma?

—No, pero adelante la conseguimos. Es que, de lo contrario, el alcalde me archiva.

—Cómo así? respondíle sin detenerme.

—Ojalá sumercé me ayude, si es cierto que va de empleado. Tengo el inconveniente de que me achacan el robo de una novilla y me trajeron preso, pero mi padrino me dio el pueblo por cárcel; y luégo, a falta de Comisario, me hizo el honor a mí. # Yo me llamo Pepe Morillo Nieto y por mal nombre me dicen *Pipa*.

El cuatrero, locuaz, caminaba a mi diestra relatando sus padeceres. Pidióme la maleta de nuestra ropa y la atravesó en la enjalma, sobre sus muslos, cuidando de que no se cayera. «No tengo, dijo, con que comprar una ruana decente, # y la situación me ha reducido a vivir descalzo. Aquí donde susmercedes me ven, este sombrero tiene más de dos años, y lo saqué de Casanare».

Alicia, al oír esto, volvió hacia el hombre los ojos asustadizos. «Ha vivido usted en Casanare?» le preguntó.

—Sí, sumercé, y conozco el Llano y las caucherías del Amazonas. Mucho tigre y mucha culebra he matado con la ayuda de Dios.

A la sazón encontrábamos arrieros que aguijaban sus recuas. El *Pipa* les suplicaba: «Háganme el bien y me prestan un lápiz para una firmita».

—No «cargamos» eso.

—No vuelva a hablarme de Casanare en presencia de la señora, le dije en voz baja. Siga usted conmigo, y en la primera oportunidad me da a solas los informes que puedan ser útiles al Intendente.

El dichoso Pepe habló cuanto pudo, derrochando hipérboles. Pernoctó con nosotros en las cercanías de Villavicencio, convertido en paje de Alicia, a quien distraía con su verba. Y esa noche se *picureó* robándome mi caballo ensillado.

*
* * *

Mientras mi memoria se empañaba con estos recuerdos, una claridad rojiza se encendió de súbito. Era la fogata de insomne reflejo, colocada a pocos metros de los chinchorros para conjurar el acecho del tigre y otros riesgos nocturnos. Ahora, arrodillado ante ella como ante una divinidad, don Rafo la soplabía con su resuello.

Entre tanto continuaba el silencio en las melancólicas soledades, y en mi espíritu penetraba una sensación de infinito que fluía de las constelaciones cercanas.

Y otra vez volví a recordar. Con la hora desvanecida se había hundido irremediablemente la mitad de mi sér, y ya debía iniciar una nueva vida, distinta de la anterior, comprometiendo el resto de mi juventud y hasta la razón de mis ilusiones, porque cuando reflorecieran ya no habría quizás a quien ofrendarlas o dioses desconocidos ocuparían el altar para el cual se desearon. Alicia pensaría lo mismo, y de esta suerte, al par que me servía de remordimiento, era el lenitivo de mi congoja, la compañera de mi pesar, porque ella iba también, como la semilla en el viento, sin saber a dónde y miedosa de la tierra que la esperaba.

Indudablemente, era de carácter apasionado: de su timidez triunfaba a ratos la decisión que imponen las cosas irreparables. Dolíase otras veces de no haberse tomado un veneno. «Aunque no te ame como túquieres, decía, dejarás de ser para mí el hombre que me sacó de la inexperiencia para entregarme a la desgracia? # [Cómo podré olvidar el papel que has desempeñado en mi vida?](#) Cómo podrás pagarme lo que me debes? No será enamorando las campesinas de las posadas ni haciéndome ansiar tu apoyo para abandonarme después. Pero si esto es lo que piensas, no te alejes de Bogotá, porque ya me conoces. Tú responderás!».

—Y sabes que soy ridículamente pobre?

—Demasiado me lo repitieron cuando me visitabas. El amparo que ahora te pido no es el de tu dinero, sino el de tu corazón.

—Por qué me imploras lo que me apresuré a ofrecerte de manera espontánea? Por tí dejé todo, y me lancé a la aventura, cualesquiera que fuesen los resultados. Pero tendrás valor de sufrir y confiar?

—No hice por tí todos los sacrificios?

—Pero le temes a Casanare.

—# [Le temo por tí.](#)

—La adversidad es una sola, y nosotros seremos dos!

Tal fue el diálogo que sostuvimos en la casucha de Villavicencio la noche que esperábamos al Jefe de la Gendarmería. Era éste un *quidam*

semicano y rechoncho, vestido de kaki, de bigotes ariscos y aguardentosa catadura.

—Salud, señor, le dije en tono despectivo cuando apoyó su sable en el umbral.

—Oh, poeta! Esta chica es digna hermana de las nueve musas! No sea egoísta con los amigos!

Y me echó su tufo de anetol en la cara.

Refregándose contra el cuerpo de Alicia al acomodarse en el banco, dijo cogiéndola de las muñecas: Qué pimpollo! Ya no te acuerdas de mí? # [Soy Gámez y Roca](#), el General Gámez y Roca! Cuando eras niña te sentaba en mis piernas.

Y probó a sentarla de nuevo.

Alicia, inmutada, estalló: Atrevido, atrevido! Y lo empujó lejos!

—Qué quiere usted? gruñí cerrando las puertas. Y lo degradé con un salivazo.

—Poeta, qué es esto? Corresponde así a la hidalguía de quien no quiere echarlo a prisión? Déjeme la muchacha porque soy amigo de sus papás y en Casanare se le muere! Yo le guardaré la reserva. El cuerpo del delito para mí, para mí! Déjemela, para mí!

Antes que terminara, con esguince colérico le zafé a Alicia uno de sus zapatos, y lanzando al hombre contra el tabique, lo acometí a golpes de tacón en el rostro y en la cabeza. El borracho, tartamudeante, se desplomó sobre los sacos de arroz que ocupaban el ángulo de la sala.

Allí roncaba media hora después cuando Alicia, don Rafo y yo huimos en busca de las llanuras intérminas.

*
* * *

—Aquí está el café, dijo don Rafo, parándose delante del mosquitero. Despabilense, niños, que estamos en Casanare!

Alicia, nos saludó con tono cordial y ánimo limpio: Ya quiere salir el sol?

—Tarda todavía: el carrito de las estrellas apenas va llegando a la loma. Y nos señaló don Rafo la cordillera diciendo: Despidámonos de ella porque no la volveremos a ver. Sólo quedan llanos, llanos y llanos.

Mientras apurábamos el café nos llegaba el vaho de la madrugada, un olor a pajonal fresco, a tierra removida, a leños recién cortados, y se insinuaban leves susurros en las frondas de los moriches. A veces, bajo la transparencia estelar, cabeceaba alguna palmera humillándose hacia el oriente. Un regocijo inesperado nos henchía las venas, a tiempo que nuestros espíritus, dilatados como la pampa, palpitaban agradecidos de la vida y de la creación.

—Es encantador Casanare, repetía Alicia. No sé por qué causa, apenas pisé su suelo, aminoró la zozobra que me inspiraba.

—Es que, dijo don Rafo, esta tierra lo alienta a uno para gozarla y para sufrirla. Aquí hasta el enfermo cercano a la sepultura anhela besar el suelo en que va a podrirse. Es el desierto, pero nadie se siente solo: son nuestros hermanos el sol, el viento y la tempestad. Ni se les teme ni se les maldice.

Al decir esto, me preguntó don Rafo si era tan buen jinete como mi padre, y tan enérgico en los peligros.

—Lo que se hereda no se hurta, respondí jactancioso, en tanto que Alicia, con el rostro iluminado por el fulgor de la hoguera, sonreía confiada.

Don Rafo era mayor de sesenta años y había sido compañero de mi padre en alguna campaña. Todavía conservaba ese aspecto de dignidad que denuncia a ciertas personas venidas a menos. Su barba canosa, sus ojos tranquilos, su calva luciente, convenían a su estatura mediana, [# contagiosa de simpatía y benevolencia](#). Cuando oyó mi nombre en Villavicencio y supo que sería detenido, fue a buscarme con la buena nueva de que Gámez y Roca le había jurado interesarse por mí. Desde nuestra llegada, hizo compras para nosotros, atendiendo los encargos de Alicia, y le prometió ser nuestro baquiano de ida y de regreso, al presente, anticipando su viaje, y después, a su vuelta de Arauca, llegando por nosotros al hato de un cliente suyo, en donde pensaba dejarnos por pocos meses.

Casualmente hallábame en Villavicencio de salida para Casanare. Después de su ruina, viudo y pobre, les cogió apego a los llanos, y con

dinero de un yerno suyo los recorría anualmente, como ganadero y mercader ambulante, al por menor. Nunca había comprado más de cincuenta reses, y ahora arreaba unos caballejos hacia las fundaciones del bajo Meta y dos mulas cargadas de chucherías.

—Se reafirma usted en la confianza de que estamos ya libres de las pesquisas del General?

—# Sin duda ninguna.

—Qué susto nos dio ese canalla, comentó Alicia. Piensen ustedes que yo temblaba como el azogue. Y aparecerse a la media noche! Y decir que me conocía! Pero se llevó su merecido.

Don Rafo tuvo para mi osadía un aplauso feliz: era yo el hombre para Casanare!

Mientras hablaba, iba desmaneando las bestias y poniéndoles los cabezales. Ayudábale yo en la faena, y pronto estuvimos listos para la marcha. Alicia, que nos alumbraba con la linterna, suplicó que esperásemos la salida del sol.

—Con que el mentado Pipa es un zorro llanero? pregunté a don Rafo.

—El más astuto de los salteadores: varias veces prófugo, tras de curar sus fiebres en los presidios, vuelve con mayores arrestos a ejercer la piratería. Ha sido capitán de indios salvajes, y sabe idiomas de varias tribus, # y es boga y vaquero.

—Y tan disimulado y tan hipócrita y tan servil, apuntaba Alicia.

—Tuvieron ustedes la fortuna de que les robara una sola bestia. Por aquí andará...

Alicia me miraba nerviosa, pero calmó sus preocupaciones con las anécdotas de don Rafo.

Y la aurora surgió ante nosotros: sin que advirtiéramos el momento preciso, empezó a flotar sobre los pajonales un vapor sonrosado que ondulaba en la atmósfera como una muselina ligera. Las estrellas se adormecieron, y en la lontananza de ópalo, al nivel de la tierra, apareció un celaje de incendio, una pincelada violenta, un coágulo de rubí. Bajo la gloria del alba recién nacida hendieron el aire los patos chillones, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso volar,

las guacamayas multicoloras. Y de todas partes, del pajonal y del espacio, del estero y de la palmera, fluía un hálito jubiloso que era vida, era acento, claridad y palpitación. Mientras tanto, en el arrebol que abría su palio incommensurable, dardeó el primer destello solar, y, lentamente, el astro, inmenso como una cúpula, ante el asombro del toro y la fiera, rodó sobre las llanuras enrojeciéndose antes de ascender al azul.

Alicia, abrazándome llorosa y enloquecida, repetía esta plegaria: ¡Dios mío, Dios mío! ¡El sol, el sol!

Luégo nosotros, prosiguiendo la marcha, nos hundimos en la inmensidad.

Poco a poco el regocijo de nuestras lenguas fue cediendo al cansancio. Habíamos hecho copiosas preguntas que don Rafo atendía con autoridad de conocedor. Ya sabíamos lo que eran **# una mata, un caño, un zural**, y por fin Alicia conoció los venados. Pastaban en un estero hasta media docena, y al ventearnos enderezaron hacia nosotros las orejas esquivas.

—«No gaste usted los tiros de su revólver», ordenó don Rafo. «Aunque vea los bichos cerca, están a más de quinientos metros. Fenómenos de la región».

Dificultábbase la charla, porque don Rafo iba de puntero, llevando «de diestro» una bestia, en pos de la cual trotaban las otras en los pajonales retostados. El aire caliente fulgía como una lámina de metal y bajo el espejeo de la atmósfera, en el ámbito desolado, insinuábase a lo lejos la masa negruzca de un monte. Por momentos se oía la vibración de la luz.

Con frecuencia me desmontaba para refrescar las sienes de Alicia, frotándolas con un limón verde. A guisa de quitasol llevaba sobre el sombrero una chalina blanca, cuyos extremos empapaba en llanto cada vez que la afligía el recuerdo de su mamá. Aunque yo fingía no reparar en sus lágrimas, inquietábame el tinte de sus arreboladas mejillas, miedoso de la congestión. Mas imposible sestear bajo la intemperie asoledada: ni un árbol, ni una gruta, ni una palmera.

—«¿Quieres descansar?» le proponía preocupado; y sonriendo me respondía:

—Cuando lleguemos a alguna sombra! Pero cúbrete el rostro. ¡Cómo te va quemando la resolana!

Hacia la tarde, parecían surgir en el horizonte ciudades fantásticas. Las negruzcas matas de monte provocaban el espejismo, perfilando en el cielo penachos de sus palmares, por sobre las cúpulas de las ceibas y los copeyes, cuyas floraciones # de bermellón evocaban las manchas de los tejados.

Los caballos que iban sueltos, orientándose en la llanura, empezaron a galopar a considerable distancia de nosotros. Ya ventearon el *bebedero*, observó don Rafo. No llegaremos a la mata antes de media hora; pero allí calentaremos el *bastimento*.

Rodeaban el monte pantanos inmundos, llenos de fango, cuya superficie recorrián avecillas acuáticas que chillaban balanceando la cola. Después de un gran rodeo, y casi por opuesto lado, penetramos en la espesura, costeando el tremedal, donde abrevábanse las caballerías que iba yo maneando en la sombra. Limpió don Rafo con su machete las malezas cercanas a un árbol enorme, agobiado por festones amarillentos, de donde llovían, con espanto de Alicia, gusanos verdosos e inofensivos. Puesto el chinchorro, le estiramos el mosquitero para que se defendiera de la lluvia importuna y de las abejas que se le enredaban en el cabello, ávidas de chuparle el sudor. Humeó luégo la hoguera consoladora y nos devolvió la tranquilidad.

Metía yo al fuego la leña que me aventaba don Rafo, mientras Alicia me ofrecía su ayuda.

—Esos oficios no te corresponden a tí.

—No me impacientes, ya ordené que descances, y debes obedecer!

Resentida por mi actitud, empezó a mecerse, al impulso que su pie le imprimía al chinchorro. Mas cuando fuimos a buscar agua, me rogó que no la dejara sola.

—Vén, si quieres, le dije. Y siguió tras de nosotros por una trocha medio borrada.

La laguneta de aguas amarilloosas estaba cubierta de hojarasca flotantes. Por entre ellas nadaban unas tortuguillas llamadas *galápagos*, asomando la cabeza rojiza; y aquí y allá los caimanejos nombrados *cachirres* exhibían sobre la nata del charco graseiento sus ojos sin párpados. Garzas meditabundas, sostenidas en un solo pie, con picotazo repentino arrugaban la charca tristísima, cuyas evaporaciones maléficas flotaban bajo los árboles como un velo mortuorio. Partiendo una rama corta, me incliné para barrer con ella las basuras del agua, pero don Rafo me detuvo, rápido como el grito de Alicia. Había asomado sus nudos un *güío* gigante, corpulento como una viga, que a los tiros de mi revólver se hundió removiendo el pantano y rebasándolo en las orillas.

Y regresamos con los calderos vacíos.

Presa del pánico, Alicia se reclinó temblorosa bajo el mosquitero. Tuvo vahídos, pero la cerveza le aplacó las náuseas. Con espanto no menor, comprendí lo que le pasaba, y, sin saber cómo, abrazando a la futura madre, lloré todas mis desventuras.

*
* * *

Al verla dormida, me aparté con don Rafael y sentándonos sobre una raíz del árbol, le escuché sus consejos inolvidables:

No convenía, por ahora, advertirla del estado en que estaba; pero debía rodearla de todos los cuidados posibles. Haríamos jornadas cortas y regresaríamos a Bogotá antes de tres meses. Allí las cosas cambiarían de aspecto.

Por lo demás, los hijos, legítimos o naturales, tenían igual procedencia y se querían lo mismo. Cuestión del medio. En Casanare así acontecía.

El ambicionó en un tiempo hacer un matrimonio brillante, pero el destino le marcó una ruta imprevista: la joven con quien vivía en aquel entonces llegó a superar a la esposa soñada, pues, juzgándose inferior, se adornaba con la modestia y siempre se creyó deudora de un exceso de bien. De esta suerte, él fue más feliz en el hogar que su hermano, cuya compañera, esclava de los pergaminos y de las mentiras sociales, le inspiró

el horror a las altas familias, hasta que regresó a la sencillez favorecido por el divorcio.

No había que retroceder en la vida ante ningún conflicto, pues sólo afrontándolos de cerca se ve si tienen remedio. Era verdad que no se le escapaba el escándalo de mis parientes si yo me echaba a cuestas a Alicia o la llevaba al altar. Mas no había que mirar tan lejos, porque los temores van más allá de las posibilidades. Nadie me aseguraba que yo había nacido para casado, y aunque así fuera, ¿quién podría darme una esposa distinta de la que la suerte me señalara? Y Alicia ¿en qué desmerecía? ¿No era inteligente, bien educada, sencilla y de origen honesto? ¿En qué código, en qué escritura, en qué ciencia había aprendido yo que los prejuicios priman sobre las realidades? ¿Por qué era yo mejor que otros, sino por mis obras? El hombre de talento debe ser como la muerte, que no reconoce categorías. ¿Por qué ciertas muchachas me parecían más encumbradas? ¿Acaso por un irreflexivo consentimiento del público que me contagia su estulticia; acaso por el lustre de la riqueza? ¿Pero ésta, que suele nacer de fuentes oscuras, no era también relativa? ¿No resultaban misérrimos nuestros potentados en parangón con los de fuera? ¿No llegaría yo a la dorada medianía, a ser relativamente rico? En este caso ¿qué me importarían los demás, cuando vinieran a buscarme con el incienso? Usted no tiene más que un problema sumo, a cuyo lado huelgan todos los otros: adquirir dinero para sustentar la modestia decorosamente. Lo demás viene por añadidura.

Callado, escarmenaba mentalmente las razones que oía, separando la verdad de la exageración.

Don Rafo, le dije, yo miro las cosas por otro aspecto, pues las conclusiones de usted, aunque fundadas, no me preocupan ahora: están en mi horizonte, pero están lejos. Respecto de Alicia, el más grave problema lo llevo yo, que sin estar enamorado, vivo como si lo estuviera, supliendo mi hidalguía lo que no puede dar mi ternura, con la convicción íntima de que mi idiosincrasia caballeresca me empujará hasta el sacrificio, por una dama que no es la mía, por un amor que no conozco.

Fama de rendido galán gané en el ánimo de muchas mujeres, gracias a la costumbre de fingir, para que mi alma no se sienta sola. Por todas partes

fui buscando en qué distraer mi inconformidad, e iba de buena fé, anheloso de renovar mi vida y de rescatarme a la perversión; pero dondequiera que puse mi esperanza hallé un lamentable vacío, embellecido por la fantasía y repudiado por el desencanto. Y así, engañándome con mi propia verdad, creí conocer todas las pasiones, y sufro el hastío de ellas, y prosigo desorientado, caricatureando el ideal para sugestionarme con el pensamiento de que estoy cercano a la redención. La quimera que persigo es humana, y bien sé que de ella parten los caminos para el triunfo, para el bienestar y para el amor. Mas han pasado los días y se va marchitando mi juventud sin que mi ilusión reconozca su derrotero; y viviendo entre mujeres sencillas, no he encontrado la sencillez, ni entre las enamoradas el amor, ni la fé entre las creyentes. Mi corazón es como una roca cubierta de musgo, pero allí nunca falta una lágrima. Hoy me ha visto usted llorar, no por la flaqueza de ánimo, que bastante rencor le tengo a la vida: lloré por mis aspiraciones engañadas, por mis ensueños desvanecidos, por lo que no fui, por lo que ya no seré jamás!

Paulatinamente iba levantando la voz y comprendí que Alicia estaba despierta. Me acerqué cauteloso y la sorprendí en actitud de escuchar.

—¿Quéquieres? le dije. Y su silencio me desconcertó.

Fue preciso continuar la marcha hasta el morichal vecino, según la opinión de don Rafo, porque la mata era peligrosa en extremo: a muchas leguas en contorno, sólo en ella encontraban agua los animales y de noche acudían las fieras. Salimos de allí, paso a paso, cuando la tarde empezó a suspirar, y bajo los últimos arreboles nos preparamos para la queda. Mientras don Rafo encendía fuego, me retiré por los pajonales a amarrar los caballos. La brisa del anochecer refrescaba el desierto, y de repente, en intervalos desiguales, llegó a mis oídos algo como el sollozo de una mujer. Instintivamente pensé en Alicia, que acercándose me preguntaba:

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

Reunidos después, sentíamos la sollozante quejumbre vueltos hacia el lado de donde venía, sin que acertáramos a descifrar el misterio: una palmera de macanilla, fina como un pincel, obedeciendo a la brisa, hacía llorar sus flecos en el crepúsculo.

Ocho días después divisamos la fundación de La Maporita. La laguna próxima a los corrales se doraba al sol. Unos mastines enormes vinieron a nuestro encuentro, con ladridos desaforados, y nos dispersaron las bestias. Frente al *tranquero* de la entrada donde se asoleaba un bayetón rojo, exclamó don Rafo, empinándose en los estribos:

—Alabado sea Dios.

—...y su madre santísima, respondió una voz de mujer.

—¿No hay quien venga a espantar estos perros?

—Ya va.

—¿La niña Griselda?

—En el caño.

Complacidos observábamos el aseo del patio, lleno de caracuchos, siemprevivas, habanos, amapolas y otras plantas del trópico. Alrededor de la huerta daban fresco los platanales, de hojas susurrantes y rotas, dentro del cerco de guadua que protegía la vivienda, en cuyo caballete lucía sus resplandores un pavo real.

Por fin, una mulata decrepita asomó a la puerta de la cocina, enjugándose las manos en el ruedo de las enaguas.

—¡Chite, uise!, gritó, tirando una cáscara a las gallinas que escarbaban la éra. *Prosigan*, que la niña Griselda se ta bañando. ¡Los perros no muerden, ya mordieron!

Y volvió a sus quehaceres.

Sin testigos, ocupamos el cuarto que servía de sala, en donde no había otro menaje que dos chinchorros, una barbacoa, dos banquetas, tres baúles y una máquina *Singer*. Alicia, sofocada, se mecía ponderando el cansancio, cuando entró la niña Griselda, descalza, con el *chingue* al brazo, el peine en la crencha y los jabones en una *totuma*.

—Perdone usted, le dijimos.

—Tienen a sus órdenes el *rancho* y la persona. ¡Ah! ¿también vino don Rafael? ¿Qué hace en la ramáa?

Y saliendo al patio, le decía familiarmente:

—Trascordao, ¿se le volvió a olvidá el cuerno? Estoy *entigrecía* contra usté. No me salga con esas porque peleamos.

Era una hembra morena y fornida, ni alta ni pequeña, de cara regordeta y ojos simpáticos. Se reía enseñando los dientes anchos y albísimos, mientras que con mano hacendosa exprimía los cabellos goteantes sobre el corpiño desabrochado. Volviéndose a nosotros interrogó:

—¿Ya les trajeron café?

—Se pone usted en molestias...

—¿Tiana, Bastiana, qué hubo?

Y sentándose en el chinchorro, al lado de Alicia preguntábale si los diamantes de sus zarcillos eran *legales* y si traía otros para vender.

—Señora, si le gustan...

—Se los cambio por esa máquina.

—Siempre avisada para el negocio, dijo don Rafo.

—¡Náa! Es que nos estamos recogiendo pa dejá la tierra.

Y con acento cálido refirió que Barrera había venido a llevar gente para las caucherías del Vichada.

—Es la ocasión de mejorá: dan alimentación y cinco pesos por día. Así se lo he dicho a Franco.

—¿Y qué Barrera es el enganchador? preguntó don Rafo.

—♯ **Narciso Barrera, que ha tréido mercancías** y *morrocotas* pa dá y convidá.

—¿Se creen ustedes de esa ficha?

—Cáyese don Rafo. ♫ **Cuidao con desanimá a Fidel!** Si le tá ofreciendo plata anticipáa y no se resuelve a dejá este pegujal! Quere má a las vacas que a la mujé! Y eso que nos cristianamos en Pore, porque sólo éramos casaos militarmente.

Alicia, mirándome de soslayo, se sonrió.

—Niña Griselda, ese viaje puede resultar un percance.

—♯ **Don Rafo, el que no arriesga no pasa el má.** Ora díganme ustées si valdrá la pena un enganche que los ha entusiasmao a tóos. Porque ayí en el hato no va a queá gente. Ha tenío que bregáles el viejo pa que le ayuden a terminá los trabajos de ganao. Nadie quere hacer náa. Y de noche tienen

unos *joropos*!... Pero supónganse: tando ahí la Clarita... Yo le prohibí a Fidel que se quede ayá, y no me hace caso. Dende el lunes se jué. Mañana lo espero.

—¿Dice usted que Barrera trajo mucha mercancía? Y la da barata?

—Sí, don Rafo. No vale la pena que usté abra sus petaquitas. Ya todo el mundo ha comprao. A que no me trajo los cuaernos de las moas cuando má los menesto? Tengo que yevá ropa de primera.

—Por ahí le traigo úno.

—¡Dios se lo pague!

La vieja Sebastiana, arrugada como un higo seco, de cabeza gris y brazos temblones, nos alargó sendos pocillos de café amargo que ni Alicia ni yo podíamos tomar y que don Rafo saboreaba vertiéndolo en el platillo. La niña Griselda se apresuró a traer una miel oscura que sacaba de un garrafón, para que endulzáramos la bebida.

—Muchas gracias, señora.

—¿Y esta buena moza es su mujé? ¿Usté es el yerno de don Rafo?

—Como si lo fuera.

—¿Y ustées también son *tolimas*?

—Yo soy de ese Departamento; Alicia, bogotana.

—Parece que usté juera pa algún joropo, según tá de cachaca. ¡Qué bonito traje y qué buenos botines! ¿Ese vestío lo cortó usté?

—No, señora, pero entiendo algo de modistería. Estuve tres años en el colegio asistiendo a la clase.

—¿Me enseña? ¿No es verdá que me enseña? Pa eso compré máquina. Y miren qué lujo de telas las que tengo aquí. Me las regaló Barrera el día que vino a vernos. A Tiana, también le dio. ¿Onde tá la tuya?

—Colgá en la percha. Ora la treigo.

Y salió.

La niña Griselda, entusiasmada porque Alicia le ofrecía ser su maestra de corte, se zafó de la pretina las llaves y, abriendo el baúl, nos enseñó unas telas de colores vivos.

—¡Esas son etaminas comunes!

—Puros cortes de sea, don Rafo. Barrera es rasgaísimo. Y miren las vistas del fábrico en el Vichada, a onde quere yevarnos. Digan imparcialmente si no son una preciosidá esos edificios y si estas fotografías no son primorosas. Barrera las ha repartío por toas partes. Miren cuántas tengo pegáas en el baúl.

Eran unas postales en colores. Se veían en ellas, a la orilla montuosa de un río, casas de dos pisos, en cuyos barandales se agrupaba la gente. Lanchas de vapor humeaban en el puertecito.

—Aquí viven má de mil hombres y tóos ganan una libra diaria. Ayá voy a poné asistencia pa las peonáas. Supónganse cuánta plata cogeré con el solo amasijo! # [Y lo que gane Fidel...?](#) Miren, estos montes son los cauchales. Bien dice Barrera que otra oportunidá como esta no se presentará.

—Yo lo que siento es tar tan cascáa; si no, me iba también detrás de mi zambo, dijo la vieja acurrucándose de nuevo en el quicio.

—Aquí tá la tela, añadió, desdoblando una zaraza roja.

—Con ese traje parecerás un tizón encendido.

—Blanco, me replicó: Pior es no parecer náa.

—Andá, ordenóle la niña Griselda, buscále a don Rafo unos *topochos* maúros pa los cabayos. Pero primero decíle al Miguel que se dejé de tar echao en el chinchorro, porque no se le quitan las fiebres: que le saque el agua a la *curiara* y le ponga cuidao al anzuelo a vé si los *caribes* se tragaron ya la carnáa. Puée que haya *afilao* algún *bagrecito*. Y dános vos algo de comé, que estos blancos yegan de lejos. Venga pa acá, niña Alicia, y aflójese la ropa. En este cuarto nos quearemos las dos.

Y parándose ante mí, agregó con picaresco descaro: ¡Me la yevo! ¿Ustées ya separaron cama?

Verdadera lástima sentí por don Rafael ante el fracaso de su negocio. Tenía razón la niña Griselda: todos se habían provisto de mercancías.

Sin embargo, dos días después de nuestra llegada, vinieron del hato unos hombres enjutos y pálidos, cuyas monturas —húmedas ahora— disimulaban su mal aspecto con el bayetón que los jinetes dejaban colgante sobre las rodillas. Del otro lado del monte pidieron a gritos la curiara, y, creyendo no ser oídos, hicieron disparos de winchester. Vista la tardanza, sin desmontarse, lanzaron sus cabalgaduras al caño y lo cruzaron trayendo las ropas amarradas en la cabeza.

Llegaron. Vestían calzones de lienzo, camisa suelta llamada *lique* y anchos sombreros de felpa castaña. Sus pies desnudos oprimían con el dedo gordo el aro de los estribos.

—Buen día... prorrumpieron con voz melancólica entre la algazara de los perros.

—Ojalá que nos hubieran matao, por tá de chistosos, exclamó la niña Griselda.

—Era pa la curiara...

—¡Qué curiara! Este no es paso rial.

—Venimos a vé la mercancía...

—Sigan, pero dejen sus *rangos* afuera.

Los hombres se apareon, y con las mismas cerdas que les servían de rendaje amarraron los trotones bajo el *samán* de la entrada y avanzaron con los bayetones al hombro. Alrededor del cuero en que don Rafo había extendido la chuchería se acuclillaron indolentes.

—Miren los diagonales extras; aquí están unos cuchillos garantizados; fíjense en esta faja de cuero, con funda para el revólver, todo de primera clase.

—¿Trajo quinina?

—Muy buena, y píldoras para las *calenturas*.

—¿A cómo el hilo?

—Diez centavos madeja.

—¿No la da en cinco?

—Llévela en nueve.

Todo lo fueron tocando, examinando, comparando, casi sin hablar. Para saber si una tela desteñía, se empapaban en saliva los dedos y la refregaban.

Don Rafael con la vara de medir les señalaba todo, agotando los encomios para cada cosa. Nada les gustó.

—¿Me deja en veinte riales esa navaja?

—Llévela.

—Le doy por los botones lo que le dije.

—Tómelos.

—Pero me encima la aguja pa prendélos.

—Cójala.

Así compraron bagatelas por dos o tres pesos. El hombre de la carabina, desanudando la punta de su pañuelo, alargó una morrocota:

—Páguese de tóo, es de veinte dólares.

Y la hizo retintinear contra el acero del arma.

—¡A vé los trueques!

—¿Por qué no compran el restico?

—A esos precios no se alcanza ni con la carabina. Vaya usted al hato pa que vea cosas regaláas.

—¡Adió, pué!

Y montaron.

—Hola, socio, dijo regresando el de peor estampa: nos mandó Barrera a quitáte la mercancía, y es mejó que te largués con eya. Quedás notificao: ¡lejos con eya! Si no te la quitamos ahora, es por lo poquita y lo cara!

—¿Y quitarla por qué? indagó don Rafo.

—¡Por la competencia!

—Crees tú, infeliz, que este anciano está solo? prorrumpí empuñando un cuchillo, entre los aspavientos de las mujeres.

—Mirá, repuso el hombre: Por sobre yo, mi sombrero. Por grande que sea la tierra, me quea bajo los pies. Con vos no me toy metiendo. Pero si querés, pa vos también hay!

Espoleando el potro, me tiró a la cara los objetos comprados y galopó con sus compañeros a lo largo de la llanura.

Esa noche, como a las diez, llegó Franco a la casa. Aunque la embarcación se deslizaba sin ruido sobre el agua profunda, los gozques la sintieron y al instante cundió el alarma.

—Es Fidel, es Fidel, decía la niña Griselda, tropezando en nuestros chinchorros. Y salió al patio en *camisola*, envuelta desde la cabeza en un pañolón oscuro, seguida de don Rafael.

Alicia, asustada, en tinieblas, empezó a llamarle desde su cuarto:

—Arturo, ¿sentiste? Ha llegado una gente!

—Sí, no te afanes, no vengas! Es el dueño de casa.

Cuando en franela y sin sombrero salí al aire libre, iba un grupo bajo los platanales llevando un hachón encendido. La cadena de la curiara sonó al atracar y desembarcaron dos hombres armados.

—¿Qué ha pasado por aquí? dijo uno, abrazando a la niña Griselda.

—¡Náa, náa! ¿Por qué te aparecés a semejante hora?

—¿Qué huéspedes han llegado?

—Don Rafael y dos compañeros, hombre y mujé.

Franco y don Rafo, después de un abrazo amistoso, regresaron con los del grupo hacia la cocina.

—Me vine alarmadísimo porque esta noche al yegar al hato con la torada, supe que Barrera había mandado una comisión. No querían prestarme cabayo, pero apenas comenzó la *juerga* me traje la curiara de ayá. ¿A qué vinieron esos forajidos?

—A quitarme el *chicho*, repuso humildemente don Rafo.

—¿Y qué pasó, Griselda?

—¡Náa! Si má, hay camorra, porque el *guatecito* se les encaró, *cachiblanco* en mano. ¡Un horror! Nos hizo chiyá!

—Seguí pa dentro, agregó la patrona, pálida, trémula, y mientras les dan el trago de café, guindá tu chinchorro en el correor porque toy en el cuarto con la *doña*.

—De ningún modo: Alicia y yo nos alojaremos en la ramada, dije avanzando hacia el corillo.

—Usté no manda aquí, replicó la niña Griselda. Venga conozca a este yanero, que es el mío.

—Servidor de usted, repuse devolviendo el abrazo.

—Cuente conmigo! Basta que usted sea compañero de don Rafael.

—Y si vieras con qué trozo de mujé se ha enyugao! Coloráita que ni un *merey*! Y las manos que tiene pa cortá la sea, y lo modosa pa enseñá!

—Pues manden a sus nuevos criados, repetía Franco.

Era trigueño y pálido, de cenceña estatura, y acaso mayor que yo. Cuadrábale el apellido al carácter y su fisonomía y sus palabras eran menos elocuentes que su corazón. Las facciones proporcionadas, el acento y el modo de dar la mano advertían que era hombre de buen origen, no salido de las pampas sino venido a ellas.

—Usted es oriundo de Antioquia?

—Sí, señor. Hice algunos estudios en Bogotá, ingresé luégo en el ejército, me destinaron a la guarnición de Arauca y de allí deserté por un disgusto con mi Capitán. Desde entonces vine con Griselda a limpiar este rancho, que no dejaré por nada en la vida. Y recalcó: Por nada en la vida!

La niña Griselda, con mohín amargo, permaneció muda. Como advirtiera que estaba en traje de alcoba, se fue con el pretexto de vestirse, llevando dentro de la mano ahuecada la luz de una vela.

Y no volvió más.

Mientras tanto, la vieja Tiana hacía llamear el fogón de tres piedras, sobre las cuales pendía un alambre para colgar el caldero o la *marma*. Al tibio parpadear de la lumbre nos sentamos en círculo sobre raíces de guadua o sobre calaveras de caimán, que servían de banquetas. El mocetón que llegó con Franco me miraba con simpatía, sosteniendo entre las rodillas desnudas una escopeta de dos cañones. Como sus ropas estaban húmedas, desarremangóse los calzoncillos y los oreaba sobre las pantorrillas de nudosos músculos. Llamábase Antonio Correa y era hijo de Sebastiana, tan cuadrado de espaldas y tan fornido de pecho, # *que parecía un ídolo indígena*.

—Máma, dijo rascándose la cabeza: cuál jue el entrometío que llevó al hato el chisme de la mercancía?

—Eso no tié náa de malo: avisando se vende.

—Sí, pero qué jué a hacé ayá la noche que yegaron estos blancos?

—¡Yo qué sé! Lo mandaría la niña Griselda.

En esta vez fue Franco quien hizo el mohín. Después de corto silencio indagó:

—Mulata, cuántas veces ha venido Barrera?

—Yo no he reparao. Yo vivo ocupáa aquí en mi cocina.

Saboreado el café y referido por don Rafo algún incidente de nuestro viaje, repregó Franco, obedeciendo a su obstinada preocupación:

—¿Y el Miguel y el Jesús qué han estado haciendo? Buscaron los marranos en la sabana? ¿Compusieron el tranquero de los corrales? ¿Cuántas vacas ordeñan?

—Sólo dos de ternero grande. Las otras las hizo soltá la niña Griselda porque ya empieza a habé plaga y los zancúos matan las crías.

—¿Y dónde están esos flojos?

—Miguel, con calentura. No se quié hacé el remedio: Son cinco hojitas de borraja, pero arrancáas de pa arriba, porque de pa abajo, proucen vómito. Ahí le tengo el cocimiento, pero no lo traga. Y eso que ta enviajao pa las caucherías. Se la pasa jugando naipes con el Jesús, y ese sí que ta perdío por irse!

—Pues que se larguen desde ahora, en la curiara del hato, y no vuelvan más. No tolero en mi posada ni chismosos ni espías. Mulata, asómate al *caney* y díles que desocupen: que ni me deben, ni les debo!

Cuando salió Sebastiana, preguntó don Rafael por la situación del hato: Era verdad que todo andaba *manga por hombro*?

—# *Ni sombra de lo que usted conoció*. Barrera lo ha trastornado todo. Ayá no se puede vivir. Mejor que le prendieran candela.

Refirió después, que los trabajos se habían suspendido porque los vaqueros se emborrachaban y se dividían en grupos para toparse en determinados sitios de la llanada, donde, a ocultas, les vendían licor los áulicos de Barrera. Unas veces dejaban matar los caballos, entregándolos estúpidamente a los toros; otras, se dejaban coger de la soga, o al *colear* sufrían golpes mortales; muchos se volvían a *juerguear* con Clarita; éstos derrengaban los rangos apostando carreras, y nadie corregía el desorden ni normalizaba la situación, porque ante el señuelo del próximo viaje a las

caucherías ninguno pensaba en trabajar cuando estaba en vísperas de ser rico. De esta suerte, ya no quedaban caballos mansos sino potrones, ni había vaqueros sino enfiestados; **# y el viejo Zubieta, el dueño del hato**, borracho y goto, ignorante de lo que pasaba, espernancábase en su chinchorro a dejar que Barrera le ganara dinero a los dados, a que Clarita le echara aguardiente con su propia boca, a que la peonada del enganchador sacrificara hasta cinco reses por día, desecharndo, al desollarlas, las que no parecieran gordas.

Y para colmo, los indios guahibos de las costas del Guanapalo, que flechaban reses por centenares, asaltaron la fundación del Hatico, llevándose a las mujeres y matando a los hombres. Gracias a que el río detuvo el incendio, pero hasta no sé qué noche, se veía el lejano resplandor de la candelada.

—¿Y qué piensa usted hacer con su fundación? pregunté.

—¡Defenderla! Con diez jinetes de vergüenza, bien encarabinados, no dejaremos indio con vida.

En ese instante volvió Sebastiana:

—Ya se jueron.

—Máma, cuidao se yevan mi tiple.

—Que si no manda razón ninguna.

—Sí: al viejo Zubieta que no me espere. Que le sigo dirigiendo la vaquería cuando me dé mejores yaneros.

En pos de la mulata salimos al patio. La noche estaba oscura y ya empezaba a llovar. Franco nos siguió a la sala y se tendió en la barbacoa. Afuera los que se marchaban, cantaron a dúo:

«Corazón, no seás caballo,
aprendé a tener vergüenza;
al que te quiera, querélo,
y al que no, no le hagás fuerza».

Y la pala del remo en la onda y el repentino rebotar de la lluvia apagaron el eco de la tonada.

Pasé mala noche. Cuando menudeaban los gallos conseguí quedarme dormido. Soñé que Alicia iba sola, por una sabana lúgubre, hacia un lugar siniestro donde la esperaba un hombre, que podía ser Barrera. Agazapado en los pajonales iba espiándola yo, con la escopeta del mulato en balanza; mas cada vez que intentaba tenderla contra el seductor, se convertía entre mis manos en una serpiente helada y rígida. Desde la cerca de los corrales, don Rafo agitaba el sombrero exclamando: ¡Véngase! ¡Eso ya no tiene remedio!

Veía luégo a la niña Griselda, vestida de oro, en un país extraño, encaramada sobre una peña de cuya base fluía un hilo lento y blancuzco de caucho líquido. A lo largo de él lo bebían gentes innumerables echadas de bruces. Franco, erguido también sobre un promontorio de carabinas, amonestaba a los sedientos con este estribillo: «Infelices, detrás de estas selvas está *el más allá!*». Y al pie de cada árbol se iba muriendo un hombre, en tanto que yo recogía sus calaveras para exportarlas en grandes lanchones por un río silencioso y oscuro.

Volvía a ver a Alicia, desgreñada y desnuda, huyendo de mí por entre las malezas de un bosque nocturno, iluminado por luciérnagas colosales. Llevaba yo en la mano una hachuela corta, y, colgado al cinto, un recipiente de metal. Me detuve ante una encina llena de flores, que parecía un árbol de caucho, y empecé a picarle la corteza para que escurriera la goma. «¿Por qué me sacas la sangre?» exclamó una voz muriente. «Yo soy tu Alicia y me he convertido en una parásita».

Agitado y sudoroso desperté como a las nueve de la mañana. El cielo, después de la lluvia anterior, resplandecía lavado y azul. Una brisa discreta suavizaba los grandes calores.

—Blanco, aquí tá su desayuno, murmuró la mulata. Don Rafo y los hombres montaron, y las mujeres tán bañándose.

Mientras que yo me desayunaba, sentóse en el suelo y comenzó a ajustar con los dientes la cadenita de una medalla que llevaba al cuello. «Resolví ponerme esta prenda porque ta bendita y es milagrosa. A vé si el Antonio se anima a yevarme. Por si me dejare desamparáa, le dí en el café el corazón de un pajarito llamao *piapoco*. Puée irse muy lejos y corré

tierras; pero onde oiga cantá otro pájaro semejante, se pondrá triste y tendrá que volverse, porque la *guiña* ta en que viene la pesaumbre a poné de presente la patria y el rancho y el queré olvidao, y tras de los suspiros tiée que encaminarse el suspiraor o se muere de pena. La medaya también ayúa si se le cuelga al que se despíe».

—Y Antonio pretende ir al Vichada?

—Quén sabe. Franco no quere irse, pero la mujé ta enviajáa. Antonio hace lo que diga el hombre.

—Y los muchachos por qué se fueron?

—El hombre no los aguantó má. Ta malicioso. El Jesús jue al hato una noche, no a yamá a Barrera sino a decíle que no arrimara porque no se podía. Eso jué tóo. Pero el hombre es avispaor y los despachó.

—¿Barrera viene frecuentemente?

—Yo no sé. Si acaso habla con la Griselda es en el caño, porque eya, en achaque del anzuelito, anda remolona con la curiara. Barrera es mejó que el hombre; Barrera es una oportunidá. Pero el hombre es *atravesao* y la mujé le tiée mieo dende lo aconteció en Arauca. Le soplaron que el Capitán andaba tras de eya y le madrugó: con dos puñaláas tuvo!

En ese momento, interrumpiéndonos el palique, avanzaban en animado trío Alicia, la niña Griselda y un hombre elegante, de botas altas, vestido blanco y fieltro gris.

—Ahí ta don Barrera. ¿No lo quería conocé?

—«Caballero, exclamó inclinándose: doble fortuna es la mía, que, impensadamente, me pone a los pies de un marido tan digno de su bella esposa».

Y sin esperar otra razón, besó en mi presencia la mano de Alicia. Cogiendo luégo la mía, añadió zalamero: «Alabada sea la diestra que ha esculpido tan bellas estrofas. Regalo de mi espíritu fueron en el Brasil, y me producían la nostalgia de mi país ausente, porque es privilegio de los poetas encadenar al corazón de la patria los hijos dispersos y crearle súbditos en

tierras extrañas. Fui exigente con la fortuna, pero nunca aspiré al honor de declararle a usted, personalmente, mi admiración sincera».

Aunque estaba prevenido contra ese hombre, confieso que fui sensible a su adulación y que sus palabras templaron el disgusto que me produjo su cortesanía con mi garbosa daifa.

Pidiόnitos perdón por entrar en la sala con botas de campo, y, después de averiguar por la salud del dueño de casa, me suplicó que le aceptara [una copa de whisky](#). Ya había advertido yo que la niña Griselda traía la botella en sus manos.

Cuando Sebastiana colocó sobre la barbacoa los pocillos y el hombre se inclinó a colmarlos, observé que éste llevaba al cinto un lindo revólver y que la botella no estaba llena.

Alicia, mirándome, se resistía a tomar.

—Otra copita, señora. Ya se convenció usted de que es licor suave.

—¡Cómo! dije ceñudo. ¿Tú también has bebido?

—Insistió tanto el señor Barrera... Y me ha regalado este frasco de perfume, agregó, sacándolo del cestillo donde lo tenía oculto.

—Un obsequio insignificante. Perdone usted, lo traía especialmente...

—Pero no para mi mujer. ¡Quizás para la niña Griselda! Acaso ya ustedes se conocían?

—Absolutamente, señor Cova: la dicha había sido adversa conmigo.

Alicia y la niña Griselda enrojecieron.

—Supe, aclaró el hombre, que ustedes estaban aquí, por noticias de unos mozuelos que anoche llegaron al hato. Inmenso pesar me causó la nueva de que seis jinetes, ladrones sin duda, habían pretendido expropiar en mi nombre una mercancía; y tan pronto como amaneció, tomé el camino para venir a presentarles mis respetuosas protestas contra el atentado incalificable. Y ese whisky y ese perfume, ofrendas humildes de quien no tiene, fuéra de su corazón, más que ofrecer, estaban destinados a corroborar la antigua adhesión que les profeso a los dueños de casa.

—Oyes, Alicia? Dále ese frasco a la niña Griselda.

—Y luégo no son también ustées dueños de este rancho? apuntó la patrona, con voz resentida.

—Como tales los considero yo, porque donde quiera que ustedes lleguen, son, por derecho de simpatía, amos de cuanto los rodea.

A pesar de mi semblante agresivo, el hombre no se desconcertó; mas dióle a su discurso un giro diverso: Sucedían ahora tántas cosas en Casanare que daba grima pensar en lo que llegaría a convertirse esa privilegiada tierra, fuerte cuna de la hospitalidad, la honradez y el trabajo. Pero con los asilados de Venezuela que la infestaban como dañina langosta, no se podía vivir. Cuánto había sufrido él con los voluntarios que se le ofrecían pidiendo enganche. Tántos se le presentaban explotando la condición de los desterrados políticos, y eran vulgares delincuentes, prófugos de penitenciarías. Mas era peligroso rechazarlos de plano, en previsión de algún desmán. Indudablemente, a esta clase pertenecían los que pretendieron desvalijar a don Rafael. Jamás llegaría a indemnizarlo la empresa del Vichada de tántos disgustos! Era verdad, y sería ingratitud no reconocerlo y proclamarlo, que le había hecho distinciones honrosas. Primero lo envió al Brasil, residencia de los principales accionistas, con un gran cargamento de caucho, y ellos allí le rogaron que aceptara la gerencia de la explotación; mas la rehusó por carecer de aptitudes. ¡Ah! Si entonces hubiera adivinado que yo andaba por esas tierras! Si yo quisiera indicarle un candidato, con cuánto orgullo propondría su nombre; y si ese candidato quisiera irse con él, en la seguridad de que sería nombrado...

—Señor Barrera, interrumpí: Jamás tuve noticia de que en el Vichada hubiera empresas de la magnitud de la suya.

—¡Mía, no; mía, no! Soy un modesto empleado a quien sólo le pagan dos mil libras anuales, fuéra de gastos.

Audazmente, fijó en mí sus ojos sobornadores, pasó por su rostro un pañuelo de seda, acaricióse el nudo de la corbata y se despidió, encareciéndonos una y otra vez que saludáramos a los caballeros ausentes y les transmitiéramos su protesta contra el abuso de los salteadores. Sin embargo, él pensaba volver otro día a presentarla personalmente.

La niña Griselda lo acompañó hasta el caño y allí se detuvo más tiempo del que requiere una despedida.

—¿De dónde salió este sujeto? dije con tono brusco, encarándome a Alicia, apenas quedamos solos.

—Llegó a caballo por aquella costa, y la niña Griselda lo pasó en la curiara.

—¿Tú lo conocías?

—No.

—¿Te parece interesante?

—No.

—¿Resuelves aceptar el perfume?

—No.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

Y rapándole el frasco del bolsillo del delantal, lo estrellé con furia en el patio, casi a los pies de la niña Griselda que regresaba.

—Cristiano, usté ta loco, usté ta loco!

Alicia, entre humillada y sorprendida, abrió la máquina y empezó a coser. Hubo momentos en que sólo se oía el ruido de los pedales y el charloteo del loro en la estaca.

La niña Griselda, comprendiendo que no debía abandonarnos, dijo, sonreída y astuta:

—Esos caprichos de este Barrera sí que me hacen gracia. Ora se le ha *encajao* la idea de conseguí unas esmeraldas y les ha puesto el ojo a las de mis *candongas*. ¡De las orejas me las robaría!

—No sea que se las lleve con su cabeza, repliqué, realzando la sátira con una carcajada eficaz.

Y me fui para los corrales, sin escuchar las alarmadas disculpas:

—Bien hace en no discutí conmigo porque se la yevo ganáa!

Trepado en la *talanquera* daba desahogo a mi acritud, bajo el rayo del sol, cuando ví flotar a lo lejos, por encima de los morichales, una nube de polvo, ondulosa y lenta. A poco, por el lado opuesto, divisé la silueta de un jinete que, desalado, cruzaba a saltos las ondas pajizas de la llanura,

volteando la soga y revolviéndose presuroso. Un gran tropel hacía vibrar la pampa, y otros vaqueros atravesaron el banco, antes que la yeguada apareciera a mi vista, de cuyo grupo desbandábase a veces alguna potranca cerril, loca de juventud, quebrándose en juguetones corcovos. Oía ya claramente los gritos de los jinetes que ordenaban abrir el tranquero; y apenas tuve tiempo de obedecerles cuando se precipitó en el corral el atajo, nervioso, bravío, resoplador.

Franco, don Rafael y el mulato Correa se appearon de sus trotones jadeantes, que, sudando espuma, refregaban contra la cerca las cabezas estremecidas.

—Egoístas, por qué no me convidaron?

—El que primero madruga, comulga dos veces. Ya lo veremos enlazar en otra ocasión.

En tanto que aseguraban las puertas de los reductos liándoles gruesos atravesanos, acudieron las mujeres a contemplar por entre los claros del «palo a pique», la yeguada pujante, que se revolvía en círculo, ganosa de atropellar el encierro. Alicia, que traía en la mano la tela de su labor, chillaba de entusiasmo al ver la confusión de ancas lucientes, crines huracanadas, cascós sonoros. «¡Aquél para mí! ¡Este es el más lindo! ¡Miren el otro cómo patea!». Y de los ijares convulsos, del polvo pisoteado y de los relinchos rebeldes, ascendía un hálito de alegría, de fuerza y brutalidad!

Correa estaba feliz.

—¡Cogimos el resabiao! Es aquel *padrote* negro, crinúo, de pata blanca! Se le yegó su día, y más vale que no hubiera nació! No he visto zambo que no le tenga mieo, pero ya dirán ustées si tumba al hijo e mi máma!

—Mulato condenao, qué vas a hacé? gruñó la vieja. ¿Pensás que ese cabayo te ha parío?

Estimulado por nuestra presencia, le dijo a Alicia:

—Le voy a dedicá la faena. # Apenas almuercen me monto!

Y como percibiera el olor de la esencia derramada en el patio, dilató las ventanillas de la nariz repitiendo:

—¡Ah...! Güele a mujé, güele a mujé!

No quiso almorzar. Echóse a la boca un puñado de plátano frito, deshilachó un trozo de carne y remojó la lengua con café *cerrero*. Mientras tanto, entre el refunfuño de Sebastiana, montura al hombro, salió a esperarnos en el corral.

También fuimos parclos en el comer, por la exaltación de ánimo, agravada ~~#~~ **con la novedad del espectáculo próximo**. Alicia, en breve rezamiento, le encomendaba a Dios al mulato.

—¡Hombres! plañía Bastiana: No vayan a dejá que esa bestia me mate al *motoso*!

Sacamos las sogas, de cuero peludo, y unas maneas cortas, llamadas «*sueltas*», de medio metro de longitud, en cuyos extremos se abotonaban gruesos anillos de fique trenzado.

Como el potro esquivaba los lazos, agachándose entre el tumulto, ordenó Franco dividir la yeguada para lo cual se abrió el tranquero de la corraleja contigua. Cuando el caballo quedó solo, atrevió las manos contra la cerca, a tiempo que el mulato lo *arropó* con la soga. Grandes saltos dio el animal, agachando la maculada cerviz en torno de la horqueta del *botalón* donde humeaba la cuerda vibrante; y al extremo de ella se colgó colérico, ahorcándose en un hipo angustioso, hasta caer en tierra, desfallecido y pataleador.

Franco sentósele en el ijar y cogiéndolo por las orejas le dobló sobre el dorso el gallardo cuello, mientras que el mulato le enjaquimaba después de ajustarle las sueltas y de amarrarle un rejo en la cola. De esta manera lo sometían, y en vez de cabestrearlo por la cabeza, lo tiraban del rabo, hasta que el infeliz, debatiéndose contra el suelo, quedó fuera de los corrales. Allí lo vendamos con la *testera* y la montura le oprimió por primera vez los lomos indómitos.

En medio del vociferante trajín saltaron las yeguas, que se adueñaron de la llanura; y el semental, puesto de frente hacia la planicie, temblaba receloso y enfurecido.

Al tiempo de zafarle las maneas, gritó el jinete:

—Máma, a vé el escapulario!

Franco y don Rafael requirieron sus cabalgaduras, mas el domador impidió que le sujetaran el potro:

—Quédenseatrá, y si quere voltearse, échenle rejo pa evitá que me coja debajo.

Luégo, entre los gritos de Sebastiana, se guindó la reliquia en el cuello, santiguóse, y con gesto rápido destapó el animal.

Ni la mula cimarrona que manotea espantada si el tigre se le monta en la nuca; ni el toro salvaje que se ladea recorriendo el circo apenas le clavan las banderillas, ni el manatí que siente el arpón, gastan violencia igual a la de aquel potro cuando recibió el primer latigazo. Sacudióse con berrido iracundo, coceando la tierra y el aire en desaforada carrera, ante nuestros ojos despavoridos, en tanto que los amadrinadores lo perseguían, sacudiendo las ruanas. Describió grandes pistas a brincos tremendos, y tal como se viera corcovear un centauro, subía en el aire, pegada a la silla, la figura del hombre, como un torbellino del pajonal, hasta que sólo se vio a lo lejos la nota blanca de su camisa.

Al caer de la tarde volvieron. Las palmeras los saludaban con tremulantes genuflexiones.

Llegó el potro quebrantado, sudoroso, molido, sordo a la fusta y al aguijón. Ya sin taparlo, le quitaron la silla, maneáronlo a golpes y quedó inmóvil y solo a la vera del llano.

Gozosos abrazámos a Correa.

—¿Qué opinan de mi patojo? repetía Sebastiana orgullosa.

—A él se le debe todo, apuntó Franco. Tuvo la idea de ofrecerles la mejor fiesta de Casanare. Por casualidad encerramos las yeguas del hato y cogimos ese potro, que es mío y de ustedes. Ya vieron lo que pasó.

Al venir la noche, aquel rey de la pampa, humillado y maltrecho, despidióse de sus dominios, bajo la luna llena, con un relincho desolador.

Confieso, arrepentido, que en aquella semana cometí un desaguisado. Dí en enamorar a la niña Griselda, con éxito escandaloso.

En los días que Alicia tuvo fiebres le prodigué a la pobre las atenciones más delicadas; mas ahora, consultando mi conciencia, comprendo que el regocijo de barajarme con la patrona en los cuidados de la enfermería, me importaba tanto como la enferma.

La niña Griselda pasó una vez cerca de mi chinchorro y con mano insinuante la cogí del cuadril. Cerrando el puño, hizo ademán de abofetearme, miró hacia donde Alicia dormía y me sacudió con un cosquilleo:

—Poca pena, ya sabía que eras alebrestao.

Al inclinarse sobre mi pecho, sus zarcillos columpiados hacia adelante le golpeaban los pómulos.

—¿Estas son las esmeraldas que ambiciona Barrera?

—Sí, pero dejálas pa vos.

—¿Cómo podría quitarlas?

—Así, dijo, mordiéndome bruscamente la oreja. Y, ahogada en risa, me dejó solo. Luégo, con el dedo en la boca, regresó para suplicarme: ¡Que no lo vaya a sabé mi hombre! ¡Ni tu mujé!

Sin embargo, la lealtad dominó mi sangre y con desdén hidalgo puse en fuga la tentación. Yo, que venía de regreso de todas las volubridades, iba a injuriar el honor de un amigo, seduciendo a su esposa, que para mí no era más que una hembra, y una hembra vulgar? Mas en el fondo de mi determinación corría una idea mentora: Alicia me trataba ya, no sólo con indiferencia, sino con mal disimulado desdén. Desde entonces comencé a apasionarme por ella y hasta me dio por idealizarla.

Parecióme haber sido miope ante la distinción de mi compañera. En verdad no es linda, mas por donde pasa, los hombres sonríen. Placíame, sobre todo otro encanto, el de su mirada tristona, casi despectiva, porque la desgracia le había contagiado su sér de una reserva dolorosa. En sus labios discretos apaciguábase la voz con un dejo de arrullo, con una acentuación elocuente, a tiempo que sus grandes pestañas se tendían sobre sus ojos de almendra oscura, con un guiño confirmador. El sol le había dado a su cutis un tinte levemente moreno, y, aunque era carnosa, me parecía más alta, y los lunares de sus mejillas más pálidos.

Cuando la conocí, me dio la impresión de una niña apasionada y ligera. Ahora llevaba el nimbo de su pesadumbre digna y sombríamente, por la certeza de la futura maternidad. Un día provoqué la suprema revelación, y casi con enojo repuso: «No te da pudor?».

Trajeada de olanes claros, era más fresca con su sencillo descote y con su peinado negligente, en cuyos rizos parecía aletear la cinta de seda azul, anudada en forma de mariposa. Cuando se sentaba a coser, tendíame yo en el chinchorro frontero, aparentando no reparar en ella, pero mirándola a hurtadillas; y llenábame de impaciencia la frialdad de su trato, a tal punto, que repetidas veces la interrogué colérico: Pero no estoy hablando contigo?

Avido de conocer la causa de su retraimiento llegué a pensar que estuviera celosa, e intenté hacer una leve alusión a la niña Griselda, con quien manteníase en roce chocante.

—Qué te dice de mí la patrona?

—Que eres inferior a Barrera.

—Cómo! En qué sentido?

—No sé.

Esta revelación salvó definitivamente el honor de Franco, porque desde ese momento la niña Griselda me pareció detestable.

—Inferior porque no la persigo?

—No sé.

—Y si la persiguiera?

—Que responda tu corazón.

—Alicia, díme, has visto algo?

—Qué ingenuo eres! Todas se enamoran de tí?

Me provocó en ese instante, viendo mi orgullo herido, desnudarme los brazos y gritarle una y otra vez: Imbécil, pregunta quién me dio estos mordiscos!

Don Rafo apareció en el umbral.

* * *

Venía del hato, a donde fue esa mañana a ofrecer los caballos. Franco y la niña Griselda, que lo acompañaron, regresarían por la tarde. El se vino pronto, aprovechando la curiara, para consultarme un negocio y requerir mi consentimiento. El viejo Zubierta daba al fiado mil o más toros, a bajo precio, a condición de que los cogiéramos, pero exigía seguridades y Franco arriesgaba su fundación con ese fin. Era la oportunidad de asociarnos: la ganancia sería cuantiosa.

Gozoso le dije a don Rafo: «Haré lo que ustedes quieran!» Y agregué estrechando a Alicia contra mis labios: «Ese dinero será para tí!»

—Yo daré mis caballos como aporte y volaré a Arauca a exigir la cancelación de algunas deudas. Podré reunir hasta mil pesos, y con esa suma se harán, en parte, los gastos de saca. Además, empeñada la fundación, el viejo cerrará el negocio con Franco, de cuyos servicios necesita siempre, y más ahora que la ganadería está paralizada por el desorden de los vaqueros.

—Tengo aún treinta libras en mi bolsillo. Aquí están, aquí están! Sólo restaré algo para ciertos gastos de Alicia y para pagar nuestra permanencia en esta casa.

—Muy bien! Marcharé dentro de tres días, y aquí me tendrán a fines del mes entrante, antes de las grandes lluvias, porque ya el invierno se acerca. A fines de junio llegaremos a Villavicencio con el ganado. Luégo, a Bogotá! a Bogotá!

Cuando Alicia y don Rafael salieron al patio, abrió sus alas mi fantasía:

Me ví de nuevo entre mis condiscípulos, contándoles mis aventuras de Casanare, exagerándoles mi repentina riqueza, viéndolos felicitarme, entre envidiosos y sorprendidos. Los invitaría a comer a mi casa, porque ya para entonces tendría una, propia, de jardín cercano a mi cuarto de estudio. Allí los congregaría para leerles mis últimos versos. Con frecuencia, Alicia nos dejaría solos, urgida por el llanto del pequeñuelo, llamado Rafael, en memoria de nuestro compañero de viaje.

Mi familia, realizando un antiguo proyecto, se radicaría en Bogotá; y aunque la severidad de mis padres los indujera a rechazarme, les mandaría a la nodriza con el pequeño los días de fiesta. Al principio se negarían a

recibirlo, mas luégo, mis hermanas, curiosas, alzándolo en los brazos, exclamarían: «Es el mismo retrato de Arturo!» Y mi mamá, bañada en llanto, lo mimaría gozosa, llamando a mi padre para que lo conociera; mas el anciano, inexorable, se retiraría a sus aposentos, trémulo de emoción.

Poco a poco, mis buenos éxitos literarios irían conquistando el indulto. Según mi madre, # **se me debía tener lástima**. Después de mi grado en la facultad se olvidaba todo. Hasta mis amigas, intrigadas por mi conducta, disimularían mi pasado con esta frase: Esas cosas de Arturo....!

—Venga usted acá, soñador, exclamó don Rafo, a saborear # **el último brandy de mis alforjas**. Brindemos los tres por la fortuna y por el amor.

Ilusos! Debimos brindar por el dolor y la muerte!

* * *

El pensamiento de la riqueza se convirtió en esos días en mi dominante obsesión, y llegó a sugestionarme con tal poder, que ya me creía un ricacho fastuoso, venido a los llanos para dar impulso a la actividad financiera. Hasta en el acento de Alicia encontraba la despreocupación de quien cuenta con el futuro, sostenido por la abundancia del presente. Verdad que ella seguía enclaustrada dentro de su misterio, mas yo me agasajaba con esta seguridad: son extravagancias de mujer rica.

Cuando Fidel me avisó que el contrato se había perfeccionado, no tuve la menor sorpresa. Parecióme que el administrador de mis bienes me estaba rindiendo un informe sobre el modo acertado como había cumplido mis órdenes.

—Franco, esto saldrá a pedir de boca! ¡Y si el negocio fallara, tengo mucho con qué responder!

Fidel entonces, por vez primera, me averiguó el objeto de mi viaje a las pampas. Lúcidamente, ante la posibilidad de que mi compañero hubiera cometido alguna indiscreción, respondí: «No habló usted con don Rafael?» Y añadí, después de la negativa: «¡Caprichos, caprichos! Se me antojó conocer a Arauca, bajar al Orinoco y salir a Europa. Pero Alicia está tan

maltratada, que no sé qué hacer! Además el negocio no me disuena. Haremos algo».

—Pena me da que esta *pechugona* de Griselda trate de convertir en modista a la señora de usted.

—Despreocúpese. Alicia encuentra distracción en practicar lo que le enseñaron en el colegio. En nuestra casa divide el tiempo entre la pintura, el piano, los bordados, los encajes...

—Sáqueme de una duda: ¿Los cabayos de don Rafo se los dio usted?

—¡Ya se sabe cuánto lo estimo! Me robaron el mejor, ensillado, y todo el equipaje.

—Sí, me contó don Rafo... Pero quedan algunos buenos.

—Regulares; los de nuestras monturas.

—Al viejo Zubieta le gustarán. Qué casualidad esta del negocio, con un hombre tan desconfiado! Probablemente nos hizo el ofrecimiento en previsión de que Barrera «se le atravesara». Nunca había vendido semejante cosecha. Les respondía a los compradores: Si ya no tengo qué vender! Sólo me quedan cuatro bichitos! Y para estimularlo a la venta, se le debían depositar, con pretexto de que las guardara, las libras destinadas al trato, en la seguridad de que el oro se quedaría allí. Una vez tuvo esa táctica un *saquero* de Sogamoso, hombre corrido y negociante avisado, quien, para ganarse la voluntad del abuelo, duró borracho con él varios días. Mas cuando fueron a separar la torada, tendió Zubieta su bayetón fuera de los corrales y desanudó la mochila del cliente, advirtiéndole: «A cada torito que salga, écheme aquí una morrocotica, porque yo no entiendo de números». Agotado el depósito, insinuó el *reinoso*: «¡Me faltó dinero! ¡Fíeme los animalitos restantes!». Zubieta sonrió: «Camaráa, a usted no le falta dinero; es que a mí me sobra ganao!»

Y recogiendo el bayetón regresó irreductible.

Satisfecho de mi fortuna, escuchaba la anécdota.

—Franco, le dije golpeándole el hombro: ¡No se sorprenda usted de nada! El viejo sabe lo que hace. Habrá oído mi nombre...!

—¡Veleta, veleta, cómo tas de cambiao!
—Hola, niña Griselda, ¿qué es ese tuteo?
—¿Tas *entonao* por el negocio? Pa morrocotas, el Vichada. Yeváme. Quiero irme con vos!

Se echó a abrazarme, pero la aparté con el codo. Ella vaciló sorprendida:

—¡Ya sé, ya sé! Le tenés *terronera* a mi marío!
—Le tengo aversión a usted!
—¡Desagradecío! La niña Alicia no sabe náa. Sólo me encargó que no te creyera.

—Qué dice usted? Qué dice usted?
—Que el yanero es el sincero; que al serrano, ni la mano.
Pálido de cólera, entré a la sala.
—Alicia, no me agrada tu compañerismo con la niña Griselda! Puede contagiarte su vulgaridad! No conviene que sigas durmiendo en su cuarto!

—Quieres que te la deje sola? ¿No respetarás ni al dueño de casa?
—¡Escandalosa! ¿Vuelven ya tus celos ridículos?

La dejé llorando y me fui al caney. La vieja Tiana prendía remiendos en la camisa del mulato, que, semidesnudo, esperaba la obra tendido en un cuero.

—Blanco, refrésquese en ese chinchorro. Ta haciendo un caló de agua!
En vano pretendí conciliar el sueño. Me importunaba el cacareo de una gallina que escarbaba en el zarzo, mientras sus compañeras, con los picos abiertos, acezaban a la sombra, indiferentes al requiebro del gallo que venía a arrastrarles el ala.

—¡Estas condenáas no dejan ni dormí!
—Mulata, le dije: ¿Cuál es tu tierra?
—Esta onde me hayo.
—¿Eres colombiana de nacimiento?
—Yo soy únicamente yanera, del lao de Manare. Dicen que soy craveña, pero no soy del Cravo; que pauteña, pero no soy del Pauto. Yo soy de todas estas yanuras! ¡Pa qué más patria, si son tan beyas y dilatáas? Bien dice el dicho: ¡Onde ta tu Dios? ¿Onde te salga el sol!

—¿Y quién es tu padre?, le pregunté a Antonio.

—Mi máma sabrá.

—¡Hijo, lo importante es que hayás nacío!

Conteniendo la risa, indagué:

—Mulato, te vas al Vichada?

—Tuve cautivao unos días, pero lo supo el hombre y me *empajó*. Y como dicen que son montes y más montes, onde no se puée andá a cabayo, eso pa qué! A mí me pasa lo que al ganao: sólo quero los pajonales y la libertá.

—Los montes, pa los indios, agregó la vieja.

—A los *pelaos* también les gusta la sabana: que lo diga el daño que hacen. En qué no se ve uno pa enlazá un toro! Necesita hayarse bien remontao y que el potro empuje. Y eyos los cogen de a pié, a carrera limpia, y los desjarretan uno tras otro, que da gusto! Hasta cuarenta reses por día, y se tragan una, y las demá pa los *zamuros* y los *caricares*. # *Y con los cristianos también son atrevíos*: al dijunto Jaspe le salieron de junto al cabayo, y lo cogieron de estampía y lo envainaron! Y no valió gritarles, y, de apostá, andábamos desarmaos, y eyos eran como veinte y echaban flecha pa toas partes!

La vieja, apretándose el pañuelo que llevaba en las sienes, terció en esta forma:

—Era que el Jaspe # *los persiguía con los vaqueros y con el perraje*. Onde mataba uno, prendía candela y hacía que se lo taba comiendo asao, pa que lo vieran los fugitivos o los vigías que atalayaban sobre las copas de los moriches.

—Máma, jue que los indios le mataron a él la jamilya, y como pua quí no hay autoridá, tié uno que desenrearse solo. Ya ven lo que pasó en el Hatico: *macetearon* a tóos los racionales y toavía humean los tizones. Blanco, hay que apandiyarnos pa echarles una buscáa!

—No, no! Cazarlos como a fieras? Eso es inhumano!

—Pues lo que usté no haga contra eyos, eyos lo hacen contra usté.

—No contradigás, zambo alegatista! El blanco es más léido que vos. Preguntále más bien si masca tabaco y dále una mascáa.

—No, gracias, viejita. Eso no es conmigo.

—Ahí tán remendaos tus *chiros*, díjole al mulato, aventándole la camisa. Ora rompélos en el monte! # *Ya trujiste la vengavenga?* Cuánto hace que te la han solicitao!

—Si me da café, la treigo.

—Y qué es eso de vengavenga?

—Encargos de la patrona. Es la cascarita de un palo, que sirve pa enamorá!

* * *

Mi sensibilidad nerviosa ha pasado por grandes crisis, en que la razón trata de divorciarse de mi cerebro. A pesar de mi exuberancia física, mi mal de pensar, que ha sido crónico, logra debilitarme de contínuo, pues ni durante el sueño quedo libre de la visión imaginativa. Frecuentemente, las impresiones logran su máximo de potencia en mi excitabilidad, pero una impresión suele degenerar en la contraria a los pocos minutos de recibida. Así, con la música, recorro la gama del entusiasmo para descender luégo a las más refinadas melancolías; de la cólera paso a la transigente mansedumbre, de la prudencia a los arrebatos de la insensatez. En el fondo de mi ánimo acontece lo que en las bahías: las mareas suben y bajan con intermitencia.

Los excitantes alcohólicos son repudiados por mi organismo, aunque saben llevar el marasmo a las penas. Las pocas veces que me embriagué, lo hice por ociosidad o por curiosidad: para matar el tedio o para conocer la sensación tiránica que bestializa a los bebedores.

El día que don Rafo se separó de nosotros sentí un vago pesar, un augurio de males próximos, una certidumbre de ausencia eterna. Yo participaba, al ver que se iba, del entusiasmo de nuestra empresa, cuyo programa empezaba a cumplirse con las gestiones encomendadas a dicho socio. Pero a la manera que la bruma asciende a las alturas iluminadas, sentía subir en mi espíritu el vaho de la congoja humedeciendo mis ojos. Y bebí con ahínco las copas que precedieron a la partida.

Así, por un momento, reconquisté la animación veleidosa; pero mi mente seguía deprimiéndose con el eco tenaz de los sollozos de Alicia cuando le dijo a don Rafael en un abrazo desesperado: «Desde hoy quedaré en el desierto!»

Yo entendí que ese desierto tenía algo que ver con mi corazón.

Recuerdo ahora que Fidel y Correa debían acompañar al viajero hasta el propio Tame, en previsión de que los secuaces de Barrera lo despojaran. Allí contratarían vaqueros remontados para nuestra cogienda, y no podían tardar más de una semana en volver a La Maporita.

«En sus manos queda mi casa», había dicho Franco, y yo acepté la comisión con disgusto. ¿Por qué no me llevaban a sus faenas? ¿Imaginarían que era menos hombre que ellos? Quizás me aventajaban en destreza, pero nunca en audacia y fogosidad.

Ese día les cobré un repentino resentimiento, y, loco de alcohol, estuve a punto de gritar: «El que cuida a dos mujeres, con ambas se acuesta!»

Cuando partieron, entré a la alcoba a consolar a Alicia. Estaba de bruces sobre su catre, oculto el rostro en los brazos, hipante y llorosa. Me incliné por acariciarla, y apenas hizo un movimiento para alargarse el traje sobre las piernas. Luégo rechazóme con brusquedad: Quíta! Sólo me faltaba verte borracho!

Entonces, en su presencia, le dí un abrazo a la patrona. «No es verdad que tú sí me quieres? Que sólo he tomado dos copitas?»

—Y si las bebieras con cáscara de quinina, no te darían calenturas.

—Sí, amor mío! Lo que tú quieras! lo que tú quieras!

Indudablemente, fue entonces cuando salió con la botella hacia la cocina y le puso la vengavenga. Pero yo, a los pies de Alicia, me quedé profundamente dormido.

Y esa tarde no bebí más.

* * *

Desperté con el alma ensombrecida por la tristeza, hurano y nervioso. Miguel había llegado del hato en un potro *coscojero* de falsa rienda, y

mantenía conversación en el caney con Sebastiana:

—Vengo a yevá mi gayo y a vé si Antonio me presta su tiple.

—Aquí el que manda ahora es el blanco. Pedíle permiso pa cogé tu poyo. El requinto no lo puéo prestá no tando su dueño.

El hombre se me acercó tímidamente:

—Ese gayito es mío, y lo quero poné en cuerda pa las riñas que vienen. Si me lo deja yevá, espero que escurezca pa cogélo en el palo.

El recién venido me pareció sospechoso.

—No mandó razón ninguna el señor Barrera?

—Pa usted, no.

—Para quién?

—Pa naide.

—Quién te vendió esa montura?, dije, reconociendo la mía, la misma que me robaron en Villavicencio.

—Se la *mercó* el señor Barrera a un guate que vino del interió, hace dos semanas. Dijo que se la vendía, porque el cabayo se lo había matao una culebra.

—Y cómo se llama el que la vendió?

—Yo no lo ví. Apenas escuché el cuento.

—Y tú acostumbras usar la silla de Barrera?, rugí, cogiéndolo de la nuca. Si no me confiesas dónde está él, dónde quedó escondido, te trituro a palos! Pero si eres leal a mi pregunta, te daré el gallo y el tiple y un par de libras.

—Suélteme, pa que no malicén que le confieso.

Lo llevé hacia la corraleja, y me dijo:

—Quedó agazapao en la otra oriya del monte, porque no vido la señal convenía, es decir, el bayetón extendío en el tranquero, por el lao rojo. Por eso me mandó con la recomienda de que si no había peligro, desensiyara el rango y lo esperara. El vendrá con la noche, y yo, como aviso, quedé de tocále tiple, pero no he poído hablá con la mujé.

—No le digas nada!

Y lo obligué a desensillar.

Ya había oscurecido, y sólo en el límite de la pampa diluía el crepúsculo su huella sangrienta. La vieja Tiana salió de la cocina, llevando encendido el mechero de *kerosén*. Las otras mujeres rezaban el rosario, con murmullo lúgubre. Dejé al hombre en espera y me fui al cuartucho de Antonio por el requinto. A oscuras lo descolgué de la percha y saqué la escopeta de dos cañones.

Acabado el rezo, me presenté con las manos vacías ante la niña Griselda:

—Un hombre la espera en el patio.

—Ah! Miguelito! Vino a buscá el tiple?

—Sí. Es bueno prestárselo. Lléveselo usted. En ese rincón está.

Cuando salió, pretendí, en vano, descubrir en los ojos de Alicia alguna complicidad. Estaba fatigada, quería recogerse temprano.

—No apetece ver la salía de la luna?, propuso Sebastiana.

—No, dije. La llamaré cuando sea tiempo.

Y con disimulo cogí la botella bajo la ruana. Serenamente, sin que en mi rostro se delatara el propósito trágico, le advertí a la niña Griselda apenas regresó:

—Sebastiana puede quedarse aquí, en la sala. Yo guindaré mi chinchorro en el corredor del caney. Necesito aire fresco.

—Eso sí es bien pensao. Con estos calores no se puée dormí, observó la mulata.

—Si querés, propúsole la patrona, dejá la puerta de par en par.

Al oír esto, sentí una maligna satisfacción. Dí las buenas noches acentuando estas frases: Miguel me ofreció cantar un *corrido*. No tardaré en acostarme.

Al breve rato apagaron la luz.

* * *

Mi primer cuidado fue mirar si en el patio estaban los perros. Los llamé en voz baja, anduve por todas partes con extraordinaria cautela. Nada! Afortunadamente se habían marchado con los viajeros.

Llegué al caney, orientado por el tabaco del hombre.

—Miguelito, quieres un trago?

Devolvióme la botella escupiendo:

—Qué amargo ta ese ron.

—Díme: con quién tiene cita Barrera?

—No sé bien con cuál es.

—Con ambas?

—Así será.

El corazón empezó a golpearme el pecho, como un redoblante. En mi garganta se ahogaba, seca, la voz.

—Barrera es un caballero muy generoso?

—Es de *chuzo*. Dice que da cuanta mercancía quera el solicitante, lo hace firmá en un libro y le entrega cualquier retazo diciendo: «Lo demá se lo tengo en el Vichada». Yo le he perdido la voluntá.

—Y cuánto dinero te dio?

—Cinco pesos, pero me cogió recibo por diez. Me tiée ofrecía una muda nueva, y nada me ha dao. Así con tóos. Ya despachó una gente a San Pedro de Ariména, pa que alisten bongos en el Muco. El hato ha quedao casi solo. Hasta el Jesús se largó ya, pero pasando por Orocué con una razón del viejo Zubieta.

—Basta, basta! Toma el requinto y pónete a cantar.

—Toavía es temprano.

Esperamos casi una hora. La idea de que Alicia me fuera infiel llenábame de cóleras súbitas, y para no estallar en sollozos me mordía las manos.

—Usté piensa matá al hombre?

—No, no! Sólo quiero saber a qué viene.

—Y si es a toparse con su mujercita?

—Tampoco.

—Pero eso le quedaría feo a usté.

—Crees tú que debo matarlo?

—Esas son cosas suyas. Lo que ha de tené es cuidao con yo. *Aguáitelo* en la talanquera, porque me voy a poné a cantá.

Le obedecí. A poco, me dijo:

—No se emborrache. Póngale pulso a la puntería.

Por encima de la platanera tendió más tarde la luna un reflejo indeciso, que se fue dilatando hasta envolver toda la inmensidad. El tiple elevó su rasgueo melancólico en el preludio de la tonada:

Pobrecita palomita,
que el gavilán la cogió;
aquí va la sangrecita
por donde se la llevó.

Con el alma puesta en los ojos, tendía yo la escopeta hacia el caño, hacia los corrales, hacia todas partes. El pavo, desde la cumbre de la cocina, hirió la noche con un destemplado grito. Afuera, en alguna senda del pajonal, aullaron los perros.

Aquí va la sangrecita
por donde se la llevó.

Las mujeres encendieron luz en el cuarto. La vieja Tiana, como un ánima en pena, asomó al umbral:

—Hola, Miguel: La niña Griselda que dejés dormí.

El cantador enmudeció y fue luégo a buscarme.

—Se me olvidó decíle que yo taba obligao a yevarle la curiara. Me voy. Cuando volvamos, tírele al de adelante. Si le pega, yo se lo echaré a los caimanes y acabáas son cuentas!

Lo ví alejarse en la embarcación, sobre el agua enlunada, donde los árboles tendían sus sombras inmóviles. Entró luégo en la zona oscura del charco, y sólo percibí el cabrilleo del canalete, rútilo como cimitarra anchurosa.

Esperé hasta la madrugada. Nadie volvió.

Dios sabe lo que hubiera pasado!

* * *

Al rayar el día, ensillé el caballo de Miguel y puse la escopeta en el zarzo. La niña Griselda, que andaba con un cubo rociando las matas, me observaba inquieta.

—Qué tas haciendo?

—Aguardo a Barrera, que amaneció por aquí.

—Exagerao! Exagerao!

—Oiga, niña Griselda: Cuánto le debemos?

—Cristiano! Qué me decís?

—Lo que oye. La casa de usted no es para gentes honradas. Ni a usted le conviene echarse en el pajonal teniendo su barbacoa.

—Ponéle freno a tu lengua! Tás bebío.

—Pero no con el licor que le trajo Barrera.

—Acaso fue pa mí?

—Quiere usted decir que fue para Alicia?

—Vos no la podés obligá a que te quera ni a que te siga, porque el cariño es **# como el viento: sopla pa cualquier lao**.

Al oír esto, con alterna premura, chupé la botella y bajé el arma. La niña Griselda salió corriendo. Empujé la puerta. Alicia, a medio vestir, estaba sentada en el catre.

—¿Comprendes lo que está pasando por tí? Vístete! Vámonos! Aprisa! Aprisa!

—Arturo, por Dios!...

—**# Me voy a matar a Barrera en presencia tuya!**

—Cómo vas a cometer ese crimen!

—No llores! Te dueles ya del muerto?

—Dios mío: Socorro!...

—Matarlo! Matarlo! Y después a tí, y a mí y a todos! No estoy loco! Ni tampoco digan que estoy borracho! Loco? No! Mientes! Loco, no! Quítame ese ardor que me quema el cerebro! Dónde estás? Tiéntame! Dónde estás?

Sebastiana y la niña Griselda se esforzaban por sujetarme.

—Calma, calma, por lo más querío! Soy yo. No me conocés?

Me echaron en un chinchorro, y pretendieron coserlo por fuera; mas con pataleo brutal reventé las cabuyas, y, agarrando a la niña Griselda del moño,

la arrastré hasta el patio.

—«Alcahueta! alcahueta!» Y de un puñetazo en el rostro, la bañé en sangre.

Luégo, en el delirio vesánico, me eché a reír. Divertíame el zumbido de la casa, que giraba en rápido círculo, refrescándome la cabeza. «Así, así! Que no se detenga porque estoy loco!» Convencido de que era un águila, agitaba los brazos y me sentía flotar en el viento, por encima de las palmeras y de las llanuras. Quería descender para levantar en mis garras a Alicia, y llevarla sobre una nube, lejos de Barrera y de la maldad. Y subía tan alto, que contra el cielo me porraceaba, y el sol me quemaba el cabello y yo respiraba su resplandor.

Cuando la convulsión hizo crisis, intenté caminar, pero sentía correr el suelo bajo mis plantas, en sentido contrario. Apoyándome en la pared, entré en la sala vacía. Todos habían huído! Tenía sed, y de nuevo apuré la botella. Recogí el arma, y para enfriarme las mejillas las oprimía contra los cañones. Triste porque Alicia me desamparaba, empecé a llorar. Luégo declamé a gritos:

—No le hace que me dejes solo! Para eso soy hombre rico! Nada quiero de tí, ni de tu muchacho, ni de nadie! Ojalá que ese bastardo te nazca muerto! Ni será hijo mío! Lárgate con el que se te antoje! Tú no eres más que una querida cualquiera.

Después hice varios disparos.

—¿Dónde está Franco, que no sale a defender a su hembra? Aquí me tiene! Yo vengaré la muerte del Capitán! Al que se presente, lo mato! A Barrera no, a Barrera no, para que Alicia se vaya con él! Se la cambio por brandy, por una botella no más!

Y recogiendo la que tenía, monté en el potro, me tercié la escopeta y partí a escape por el llano impasible, dando a los aires este pregón enronquecido y diabólico:

—Barrera, Barrera! Alcohol, Alcohol!

* * *

Media hora después, los del hato me vieron pasar. Del otro lado del caño me gritaban y me hacían señas. Por el vado que me indicaron hostigué el potro, y salí al patio, dispersando la gente a pechadas, entre una algarabía de protestas.

—A ver! Quién manda aquí? Por qué se esconde Barrera? Que salga!

Y colgando la escopeta en la montura, salté desarmado. Todos esperaban perplejos. Algunos sonrieron mirándose.

—Guá! chico! Qué quieres tú?

Tal dijo una mujercilla halconera, de rostro envilecido por el colorete, cabellos oxigenados y brazos flacuchos, puestos en jarras sobre el cinturón del traje vistoso.

—Quiero jugar a los dados! Nada más que jugar! En este bolsillo traigo las libras!

Y tiré unas a lo alto, y se regaron en el suelo.

Entonces oí la voz carrasposa del viejo Zubieta, que ordenaba desde el cuarto contiguo:

—Clarita, al cabayero, que siga.

Acaballado en el chinchorro pero tendido de espaldas, estaba el hacendado, de barriga protuberante, ojos de lince, cara pecosa y pelo rojizo. Alargándose sus dos manos, que además de ser escabrosas parecían hinchadas, hizo rechinar entre los bigotes una sonrisa:

—Cabayero, dispense que no me púeo enderezá!

—Yo soy el socio de Franco, el cliente de los mil toros, y si quiere, se los pagaré de contado!

—¡Asina, sí; asina, sí! Pero usté debe cogélos porque el zambaje que tengo ta de a pie, y no sirve pa náa.

—Yo conseguiré mis vaqueros, bien montados, y no dejaré que me los sonsaqueen para el Vichada.

—Me gusta usté. ¡Eso tá bien hablao!

Salí a meter mis aperos y ví a Clarita, cuchicheando con mi enemigo, mientras que con una totuma le echaba agua en las manos. Al verme, se escondieron tras de la casa.

—¿Qué ladrón recogió el oro que tiré aquí?

—«Yo te lo guardo», replicó un hombre, en quien reconocí al de winchester, que pretendió quitarle la mercancía a don Rafael. «¡Ora sí podemos arreglá lo del otro día! ¡Sinvergüenza, ora sí me topás!»

Adelantóse amenazante, mirando hacia el punto donde su patrón estaba escondido, como en espera de una orden. Sin darle tiempo, lo aplasté de una sola trompada!

Barrera acudió exclamando:

—Señor Cova, ¿qué pasa? Venga usted acá. ¡No haga caso de los peones! Un caballero como usted...

El ofendido fue a sentarse contra el pretil y sin apartar de mí los ojos, se enjugaba la sangre de las narices.

Barrera lo reprendió con dictados crueles: «¡Malcriado, atrevido! ¡El señor Cova merece respeto!» Mas a tiempo que me invitaba a penetrar en el corredor, prometiendo que el oro me sería devuelto religiosamente, el hombre desensilló mi caballo, guardóse la escopeta y yo me olvidé del arma. La gente hacía comentarios en la cocina.

En el cuarto, Clarita estaría refiriéndole al viejo lo que pasaba, porque enmudecieron al verme.

—¿El cabayero se regresa hoy?

—No, amigo Zubietá. ¡No se me antoja! ¡Vine a beber y a jugar; a bailar y a cantar!

—Es un honor que no merecemos, afirmó Barrera. El señor Cova es una de las glorias de nuestro país.

—¿Y gloria, por qué? interrogó el viejo. ¿Sabe montá? ¿Sabe enlazá? ¿Sabe toreá?

—¡Sí, sí! grité. ¡Lo que usted quiera!

—«¡Asina me gusta, asina me gusta!» Y se agachó hacia el cuero de tigre que tenía bajo el chinchorro. «Clarita, dános unos brándises», dijo indicándole el garrafón.

Barrera, para no beber, salió al corredor, y a poco, vino alargándome un puñado de oro.

—Estas monedas son de usted.

—¡Miente! Desde ahora son de Clarita.

Ella las recibió sonriendo y me dio las gracias con este cumplido:
¡Aprendan! ¡Es una dicha encontrar cabayeros!

Zubieta se quedó pensativo. Por fin mandó que acercaran la mesa, y, cuando vaciamos otras copas, señaló un morralito suspendido de un cuerno en la pared fronteriza:

—Clarita, dános **# las muelas de Santa Polonia**.

Clarita puso los dados sobre la mesa.

* * *

Indudablemente, mi nueva amiga me favoreció aquella noche en ese juego plebeyo, desconocido para mí. Tiraba yo los dados con nerviosidad y a veces caían bajo el chinchorro. Entonces el viejo, entre carcajadas y toses, le preguntaba: «¿Me ganó? ¿Me ganó?» Y ella, ladeando la farola, le respondía: «**# Echó cenas. Es un chico de suerte**».

Barrera, simulando delicada confianza en las palabras de la mujer, confirmaba sus decisiones; pero vivía celoso de que no escaseara el licor. Clarita, ebria, me apretaba la mano al descuido; el viejo, ebrio, tarareaba una canción obscena; mi rival, por encima de la luz temblorosa, me sonreía irónico; yo, semiconsciente, repetía las *paradas*. En la puerta del cuartucho los peones seguían el juego, con interés.

Cuando quedé dueño de casi todo el montón de frisoles que representaban un valor convenido, Barrera me propuso jugarlos en *paro*, vaciando las morrocotas de su chaleco. «Tire por mitad, cien toros», exclamó el vejete, dando fuertes golpes contra la mesa. Entonces noté que los zapatos de mi adversario pisaban los de Clarita, y tuve el presentimiento de que llegaba el fraude.

Con frase feliz decidí a la mujer:

—Esto lo jugaremos en compañía.

Ella extendió al instante sobre el montoncillo de granos las manos avaras. El rubí de su anillo se encendió en sangre.

Zubieta maldijo su suerte cuando lo venció mi jugada.

—Ahora con usted, le dije a Barrera, sonando los dados.

Recogiélos sin inmutarse, y, mientras los agitaba, cambiándolos, pretendió distraernos con un encomio de baja ley. Pero al lanzarlos sobre la mesa, los atrapé de un solo golpe:

—¡Canalla, estos dados son falsos!

Trabóse de súbito una reyerta y la lámpara rodó al suelo. Hubo gritos, amenazas, imprecaciones. El viejo cayó del chinchorro, pidiendo auxilio. Yo, a oscuras, esgrimía los puños a diestra y siniestra, hacia cualquier sitio donde oyera la voz de un hombre. Alguien hizo un disparo, ladronaron los perros, rechinaba la puerta con el afán del ahuyentado tumulto, y la ajusté de un empellón, sin saber quién quedaba adentro.

Barrera exclamó en el patio: ¡Ese bandido vino a matarme y a robar al señor Zubieta! ¡Anoche me estuvo *puesteando*! Gracias a Miguel, que se opuso al crimen y me denunció la asechanza! ¡Prendan a ese miserable! ¡Asesino, asesino!

Yo, desde adentro, le lanzaba atrevidos insultos, y Clarita, conteniéndome, suplicaba:

—¡No salgas, no salgas, porque te acribiyan!

El viejo gimoteaba espantado:

—No me deje solo, no me deje solo! ¡Cuidao con encender luz!

Cuando me ayudaron a echar el cerrojo, sentí que mis dedos estaban húmedos. Tenía una puñalada en el brazo izquierdo.

Con nosotros quedó encerrada una persona que me puso en las manos un winchester. Al sentir que me buscaba, intenté cogerla, pero, susurrando, me repetía: «¡Cuidao con yo! # **Soy el tuerto Mauco, amigo de tóo el mundo!**»

La turba agresiva rodeó la puerta, y yo, sin permanecer en un solo punto, perforaba las tablas a tiros, iluminando la estancia con el relampagueo de los fogonazos. Al fin terminó la agresión. Quedamos sumidos en el más pavoroso silencio y mi oído acechante dominaba la oscuridad. Por los huecos que abrieron mis balas observé con sigilosa pupila. Hacía luna y el patio estaba desierto.

Mas por instantes recogía el rumor de voces y risotadas, que venían quién sabe de dónde. El dolor de la herida empezó a rendirme y el vértigo

del alcohol acabó por echarme a tierra. Allí me desangré hasta que Dios quiso, entre el pánico de mis compañeros, que en algún rincón se decían: «Parece que ese hombre está agonizando».

—¡Agua, agua! ¡Estoy herido! ¡Me muero de sed!

Al amanecer, abrieron el cuarto y me dejaron solo. Desperté con desmayada dolencia a los gritos que daba el dueño del hato, reprendiendo a la peonada por indolente, pues no quiso salvarlo de la batahola.

—¡Gracias al guate, repetía, gracias al guate! estoy contando el cuento! El tenía razón, los daos eran falsos y con eyos me había estafao mi plata ese tramposo del Barrera. Aquí topé uno bajo la mesa! Convénzase. Tiene azogue por dentro.

—No podíamos arrimá por los tiros.

—Y quén hirió a Cova?

—¿Quén sabrá?

—Vayan a decirle al Barrera que no lo quero aquí; que pa eso tié sus toldos, que se quede ayá. Que si no sabe pa qué son los caminos; que el guate ta aquí con la carabina!

Clarita y el tuerto Mauco vinieron en mi socorro trayendo un caldero de agua caliente. Descosieron la manga de la camisa para quitármela sin lastimar el túmido brazo, y luégo, humedeciendo los bordes de la tela semipegada, descubrieron la herida, pequeña pero profunda, abierta sobre el músculo cercano al hombro. La lavaron con aguardiente, y, antes de extenderle la cataplasma, el tuerto, con unción ritual, exclamó: Pongan fé, porque la voy a rezá.

Admirado observaba yo a aquel hombruco, de color terroso, mejillas fofas y labios amoratados. Puso en el suelo, con cuidadosa solicitud, el bordón en que se apoyaba y encima de él su sombrero grasiendo de alas roídas que tenía como cinta un mazo de cabuyas a medio torcer. Por los rotos de sus harapos se le veían las carnes hidrólicas, principalmente el

abdómen, escurrido en rollo sobre el empeine. Volvió, parpadeando, hacia la puerta el ojillo tuerto, para regañar a los muchachos que se asomaban.

—¡Esto no es cosa de juego! Si no han de poné fé, lárguense, porque se pierde la virtú!

Los gandules permanecieron fervorosos como en un templo, y el viejo Mauco, después de hacer en el aire algunos signos de magia, masculló una retahila que se llamaba «# [La oración del justo juez](#)».

Satisficho de su ministerio, recogió el sombrero y el palo, y dijo inclinándose sobre el cuero de toro donde me hallaba tendido: No se deje *acochiná* del doló. Yo lo curo presto: con otra rezáa tiene.

Miré con asombro a Clarita como para indagar la certidumbre de cuanto estaba pasando. Era una convencida creyente, que manifestaba un respeto fanático. Para ahuyentar mis dudas, expuso:

—¡Guá! Chico, Mauco sabe de medicina. Es el que mata las gusaneras, rezándolas. Cura los animales y las personas.

—No sólo eso, añadió el vejete orgulloso. Sé muchas oraciones pa tóo. Pa topá las reses perdías, pa sacá entierros, pa hacerme invisible a los enemigos. Cuando el reclutamiento de la guerra grande me vinieron a cogé, y me les convertí en una mata de plátano. Una vez me apañaron antes de acabá el rezo y me encerraron en una pieza, con doble yave; pero me volví hormiga y me picurié. Si no hubiera sío por yo, quén sabe qué nos hubiera aconteció en la gresca de anoche. Yo tuve listo pa evaporarme cuando se entraran, y taparlos a tóos con mi neblina. Apenas supe que usté taba herío, le recé la oración del *sana que sana* y la hemorragia se le contuvo.

Lentamente fui cayendo en una quietud sonámbula, en un vago deseo de dormir. Las voces se iban alejando de mis oídos y los ojos se me llenaron de sombra. Tuve la impresión de que me hundía en un hoyo profundo, a cuyo fondo no llegaba jamás.

Un sentimiento de rencor me hacía odioso el recuerdo de Alicia, la responsable de cuanto pasaba. Si alguna culpa podía corresponderme en el

trance calamitoso, era la de no haber sido severo con ella, la de no haberle impuesto a toda costa mi cariño y mi autoridad. Así, con la sinrazón de este razonamiento, envenenaba mi ánima y enconaba mi corazón.

¿Verdaderamente me habría sido infiel? ¿Hasta qué punto le había mareado el espíritu la seducción de Barrera? ¿Habría existido esa seducción? ¿A qué hora pudo llegarle la influencia del otro? Las palabras reveladoras de la niña Griselda no serían mensaje de astucia para decidirme en su favor, calumnianto a mi compañera? Tal vez había sido yo injusto y violento; pero ella me debía perdonar aunque no le pidiera perdón, porque le pertenecía con mis cualidades y defectos, sin que le fuera dable hacer distingos en mi persona. Agregábase en mi descargo que la vengavenga me llevó a la locura. ¿Cuándo en mi sano juicio le dí motivos de queja? Entonces, ¿por qué no venía a buscarme?

Parecíame a ratos verla llegar, bajo su sombrero de lánguidas plumas, tendiéndome los brazos entre sollozos: «¿Qué desalmado te hirió por causa mía? ¿Por qué estás tendido en el suelo? ¿Cómo no te dan una cama?» Y anegándome el rostro en lágrimas se sentaba a mi cabecera, dándome por almohada sus muslos trémulos, peinando hacia atrás mis cabellos, con mano amorosa y enternecida.

Alucinado por la obsesión, me reclinaba sobre Clarita, apartándome al reconocerla.

—Chico, ¿por qué no descansas en mis rodillas? ¿Quieres más limonada para la fiebre? ¿Te cambio el vendaje?

A veces sentía la tos impaciente de Zubieta en el corredor:

—Mujé, quitáte de ahí que acalorás al enfermo. ¡Ni tu marío que juera!

Clarita se alzaba de hombros.

¿Y por qué aquella mujer no me desamparaba, siendo una escoria de lupanar, una sobra del bajo placer, una loba ambulante y famélica? ¿Qué misterio redimía su alma cuando me consentía con avergonzada ternura, como cualquiera mujer de bien, como Alicia, como todas las que me amaron?

Alguna vez me preguntó cuántas libras me quedaban en el bolsillo. Eran pocas, y las guardó en el seno; mas en un momento que nos dejaron solos,

me leyó un papel al oído: «Zubieta te debe doscientos cincuenta toros; Barrera, cien libras y yo te tengo guardadas veintiocho».

—Clarita, tú me has dicho que mi ganancia en el juego estuvo exenta de dolo. Todo eso es para tí, que has sido tan buena conmigo.

—Chico, ¿qué estás diciendo? No creas que te sirvo por interés. Yo sólo quiero volver a mi tierra, a pedirles perdón a mis padres, a envejecer y morir con eyos. Barrera quedó de costearme el viaje hasta Venezuela, y, en compensación, abusa de mí sin más medida que su deseo. Zubieta dice que se quiere casar conmigo y yevarme a Ciudad Bolívar, al lado de mis viejecitos. Yo, confiada en esta promesa, he vivido borracha casi dos meses, porque él me amonesta con su norma invariable: «¿Cuál será mi mujé? La que me acompañe a bebé».

«En estas fundaciones me dejó botada el Coronel Infante, guerriyero venezolano que tomó a Caicara. Ayí me rifaron al *tresiyo*, como una simple cosa, y fui ganada por un tal Puentes, pero Infante me descontó al liquidar el juego. Después lo derrotaron, tuvo que asilarse en Colombia y me abandonó por aquí.

«Antier, cuando yegaste a cabayo, con la escopeta al arzón, atropeyando la gente, caída la gorra sobre la nuca, te me pareciste a mi hombre. Luégo simpaticé contigo desde que supe que eres poeta.

Mauco entraba a rezarme la herida y yo tuve el tino de aparentar que creía en la eficacia de sus oraciones. Sentábase en el chinchorro a mascar tabaco, royéndolo de una rosca que parecía tasajo reseco, e inundaba el piso de salivazos sonoros. Después me daba informes sobre Barrera:

—Se la pasa metío en el toldo, afiebrao. Sólo me pregunta que hasta cuándo va a quearse usté aquí. ¡Quén sabe pa qué cosas le tará haciendo usté *mal tercio*!

—¿Por qué no ha vuelto Zubieta a ocupar su chinchorro?

—Porque es alertao y teme otra *chirinola*. Duerme en la cocina y se tranca por dentro.

—¿Y Barrera no ha vuelto a La Maporita?

—Las calenturas no lo dejan pará.

Esta afirmación me aquietaba el espíritu, porque vivía celoso de Alicia y hasta de la niña Griselda misma. ¿Qué estarían haciendo? ¿Cómo calificarían mi conducta? ¿Cuándo vendrían por mí?

El primer día que tuve fuerzas para levantarme, suspendí mi brazo con un pañuelo, a manera de cabestrillo, y me asomé al corredor. Clarita barajaba los naipes junto al chinchorro donde el viejo dormía la siesta. La casa, pajiza y a medio construir, desaseada como ninguna, apenas tenía habitable el tramo que ocupaba yo. La cocina, de paredones cubiertos de hollín, defendía la entrada con un barrial, formado por las aguas que derramaban las cocineras, sucias, desarrapadas y sudorosas. En el patio, desigual y fragoso, se secaban al sol, bajo el zumbido de los moscones, los cueros de las reses sacrificadas, y de ellos desprendía un *zamuro* tiras sanguinolentas. En el caney de los vaqueros vigilaban, amarrados sobre sus perchas, los gallos finos, y en el suelo refocilábanse los perros y los lechones.

Sin ser visto, me acerqué al tranquero. En los corrales, de gruesos troncos clavados, la torada prisionera se trasijaba de sed. Detrás de la casa dormían unos gañanes sobre un bayetón extendido encima de las basuras. A poco trecho, en la costa del caño divisábanse los toldos de mi rival, y en el horizonte, hacia la fundación de La Maporita, perdíase la curva de los morichales... ¡Alicia estaría pensando en mí!

Clarita, al verme, acudió con su sombrilla de muaré blanco:

—Chico, el sol puede irritarte la herida. Vénte a la sombra. ¡No vuelvas a cometer despropósitos semejantes!

Y sonreía exhibiendo sus dientes llenos de oro.

Como intencionalmente me hablaba en voz alta, el viejo, al oírla, se incorporó:

—¡Asina me gusta! ¡Los jóvenes no deben vivir encamaos!

Sentéme sobre la viga que servía de pretil y avoqué el meditado interrogatorio:

—¿A cómo piensa darnos las resecitas?

—¿Cuáles serán?

—Las de nuestro negocio con Franco.

—Con él, propiamente, no quedamos en náa. La fundación que da en prenda vale muy poco. Pero como usté las paga de *relance*, será bueno cogelas, si tiene cabayos, y después les ponemos precio.

Clarita interrumpió:

—¿Y cuándo le das a Cova las doscientas cincuenta que te ganó?

—¡Cómo! ¿Qué doscientas cincuenta?

Enderezándose luégo hacia mí arguyó:

—Y si usté hubiera perdido, con qué había pagao? Enséñeme las libritas que trajo.

—¿Qué es eso? replicó la mujer: ¿Acaso el único rico eres tú? ¡El que pierde, paga!

El viejo hundía los dedos entre las mallas de su chinchorro. De repente, propuso:

—Mañana es domingo, y me da el desquite en las riñas de gayos.

—¡Muy bien!

«Mi admirado señor Cova:

«Qué poder maléfico tiene el alcohol, que humilla la razón humana abajándola a la torpeza y al crimen? Cómo pude comprometer la condición mansa de mi temperamento en un altercado que enloqueció mi lengua, hasta ofender de palabra la dignidad de usted, cuando sus merecimientos me imponen un vasallaje enaltecedor que me llena de orgullo?

«Si pudiera, públicamente, echarme a sus pies para que me pisoteara antes de perdonarme las reprobables ofensas, créame usted que no tardaría en implorarle esa gracia; mas como no tengo derecho ni de ofrecerle esa satisfacción, héme aquí, cohibido y enfermo, maldiciendo los pasados ultrajes, que, por fortuna, no alcanzaron a salpicarle siquiera la merecida fama de que goza.

«Como estoy envilecido por mis desaciertos, mientras usted no me dignifique con su benevolencia, no ha de parecerle extraña la condición lamentable en que a usted llegó, convertido en un mercachifle común, que trata de introducir en los dominios de la poesía la propuesta de un negocio burgués. Es el caso —y perdóneme usted el atrevimiento— que nuestro buen amigo el señor Zubieta me debía sumas de consideración, por dinero prestado y por mercancías, y me las pagó con unos toros que se hallan en el corral, y que yo recibí entonces en la expectativa de que usted pudiera necesitarlos. Véalos, pues, y si algún precio se digna ponerles, sepa que mi mayor ganancia será la de haberle sido útil en algo.

«Besa sus pies, fervorosamente, su desgraciado admirador,

Barrera».

Delante de Clarita me fue entregada esta carta. El chicuelo que la trajo me veía palidecer de cólera y se fue retirando cautelosamente, ante la tardanza de la respuesta.

—Diga usted a ese desvergonzado que cuando se encuentre a solas conmigo sabrá en qué pára su adulación!

Mientras tanto, Clarita releía el papelucho.

—Chico, nada te dice de lo que te debe, ni de la puñalada, ni del disparo; porque él fue quien te hirió. Aquel día, al verte yegar, guardóse el revólver y engrasó el estilete. *Ojo de garza* con el Miyán, el hombre a quien le pegaste en el patio: ese tiene órdenes terminantes. Y sabes tú que Zubieta nada le debe al cauchero por sumas prestadas? Este le dio a guardar unas morrocotas, en la confianza de que yo se las robaría; pero el viejo las enterró. Después lo estafó con los dados que tú conoces. Cada mañana me pregunta: «Ya le sacaste las amariyas? De ayí te daré para el viaje. Bien se conoce que no deseas volver a tu extraordinario país». Ese hombre tiene planes siniestros. Si tú no hubieras estado aquí...

—Dáme la carta para mostrársela al viejo.

—No le digas nada, que él es muy astuto. Comprende que Barrera es peligroso y, para distraerlo, le entregó la torada que se haya en el corral; mas porque no pueda sacarla, mandó a esconder los cabayos. Apenas le

dejó los peores en alquiler, después de enviar emisarios a todas partes con la noticia de que este año no le vendería ganados a nadie. Como Barrera se enteró de eyo, el viejo, para desmentirlo, hizo un simulacro de negocio con Fidel Franco, pero no pudo advertirle que era una simple treta contra su huésped.

—¿De suerte que no nos venderá ganado ninguno?

—Parece que ha congeniado contigo.

—¿Cómo haré para ganarme toda su voluntad?

—Es muy senciyo. Soltar el ganado que le dio a Barrera. Con solo asustarlo romperá los corrales.

—Me ayudarás esta noche a la empresa?

—Cuando te dé la gana. Bastará que yo, con este vestido blanco, me asome al tranquero para que la torada *barajuste*. Lo importante es que no mueran atropelados los peones que están en vela, en contorno de los encierros. Afortunadamente se retiran temprano.

—¿Y podrán descubrirnos?

—Absolutamente. Los pocos hombres y mujeres que no se han enganchado, se van a los toldos a jugar naipes, tan pronto como el viejo se «encocina». Yo también iré, para alejar falsos testimonios; y cuando calcules que ya vuelvo, me esperas en el corredor con la piel de tigre que Zubieta tenía en la sala, bajo su chinchorro abandonado. Nos vamos por entre la platanera y la sacudimos sobre el corral.

Después, el que pudiera vernos diría: Esos se levantaron al fragor del tropel.

Sepulté en mi ánimo el ardid vengativo, como puede guardarse un alacrán en el seno: a cada instante se despertaba para clavarme el aguijón.

Ya cuando en la tarde se reclinó en las praderas, regresaron los vaqueros con la torada. Habíanla llevado al pastoreo vespertino, de gramales profusos y charcas inmóviles, donde, al abrevarse, borraban sus belfos la imagen de alguna estrella crepuscular. Venía adelante el rapaz que servía de puntero,

acompañando al trotecito de su yegua la tonada pueril que amansa los ganados salvajes. Segúianlo en grupos los toros de venerable testa y enormes cuernos, solemnes en la cautividad, hilando una espuma en la trompa, entrecerrados los ojos que enrojece, con repentino fuego, la furia. Detrás, al paso de sus rocines y entre el eco de silbidos monótonos, avanzaba la fila de los peones, al flanco del rodeo formidable y letárgico.

Lo encerraron de nuevo, con maña paciente, cuidadosos de la dispersión. Oíase apenas el melancólico sonsonete del guía, más eficaz que el toque de cuerno en las majadas de mi tierra. Corrieron las trancas y las liaron con pesados rejos. Y cuando oscureció, encendieron alrededor del corral unas fogatas de boñiga seca, para aquerenciar el rebaño, que absorto miraba las candelas y el humo en medio del apacible rumiar y al amparo de las constelaciones tranquilas.

Mientras tanto, yo meditaba en nuestro plan de la media noche, en pugna con el temor que me enfriaba las sienes, arrugando mis cejas. Mas la certidumbre de la venganza, la posibilidad de causarle a mi enemigo algún mal, ponía viveza en mis ojos, ingenio en mis palabras y ardentía en mi decisión.

A eso de las ocho, el tuerto Mauco protestó contra las hogueras porque le trasnochaban los gallos de riña. Como nadie quiso apagarlas, los llevó a mi cuarto.

—Démeles posaíta, que los poyos son güenos. ¡Pero si se desvelan, se vuelven náa!

Más tarde, el hato quedó en silencio. Sobre los pajonales vecinos tendían su raya luminosa las lámparas de los toldos.

Clarita volvió casi ebria.

—¡Animo, chico, y sígueme!

Llegamos a la cerca de los corrales por el lado del platanal. Un vasto reposo adormecía a la manada. Afuera estornudaban los caballos de los veladores. Entonces Clarita, trepada en mi rodilla, sacudió la piel de tigre sobre el tranquero.

Súbito, el ganado empezó a remolinear, entre un espantado choque de cornamentas, apretándose contra la valla del encierro, como vertiginosa

marejada, con ímpetu arrollador. Alguna res quebró su pecho contra la puerta, y al instante murió pisoteada por el tumulto. Los vigías empezaron a cantar, acudiendo con sus caballos, y la torada se contuvo; mas pronto volvió a remecerse en aborrascadas ondas, crujío el tranquero, hubo berridos, empujones, cornadas. Y así como el derrumbe descuaja montes y rebota por el desfiladero satánico, rompió el grupo mugiente los troncos de su prisión y se derramó sobre la llanura, bajo la noche pávida, con un estruendo de cataclismo, con una convulsión de embravecido mar.

La peonada y el mujerío acudieron con lámparas, pidiendo socorro. Hasta Zubieta, siempre encerrado, averiguaba a gritos qué sucedía. Los perros siguieron el barajuste, cloquearon las gallinas medrosas y los zamuros de la ceiba vecina hendieron la sombra con vuelos entorpecidos.

En los portillos de la corraleja quedaron destripadas diez reses, y, más lejos, cuatro caballos. Clarita vino con estos pormenores a encarecerme la reserva de nuestra complicidad.

Cuando coloqué en su antiguo sitio la piel de tigre, todavía retumbaba el desierto.

Al siguiente día me levanté después de los comentarios al suceso nocturno y de las bravatas del viejo, que disimulaba con blasfemias su regocijo interior: «¡Maldita sea! Yo no tengo la culpa de que el ganao barajustara. Díganle al Barrera que vaya a cogerlo, si tiene bagajes pa remontá la gente. ¡Pero que me pague primero los cabayos que se malograron! ¡Maldita sea!»

—El señó Barrera quié vení pa acá a discutí con usté lo de anoche.

—Aquí no puée acercarse, porque el guate anda armado y no quero más disgustos en mis propiedaes.

—Se me pone, observaba uno, que jué la ánima del dijunto Julián Hurtao la que se presentó en pleno corral, y por eso la toráa barajustó. Alguno de los velaores vio una figura blanca sobre la cerca, del lao onde dicen que dejó el entierro.

—Puée ser verdá.

—Sí, porque ya otra noche se nos apareció, con una linternita en la mano, hacia la oriya de la sabana, caminando sin pisar el suelo.

—¿Y por qué no le preguntaron, de parte de Dios, qué quería?

—Porque apagó la lucecita, y casi quedamos privaos.

—Bandíos, rugió Zubieta: Ustedes jueron entonces los que tuvieron cavando entre las raíces del algarrobo. ¡Ojalá los tope yo en esas vagabunderías pa echarles bala!

Cuando salí al patio, había mucha gente reunida, pero Barrera no estaba allí. Dándolas de inocente, me asomé al corral, donde unos hombres descuartizaban las reses muertas.

—No valió, decía uno, que yo me le pusiera adelante al ganao, corriendo de estampía y cantándole en la oscuridá pa vé si lo apaciguaba. Fui hasta muy lejos, y, gracias a mi potro, no morí atropeyao.

Momentos después, al regresar a la casa, ví que Clarita les vendía ron, en un coquillo labrado, a los de la junta. Había hombres desconocidos, y debajo de sus bayetones les cantaban los gallos. Quienes discurrían cazando apuestas a la tapada, o les afilaban las espuelas a los campeones, o con buches de aguardiente les rociaban el costado, alzándoles el ala. Amarrados en las cuerdas y escarbando el suelo, desafiábanse los rivales de plumajes vistosos y cuellos congestionados. Por fin, Zubieta tomó un carbón y trazó en el piso del caney un círculo irregular. Colocóse en su asiento, recostándolo a una columna, frecuentó la botella, y con áspera risotada propuso:

—¡Voy cien toretes al *requemao* contra el *canaguay*!

Clarita, detrás del grupo, movió la cabeza para indicarme que no apostara. Pero yo, con insolente arrogancia, avancé diciendo: ¡Escojo el pollo y voy las doscientas cincuenta reses que le gané a los dados!

El viejo se corrió.

Entonces dijo un sujeto, entrecerrando el puño:

—Eche diez toros contra las libras que tengo aquí, o contra el resto que hay en mi faja.

Zubieta tampoco aceptó. Pero el hombre replicaba porfiado:

—«¡Mire, patrón, son *aguitas* y *reinitas* pa su entierrito de la *topochera!*»

—¡Mentís! Pero si el oro es legítimo, te lo cambio por monea de papel.

—*No le jalo.*

—Prestame una libra pa reconocerla.

Observóla el viejo por todas partes, con hambrientos ojos, palpó el grabado, hízola sonar y luégo la llevó a los dientes. Satisfecho, gritó:

—¡Pago! ¡Ta ida la pelea contra el canaguay!

—Pero con la condición de que el tuerto Mauco se largue, porque me puée rezá el poyo.

—¡Yo qué rezo ni qué náa!

No obstante, lo hicieron salir del grupo, refunfuñando, y lo encerraron en la cocina.

Los *careadores* levantaron los gallos, chupáronles las espuelas y las frotaron con limón, a contentamiento del público. Luégo, a la voz del juez de pelea, los enfrentaron dentro del círculo.

El gallero gritaba, agachado sobre el palenque:

—¡Hurra, poyito! ¡Al ojo, que es rojo; a la pierna, que es tierna; al ala, que es rala; al pico, que es rico; al pescuezo, que es tieso; al codo, que es godo; a la muerte, que esa es mi suerte!

Miráronse los contendores con ira, picoteando la arena, esponjando sobre el dorso rasurado y sanguíneo la gorguera de plumas tornasoladas y temblorosas. Con simultáneo revuelo, en un resplandor azul, lancearon el vacío, por encima de sus cabezas, esquivas a la punzada y al aletazo. Rabiosos, entre el vocerío de los espectadores que ofrecían *gabelas*, se acometieron una y otra vez, se cosían a puñaladas, se prendían jadeantes; y donde agarraba el pico, entraba la espuela, con tesón homicida, entre el centelleo de los plumajes, entre el salpique de la sangre ardorosa, entre el ruido de las monedas en el estadio, entre la ovación palmoteada que hizo la gente cuando vio rodar al canaguay con el cráneo abierto, sacudiéndose bajo la pata del vencedor, que, erguido sobre el moribundo, saludó la victoria con un clarineo triunfal.

En ese momento palidecí: Franco pasó el tranquero, seguido de varios jinetes.

* * *

Zubieta no se impresionó menos al ver a los recién llegados. Arrastrando el paso les salió al encuentro:

—¿Y ustées, camarás, pa ónde bueno caminan?

—Para aquí no más, dijo Franco apeándose.

Y me abrazó con efusión.

—De mi rancho, ¿qué noticias me das? ¿Qué te pasó en el brazo?

—¡Nada, nada! ¿Acaso no vienes de La Maporita?

—Salimos directamente de Tame; pero desde ayer le ordené al mulato Correa que extraviara hacia mi casa y se viniera contigo, trayendo los cabayos. Este abrazo te lo manda don Rafael. Siguió su viaje sin complicaciones, gracias a Dios. ¿Dónde podemos desensiyar?

—Aquí, en el caney, respondió Zubieta. Y les gritó a los jugadores: ¡Váyanse lejos con su vagabundería porque *menesto* la ramáa!

Ellos, recogiendo sus gallos, salieron en dirección a los toldos, con jaleo de tiples y de maracas. Y los vaqueros desensillaron.

—¿Verdad que anoche hubo barajuste?

—¿Por qué lo decís?

—Desde esta mañana vimos partidas de ganado que corrían solas. Y pensamos: ¡o barajuste, o los indios! Pero ahora que pasamos por los corrales...

—¡Sí! Barrera me dejó ir el rodeo. No sé cómo remediará, sin cabayos...

—Nosotros nos comprometemos a cogerle las reses que quiera, según lo que él nos pague, repuso Franco.

—Yo no permito más correteos en mis sabanas, porque los bichos se *mañosean*.

—Quería decir que como desde mañana empezaremos la cogienda de los toros que negociamos...

—¡Yo no he firmao documento con náide, ni recuerdo de trato ninguno!
Al decir esto, se golpeaba la pierna.

Cuando el viejo ocupó su hamaca, vino el gallero perdidoso y nos dijo:

—Dispensen que los interrumpa.

—Echáme pa acá las libras que te gané.

—De eso quería tratarle: al canaguay lo volvieron loco, al canaguay le dieron quinina, porque desde ayer el tuerto Mauco mercó las píldoras en los toldos, y usté mismo las revolvió con granos de maíz. El señor Barrera quiso que yo apostara contra usté, a pesar de lo sucedío, pa probarle que tampoco hace juego legal y que no debe seguirlo desacreditando delante del señor Cova.

—Eso lo arreglarán después, interrumpió Franco, sacudiendo al amostazado vejete. ¡Lo importante es que me aclare ahora mismo lo del negocio, porque usted se equivoca si piensa que puede jugar conmigo!

—Franquito, ¿venís a matarme?

—Vengo a coger el ganado que me vendió, y para eso traje vaqueros.
¡Lo cogeré, cueste lo que cueste! # **¡Y si no, que nos yeve el judas!**

Los vaqueros, ganosos de un nuevo espectáculo, se agruparon alrededor del chinchorro. Al verlos, exclamó Zubieta:

—Señores, sírvanme de testigos que me taba chanceando.

Y cadavérico, porque Franco tenía revólver, se volvió hacia mí con párpados húmedos:

—¡Guate, por Dios! ¡Yo te pago tus resecitas! ¡Franquito, no me hablés de ese modo, que me asustás!

El intruso, que presumía de leguleyo, advirtió:

—¡La legalidá es pa tóos! Páguele también al señor Barrera, y quedamos en paz. El ta de salía pal Vichada, y usté es responsable de la demora y de los perjuicios.

Con energúmena reprimenda estalló el anciano, colocándose al lado mío:

—¡Juyero, juyero! ¿No sabés quénes tán aquí? ¿Querés que te saquemos a palos? ¿Por qué te mezclás con estos cabayeros, que son mis clientes y

amigos queríos? ¡Decíle a tu Barrera que *no me sobe*, porque éstos me hacen respetá!

Y, apoyándose en nuestros hombros, le asestó un puntapié.

Cuando Franco me vio la herida y le conté lo que había pasado, cogió el winchester para desafiar a Barrera y salió corriendo. Clarita lo contuvo en el patio.

—¿Qué vas a hacer? Nosotros tomamos ya venganza. Y le refirió lo del barajuste.

Al ver la decisión de aquel hombre leal, que arriesgaba su vida por mí, sobrecogíme de remordimiento y quise confesarle lo sucedido en La Maporita, para que me matara.

—Franco, le dije: Yo no soy digno de tu amistad. Yo le pegué a la niña Griselda!

El, desconcertado, se ahogó en estas voces: ¿Alguna falta que te cometió? ¿A tu señora? ¿A tí?

—¡No, no! Me emborraché y las ofendí a ambas, sin motivo alguno. Hace ya siete días que no las veo. ¡Dispára contra mí esa carabina!

Tirándola al suelo, se echó en mis brazos: «Tú debes tener razón, y si no la tienes, te la concedo».

Y nos sepáramos sin decir una palabra más.

Entonces Clarita me estrechó la mano: ¿Por qué no me habías dicho que tienes señora?

—Porque de ella no debemos hablar los dos.

Quedóse pensativa, con la vista baja, volteando entre sus dedos el cordón de una llave. Después me la ofreció diciendo: ¡Ahí te queda tu oro!

—Yo te lo regalé, y si no lo aceptas como obsequio, déjalo en pago de tus solicitudes durante mi enfermedad.

—¡Ojalá que te hubieras muerto!

La ví alejarse hacia la cocina, donde los músicos bebían *guarapo*. Desde allí, para que yo la oyera, acentuó: ¡Díganle a Barrera que siempre me voy

con él!

Y, despechada, empezó a bailotear un *bunde*, alzándose el traje más arriba de las rodillas, entre cuchufletas y palmoteos.

Mi corazón, libertado del peso de la inquietud, comenzó a latir ágilmente. Ya no me quedaba otra congoja que la de Alicia, pero cuán dulce era el pensamiento de la reconciliación, que se anunciaba como un aroma de sementera, # [como una lontananza del amanecer](#). De todo nuestro pretérito sólo quedaría perdurable la huella de los pesares, porque el alma es como el tronco del árbol, que no guarda memoria de las floraciones pasadas sino de las heridas que le abrieron en la corteza. Pero, cuitados o dichosos, debíamos serlo en grado sumo, para que más tarde, si la fatalidad nos apartaba por diversos caminos, nos aproximara el recuerdo, al hallar abrojos semejantes a los que un día nos sangraron, o perspectivas como las que otrora nos sonrieron, cuando teníamos la ilusión de que nos amábamos y de que nuestro amor era inmortal.

Hasta tuve deseos de confinarme para siempre en esas llanuras fascinadoras, viviendo con Alicia en una casa risueña, que levantaría con mis propias manos a la orilla de un caño de aguas opacas, o en cualquiera de aquellas colinas minúsculas y verdes donde hay un pozo glauco al lado de una palmera. Allí de tarde se congregarían los ganados, y yo, fumando en el umbral, como un patriarca primitivo de pecho suavizado por la melancolía de los paisajes, vería las puestas de sol, en el horizonte remoto donde nace la noche; y libre ya de las vanas aspiraciones, del engaño de los triunfos efímeros, limitaría mis anhelos a cuidar de la zona que abarcaran mis ojos, al goce de las faenas campesinas, a mi consonancia con la soledad.

¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que le dice al peñón la onda que se despide, el arrebol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios. Allí en esos campos soñé quedarme con Alicia, a envejecer entre la juventud de nuestros hijos, a declinar ante los soles nacientes, a sentir

fatigados nuestros corazones entre la savia vigorosa de los vegetales centenarios, hasta que un día llorara yo sobre su cadáver o ella sobre el mío.

Franco dispuso que yo no fuera a las sabanas porque podía gangrenarse mi brazo si se enconaba la cicatriz. Además, los potros escaseaban y era mejor destinarlos a los vaqueros reconocidos. Este razonamiento me llenó de amargura.

Salieron del hato quince jinetes a las dos de la madrugada, después de apurar el sorbo de café tinto tradicional. Al lado de las monturas, sobre el ijár derecho de las caballerías, colgaba en amplio rollo la soga llanera, cuyo extremo se anudaba a las colas de los trotóns. Cada vaquero llevaba su bayetón, extendido sobre los muslos, para defenderse del toro en los lances frecuentes, y el cuchillo pequeño de nariguear. Franco me dio el revólver, pero colgó su winchester del borrén de la silla.

Volvió luégo a rendirme el sueño. ¡Ah, si hubiera sentido lo que entonces debió de pasar!

A poco de salir el sol, llegó el mulato Correa con los caballos de don Rafael, ayuntados uno tras otro. Le salí al encuentro, por delante de los toldos, y ví que Barrera se estaba afeitando. Clarita, sentada sobre un baúl, le sostenía el espejo con ambas manos. Sin contestarles el saludo, me puse al estribo del mulato y entramos en la corraleja.

—¿Viste a Alicia, qué recado me traes?

—Con eya no pude verme porque taba yorando a puerta cerráa. La niña Griselda les mandó esta maleta de ropa, será pa que se le presenten mudaos. A tóo momento se asoma, a vé si ustedes yegan. Taba arreglando petacas y dijo que hoy se venían pa acá.

Esta noticia me tornó jovial. ¡Por fin mi compañera vendría a buscarme!

—¿Y llegarán en la curiara?

—La patrona hizo dejá tres cabayos.

—¿Y te preguntaron ellás por mí?

—Mi máma me dijo que usté le iba a yená al hombre la cabeza de cuentos.

—¿Y sabían lo de mi brazo?

—¿Qué le pasó? ¿Lo tumbó alguna bestia?

—Una heridita, pero ya estoy bien.

—¿Y ónde me tiene mi *morocha*?

—¿Tu escopeta? Debe estar en los toldos con mi montura. Véte a reclamarlas.

Al quedar solo, una duda lacinante me commovió: ¿Barrera habría vuelto a La Maporita? Yo lo hacía vigilar por Mauco a mañana y noche; ¿pero el tuerto me diría la verdad? Y pensé: puesto que Barrera se está afeitando, es porque sabe que Alicia llega. Tal vez sí; tal vez no.

Pero Alicia sabría conducirse. Además, aquel hombre me tenía miedo. ¿Por qué no apartaba yo mi pensamiento de su persona y me hundía de lleno en el augurio de la visita feliz? Si Alicia me buscaba, era obedeciendo al amor, y vendría a reconquistarme, a hacerme suyo para siempre, entre azorada y puntillosa. Con apagado acento, con tono de reconvención, me reprocharía mis faltas; y para hacérme las mayores, se ayudaría de aquel gesto inolvidable y habitual con que sellaba su boca, contrayendo los labios para llenar de gracia los hoyuelos de sus mejillas. Y queriendo perdonar, me advertiría que era imposible el perdón, aunque la enmienda superara al propósito y a la súplica.

Por mi parte, pondría también en juego mi habilidad para retardarle el instante del beso gemebundo y conciliador. Desde la orilla del caño le alargaría la mano ceremoniosa para que saliera de la curiara, cuidando de que advirtiera el cabestrillo de mi brazo enfermo, y negándome después a la urgencia de sus preguntas: ¿Estás herido? ¿Estás herido?

—No es nada grave, señora. ¡Me apena tu palidez!

Lo mismo haría al acercármele a su caballo, si venían por tierra.

Pensé exhibírmele cual no me vio entonces: con cierto descuido en el traje, los cabellos revueltos, el rostro ensombrecido de barba, aparentando el porte de un macho almizcloso y trabajador. Aunque Mauco solía

desollarle la cara con su navaja de tajar cueros, tomé la resolución de no ocuparlo aquel día, para distinguirme de mi rival.

Luégo decidí irme del hato sin esperar a las mujeres, y aparecer una tarde, confundido con los vaqueros, trayendo a la cola del potrejón algún toro iracundo, que me persiguiera bufando y me echara a tierra la cabalgadura, para que Alicia, desfallecida de pánico, me viera rendirlo con el bayetón y mancornarlo de un solo coleo, entre el anhelar de la peonada atónita!

El mulato volvió de los toldos con el arma y con la montura.

—El señor Barrera quedó apenao. Que no sabía que estas cosas taban ayá. Les entendí que mandarían gente a cogé los bichos que se les jueron.

—Te prohíbo esa compañía. Si no quieres ir solo, iré contigo.

—¿Onde le dijeron que anochecían?

—En Matanegra.

—Pero don Fidel me indicó la vega del Pauto. Me voy porque me coge la noche y se me riega la brigáa.

—Guárda esta ropa en aquella pieza y tráeme la carabina. Vamos a cualquier parte. Yo te acompañaré.

Fui a la cocina a despedirme de Zubierta. Llamélo varias veces. Nadie respondió.

Cuando íbamos tan distantes del hato que sólo se advertían los airones de sus palmeras, el mulato se desmontó a cargar la escopeta.

—Siempre es bueno andá prevenío. Pólvora poca y munición hasta la boca.

—¿A qué obedece tu precaución?

—Puée alcanzarnos la gente del hombre. Por eso repetí que íbamos a la vega del Pauto, pa que lo oyieran los mucharejos que componían las puertas de los corrales. Ora cogemos ponde usté dijo.

Habríamos caminado tres leguas más, cuando volvió a apartarme del pensamiento de Alicia:

—Yo quiero consultarle mi caso, y perdone. La Clarita *me ha puesto el ojo*.

—¿Estás enamorado de ella?

—Esa es la consulta. Hace quince días me echó este floreo: ¡Qué negrito tan bien jormao! ¡Asina me provoca uno!

—Y tú ¿qué respondiste?

—Me dio vergüenza...

—¿Y después?

—Eso también va con la consulta: me propuso que colgáramos al viejo Zubieta y nos juyéramos pa lejos.

—¿Y por qué? ¿Cómo? ¿Para qué?

—Pa que diga ónde tiée el oro enterrao.

—¡Imposible! ¡Imposible! Esa es una sugestión de Barrera.

—Cabalmente, porque él me dijo después: Si este mulatico se vistiera bien, cómo quedara de plantao y qué mujeres las que topara. Yo sé de una personita que lo quiere mucho.

—¿Y qué respondiste?

—¡«Esa personita con usté duerme»! Asina se las eché, pero el maldito no se ofende por náa. Se puso a desbarrá contra Zubieta diciendo que no le pagaba al zambaje su trabajo; y que cuando se le ocurría darle a uno alquitro, sacaba los daos pa descamisarlo al juego. Y esa sí es la verdá.

Como me iba sofocando el calor, le ordené al mulato que me llevara a algún estero donde pudiera saciar la sed.

—Puaquí no topamos agua en ninguna parte. Onde hay un jagüey jamoso es al lao de aqueyos médanos.

Empezamos a atravesar unos terronales inmensos de tierra tan reseca y endurecida, que limaba los cascos de las cabalgaduras. Y era necesario avanzar por allí, pues los zurales laberínticos tendían a los lados sus redes de acequias exhaustas, conocidas sólo del tigre y de la serpiente.

El bebedero era una poceta de agua salobre y turbia, tan espesa como el jarabe, ensuciada por los cuadrúpedos de la región. Al verla, sentí una repugnancia instintiva, pero Correa me sedujo con el ejemplo. Agachóse

sobre el estribo, y de entre las patas de los caballos sitibundos sacó su cuerno rebosante.

—Tápelo con el pañuelo pa que le sirva de cedazo.

Así lo hice varias veces, sacudiendo los animalillos que hervían pegados en el revés de la tela húmeda.

—Blanco, puaquí anda gente forastera. Aquí ta el rastro de una mula herráa, y eso no es de ley en estas sabanas onde no hay piedra.

El mulato tenía razón, porque a poco trecho del pozo columbramos dos puntos que se movían a distancia.

—Esas son personas que andan perdías.

—Parece más bien ganado.

—Le apuesto a que son racionales.

Probablemente nos habrían visto, porque se enderezaron hacia nosotros. Ya percibíamos el paraguas rojo del que venía adelante, afligiendo la mula con los estribos, envuelto en una sábana enorme, a la manera de las matronas rurales. Los esperamos bajo un moriche de egoísta sombra, con curiosidad y recelo.

Mientras Correa remudaba los bagajes, llegaron los sujetos desconocidos, saludándonos a grandes voces:

—«¡Favor a la justicia, que anda extraviada!»

—# *Ora y siempre*, respondió el mulato ingenuo.

—# *Muéstrennos el camino del Hato Grande*. ¡Este dotor es juez de Orocué, y yo, su secretario interino, por añadidura baquiano.

Al oírlo, le averigué si ese funcionario # *era el que firmaba José Isabel Rincón Hernández*; e hice esta pregunta porque del tal yo sabía que de peoncejo de carretera ascendió a músico de banda municipal y luégo a juez de Circuito de Casanare, donde sus abusos lo hacían célebre.

—¡Sí! respondió el emparaguado. Yo soy el doctor y este que les hablaba es un simple escribiente.

El tísico rostro del señor Juez era bilioso como sus espejuelos de celuloide y repulsivo como sus dientes llenos de sarro. Simiescamente risible, apoyaba en el hombro su quitasol para enjugarse el pescuezo con una toalla, maldiciendo los deberes de la justicia que le imponía tántos

sacrificios, como el de viajar mal montado por tierras de salvajes, en inevitable comercio con gentes ignorantes y mal nacidas, dándose al riesgo de los indios y de las fieras.

—Llévennos ahora mismo, ordenó con acento declamador — revolviendo el mulengue— al hato infernal donde un tal Cova comete crímenes cuotidianos; donde mi amigo, el potentado Barrera, corre serios peligros en su vida y hacienda; donde el prófugo Franco abusa de mi criterio tolerante, que sólo le exige conducta correcta y nada más. ¡Pónganse ustedes, incondicionalmente, al servicio de la justicia y cámbiennos estas bestias por otras mejores!

—Se equivoca usted, señor, tanto en sus conceptos, como en el camino que está buscando. Ni el hato queda por aquí, ni las personas que nombra son todas como usted piensa, ni mis caballos bienes mostrencos.

—Sepa usted, irrespetuoso joven, replicóme airado, que por un celo plausible nos aventuramos solos en estas pampas. El posta que me envió Zubietá clamando auxilio contra Barrera, fue seguido por otro de éste, para exigir caución contra el facineroso Cova. Venimos a dispensar garantías, y ustedes se favorecen también con ellas, porque la justicia es como el cielo, que nos cubre a todos. Y si es verdad que el empíreo nos cobija de balde, no es menos cierto que las relaciones de los humanos hacen necesario el sostentimiento unánime del bien común. Toda contribución es legal y pertenece al derecho público. Si no quieren ustedes servir de guías, entréguenme una cuota equivalente a lo que un baquiano de buena voluntad pidiera por su servicio.

—¿Nos decreta usted una multa?

—¡Irrevocable, sin apelación! afirmó el secretario. Considere que ahora no nos pagan los sueldos.

—Pues miren ustedes, repuse maleante: El hato está cerca, y nosotros vamos para Corozal. Descabecen aquella sabana, orillen luégo la mata de monte, crucen el caño, déjense ir por el esterón y desde allí divisarán la casa antes de media hora.

—¿Oyes? regañó el juez. ¡Lo que yo te decía! Tú me hiciste asolear por aquí, por rutas desacostumbradas, por pajonales trágicos, defraudando tus

obligaciones de conocedor. ¡Te impongo una multa de cinco pesos!

Y después de reducirnos la nuestra al suministro de tabacos y fósforos, entraron en el horizonte, con rumbo contrario.

Correa me aclaró algunos detalles relativos al embrollo de Franco en Arauca. Un joven llamado Helí Mesa, que «actualmente vivía como colono en el caño Caracarate», vino una vez a La Maporita, y, mientras desyerbaban el *conuco*, le relató los sucesos como testigo presencial. Franco era Teniente de la Guarnición, y estableció su casa lejos del cuartel, a la orilla del río. El capitán dio en perseguir a la niña Griselda, y, para cortejarla a su antojo, dejaba en servicio a su subalterno. Este, enterado ya de los propósitos de su jefe, abandonó el puesto y se fue una noche a su habitación. Nadie ha sabido qué pasaría a puerta cerrada. El Capitán apareció con dos puñaladas en pleno pecho, y, debilitado por el desangre, murió de fiebres en la misma semana, después de hacerle declaraciones # a la justicia favorables al acusado.

Ni el hombre ni su mujer fueron perseguidos jamás, aunque desaparecieron la misma noche de la desgracia. Sólo el juez de Orocué les expedía de motu proprio boletas de comparendo, equivalentes a letras de cambio, pues el oro corría a hablar por ellos, con tan descarada costumbre, que ya las órdenes judiciales se limitaban a decir: «Manden lo de este mes».

En tanto que departíamos por la estepa, un cefirillo repentino y creciente empezó a alborotar las crines de los caballos y a retozar con nuestros sombreros. A poco, unas nubes endemoniadas se levantaron hacia el sol, devorando la luz, y un cañoneo subterráneo estremecía la tierra. Correa me advirtió que se avecinaba el chubasco, y abreviamos las planicies a galope tendido, arreando la brigada, suelta, para que se defendiera con libertad. Buscábamos el abrigo de los montes lontanos, y salimos a una llanada donde gemían las palmeras, zarandeadas por el brisote con tan poderosa insolencia, que las hacía desaparecer del espacio, agachándolas contra el suelo, para que barrieran el polvo de los pastizales

crispados. En las rampas, con disciplinada premura, congregábanse los rebaños, presididos por toros mugientes de desviadas colas, que se imponían al viento agrupando a las hembras cobardes y abriendo en contorno una brecha categórica y defensiva. Las aguas corrían al revés, y las bandadas de patos volteaban en las alturas, cual hojas dispersas. Súbito, cerrando las lejanías entre cielo y tierra, descolgó sus telones el nublado terrible, tajado por centellas, aturdido por truenos, convulsionado por borrascas que venían empujando a la oscuridad.

El huracán fue tan furibundo que casi nos desgajaba de las monturas, y nuestros caballos se detuvieron, dando las grupas a la tormenta. Rápidamente nos desmontamos, y, requiriendo los bayetones bajo la lluvia, nos tendimos de pecho entre el pajonal. Oscurecióse el ámbito que mediaba entre nosotros y las palmeras, de suerte que sólo veíamos una, de grueso tallo y de luengas alas, chispear como una yesca cuando el relámpago la encendía; y era bello y aterrador el espectáculo de aquella palmera heroica, que agitaba alrededor del hendido tronco las fibras de su penacho flamante, y moría  [en su sitio, sin humillarse ni enmudecer](#).

Cuando pasó la tromba sobre nosotros, advertimos que la brigada había desaparecido y cabalgamos para perseguirla. Calados, entre la ventolera procelosa, anduvimos leguas y leguas sin encontrarla, y caminando tras de la nube que corría como un muro negro, dimos con los peñones del ancho Meta. Desde allí mirábamos hervir las revolucionadas ondas, en cuyos crestones mojábanse los rayos en culebreo implacable, mientras que los barrancos de la ribera se desprendían con sus colonias de monte virgen, levantando columnas de agua, altísimas como los árboles derrumbados. Y era seguido el estruendo de la caída por el traqueteo de los bejucos, hasta que al fin giraba el bosque en el oleaje como la balsa de los espantos.

Después, entre yerbales llovidos donde las palmeras se iban enderezando con miedo, proseguimos la busca de la bestiada, y, vagando errantes, cayó la noche sobre nosotros. Mohíno, trotaba en pos de Correa, al parpadeo de los postreros relámpagos, metiéndonos hasta la cincha en los inundados bajíos, cuando desde el comienzo de un ajarafe divisamos lejanas

lumbres que parecían alegrar el monte. «¡Allí vivaquean nuestros compañeros, allí están!» Y alborozado, principié a gritarlos.

—¡Por Dios, por Dios, cierre la boca que son los indios!

Y otra vez nos alejamos por el ancho desierto oscuro, donde comenzaban a himplar las panteras, sin resolvernos a descansar, sin abrigo, sin rumbo, hasta que la aurora tardía abrió su alcázar de oro a nuestra esperanza desfalleciente.

Apenas aclaró el día, vimos unos vaqueros que traían por delante la madrina de bueyes amaestrados, indispensable en toda faena, pues sirve para aquietar los toros recién cogidos. Había salido el sol, y, sobre los grandes reflejos que extendía en la llanura, avanzaban las reses descopando la grama.

Entre los jinetes que nos saludaron no estaba Fidel, pero Correa los llamó por sus nombres, atropellándose en los detalles del repentino chubasco, de la desaparición de las bestias, del encuentro con los indígenas.

—# Mano Ugenio, es la primera vez que me *embejuco* de noche en estas sabanas, y pa colmo, con este blanco tan resignao, que ni siquiera tiene los brazos güenos. Ya pensará que soy un zambo indecente.

—Eso nos pasa a tóos, mano Antuco: Yanero no bebe caldo ni pregunta por camino; pero con agua, trueno y relámpago no se puée garantizá.

—¿Y ustées andaban de *ojeo*? ¿Cómo les jue?

—Cochinamente. Nos alegramos de que yoviera y nos vinimos de tardecita. Toa la noche velamos sin que saliera ninguna punta, porque el ganao se asustó con la tronamenta y no quiso dejá el monte. A la madrugáa salió una manchita de pocas reses, pero no jue posible ojearla, aunque la madrina se portó bien, convidándola con mugíos. Entonces resolvimos echarle los rangos encima, pa ve qué cogíamos: era puro vacaje viejo y se perdió la carrera. Tóos enlazamos sin provecho ninguno, menos aquel zambito del interió, que dejó esnucá el cabayo corriendo en la escuridá. Por eso viene a pie con la montura en las costiyas.

—Mano Tista, gritó Correa: Venga móntese en este potro, que yo quiero desentumirme.

Porque no se creyera que las fatigas me acoquinaban, invoqué el recuerdo de Alicia para avivar el ánimo, y dije:

—Mano Sidoro, ¿cuántas reses cogieron ayer a lazo?

—Como cincuenta. Pero por la tarde *burriaron* los pescozones y casi hay *vaina* entre Miyán y Fidel.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Que Miyán se apareció con una gente a decí que menestaba los corrales de Matanegra, pa meté los toros del barajuste, porque venían a cogerlos como pudieran. Franco no quiso responderle ni jota, pero cuando vio que habían tréido perros, *le mentó la máma*. Mientras tanto, los otros, que andan por cierto muy mal montaos, se asomaron a la madrina y dijeron que los orejanos que taban cogíos eran los mismos que se le jueron a don Barrera, y querían quitarlos por fuerza. Entonces nos prendimos a *muecos* unos con otros, y Franco le tendió la carabina al propio Miyán.

—Y la gente de Barrera, ¿dónde echa soga?

—Unos, se volvieron. Otros, andan por áhi, enmachetaos. Esto se pone feo. Y pa pior, ustées dejaron ir los cabayos.

—Lo malo no es eso, exclamó uno a quien nombraban mano Jabián; lo grave es que el Juez tá en el hato, según dijeron. Como que lo toparon *embarbascao*, y Miyán hizo que un vaquero lo encaminara hasta la vivienda. Y con la justicia no nos metemos, porque nos coge sin plata. Nosotros queremos irnos.

—¡Compañeros, yo les responderé de que nada pasa!

—¿Y qué responde por usted, que es al que busca la autoridá?

Fidel no se amilanó por el contratiempo, ni le hizo reprensión ninguna al mulato; hasta se alegró de ver que mi brazo herido regía las riendas. Opinó que la brigada se había devuelto a los comederos acostumbrados, y que en La Maporita la encontraríamos.

Lo noté reacio a referirme lo de Millán. «Esa discusión no vale un comino. Además, en esta sabana caben muchísimas sepulturas; el cuidado está en que otros hagan de muertos y nosotros de enterradores». Así dijo sonriente; pero recibió sobresaltado la noticia de que los vaqueros querían dejarnos solos. «De seguro se irán, porque todos tienen cuentas con la justicia, *# porque todos roban ganado*».

—¿Y a qué hora seguirá la cogienda? averigüéle devorando mi almuerzo de carne asada, que cortaba yo mismo de la costilla chirriante al fuego.

—Sólo esperábamos la madrina. Fue un error llevarla al Guanapalo, sabiendo que por ahí ganadean los indios y que los rodeos se enmontan por dicha causa. Pero en este banco hay dos mil cachones a cual mejor. Los cabayos resisten todavía dos carreras, o sea treinta toros cogidos, porque el jinete que pierde lazo, paga una multa.

—Y los enviados de Barrera, ¿dónde se hallan?

—Míralos: en aqueyos mogotes amanecieron. Esa gente no es del oficio, a excepción del Miyán, que *es una lanza* para el coleo. Ya les notifiqué hace poco tiempo que si el perraje me alborotaba la vaquería, se encomendaran al diablo y le llevaran saludes nuestras, porque al infierno los mandaríamos.

Entre tanto, los de la madrina la encaminaban llanura abajo, y la dejaron en un estero, pastoreada por dos rapaces. Al límite opuesto de un morichal, veíase una punta de toros, pastando al descuido. Nos fuimos abriendo en arco para caerles como un turbión, cuando oyéramos la señal de los caporales; pero las reses nos ventearon y corrieron hacia los montes, quedando sólo algún macho desafiador, que empinaba su cornamenta para amedrentar a la cabalgata.

Entonces lanzáronse los caballos sobre el desbande, por encima de malezas y comejenes, con vertiginosa celeridad, y los fugitivos se fatigaron bajo el zumbido de las lazadas, que cruzaban el aire, abiertas, para caerles sobre los *cachos*. Y cada vaquero enlazó su toro, desviándose hacia la izquierda, para que saltara a un lado de la montura el resto de la soga

enrollada, y el potro recibiera el templón en la cola, sin enredarse ni flaquear.

Brincaba en los matorrales la fiera indómita, al sentirse cogida, y se aguijaba tras del jinete ladeando la media luna de sus puñales. Con frecuencia le *toconeaba* el rocín, y éste se enloquecía corcoveando para derribar al cabalgador sobre las astas del enemigo. Entonces el bayetón prestaba su ayuda: o caía extendido para que el toro lo pisoteara mientras el potro se contenía, o a manos del desmontado vaquero coloreaba como un capote, en las suertes desconcertantes sin espectadores y sin aplausos, hasta que la res, coleada, golpeara el suelo. Diestramente la maneaba, le hendía las narices con el cuchillo y por allí le pasaba la soga indócil, anudando sus dos extremos a la crin trasera del potrejón, para que el vacuno quedara sujeto por la ternilla en el vibrante seno de la cuerda doble. Así era conducido hasta la madrina, y ya cuando en ella se incorporaba, volvíase el jinete sobre la grupa, soltaba un cabo de la soga brutal y la hacía salir a tirones por la nariz atormentada y sanguinolenta.

Montaba yo alegramente un caballito coral, apasionado por las distancias, que al ver a sus compañeros abalanzarse sobre la grey, disparóse a rienda tendida detrás de ellos, con tan ágil violencia, que en un instante le pasó la llanura bajo los cascos. Adiestrado por la costumbre, dióse a perseguir un toro, barcino, y era de verse con qué pujanza le hacía sonar el freno sobre los lomos. Tiraba yo mi lazo una y otra vez, con mano inexperta; mas, de repente, el bicho revolviéndose contra mí, le hundió a la cabalgadura ambos cuernos en la verija. El jaco, desfondado, me descargó con rabioso golpe, y huyó enredándose en las entrañas, hasta que el cornúpeto embravecido lo ultimó a pinchazos contra la tierra.

Advertidos del trance en que me veía, desbocáronse dos jinetes en mi demanda. Fugóse el animal por los terronales, Correa me dio su potro, y al salir desalado detrás de Franco, ví que Millán, con emuladora precipitud, tendía su caballo sobre la res; mas ésta, al inclinarse para colearla, le ensartó el cuerno por el oído, de parte a parte, desgajólo de la montura, y llevándolo en alto como un pelele, abría con los muslos del infeliz una trocha profunda en el pajonal. Sorda la bestia a nuestro clamor, trotaba con

el muerto de rastra, y en horrible instante, pisándolo, le arrancó la cabeza de un solo golpe, y empezó a defender el mútilo tronco, a pezuña y cuerno, hasta que el winchester de Fidel, con doble balazo, le perforó la homicida testa.

Gritamos auxilio, y nadie venía; corrí a todas partes con la noticia, y a nadie encontraba. Al fin topé unos vaqueros que tenían unidos caballo y toro a los extremos de cada soga. Al verme, las cortaron con sus cuchillos para acudir a mi llamamiento.

Y corriámos más pálidos que el cadáver.

Cuando llegamos al sitio de la tragedia, llevaban hacia el monte los despojos del victimado, en la hamaquilla de un bayetón, que sostenían de las cuatro puntas. Franco tenía la camisa llena de sangre, y desfogaba a voces su agitación entre el grupo de los peones abatidos y silenciosos. El muerto, de espaldas sobre un moriche caído, estaba cubierto con una ruana, y todos esperábamos a que lo enfriara la rigidez.

Entonces fuimos algunos a buscar los restos de la cabeza entre las matujas atropelladas y en parte ninguna los descubrimos. Los perros, alrededor del toro yacente, le lamían la cornamenta.

A pleno sol, regresamos al montezuelo. Correa, con una rama, le espantaba al muerto las moscas. Franco, en un esterito próximo, se limpiaba los cuajarones. Los compañeros de Millán hacían proyectos para bailar el *velorio*.

—Lo que es yo, murmuraba uno, tuviera agraecío si dende ayer se hubieran descogotao en nuestra presencia. Pero esto de decir que lo mató el toro, cuando oímos claramente los tiros, poco me suena. No había pa qué arrastrarlo y descabezarlo. Esa crueldá sí ofende a Dios.

—¿No sabe usted cómo fue la desgracia?

—Sí, señó. El asesino, el toro; el muerto, Miyán; los cómplices, nosotros, y los inocentes, ustées. ¡Por eso me voy adelante con el aviso, pa

que abran el hoyo y alisten música y trago y corten la mortaja pa quen la quera!

Así dijo, y, mascullando sus amenazas, se alejó a escape.

Yo no quería ver al difunto. Sentía repugnancia al imaginar aquel cuerpo reventado, incompleto, lívido, donde tuvo su albergue un alma enemiga y castigó mi mano en infiusta fecha. Me perseguía el recuerdo de aquellos ojos colorados y rencorosos que me asaltaron por dondequiera, calculando si en mi cintura iba el revólver encapsulado. Aquellos ojos, ¿dónde cayeron? Colgarían de alguna breña, adheridos al frontal roto, vaciados, repulsivos y goteantes? ¿Qué sería de aquella cabeza obtusa, centro de la malicia, filtro de la venganza, cubil de la maldad y del odio? Yo la sentí crujir al choque del cuerno curvo, que le asomó por la sien opuesta, mientras el sombrero embarboquejado saltaba lejos; la ví cuando el toro, al desprenderla de la cerviz, la aventó hacia arriba, como un balón. ¿Y qué se hizo? ¿Dónde sangraba? ¿Acaso la enterraría la fiera con sus pezuñas, cuando defendiendo el cadáver trilló el barzal?

Lentamente, el desfile mortuorio pasó ante mí: un hombre de a pie cabestreaba el caballo fúnebre, y los taciturnos jinetes venían detrás. Aunque el asco me fruncía la piel, rendí mi pupila sobre el despojo. Atravesado en la montura y con el vientre al sol, iba el cuerpo decapitado, entreabriendo las yerbas con dedos rígidos, como para agarrarlas por vez postrera. Tintineando en los calcañales desnudos, pendían las espuelas que nadie se acordó de quitar, y del lado opuesto, entre el paréntesis de los brazos, destilaba aguasangre el muñón del cuello, rico de nervios amarillosos, como raicillas recién sacadas. La bóveda del cráneo y la mandíbula que la sigue faltaban allí, y solamente el maxilar inferior reía ladeado, como burlándose de nosotros. Y esa risa sin rostro y sin alma, sin labios que la corrigieran, sin ojos que la humanizaran, me pareció vengativa y torturadora, y aun al través de los días que corren, me repite su mueca desde ultratumba y me estremece de pavor.

* * *

Más tarde cuando la comitiva empezó a fumar y la charla se hizo ruidosa, propuso Franco: Pues que será preciso suspender la cogienda por unos días, mientras se normaliza la situación, es bueno regresar en busca de los cabayos. Los vaqueros mejor montados, vengan acá; los otros, yeven la madrina detrás del muerto. Por ayá les caeremos antes de anochecer.

Sólo siete peones obedecieron. Antes de separarnos de los restantes, le rogué a un muchacho que se adelantara a llevarles a las mujeres noticias nuestras, para evitar que Alicia se atormentara al divisar el cortejo triste, que en aquel momento entraba en el morichal de la lejanía, como pudiera hacerlo entre las columnatas de una basílica descubierta. Los bueyes del madrineo alargaban la procesión.

Aunque el mulato me señalaba las sabanetas donde la víspera anochecimos, fuéme imposible reconocerlas, por su semejanza con las demás; pero advertía el rastro del ventarrón en el desgreño de los ramajes, en los fulminados troncos de algunas palmeras, en el desgonce de los pastos vencidos. En tanto, el recuerdo del mutilado me acompañaba; y con angustia jamás sentida quise huír del llano bravío, donde se respira un calor guerrero y la muerte gusta montarse a la grupa de los cuartagos. Aquel ambiente de pesadilla enflaquecía mi corazón, y era preciso volver a las tierras civilizadas, al remanso de la molicie, al ensueño y a la quietud.

Destemplado por la zozobra, me atrasé de mis camaradas cuando los perros nos alcanzaron. De repente, la aulladora jauría, nariz al viento, circundó el perímetro de una laguna disimulada por altos juncos. Mientras los jinetes corrían haciendo fuego, ví que una tropa de indios se dispersaba entre la maleza, fugándose en cuatro pies, con tan acelerada vaquía, que apenas se adivinaba su derrotero por el temblor de los pajonales. Sin gritos y sin lamentos, las mujeres se dejaban asesinar, y el varón que pretendiera vibrar su arco, caía bajo las balas, apedazado por los molosos. Mas con repentina resolución surgieron indios de todas partes y cerraron contra los potros para desjarretarlos con sus macanas, y tratar lucha cuerpo a cuerpo con los jinetes. Diezmados en las primeras acometidas, desbandáronse a la carrera, en larga competencia con los caballos, hasta refugiarse en sus montes inexpugnables.

«*Aquí, Dóllar, aquí Martel!*» gritaba yo de estampía, defendiendo a un indio veloz que desconcertaba con sus corvetas a dos perros enfurecidos. Sin perderlo un instante, seguí la curva que describía, cuando lo ví regresar por la misma huella, gateando mañosamente, sin abandonar la sarta de sus pescados. Al toparme, se enmatorró, y yo, receloso de sus arrestos, paré las riendas. Mas de rodillas me abrió los brazos: «¡Señor Intendente, señor Intendente! ¡Yo soy el Pipa! ¡Piedad de mí!»

Y sin esperar que le respondiera, miedoso de la perrada, saltó a la grupa de mi alazán, abrazándome compungido:

—«¡Perdón, perdón! Ahora le refiero lo del caballo!»

Creyendo que el cuitado me maltrataba, acudieron los hombres en mi socorro, y Correa lo tiró al suelo de un culatazo; pero más se tardó en caer que en encaramarse de nuevo, exclamando: «Nosotros somos amigos! Yo soy el paje de la señora!»

—Miren a este come-ganao, capitán de la guajibera, salteador de las fundaciones, a quien tántas veces hemos corrido. ¡Ora me las pagás de contao!

—¡Caballero, caballero! no se equivoque, no se precipite, no me confunda; fue que los indios me aprehendieron, me *empelotaron* y el señor Intendente me libertó. El me conoce mucho y su señora me necesita!

Como todos le achacaban los incendios en el Hatico, empezó a llorar a mares, consternado por la calumnia. Luégo, aferrándose a mis cuadriiles, alzó sus piernas sobre las mías para que los perros no lo mordieran, fingiéndose avergonzado de estar desnudo. Y yo, que pasé de la sorpresa a la caridad, lo conduje en ancas, con rumbo al hato, entre la rebeldía de mis compañeros, que le auguraban la castración en represalia de sus delitos.

Apenas recobró la confianza, inició el cautivo su mentiroso discurso, que interrumpía para pedirme que les ordenara a los vaqueros adelantarse. «No lo hago por mí, decía, sino por usted: se les puede salir un tiro y nos atraviesan por las espaldas!»

Luégo, en el tono del amante que habla al oído, agregó: Cómo iba a ser posible que el señor Intendente llegara a su capital sin que le hicieran digno recibimiento? Estas minucias me desvelaban aquella noche, y monté en su caballo para llevar la noticia al pueblo, tan decidido a regresar pronto, que le dejé a usted mi yegua enjalmada. Pero al saber las fechorías que iban a hacerle, por la traída de la señora, eché cabeza de este modo: Si lo encarcelan, nadie me libra de mi padrino; si le registran el equipaje, se quedan con todo; el caballo vale más que la potrancona, pero ambos a dos se los quitarán, y es preferible que yo dé mi trotadita por Casanare y regrese al fin del verano a entregar todo, rango y montura. Mas al bajar por estas sabanas, me salieron los vaqueros de un tal Barrera diciendo que yo andaba tras del ganado, y querían llevarme preso para el Hatico, y me robaron hasta el sombrero, y, por quedar a pie, los guahibos me cautivaron. Pero se me olvidaba preguntarle por la señora: # [¿Cómo la tiene?](#)

En cualquiera otra situación me habría divertido la pintoresca trama de sus disculpas; pero entonces, casi al anochecer, sólo quería alcanzar al muerto para impedir que Alicia lo contemplara.

Por las llanuras a media luz iban dos jinetes a paso lento.

Cuando los alcanzamos, sus caras no se veían, pero Franco los conoció: ¿Por dónde siguen los del cadáver?

—Los caporales resolvieron tirarlo al caño, porque no se aguantaba la *jedentina*. Después se jueron hacia sus tierras pues no querían trabajar má.

—Nosotros tampoco lo acompañamos, dijeron unos.

—A mí no me gustan los sinvergüenza, y resuelvo quedarme solo. El que quiera sus jornales, siga conmigo.

Ellos pronunciaron esta gran frase:

—«# [Nosotros preferimos la libertá.](#)»

—Pa qué lao cogieron los camarás?

—Pa la costa del Guachiría.

—¡Adió, pué!

Y galoparon entre la noche.

Los cuatro restantes caminamos a toda prisa en busca del hato semiborroso, donde hacía guiños una candela. Aunque el Pipa clamaba

amparo, lo forcé a que se apeara. Y al trote, como un fantasma, nos perseguía en la oscuridad.

Un raro temor me escalofriaba cuando nos acercamos a los corrales. Desde allí advertimos que la ramada estaba en silencio y que un gran fogón esclarecía el patio. Miré hacia los toldos y ya no los ví. Con súbita carrera llegué al tranquero y el encandilado potro se resistía a invadir la estancia. Mauco y unas mujeres se dirigieron hacia nosotros: «¡Por Dios! ¡Váyanse presto porque los cogen!»

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Alicia? ¿Dónde está Alicia?

—El viejo Zubieta duerme enterrao y nos tamos consolando con la candela.

—¿Qué ha sucedido? ¡Dímelo pronto!

—Que esa volá les salió mal.

Hubo que amenazarlo para que hablara: Se había cometido un crimen el día anterior. Viendo que Zubieta no despertaba, empujaron la puerta de la cocina. Colgado por las muñecas en el lazo de su chinchorro balanceábbase el vejete todavía vivo, sin poder quejarse ni articular, porque en la raíz de la lengua le amarraron una cabuya. Barrera no quiso verlo; mas cuando el Juez llegó al hato, le hizo declaraciones contra nosotros. Juró que en días anteriores habíamos amenazado al abuelo para que revelara el sitio de sus tesoros; que aquella noche, apenas la gente se fue a los toldos a divertirse, penetraron por la cumbreña y cometimos la atrocidad, distribuídos en varios grupos, para cavar simultáneamente en la topochera, en el cuartucho y en los corrales. El Juez hizo firmar a todos la consabida declaración y regresó esa misma tarde, custodiado por Barrera y todo su personal; y el occiso fue sepultado en una de aquellas excavaciones, debajo del mango grande, quizás encima de las tinajas de morrocotas, sin ponerle alpargatas nuevas, sin que le ajustaran las quijadas con un pañuelo, ni le rezaran el Santo Dios, ni le bailaran las nueve noches. Y para mayor desgracia, tenían que cuidar ellos de que los marranos no revolcaran la sepultura, pues ya una

vez habían desenterrado un brazo del muerto y se lo tragaron entre chillidos.

Tan aturdido estaba yo con aquella historia, que no había reparado en que una de las mujeres era Bastiana. Al verla le grité con pávido acento:

—¿Dónde está Alicia? ¿Dónde está Alicia?

—¡Se jueron! ¡Se jueron y nos dejaron!

—¿Alicia? ¿Alicia? ¿Qué estás diciendo?

—¡Se la yevó la niña Griselda!

Apoyando los codos sobre el tranquero, comencé a llorar con un llanto fácil, sin sollozos ni contorsiones; era que la fuente de la desgracia, vertiéndose de mis ojos, aliviaba mi corazón de tan desconocida manera, que permanecí un momento insensible a todo. Miré con cara llorosa a mis compañeros, sin sentir pudor de mis lágrimas, y los veía que me consolaban, como en un sueño. Allí me rodeaban todos, y el Pipa se había apropiado uno de mis vestidos, y las mujeres asaban carne y Franco me exigía que me acostara. Mas cuando empezo a decir que Alicia y Griselda eran dos vagabundas y que con otras mejores las repondríamos, estalló mi despecho como un volcán, y, saltando al potro, partí enloquecido para alcanzarlas y darles muerte donde estuvieran. Y en el vértigo del escape, me parecía ver a Barrera, descabezado como Millán, prendido por los talones a la cola de mi corcel, dejando miembros pegados en las malezas, hasta que, atomizado, despareciera como el polvo de los desiertos.

Tan cegado iba por la iracundia, que sólo tarde advertí que galopaba detrás de Franco y que íbamos llegando a La Maporita. Era verdad que Alicia no estaba allí! En la hamaca de mi rival se tendería libidinosa, mientras yo, desesperado, desvelaba a gritos la inmensidad.

Entonces fue cuando Franco le prendió fuego a su propia casa.

La lengua del fósforo hizo vibrar los flecos de la palmicha, abriéndose en ola sonante que llenó la comarca de cárdenos resplandores. Al momento, el platanal, chamuscado, aflojó sus hojas, y las chispas multiplicaron el

estrago en la cocina y en el caney. A la manera de la víbora *mapanare* que vuelve sus colmillos contra la cola, la llamarada se retorcía sobre sí misma, ahumando la limpidez de la noche, y empezó a disparar sus bombas en la llanura, donde el viento —aliado luciferino— le prestó sus alas a la candela.

Nuestros caballos, espantados, retrocedieron hacia el caño de aguas bermejas, y desde allí ví desplomarse la morada que brindó abrigo a mis sueños de riqueza y felicidad. Entre los muros de la alcoba que fue de Alicia se columpiaba el fuego como una cuna.

Idiotizado contemplaba el piélago asolador sin darme cata de su peligro; mas cuando ví que Franco se alejaba de aquellos lares maldiciendo su despedida, clamé que nos arrojáramos a las llamas. Alarmado de mi demencia, recordóme que era preciso perseguir a las fugitivas # **hasta vengar la ofensa increíble**. Y corriendo, corriendo entre claridades desmesuradas, observamos que la casa del hato también ardía y que la gente daba alardos entre los montes.

La calurosa devastación campeaba en los pajonales de ambas orillas, culebreando en los bejuqueros, trepándose a los moriches y reventándolos con un retumbo de pirotecnia. Saltaban los cohetes llameantes a grandes trechos, hurtándole combustible a la línea de retaguardia, que tendía hacia atrás sus melenas de humo, ávida de abarcar los límites de la tierra y batir sus confalones flamígeros en las nubes. La devoradora falange iba dejando fogatas en los llanos ennegrecidos, sobre los cuerpos de los animales achicharrados, y en toda la curva del horizonte los troncos de las palmeras ardían como cirios mortuorios.

El traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y de las fieras, el tropel de los ganados pavóricos, el amargo olor a carnes quemadas agasajaronme la soberbia; y sentí deleite por todo lo que moría a la zaga de mi ilusión, por ese océano purpúreo que me arrojaba contra la selva, aisladome del mundo que conocí, por el incendio que extendía su ceniza sobre mis pasos!

Qué restaba de mis esfuerzos, de mi ideal y de mi ambición? Qué había logrado mi perseverancia contra la suerte? Dios me desamparaba y el amor huía!...

En medio de las llamas empecé a reír como Satanás!

SEGUNDA PARTE

Oh selva, oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, a manera de inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje vivo a la hora de tus crepúsculos angustiosos. Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? Aquellos celajes de oro y de mûrice con que se viste el ángel de los ponientes, por qué no tiemblan sobre tu dombo? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me ví a la altura de todas las cordilleras! ¿Sobre qué sitio erguirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbría las hojarascas de tus senos húmedos!

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos, y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multísonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza

cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que a la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitabile como su ilusión.

Déjame huír, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad. Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre! Quiero el calor de los arenales, el espejeo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas. Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esta ruta de lágrimas y de sangre, que recorrió en nefando día, cuando al capricho de una mujer me arrastré por los montes y los desiertos, en busca de la Venganza, diosa implacable, que sólo sonríe sobre las tumbas!

* * *

Olvidada sea la época miserable en que vagamos por el desierto en cuadrilla amenazadora, como los bandoleros de los caminos. Responsables de un crimen que no fue nuestro, desafiamos a la injusticia y nos acogimos a la enseña de la残酷. ¿Quién osó desafiar el rencor bárbaro de mi pecho? Quién habría podido amansar nuestra rebelión? Las sendas múltiples de la pampa se precisaron en esos días con el galope de nuestros potros, y no hubo noche que no prendiéramos en distinto paraje la fugitiva llamarada del campamento.

Después, bajo unos moriches inextricables, edificamos la ranchería. Allí amontonábanse los enseres que Mauco y la vieja Tiana salvaron de la ignición, y que pusieron en nuestras manos antes de irse para Orocué, en desempeño del espionaje. Mas no sabíamos qué suerte hubieran corrido. Fidel y el mulato, el Pipa y yo nos turnábamos cada día en atalayar sobre una palmera la presencia de alguna gente en el horizonte o el triángulo de humo que habíamos aceptado como señal.

Nadie nos buscaba ni perseguía! Nos habían olvidado todos.

Yo no era más que un residuo humano de las fiebres y los pesares. De noche, el hambre nos desvelaba como un vampiro, y porque ya venían las primeras lluvias, concertamos la dispersión para asilarnos en Venezuela. Pensé entonces que don Rafo estaría de regreso a La Maporita y que con él podríamos seguir hasta Bogotá. Muchos días lo esperamos en las llanuras que dan a Tame. Mas apenas declaró Franco que continuaría su vida nómada, no por receloso de la justicia ordinaria, sino por el peligro de que algún Consejo de Guerra lo castigara como desertor, desistí de la idea del viaje para mancomunarnos en el destierro y acabar ambos de igual manera, ya que una misma desventura nos había unido y no teníamos otro futuro que el fracaso final en cualquier país.

Y nos decidimos por el Vichada.

El Pipa nos condujo a las plataneras silvestres de Macucuana, sobre la margen del turbio Meta, después de la desembocadura del Guanapalo. Moraba en aquellos montes # una tribu guahiba, semidomada, que convino en acogernos en su familia a condición de que admitiéramos el *guayuco*, respetáramos las *pollonas* y les ordenáramos a los winchesters *no echar truenos*.

Aparecióse una tarde el Pipa con cinco indianos, que se resistían a acercarse mientras no amarráramos los mastines. Acurrucados en la maleza se erguían cautelosos para observarnos, listos a fugarse al menor desliz, por lo cual el ladino intérprete fue conduiéndolos de la mano hasta nuestro grupo, donde recibían el advertido abrazo de paz con esta frase protocolaria: «*Cuñao, yo queriéndote mucho, perro no haciendo nada, corazón contento*».

Todos eran jóvenes y fornidos, de achocolatada cutis y hercúlea espalda, cuya membratura se estremecía temerosa de los fusiles. Los arcos y las aljamas habíanlos dejado entre la canoa, que iba a mecernos en la aventura, sobre las aguas desconocidas de un río salvaje, hacia refugios recónditos y

temibles, a donde un fatum implacable nos expatriaba, sin otro delito que el de ser fuertes, sin otra mengua que la de ser desafortunados.

Había llegado el momento de licenciar para siempre nuestros caballos, que nos dieron apoyo en la adversidad. Ellos recobraban la pampa virgen y nosotros perdíamos lo que gozosos recuperaban, la zona donde sufrimos y batallamos inútilmente, comprometiendo la esperanza y la juventud. Cuando mi alazán sudoroso se sacudió al verse libre de la montura y galopó con relinchos trémulos en busca del bebedero lejano, me sentí indefenso y solo, y copié en mis ojos tristes todas las cosas, con la amargura del condenado a muerte que se resigna a su sacrificio y ve sobre los paisajes de su niñez arrebolarse el último sol.

Al descender el barranco que nos separaba de la curiara, torné la cabeza hacia el límite de los llanos, perdidos en una nébula dulce, donde las palmeras me despedían. Aquellas inmensidades me hirieron, y, no obstante, quería abrazarlas. Ellas fueron decisivas en mi existencia y se injertaron en mi sér. Comprendo que en el instante de mi agonía se borrarán de mis pupilas vidriosas las imágenes más leales; pero en la atmósfera sempiterna por donde ascienda mi espíritu aleteando, estarán presentes las medias tintas de esos crepúsculos cariñosos, que, con sus pinceladas de ópalo y rosa, me indicaron ya sobre el cielo amigo la senda que sigue el alma hacia la suprema constelación.

La curiara, como un ataúd flotante, siguió agua abajo, a la hora en que la tarde alarga las sombras. Desde el dorso de la corriente columbrábanse las márgenes paralelas, de sombría vegetación y plagas hostiles. Aquel río, sin ondulaciones y sin espumas, era mudo, tétricamente mudo como el presagio, y daba la impresión de un camino oscuro que se moviera hacia el vértice de la nada.

Mientras proseguíamos silenciosos, principió a lamentarse la tierra por el hundimiento del sol, cuya vislumbre palidecía sobre las playas. Los más ligeros ruidos repercutieron entre mi sér, consustanciado a tal punto con el

ambiente, que era mi propia alma la que gemía, y mi tristeza la que, a semejanza de un lente opaco, apenumbraba todas las cosas. Sobre el panorama crepuscular fuese ampliando mi desconsuelo como la noche, y lentamente una misma sombra borró los perfiles del bosque extático, la línea del agua inmóvil, las siluetas de los remeros....

Desembarcamos al comienzo de una barranca, suavizada por escalones que descendían al puertecito, en cuyo remanso se agrupaban unas canoas. Por un sendero lleno de barro, que se perdía entre el gramalote, salimos a una plazuela de árboles derribados, donde nos aguardaba el rancho pajizo, tan solitario en aquel momento, que vacilábamos en ocuparlo, sospechosos de alguna emboscada. El Pipa alegaba con los indianos que a semejante vivienda nos condujeron, y nos trasmitía la traducción de la jerigonza, según la cual los de la ramada se dispersaron al notar que traíamos perros. Los bogas pedían permiso para dormir entre las curiaras.

Cuando los indígenas se marcharon uno tras otro, Fidel le ordenó a Correa que se acostara con el Pipa en la barbacoa, por si intentaba traicionarnos aquella noche; les quitó los collares a los cachorros, y, a oscuras, les mudó el sitio a nuestras hamacas.

Ofreciéndole mi costado a la carabina, me entregué al sueño.

El Pipa solía hacerme protestas de adhesión incondicional y acabó por relatarme la favorosa serie de sus andanzas. Su mano sabía disparar la barbada flecha, en cuya punta iba ardiendo la pelota de *peramán*, que cruzaba el aire como un cometa, con el aullido de la consternación y de los incendios.

Muchas veces, para librarse del enemigo, se aplanó en el fondo de las lagunas, como un caimán, y emergía sigiloso entre los juncales para renovar la respiración; y si los perros le nadaban por encima de la cabeza, buscándolo, los destripaba o los consumía, sin que los vaqueros pudieran ver otra cosa que el chapoteo de algunos juncos en el apartado centro de los charcos.

Adolescente apenas, vino a los Llanos cuando estaba en su auge # el hato de San Emigdio y allí sirvió de *coquis* algunos meses. Trabajaba todo el día con los llaneros, y por la noche agregábase a sus fatigas la de acopiar la leña y el agua, prender el fuego y asar la carne. De madrugada, lo despertaban los caporales a puntapiés para que recociera el café cerrero; tras de tomarlo, se iban sin ayudarle a ensillar la mañosa bestia o sin decirle hacia qué banco se dirigían. Y él, llevando de cabestro la mula de los calderos y de los víveres, trotaba por las estepas oscurecidas, poniendo oído a las voces de los jinetes, hasta orientarse y seguir con ellos.

Para colmo, la cocinera de la ramada le exigía cooperar en sus menesteres, y él, tiznado y humilde como un guiñapo, se resignaba a su situación. Mas una vez, al vaciar el *cocido* en la barbacoa, sobre las hojas frescas que habilitábanse de manteles, agrupáronse los peones con la presteza de hambrientos buitres, y él tendió, como todos, las desaseadas manos hacia la carne para trinchar algún trozo con su *belduque*. El *arrimado* de la sirvienta, un abuelote de empaque torvo, que lo celaba estúpidamente y que ya lo había mondado con la correa de la cintura, comenzó a vociferar, con la boca llena, porque no se repetía presto la calderada. Como el coquis no se afanó por obedecerle, agarrólo de las orejas y le bañó la cara en caldo caliente. El muchacho, enfurecido, le rasgó el buche de un solo tajo, y la asadura del comilón se regó humeando en la barbacoa, por entre las viandas apetecidas.

El dueño del hato apresó al chicuelo, liándole garganta y brazos con un mecate, y mandó dos hombres a que lo mataran ese mismo día, abajo de las resacas del Yaguarapo. Por fortuna, pescaban allí unos indios, que destriazaron a los verdugos y le dieron al sentenciado la libertad, pero llevándoselo consigo.

Errante y desnudo vivió en las selvas más de veinte años, como instructor de las grandes tribus, en el Capanaparo y en el Vichada; y como cauchero en el Inírida y en el Vaupés, en el Orinoco y en el Guaviare, con los piapocos y los guahibos, # con los banivas y los barés, con los cuivas, los carijonas y los huitotos. Pero su mayor influencia la ejercía sobre los guahibos, a quienes había perfeccionado en el arte de las guerrillas. Con

ellos asaltó siempre las rancherías de los sálivas y las fundaciones que baña el Pauto. Cayó prisionero en distintas épocas, cuando una *raya* le lanceó el pie, o cuando las fiebres lo consumían; pero, con riesgosa suerte, se hizo pasar por vaquero cautivo de los hatos de Venezuela, y conoció diferentes cárceles, donde observaba buena conducta, para volver pronto a la inclemencia de los desiertos y al usufructo de las revoltosas capitanías.

—«Yo, decía, seré su lucero en estos confines, si pone a mi cuidado la expedición: conozco las trochas, las vaguadas y los caminos y en algunos caños tengo mis amistades. Buscaremos a los caucheros por dondequiera, hasta el fin del mundo; pero no vuelva a permitir que el mulato Correa duerma conmigo, ni que me satirice con tánta roña. Eso no es corriente entre dos cristianos y desanima a cualquier hombre de sentimiento. Algún día lo rasguño, y en paz quedamos!»

Por ese tiempo me invadió la misantropía, ensombreciéndome las ideas y descoyuntando mi decisión. En el sonambulismo de mi congoja devoraba mis propias hieles, inepto y adormilado como la serpiente que muda escama.

Nadie me había vuelto a nombrar a Alicia, por desterrarla de mi pensamiento; mas esa misma delicadeza sublevaba en mi corazón todos los odios reconcentrados, al comprender que me compadecían como a un vencido. Entonces se sollamaban mis labios con las blasfemias y un velo de sangre se reteñía sobre mis ojos.

¿Y a Fidel lo atormentaba el tenaz recuerdo? Sólo me parecía triste en sus confidencias, quizás por acoplarse con mi quebranto. Todo lo había perdido en hora impensada, y sin embargo daba a entender que desde ese instante se sintió más libre y más poderoso, cual si el infortunio fuera simple sangría para su espíritu.

Y yo por qué me lamentaba como un eunuco? ¿Qué perdía en Alicia que no lo topara en cualquiera hembra? Ella había sido un mero incidente

en mi vida loca y tuvo el fin que debía tener. Barrera merecía mi agradecimiento!

Además, la que fue mi querida tenía sus taras: era ignorante, era caprichosa y era colérica. Su personalidad no tenía relieve: vista sin el lente de la pasión amorosa, aparecía la mujer común, la de encantos atribuídos por los admiradores que la persiguen. Sus cejas eran mezquinas, su cuello, corto, la armonía de su perfil un poquillo convencional. Desconoció la ciencia del beso y sus manos fueron incapaces de inventar la menor caricia. Jamás escogió un perfume que la distinguiera; **# su juventud olía como la de todas.**

Cuál era la razón de sufrir por ella? Había que olvidar, había que reír, había que empezar de nuevo. Mi destino así lo exigía, y así lo deseaban, tácitamente, mis camaradas. El Pipa, mixtificando la intención con el disimulo, cantó cierta vez un *llorao* genial, a los compases de las maracas, para infundirme la ironía confortadora:

**# El domingo la ví en misa,
el lunes la enamoré,
el martes ya le propuse,
el miércoles me casé,
el jueves me dejó solo,
el viernes la suspiré;
el sábado el desengaño....
y el domingo a buscar otra
porque solo no me amaño.**

Mientras tanto, se iniciaba en mi voluntad una reacción casi dolorosa en que colaboraron el rencor y el escepticismo, la impenitencia y los propósitos de venganza. Me burlé del amor y de la virtud, de las noches bellas y de los días hermosos. No obstante, alguna ráfaga del pasado volvía a refrescarme el ardido pecho, nostálgico de ilusiones, de ternura y serenidad.

Los aborígenes del bohío eran mansos, astutos y pusilánimes, y se parecían como las frutas de un mismo árbol. Llegaron, desnudos, con sus dádivas de *cambures* y de *mañoco*, acondicionadas en cestas de palmarito, y las descargaron sobre el barbecho, en lugar visible. Dos de los indios que manejaron la embarcación traían pescado cocido al humo.

Cuidadosos de que los perros no gruñieran, fuimos al encuentro del arisco grupo, y después de una libre plática en gerundios y monosílabos castellanos, se resolvieron los visitantes a ocupar un extremo de la vivienda, el inmediato a los montes y a la barranca.

Con indiscreta curiosidad les pregunté dónde dejaron a las mujeres, pues que ninguna venía con ellos. Apresuróse a explicarme el Pipa que era imprudencia hacer tan desusadas indagaciones, so riesgo de que se alarmaran los celosos indios, a cuyas *petrivas* les fue negado, por tradicional experiencias inmemoriales, mostrar incautamente su desnudez a los forasteros de raza blanca, siempre abusivos y lujuriosos. Agregó que no tardarían en acercarse las indias viejas para ir aquilatando nuestra conducta, hasta convencerse de que éramos varones morigerados y recomendables.

Dos días después, apareciéreronse las matronas, en traje de paraíso, seniles y repugnantes, batiendo al caminar los flácidos senos, que les pendían como estropajos. Traían sobre la greña sendas *taparas* de chicha fuerte, cuyos rezumos pegajosos les goteaban por las arrugas de las mejillas, con la apariencia de un sudor ácido. Ofreciéronnos la bebida a pico de calabaza, imponiendo su gesto grave, y luégo rezongaron malhumoradas al ver que sólo el Pipa pudo saborear el brebaje cáustico.

Más tarde, cuando principió a resonar la lluvia, acurrucáronse junto al fogón, como gorilas momificadas, mientras los hombres enmudecían en los chinchorros, con el letargo de la desidia. Nosotros callábamos también en el tramo opuesto, viendo caer el agua en la extensión de la umbrosa vega, que oprimía el espíritu con sus neblinas y cerrazones.

—Es imperioso, prorrumpió Franco, decidir esta situación poniendo en práctica algún propósito. En la semana entrante dejaremos esta guarida.

—Ya las indias vinieron a prepararnos el bastimento, repuso el Pipa. Remontaremos el río para cruzarlo frente a Caviona, un poco más arriba de las lagunas. Por allí hay una senda terrestre para el Vichada, y en recorrerla no se gastan menos de siete días. Hay que llevar a cuestas las provisiones, mas ninguno de estos *cuños* quiere acompañarnos como carguero. Yo estoy trabajando para decidirlos. Pero es urgente la compra de algunos *corotos* en Orocué.

—Y con qué dinero los adquirimos? dije alarmado.

—Eso corre de cuenta mía. Sólo les pido que crean en mí y que sigan siendo afables con esta gente. Necesitamos sal, anzuelos, guarales, tabacos, pólvora, fósforos, herramientas y mosquiteros. Todo para ustedes, porque a mí no me falta nada. Y como nadie sabe qué nos espera en esas lejuras...

—Será preciso vender las sillas y los aperos?

—Y quién los compra? Y quién los vende sin que lo apañen? Ya podemos irlos botando. De aquí para allá, cuando sea posible, no tendremos otro caballo que la canoa.

—Y en qué lugar escondes el oro para tus planes?

—# [En el garcero de Las Hermosas](#). Cuatro libras de pluma fina, si mal nos va! Cada semana cambiaremos un manojito por mercancías. Cuando les provoque, yo soy baquiano, pero es muy lejos.

—Eso no importa! Mañana mismo!

Bendita sea la difícil landa que nos condujo a la región de los revuelos y de la albura! El inundado bosque de aquel garcero, millonario de garzas reales, parecía un algodonal de nutridos copos; y en la turquesa del cielo ondeaba, perennemente, un desfile de remos pálidos, sobre los cimborios de los moriches, donde bullía la empeluzada muchedumbre de los polluelos. A nuestro paso se encumbraba en espiras la nívea flota, y, tras de girar con insólito vocerío, se desbandaba por unidades, que descendían a los esteros, entrecerrando las alas lentes, como un velamen de sedas blancas.

Pensativo, junto a las linfas, demoraba el *garzón soldado*, de rojo kepis, heroica altura y marcial talante, cuyo pico es prolongado como una espada; y a su redor revoloteaba el mundo babélico de zancudas y de palmípedas, desde la *corocora* lacre, que humillaría al ibis egipcio, hasta la azul cerceta de dorado moño y el pato ilusionante de color de rosa, que en el rosicler del alba llanera tiñe sus plumas. Y por encima de ese alado tumulto volvía a girar la corona eucarística de las garzas, y se despetalaba sobre la ciénaga, y mi espíritu sentíase deslumbrado, como en los días de su candor, al evocar las hostias divinas, los coros angelicales, los cirios inmaculados.

Parecía imposible que pudiéramos arrimar al sitio de los nidos y de las plumas. El transparente charco nos dejó ver un sumergido ejército de caimanes, en contorno de las palmeras, ocupado en recoger pichones y huevos, que caían cuando las garzas, entre algarabías y picotazos, desnivelaban con su peso las ramazones. Nadaba por dondequiera la innúmera banda de los caribes, de vientre rojizo y escamas plúmbeas, que se devoran unos a otros y descarnan en un segundo a todo sér que cruce las ondas de su dominio, por lo cual los hombres y los cuadrúpedos se resisten a echarse a nado, y mucho más al sentirse heridos, que la sangre excita instantáneamente la voracidad del terrible pez. Veíase la traidora raya de aletas gelatinosas y arpón venino, que descansa en el fango como un escudo; la anguila eléctrica, que inmoviliza con sus descargas a quien la toca, la palometa de nácar y oro, semejante al disco lunar, que desciende al fondo y enmugra el agua para escaparse a las dentelladas de la tonina. Y todo el inmenso acuario se extendía hacia el horizonte, como un lago de peltre, donde flotan las plumas ambicionadas.

Bogando en balsitas inverosímiles, nos distribuimos aquí y allá para recoger el caro tesoro. Los indios invadían a cortos trechos las espesuras, hurgando en las tinieblas con las palancas, por miedo a los güíos y a los caimanes, hasta completar su manojo blanco, que a veces cuesta la vida de muchos hombres, antes de ir a ignotas ciudades a exaltar la belleza de mujeres desconocidas.

Aquella tarde rendí mi ánimo a la tristeza y una emoción romántica me sorprendió con vagas caricias. Por qué viviría siempre solo en el arte y en el amor? Y pensaba con dolorida inconformidad: ¡Si tuviera ahora a quién ofrecerle el armiñado ramillete de estos plumajes, que parecen espigas blancas! Si alguien quisiera abanicarse con este alón de *codúa* marina, donde va prisionero el iris! Si hubiera hallado con quién contemplar el garcero nítido, primavera de aves y de colores!

Con humillada pena advertí después que en el velo de mi ilusión se embozaba Alicia, y procuré manchar con realismo crudo el pensamiento donde la intrusa reaparecía.

Afortunadamente, tras de penoso viaje por cenagosas llanuras y caños hondos, dimos con el lugar donde las curiaras habían quedado, y a golpes de palanca comenzamos a remontar los sinuosos ríos, hasta que entramos, casi de noche, en el atracadero de la ramada.

Desde lejos nos llevó la brisa el llanto de un niño; y, cuando ya llegábamos a la huta, salieron corriendo unas indias jóvenes, sin atender a la voz del Pipa que, en idioma terrígeno, alcanzó a gritarles que éramos gente amiga. En los horcones y en las soleras había chinchorros numerosísimos, y en el fogón, a medio rescoldo, gorgoreaba la olla de las infusiones medicinales.

Lentamente, apenas la candela regó su lumbre, se nos fueron presentando los indios nuevos, acompañados de sus mujeres, que les ponían la mano derecha en el hombro izquierdo para advertirnos que eran casadas. Una, que llegó sola, nos señalaba el chinchorro de su marido y se exprimía el lechoso seno, dando a entender que había dado a luz ese mismo día. El Pipa, delante de ella, comenzó a instruirnos en las costumbres que rigen la maternidad en aquella tribu: al presentir el alumbramiento, la parturienta toma el monte y vuelve ya lavada, a buscar a su hombre para entregarle la criaturilla. El padre se encama entonces a guardar dieta, mientras la mujer le prepara los cocimientos contra las náuseas y los cefálicos.

Como si entendiera estas explicaciones, hacía la india signos de aprobación a cuanto el Pipa nos refería; y el cónyuge follón, de cabeza

vendada con unas hojas, se quejaba desde el chinchorro y pedía cocos de chicha para aliviar sus padecimientos.

Las indias que habían huído eran las pollonas y cada uno de nosotros podía escoger la que le placiera, cuando el jefe, un cacique matusalénico, recompensara de esa suerte nuestra adhesión. Mas sería candidez pensar que con requiebros y sonrisitas aceptaban nuestro agasajo. Era preciso atisbarlas como a gacelas y correr en los bosques hasta rendirlas, pues la superioridad del macho debe imponérseles por la fuerza, en cambio de la sumisión y de la ternura.

Yo me sentía incapaz de toda ilusión.

El jefe de la familia me manifestaba cierta frialdad, que se traducía en un silencio continuo. Procuraba yo congraciarlo en distintas formas, por el deseo de que me instruyera en sus tradiciones, en sus cantos guerreros, en sus leyendas; inútiles fueron mis cortesías, porque aquellas tribus rudimentarias de vida errante, no tienen dioses, ni héroes, ni patria, ni pretérito, ni futuro.

Aconteció que traje del garcero dos patos grises, del tamaño de las palomas, ocultos en el fondo de una mochila. Hallé uno muerto al día siguiente y quise desplumarlo junto al fogón, para que mis perros se lo comieran. Mas de repente, el cacique tomó sus flechas, y me amenazó despiadado con la macana, dando alaridos y trenos graves, hasta que las mujeres y los muchachos recogieron todas las plumas y las soplaron en el aire de la mañana.

Rodeáronme al instante mis compañeros y me arrebataron la carabina, porque no amenazara al abuelo audaz. Este, cubriéndose la cara con ambas manos, se retorcía en epilépticas convulsiones y empezó a dar sollozos de despedida, y besaba la tierra y la taraceaba de espumarajos. Luégo quedóse rígido, entre el espanto de las mujeres, pero el Pipa le echó resaldo por las orejas para que la muerte no le comunicara el fatal secreto.

Entonces supe, por advertencia de nuestro intérprete, que las almas de aquellos bárbaros residen en distintos animalejos y que la del cacique tenía la forma de un pato gris. Probablemente moriría de sugestión por haber contemplado al ave sin vida, y la tribu podía vengarse de mi imprudencia. Apresuréme a sacar el pato que estaba vivo, y lo dejé revolotear entre la ramada, y al verlo, el indio quedóse en éxtasis, ante el poder milagroso de mi persona, y siguió los zig-zags del vuelo sobre la plenitud del cercano río.

El pueril incidente bastó para acreditar me como sér sobrenatural, dueño de las almas y los destinos. Ningún indiano quería mirarme, pero yo estaba presente en sus pensamientos, ejerciendo influencias desconocidas sobre sus esperanzas y pesadumbres. A mis pies cayeron dos muchachones, y se brindaban a completar nuestra expedición, sin que sus mujeres se resintieran. Nunca he podido recordar sus nombres vernáculos, y apenas sé que traducidos a buen romance querían decir, casi literalmente, *Pajarito del Monte y Cerrito de la Sabana*. Abracélos en señal de que aceptaba su ofrecimiento, por lo cual descolgaron del techo los palancones, y les remudaron el fique de las horquetas, para que soportaran el impulso de la canoa al hincarse en los *carameros* de las orillas o en los arrecifes de las resacas.

A su vez, las indianas viejas rallaban yuca para la preparación del *cazabe*, que debía alimentarnos en el desierto. Echaban la mezcla acuosa en el *sebucán*, ancho cilindro de hojas de palma bien retejidas, cuyo extremo inferior se retuerce con un tramojo para exprimir el almidonoso jugo de la rallada. Otras, desnudas en contorno de la candela, recalentaban el *budare*, tiesto redondo y plano, sobre cuya superficie iban extendiendo la masa inmunda y la alisaban con los dedos ensalivados hasta que la torta se endureciera. Quiénes torcían sobre los muslos las fibras sacadas del cogollo de los moriches, para tejer un chinchorro nuevo, digno de mi estatura y de mi persona, mientras que el cacique, emocionado, me hacía entender que celebraría con pomposo baile el vasallaje debido a mi fortaleza y autoridad.

Mi espíritu pregustaba el acre sabor de las próximas aventuras.

Los encargados de procurarnos la mercancía fueron estafados por los tenderos en Orocué. En cambio de los artículos que llevaron: seje, chinchorros, pendare y plumas, recibieron baratijas que valían mil veces menos. Aunque el Pipa les repitió cuidadosamente el precio razonable de cada cosa, los indios sucumbieron a su ignorancia y la avilantez de los explotadores empedernidos volvió a enriquecerse con el engaño. Unos paquetes de sal porosa, unos pañuelos rojos y azules y unos cuchillos, fueron írrito pago de la remesa, y los emisarios venían felices de que no los hubieran obligado, como otras veces, a barrer las tiendas y a cargar agua, a desyerbar la calle y empacar cueros.

Fallida la esperanza de acrecentar nuestros equipajes, nos consolamos con la certeza de que el viaje sería menos complicado. Y, por fin, una noche de plenilunio, quedó lista la gran curiara, que, con blando meneo, ofrecía conducirnos hasta Caviona.

Afuyeron al baile más de cincuenta indios, de todo sexo y edad, pintarrajeados y licenciosos, y se fueron amojonando en la abierta playa, al rededor de los calabazos llenos de chicha. Desde por la tarde habían hecho acopio de *mojojoyes*, gruesos gusanos de anillos negros, que viven enroscados en los troncos podridos. Descabezábanlos con los dientes, como el fumador que despunta el puro, y sorbían el contenido mantequilloso, refregándose luégo la vacía funda del animal en las cabelleras, para lustrarlas. Las de las pollonas, de altivos senos, resplandecían como el charol, bajo el nimbo de plumas de guacamayo y sobre los collares de corozos y cornalinas.

El cacique se había embijado el rostro con miel y achiote y aspiraba el polvo del *yopo*, introduciendo en las narices dos canutillos. Cual si lo hubiera atacado el *delirium tremens*, bamboleábase embrutecido entre las muchachas, y las apretaba y las perseguía, semejante a un cabrío rijoso, pero impotente. A veces, a media lengua, venía a felicitarme porque, según el Pipa, era yo, como él, enemigo de los vaqueros y les había quemado las

fundaciones, cosas que me hacían digno de una macana fina y de un arco nuevo.

En medio de la orgiástica baraúnda prodigábase la chicha de atroz fermento, y las mujeres y los chicuelos irritaban con su vocerío la bacanal. Luégo empezaron a girar sobre las arenas en lento círculo, al compás de los fotutos y de las cañas, sacudiendo el pie izquierdo a cada tres pasos, como lo manda el rigor del baile nativo. Parecía más bien la danza un tardo desfile de prisioneros, alrededor de una inmensa argolla, obligados a repisar una sola huella, con la vista al suelo, gobernados por el llorar de la chirimía y el grave paloteo de los tamboriles. Ya no se oía más que el són de la música y el cálido resollar de los bailadores, tristes como la luna, mudos como aquel río que los consentía sobre sus playas. De pronto, las mujeres, que permanecían silenciosas dentro del círculo, se abrazaron a las cinturas de sus amantes, y trenzaban el mismo paso, inclinadas y entorpecidas, hasta que con súbito desahogo corearon todos los pechos un alarido retumbador, que estremecía las selvas y los espacios como una campanada siniestra y lúgubre: Aaaaay.... Ohé!....

Tendido de costado sobre la greda, que resplandecía con las luminarias, miraba yo la singular fiesta, complacido de que todos mis compañeros giraran ebrios entre la danza. Así olvidarían sus pesadumbres y le sonreirían a la vida otra vez siquiera. Mas a poco advertí que gritaban como la tribu, y que su lamento acusaba la misma pena recóndida, cual si a todos les devorara el alma un solo dolor. Su queja tenía la desesperación de las razas vencidas, y era semejante al sollozo mío, ese sollozo de mis múltiples aflicciones que suele repercutir en mi corazón aunque mis labios lo disimulen: ¡Aaaaay.... Ohé!....

Cuando me retiré a mi chinchorro, en la más completa desolación, siguieron mis pasos unas indígenas y se acurrucaron cerca de mí. Al principio conversaban a medio tono, pero más tarde atrevióse una a levantar la punta del mosquitero; las otras, por sobre el hombro de su compañera, me

atisbaban y sonreían. Cerrando los ojos sobre mi brazo, rechacé la provocación amorosa, con el profundo deseo de libertarme de la lascivia y pedirle a la castidad [‡ su refugio tranquilo y vigorizante](#).

Al amanecer regresaron a la ramada los de la juerga. Tendidos en el piso, como cadáveres, disolvían en el sueño la pesadilla de la embriaguez. Ninguno de mis camaradas había venido, y sonréí al notar que faltaban unas pollonas. Mas cuando bajé al puerto para observar el estado de la curiara, ví al Pipa, boca abajo sobre la arena, exánime y desnudo al rayo del sol.

Cogiéndolo por los brazos lo arrastré hacia la sombra, disgustado por su prurito de desnudarse. Aquel hombre, vanidoso de sus tatuajes y cicatrices, prefería el guayuco a la vestimenta, a pesar de mis amenazas y reprensiones. Dejélo que dormitara la borrachera y allí permaneció hasta por la noche. Y rayó el día siguiente y ni despertaba ni se movía.

Entonces, descolgando la carabina, cogí al cacique por la melena y lo hinqué en la grava, mientras que Franco hacía ademán de soltar los perros. Abrazóme el anciano las pantorrillas trabajando una explicación: ¡Nada, nada! Tomando *yagé*, tomando *yagé*....!

Ya conocía las virtudes de aquella planta, [‡ que un sabio de mi país ha llamado *telepatina*](#). Su jugo hace ver en sueños lo que está pasando en otros lugares. Recordé que el Pipa me habló de ella, agradecido de que sirviera para saber con seguridad a qué sabanas van los vaqueros y en cuáles sitios hay cacería. Habíale ofrecido a Franco tomarla presto para inquirir el punto preciso donde estuviera el raptor de nuestras mujeres.

El visionario fue conducido en peso y recostado frente a mí contra un estantillo. Su cara singular y barbilampiña había tomado un color violáceo. A veces babeaba su propio vientre, y, sin abrir los ojos, se quería coger los pies. Entre el lelo corro de espectadores le sostuve la frente con ambas manos.

—Pipa, Pipa, ¿qué ves? ¿Qué ves?

Con angustioso pujido principió a quejarse y saboreaba su lengua como un confite. Los indios me indicaron que sólo hablaría cuando despertara.

Con descreída curiosidad nuevamente dije: ¿Qué ves? ¿Qué ves?

—Un.... rí....o. Hom....bres.... dos.... hombres....

—¿Qué más? ¿Qué más?
—Un....n....a.... ca....no....a....
—¿Gente desconocida?
—Uuuuh.... Uuuuuuh.... Uuuuh....
—Pipa, ¿te sientes mal? ¿Quéquieres? ¿Quéquieres?
—Dor....mir, dor....mir.... dor....

Las visiones del soñador fueron estrañalarias: procesiones de caimanes y de tortugas, pantanos llenos de gente, flores que daban gritos. Dijo que los árboles de la selva eran gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas. Tenían deseos de escaparse tras de las nubes, pero la tierra los agarraba por los tobillos y les infundía la perpetua inmovilidad. Quejábanse de la mano que los hería, del hacha que los derribaba, siempre condenados a retoñar, a florecer, a gemir, a perpetuar, sin fecundarse, su especie formidable e incomprendida. El Pipa les entendió sus airadas voces, según las cuales debían ocupar los barbechos, las llanuras y las ciudades, hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y tener un solo ramaje en cerrada urdimbre, cual en los milenios del paraíso, cuando Dios flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa llena de lágrimas.

Selva profética, selva enemiga! Cuándo habrá de cumplirse tu predicción?

Llegamos a las márgenes del Vichada derrotados por los zancudos. Durante la travesía los azuzó la muerte tras de nosotros y nos persiguieron de día y de noche, flotando en halo fatídico y quejumbroso, trémulos como una cuerda a medio vibrar. Eranos imposible mezquinar nuestra sangre asténica, porque nos succionaban al través de sombrero y ropa, inoculándonos el virus de la fiebre y la pesadilla.

Las que enantes fueron sabanas úberes, se habían convertido en traidoras ciénagas; y con el agua hasta la cintura seguíamos el derrotero de los baquianos, bañada en sudor la frente y húmedas las maletas que

portábamos a la espalda, famélicos, macilentos, pernoctando en los altiplanos de breña inhóspite, sin hoguera, sin lecho, sin protección.

Aquellas latitudes son inmisericordes en la sequía y en los inviernos. Cierta vez, en La Maporita, cuando Alicia me amaba aún, salí al desierto, a coger para ella un venadillo de pocos días. Calcinaba el verano la estepa tórrida, y las reses, en el fogaje de los calores, trotaban por todas partes buscando agua. En los meandros de árido cauce escarbaban la tierra del bebedero unas vaquillonas, al lado de un caballejo que agonizaba con el hocico puesto sobre el barrial. Una bandada de caricares cogía culebras, ranas y lagartijas, que palpitan locas de sed entre carroñas de *cachicamos* y de *chigüires*. El toro, que presidía la grey vacuna, repartía topes con protectora solicitud, por obligar a sus hembras a acompañarlo hacia otros parajes en busca de alguna charca, y mugía arreando a sus compañeras en medio del banco centelleante y pajonaloso.

Empero, una novilla recién parida, que se destapó las pezuñas cavando el suelo, regresó a buscar a su ternerillo por ofrecerle la ubre cuarteada. Echóse para lamerlo, y allí murió. Recogí entonces la débil cría y expiró en mis brazos.

Mas ahora, al caer de unas cuantas lluvias, invertía el territorio su hostilidad: por doquiera, encaramados sobre los troncos, veíanse las *lapas*, los zorros y los conejos sobreaguando en la inundación; y aunque las vacas pastaban en los esteros, con el agua sobre los lomos, perdían sus tetas en los dientes de los caribes.

Por aquellas intemperies atravesamos a pie desnudo, cual lo hicieran los legendarios hombres de la conquista. Cuando al octavo día me señalaron el lejano monte del río Vichada, sobre cogióme intenso temblor y me adelanté con el arma al brazo, esperando encontrar a Alicia y a Barrera en sensual coloquio, para caerles de sorpresa, como el halcón sobre la nidada. Y jadeante y entigredido me agazapé sobre los barrancos de la ribera.

Nadie! nadie! El silencio, la inmensidad....

A quién podíamos preguntarle por los caucheros? Para qué seguir caminando río arriba sobre la costa desapacible? Era mejor renunciar a todo, tendernos en cualquier sitio y pedirle a la fiebre que nos matara.

El fantasma impávido del suicidio, que se sigue esbozando en mi voluntad, me tendió sus brazos aquella noche; y permanecí entre mi chinchorro, con la mandíbula puesta sobre el cañón de la carabina. Cómo iría a quedar mi rostro? Repetiría el espectáculo de Millán? Y este solo pensamiento me acobardaba.

Lenta y oscuramente insistía en adueñarse de mi conciencia un demonio trágico. Pocas semanas antes, yo no era así. Ahora los conceptos de crimen y de bondad se compensaban en mis ideas, y concebí el morboso intento de asesinar a mis compañeros, movido por un impulso de compasión. Para qué la tortura inútil, cuando la muerte era inevitable y el hambre andaría más lenta que mi fusil? Quise libertarlos rápidamente y morir tras ellos. Con la siniestra mano entre mi bolsillo, principié a contar las cápsulas que tenía, escogiendo para mí la más puntiaguda. Y a cuál debía matar primero? Franco estaba cerca de mí. En la noche lluviosa extendí mi brazo y le tenté la cabeza febricitante.

—«Qué quieres? dijo. Por qué le movías el manubrio al winchester? La fiebre me vuelve loco».

Y pulsándome la muñeca me repetía: «Pobre....! Pobre! La tuya tiene más de cuarenta grados. Abrígate con mi ruana para que sudes».

—Esta noche es interminable.

—Apenas serán las dos de la madrugada. Sabes, agregó, que el mulatico puede *rasgarse*? No has sentido cómo se queja? Ha delirado con Sebastiana y con los rodeos. Dice que tiene el hígado endurecido como una piedra.

—Tuya es la culpa, tuya es la culpa! No quisiste que se quedara. Ardías por verlo morir en el desamparo.

—Supuse que su propósito de regreso obedecía a la aversión que le tiene al Pipa.

—Yo los reconciliaré para siempre.

—Es que Correa le cogió miedo por la amenaza de que va a hacerle algún maleficio. Ha dado en entristecerse cuando escucha cantar un pájaro.

Recordando los filtros de Sebastiana, dije dudosamente: ignorancia, superstición!

—Ayer sacó el tiple de la maleta para reponer la clavija rota. Pero al tocarlo empezó a yorar.

—Díme, no habrá moronas de cazabe en tu maletera? Párate, acércate.

—Para qué? Todo se acabó! Cómo me duele que tengas hambre!

—Las pepas de este árbol serán veneno?

—Probablemente. Pero los indios están pescando. Aguardemos hasta mañana.

Y con los ojos llenos de lágrimas, balbucí, desviando el calibre:

—Bueno, bueno! Hasta mañana....!

Los perros comenzaron a manotear en mi mosquitero para que abandonáramos el playón. Evidentemente, seguía creciendo el río.

Cuando nos guarecimos en una laja del promontorio, había estrellas sobre los montes. Los perros dieron en ladrar desde los barrancos.

—Pipa, grité, lláma esos cachorros que no dejan trabajar a los pescadores.

Y me puse a silbarlos lúgicamente.

Franco me aclaró que el Pipa andaba con los indios.

Entonces advertimos el reflejo de una linterna que, muy abajo, parecía surcar el agua. Con intermitencia alumbraba y desaparecía, y al amanecer no lo vimos más.

Pajarito del Monte y Cerrito de la Sabana llegaron fatigados con la noticia: «Falca subiendo río. Compañero, siguiéndola por la orilla. Falca picureándose».

El Pipa nos trajo nuevos informes: Era una canoa ligera, con su techo de palmas entrelazadas. Al notar que en la sombra andaban los indios, apagó el candil y cambió de rumbo. Debíamos acecharla y hacerle fuego.

Como a las once del día, remontó a palanca, con gran sigilo, escondiéndose en los rebalses, bajo los guamos. Se empeñaba en forzar un

chorro, y, por escaparse al hervidero de un remolino, tocó la costa para que un hombre la cabestreara al extremo de la cadena. Enderezamos hacia el boga la puntería, mientras que Franco le salió al encuentro con el machete. Al instante, el que timoneaba la embarcación, exclamó de pie: «Teniente! mi Teniente! soy Helí Mesa!»

Y saltando a la orilla, se apretaron enterneados.

Después, al ofrecernos la *yucuta* hecha de mañoco, que parecía salvado grueso, expuso Mesa, repitiéndonos la ración:

—«Qué pecados deben ustedes, que me preguntan por los caucheros? Barrera se ha robado toda la gente y se la lleva para el Brasil, resuelto a venderla en el río Guainía. A mí también me enganchó hace ya dos meses, pero me le fugué a la entrada del Orinoco, después de matarle a su capataz. Estos dos indiecitos que me acompañan son de Maipures».

Miré estupefacto a mis camaradas, sintiendo un vértigo más horripilante que el de la fiebre. Callábamos cogitabundos y estremecidos. Mesa nos observaba con inquietud. Franco rompió el silencio.

—Díme, con los caucheros va la Griselda?

—Sí, mi Teniente.

—Y una muchacha llamada Alicia? preguntéle con voz convulsa.

—También, también!...

Junto al fogón que fulgía en la arena, nos envolvíamos en el humo, para esquivar la zumbante plaga. Ya sería la medianoche cuando Helí Mesa resumió su brutal relato, que escuchaba yo, sentado en el suelo, con la cabeza entre las rodillas.

—Si ustedes hubieran visto el caño del Muco el día del embarque, habrían pensado que aquella fiesta no tenía fin. Barrera prodigaba abrazos, sonrisas y enhorabuenas, satisfecho de la mesnada que iba a seguirlo. Los tiples y las maracas no descansaron, y, a falta de cohetes, disparábamos los revólveres. Hubo cantos, botellas y almuerzo a rodo. Luégo, al sacar nuevas damajuanas con aguardiente, pronunció Barrera un falaz discurso,

empalagoso de promesas y de cariños, y nos suplicó que llevásemos nuestras armas a un solo bongo, no fuera que tanto júbilo provocara alguna desgracia. Todos le obedecimos sin protestar.

Aunque estaba yo muy bebido, me siguió la corazonada de que por aquí no hay monte ninguno para organizar una cauchería, y estuve a punto de volverme a buscar mi rancho, a rejuntarme con la indiecita que abandoné. Pero como hasta la niña Griselda me hacía la burla por mis recelos, resolví gritar como todos al embarcarme: Viva el progresista señor Barrera! Viva nuestro empresario! Viva la expedición!

Ya les referí lo que aconteció después de una marcha de pocas horas. El *Palomo* y el *Matacano* estaban acampados con quince hombres en una playa, y cuando arribábamos a la orilla, nos intimaron requisas a todos, diciendo que habíamos invadido territorios de Venezuela. Barrera, que era el director de aquella jugada, nos ordenó: «Compatriotas queridos, hijos amados, no os resistais. Dejad que estos señores esculquen bongo por bongo, para que se convenzan de que somos gente de paz».

Aquellos hombres entraron y no salieron: se quedaron en popa y proa como centinelas. Seguros de que íbamos desarmados, nos mandaron permanecer en un solo sitio, o dispararían sobre nosotros. Y descalabraron a los cinco que se movieron.

Entonces clamó Barrera que él seguiría adelante, hacia San Fernando del Atabapo, a protestar contra tal abuso ~~#~~ y a reclamar del Coronel Funes una crecida indemnización. Iba en el mejor bongo, con las mujeres que hemos nombrado y con las armas y provisiones. Y se fue, se fue, sordo a los llantos y a los reproches.

Aprovechando la borrachera que nos vencía, nos llamaba el Palomo por nuestros nombres y nos amarraba de dos en dos. Desde ese día fuimos esclavos y en ninguna parte nos dejaban desembarcar. Tirábannos el mañoco en unas *coyabras*, y, arrodillados, lo comíamos por parejas, como los perros que andan en yunta, metiendo la cara entre las vasijas, porque nuestras manos iban atadas.

En el bongo de las mujeres van los chicuelos, a pleno sol, sin otro recurso que el de mojarse las cabecitas para no morirse carbonizados.

Parten el alma con sus vagidos, tanto como las súplicas de las madres, que piden ramas para taparlos. El día que salimos al Orinoco, un niñito de pechos lloraba de hambre. El Matacano, al verlo lleno de llagas por las picaduras de los zancudos, dijo que se trataba de la viruela, y, tomándolo de los pies, volteólo en el aire y lo echó a las ondas. Al punto, un caimán lo cogió en la jeta, y, poniéndose a flote, buscó la ribera para tragárselo. La enloquecida madre se lanzó al agua y tuvo igual suerte que la criatura. Mientras que los centinelas aplaudían la diversión, logré zafarme las ligaduras, y, rapándole el grazt al que estaba cerca, le hundí al Matacano la bayoneta entre los riñones, lo dejé clavado contra la borda, y, en presencia de todos, me tiré al río.

Los cocodrilos se entretuvieron con la mujer. Ningún disparo hizo blanco en mí. Dios premió mi venganza y aquí me tienen!

Las manos de Helí Mesa me confortaron. Estrechélolas ansiosamente y me transmitían en sus pulsaciones la contracción con que le hincaron al capataz el filudo acero en la carne viva. Aquellas manos, que sabían amansar la selva, desbravaban también los ríos con el canalete o con la palanca, y estaban cubiertas de rubio vello como las mejillas del ágil joven.

—# No me felicite usted, decía; yo debí matarlos a todos!

—Entonces qué objeto tendría mi viaje? le repliqué.

—Tiene usted razón. A mí no me han robado mujer ninguna, pero un simple sentimiento de humanidad me enfurece el brazo. Bien sabe mi Teniente que sigo siendo su subalterno, como en Arauca. Vamos, pues, a buscar a los forajidos y a libertar a los enganchados. Estarán en el río Guainía, en el *siringal* de Yaguanarí. Dejarán el Orinoco por el caño de Casiquiare, y quién sabe qué dueño tengan ahora, porque allá dizque abundan los compradores de hombres y de mujeres. El Palomo y el Matacano eran los socios de Barrera en este comercio.

—Y tú crees que Alicia y Griselda vivan esclavas?

—Lo que sí garantizo es que valen algo, y que cualquier pudiente dará por una de ellas hasta diez quintales de goma. En eso las evaluaban los centinelas.

Me retiré por el arenal hacia mi chinchorro, sombrío de pesar y satisfacción. Qué dicha que las fugitivas conocieran la esclavitud! Qué vengador el latigazo que las hiriera! Andarían por los montes sórdidos, desgreñadas y enflaquecidas, portando en la cabeza los calderos llenos de goma, o el tercio de leña verde o los peroles de fumigar. La venenosa lengua del sobrestante las aguijaría con indecencias y no les daría respiro ni siquiera para gemir. De noche dormirían en el tambo oscuro con los peones, en hedionda promiscuidad, defendiéndose de pellizcos y manoseos, sin saber quiénes las forzaban y poseían, en tanto que la guardia pasaría número, como indicando el turno a la hombrada lúbrica: Uno!... Dos!... Tres!...

De repente, con el augurio de estas visiones, el corazón empezó a crecerme dentro del pecho hasta postrarme en una impotencia sofocadora. Alicia llevaría en sus entrañas martirizadas al hijo mío? Qué tormento más inhumano que mi tormento podía inventarse contra hombre alguno? Y caí en un colapso sibilador y mi cabeza echaba sangre bajo mis uñas.

Insensiblemente, reaccioné de perverso modo. Barrera la habría dejado para su negocio y para su lecho, porque aquel miserable era muy capaz de tener concubina y vivir de ella. Qué salaces depravaciones, qué voluptuosos refinamientos le habría enseñado! Y de haberla vendido, habría hecho muy bien. Diez quintales de caucho la repagaban! Ella por una libra se entregaría!

Quizás no estaba de peona en los siringales, sino de reina en la entablada casa de un empresario, vistiendo sedas costosas y encajes finos, humillando a sus siervas como Cleopatra, riéndose de la pobreza en que yo la tuve, sin poder procurarle otro goce que el de su cuerpo. Desde su mecedora de raros mimbres, en el corredor de olorosa sombra, suelta la cabellera y amplio el corpiño, vería desfilar a los cargadores con los bultos de caucho hacia las balandras, sudorosos y desgarrados, mientras que ella, rica y ociosa, entre los abanicos de las iracas, apagaría sus ojos en el

bochorno, al són de una victrola de blandas voces, satisfecha de ser hermosa, de ser deseada, de ser impura.

Pero yo era la muerte y estaba en marcha!....

En el rancherío autóctono de Ucuné nos regaló un cacique cazabe fresco y discutió con el Pipa el derrotero que seguiríamos: cruzar la estepa que va del Vichada al caño del Vúa, descender a las vegas del río Guaviare, ir por el Inírida al Papunagua, atravesar un istmo selvoso en busca del Isana murmurador y pedirles a sus corrientes que nos arrojaran al Guainía, de negras ondas.

Este trayecto, que implica una marcha de largos meses, es acaso más corto que la ruta de los caucheros por el Orinoco y el Casiquiare. Carenamos la embarcación con pendare y musgo y nos dimos a navegar sobre las sabanetas enlagunadas, arrodillados unos tras otros en la canoa, en martirizadora incomodidad, con los perros y con los víveres, sacando, por turnos, en una concha, el agua de los oleajes y de las lluvias.

El mulato Correa seguía con fiebres, ovillado entre la curiara, bajo el bayetón llanero que en otros tiempos le sirvió para defenderse de los toros perseguidores. Cuando le oí decir que inclinaba la cabeza sobre su pecho para escuchar un tenaz gorgojo que le iba carcomiendo su corazón, lo abracé con lástima:

—Animo, ánimo! No pareces el hombre que conocí!

—Blanco, esa es la verdá. El que yo era quedó en los yanos.

Quejóseme de que # el Pipa quería apretarle la maturranga, porque se resistió a prestarle el tiple. Llamé al marrullero y lo sacudí: «Si vuelves a asustar a este pobre negro con tus mentiras, te amarraré desnudo en un hormiguero».

—No me crea usted de tan mala índole. Ciento que les apreté la maturranga a los fugitivos, pero a este socio se le ha encajao que el malificio fue para él. Puede convencerse de lo que oye: sacó de su mochila un manojo de paja seca, liada con un alambre por la mitad, como si fuera

una escoba inútil, # [y la desenrolló acentuándome este discurso](#): «Todas las noches la retorcía, pensando en el tal Barrera, para que sienta los apretones en la cintura y se vaya adelgazando hasta que reviente. Ah, si yo le pudiera clavar las uñas! Conste, pues, que se salva por los miedos de este mulatiko tan ignorante». Y diciendo esto, arrojó lejos la hechicería.

A veces llevábamos en *guando* nuestra canoa, por las costas de los raudales, y la cargábamos en hombros, como si fuera la vacía caja de un muerto incógnito, a quien íbamos a buscar en remotas tierras.

—Esta curiara parece un férreo, dijo Fidel. Y el mulato sibilino le respondió:

—# [Bien pué ser pa nosotros mesmos.](#)

Aunque ignorados ríos nos ofrecían pródiga pesca, la falta de sal nos mermó el aliento y los vampiros se sumaron a los zancudos. Todas las noches agobiaban los mosquiteros, dando chillidos, y era indispensable tapar los perros. Alrededor de la hoguera pujaba el tigre, y hubo momentos en que los tiros de nuestras armas atormentaron las hondas selvas, siempre agresivas e interminables.

Una tarde, casi al oscurecer, en las playas del río Guaviare advertí una huella humana. Alguien había estampado sobre la greda el contorno de un solo pie, energético y diminuto, sin que su rastro reapareciera por parte alguna. El Pipa, que cazaba peces con una flecha, acudió a mi llamamiento, y en breve todos mis camaradas le hicieron círculo a la señal, procurando indagar el rumbo que había seguido. Pero Helí Mesa interrumpió la cavilación con esta noticia:

—Hé aquí la huella de la indiecita Mapiripana!

Y esa noche, mientras le daba vueltas a una tortuga en el asador, dio remate a sus polémicas con el Pipa: No me sigas argumentando que ha sido *El Poira* el que anduvo anoche por estas playas. *El Poira* tiene los pies torcidos, y como carga en la cabeza un brasero ardiente que no se le apaga ni al sumergirse en los resacones, se ve dondequiero el hilo de ceniza que va regando. Que cada uno trace una mariposa en este arenal, con el dedo del corazón, y procure no afligirse por lo que escuche, pues voy a contar la historia de la indiecita Mapiripana.

Sin una palabra, le obedecimos.

«La indiecita Mapiripana es la sacerdotisa de los silencios, la celadora de los manantiales y las lagunas. Vive en el riñón de las hondas selvas, exprimiendo las nubecillas, encauzando las filtraciones, buscando perlas de agua en la felpa de los barrancos, para formar las nuevas vertientes que den su tesoro claro a los grandes ríos. Gracias a ella tienen tributarios el Orinoco y el Amazonas.

Los indios de estas comarcas le tienen miedo, y ella les tolera la cacería, a condición de que no hagan ruido. Los que la contrarían no cazan nada; y basta fijarse en la arcilla húmeda para comprender que pasó asustando los animales y marcando la huella de un solo pie, con el talón hacia adelante, como si caminara retrocediendo. Siempre lleva en las manos una parásita, y fue quien usó primero los abanicos de la palmera. De noche se la siente gritar en las espesuras, y en los plenilunios costea las playas, navegando sobre la concha de una tortuga, tirada por los *buceos*, que mueven sus aletas al són del canto.

En otros tiempos vino a estas latitudes un misionero, que se emborrachaba con el jugo que dan las palmas y dormía en el arenal con indias impúberes. Como era enviado del cielo a derrotar la superstición, esperó que la indiecita Mapiripana bajara cierta noche de los remansos del río Chupave, para enlazarla con el cordón del hábito oscuro, y quemarla viva, como a las brujas. En un recodo de estos playones, talvez en esa arena donde ustedes están sentados, veíala robarse los huevos del *terecay*, y advirtió al fulgor de la luna llena que tenía un vestido de telarañas y la apariencia de una viudita todavía joven. Con lujurioso afán empezó a seguirla, y se le fue escapando entre las tinieblas, y llamábala con premura, y el eco engañoso le respondía; y así lo fue internando en las soledades hasta dar con una caverna donde lo tuvo preso por muchos años.

Para castigarle el pecado de la lujuria, le chupaba los labios hasta rendirlo, y el infeliz, perdiendo su sangre, cerraba las pupilas para no verle

el peludo rostro, semejante al de los monos orangutanes. Ella, a los pocos meses, resultó encinta y tuvo dos mellizos aborrecibles: un vampiro y una lechuza. Desesperado el misionero porque engendraba seres odiosos, se fugó de la cueva infame, pero sus propios hijos lo persiguieron, y de noche, en dondequiera que se escondía, lo sangraba el vampiro revolador y la lucífuga lo reflejaba, encendiendo sus ojos parpadeadores, como lamparillas de vidrio verde.

Al amanecer proseguía la marcha, dando al flácido estómago alguna ración de frutas y de *palmito*. Y desde la que hoy se conoce con el nombre de Laguna Mapiripana, anduvo por tierra, salió al Guaviare, por aquí arriba, y, desorientado, remontó el río en una canoa que halló clavada en un varadero; pero le fue imposible vencer el chorrerón de Mapiripán porque la indiecita había enfurecido el agua, metiendo en la corriente piedras enormes. Descendió luégo a la hoya del Orinoco y fue atajado por los raudales de los Maipures, obra endemoniada de su enemiga, que hizo también los saltos del Isana, del Inírida y del Vaupés. Viendo perdida toda esperanza de salvación, regresó a la cueva, guiado por los foquillos de la lechuza, y al llegar vio que la indiecita le sonreía en su columpio de floridas enredaderas. Postróse para pedirle que lo defendiera de su progenie, y cayó sin sentido al escuchar esta cruel amonestación: «¿Quién puede librar al hombre de sus propios remordimientos?»

Desde entonces se entregó a la oración y a la penitencia, y murió demacrado y envejecido. Antes de la agonía, en su mísero lecho de hojas y líquenes, lo halló la indiecita echado de espaldas, agitando las manos en el delirio, como para coger en el aire a su propia alma; y ya cuando la muerte le dio su beso, quedó revolando entre la caverna una mariposa de alas azules, inmensa y luminosa como un arcángel, que es la visión final de los que mueren de fiebres en estas zonas».

Nunca he conocido pavura igual a la de aquel día en que sorprendí a la **# alucinación entre mi cerebro**. Por más de una semana viví orgulloso de la

lucidez de mi comprensión, de la sutileza de mis sentidos, de la finura de mis ideas: me sentía tan dueño de la vida y de mi destino, hallaba tan fáciles soluciones a sus problemas, que me creí predestinado a lo extraordinario. La noción del misterio surgió en mi sér. Gozábame en sojuzgar a la fantasía y me desvelaba noches enteras, queriendo saber qué cosa es el sueño y si está en la atmósfera o en las retinas.

Por primera vez mi desvío mental se hizo patente en el fosco Inírida, cuando oí que las arenas me suplicaban: «No pisés tan recio, que nos lastimas. Apiádate de nosotras y láñanzos a los vientos, que estamos cansadas de ser inmóviles».

Las removí con febril braceo, y me envolvió la nube de polvo, y Franco tuvo que sujetarme por el vestido porque no me arrojara al agua al escuchar las voces de las corrientes: «Y para nosotras no hay compasión? Cógenos en tus manos, para olvidar este movimiento, ya que la arena impía no nos detiene y le tenemos horror al mar».

Apenas toqué las ondas, se aclaró mi conocimiento y comencé a sufrir la injusticia de que mi propio sér me causara espanto.

A veces, por distraer la preocupación, empuñaba los remos hasta morirme, procurando indagar en las miradas de mis amigos el estado de mi salud. Con frecuencia los sorprendía haciendo guiños de desconsuelo, pero me estimulaban con esta frase: «No te fatigues mucho: hay que saber lo que son las fiebres».

Sin embargo, yo comprendía que se trataba de algo más grave y hacía esfuerzos poderosos de sugestión para convencerme de mi cordura. Enriquecía mis discursos con temas nuevos, resucitaba en la memoria versos antiguos, complacido de la viveza de mi razón, y me hundía luégo en letárgicas lasitudes que terminaban de esta manera: Franco, díme por Dios, si me has oído algún disparate.

Poco a poco mis nervios se restauraron. Una mañana desperté alegre y me puse a silbar un aire de amor. Más tarde, me tendí sobre las raíces de una caoba, y, de cara a las frondas reverdecidas, me burlé de la enfermedad, achacando a la neurastenia mis pretéritas aprensiones. Mas de pronto empecé a sentir que me estaba muriendo de catalepsia. En el vahído de la

agonía me convencí de que no soñaba. Era lo fatal, lo definitivo, lo irremediable! Quería quejarme, quería moverme, quería gritar, pero la rigidez me tenía cogido y sólo mis cabellos se alborotaban con la premura de las banderas en el naufragio. El hielo me penetró por las uñas de entrumbos pies, e iba ascendiendo implacablemente, como el agua que invade un terrón de azúcar; y mis nervios se iban cristalizando, y retumbaba mi corazón en su caja vítreo y el globo de mi pupila relampagueó al endurecerse.

Aterrado, aturdido, noté que mis clamores no herían el aire; eran ecos mentales que se apagaban en mi cerebro sin emitirse, como si estuviera reflexionando. Mientras tanto, seguía la lucha tremenda de mi voluntad con el cuerpo inmóvil. A mi lado estaba una sombra con la guadaña y principió a esgrimirla en el viento, a la altura de mi cabeza. Despavorido, esperaba el golpe, mas la muerte manteníase irresoluta, y levantando un poco el astil lo descargó a plomo sobre mi cráneo. La bóveda parietal, a semejanza de un vidrio leve, retintineó al resquebrajarse y sus fragmentos resonaron en lo interior, como las monedas en la alcancía.

Entonces la caoba meció sus ramas y escuché en sus rumores este anatema:

«Picadlo, picadlo con vuestro hierro, para que comprenda lo que es el hacha en la carne viva! Picadlo aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio!»

Por si el bosque entendía mis pensamientos, le dirigí esta meditación: Mátame, si quieres, que aún estoy vivo!

Y una charca podrida me replicó: Acaso mis vapores están ociosos?

Pasos indiferentes avanzaron en la hojarasca. Franco llegó sonriendo y con la yema del dedo índice me tentó la pupila extática. «Estoy vivo, estoy vivo! le gritaba dentro de mí. Pón el oído sobre mi pecho para que escuches las pulsaciones».

Extraño a mis súplicas mudas, llamó a mis compañeros, para decirles, sin una lágrima: «Abrid la sepultura, porque está muerto. Era lo mejor que podía pasarle». Y sentí con angustia desesperada los golpes de la pica en el arenal.

Entonces, en un esfuerzo superhumano, pensé al morir:
Maldita sea mi estrella aciaga, que ni en vida ni en muerte se dieron
cuenta de que yo tenía corazón!
Moví los ojos. Resucité! Franco me sacudía:
—No vuelvas a dormir sobre el lado izquierdo, que das alaridos
aterradores.
Pero yo no estaba dormido! No estaba dormido!

Los maipureños que vinieron del Vichada con Helí Mesa parecían mudos. Adivinar la edad que tenían era empresa tan aleatoria como calcularles los años a los *careyes*. Ni el hambre, ni la fatiga, ni las mayores contrariedades alteraron el pasivo ceño de su indolencia. A semejanza de los ánades pescadores que exhiben en la playa su gris pareja, acordes en el vuelo y en el descanso, siempre juntos, siempre señeros y siempre amigos, andaban uno tras otro aquellos indianos, entendiéndose a medias voces y apartándose de nosotros en las quedadas, para acomodarse en mellizo grupo a sorber el pocillo de la yucuta, después de cumplir sus obligaciones con la candela, con las puyas de pescar o con los guarales.

Nunca los ví mezclarse con los guahibos de Macucuana ni celebrarle al Pipa sus historietas y carantoñas. Ni pedían ni daban nada. El Catire Mesa era su intermediario y con él sostuvieron concisos diálogos, exigiendo la entrega de la curiara —que era su única hacienda— pues querían volver a su río.

—Ustedes deben acompañarnos hasta el Isana.
—No podemos.
—Sepan entonces que la canoa no la entregamos.
—No podemos.

Cuando entrábamos al Inírida, el mayor de ellos me encareció, en el tono mixto de la súplica y la amenaza: «Déjanos regresar hacia el Orinoco. No remontes estas aguas que son malditas. Arriba, caucherías y guarniciones. Trabajo duro, gente maluca, matan los indios».

Esto nos confirmaba viejos informes que nos dio el Pipa, para que desistíramos de **# acercarnos a las barracas del Guaracú**.

Por la tarde, hice que Franco los interrogara más ampliamente, y, aunque remisos al cuestionario, dijeron que en el istmo del Papunagua vivía una tribu cosmopolita, formada por muchos prófugos **# de siringales desconocidos, hasta del Putumayo y del Ajajú**, del Apaporis y del Macaya, del Vaupés y del Papurí, del Ti-Paraná (río de la sangre), del Tui-Paraná (río de la espuma), y tenían correderos entre la selva, para cuando fueran patrullas armadas a perseguirlos; que desde años atrás unos guayaneses de poca monta establecieron un fábrico cerca al Isana, para ir avasallando a los fugitivos, y lo administraba un corso llamado *El Cayeno*; que debíamos torcer el rumbo de nuestra marcha, porque si dábamos con los prófugos nos tratarían como a enemigos; y si topábamos las barracas nos pondrían a trabajar por todo el resto de nuestra vida.

Destiñóse en las aguas el postrer lampo. Oscureció. Encontradas preocupaciones me combatían con el desvelo. Aquella noticia, real o inventada, me puso triste. En los montes se espesaba la oscuridad. ¿Qué acontecimientos se cumplirían con mi presencia más allá de esas mudas sombras?

Hacia la medianoche, sentí ladridos y palabras enardecidadas. Frente a la canoa se destacaba el corrillo discutidor.

—«Mátalo! Mátalo!», decía Mesa. Franco me llamó a gritos. Acudí presuroso, puñal en mano.

—Estos bandidos iban a largarse con la canoa. Querer botarnos en estas selvas, a morir de hambre! Dicen que el Pipa les formó el plan.

—Quién me calumnia? Eso no es posible! Seré yo capaz de malos consejos?

Los maipureños le argumentaron tímidamente:

—Nos rogaste embarcar tu cama y dos carabinas.

—Confusión lamentable! Yo les propuse que se fugaran por conocerles las intenciones. Dijeron que no. Resulta que sí. No haberlos denunciado de cualquier modo! No poderles clavar las uñas!

Cortando la discusión, decidí flagelar al Pipa y encomendé la tarea a sus mismos cómplices. Culebreábase el hombre más que los látigos, e imploraba clemencia con sus plañidos y hasta llegó a invocar el nombre de Alicia. Por eso, cuando le saltó la primera sangre, lo amenacé con tirárselo a los caribes. Entonces aparentó que se desmayaba, ante el pasmo angustioso de guahibos y maipureños, a quienes advertí, enfáticamente, que en lo sucesivo dispararía sobre cualquiera que se levantara de su chinchorro sin dar el aviso reglamentario.

Las semanas siguientes las malgastamos en domeñar raudales furiosos. Mas cuando creímos escaladas todas las torrenteras, nos trajo el eco del monte el fragor de otro rápido turbulento, que batía a lo lejos su espuma brava como un gallardete sobre las piedras. Con zumbadora rapidez se enarcaba el agua, provocando una onda de viento que remecía los ramajes de los bambúes y hacía vacilar el iris en los peñascos, con un bamboleo de arcada móvil sobre las nieblas del hervidero.

A lo largo de ambas orillas se erguía en fragmentos el basalto del cerro que rompió el río —tormentoso torrente en estrecha gorja— y a la derecha, como un brazo que el peñón les tendía a los vórtices, sobreaguaba la hilera de rocas máximas con su serie de cascadas resplandecientes. Era preciso forzar el paso del lado zurdo porque los cantiles no permitían sacar en peso la audaz curiara. Acostumbrados a vencer en estas maniobras, la tirábamos de la cuerda por la cornisa de un voladero, pero al dar con el triángulo de las rocas empezó a dar bandazos y cabezadas en el torbellino ensordecedor, falta de lastre y de timonel. Helí Mesa, que dirigía el trajín titánico, montó el revólver al ordenar a los maipureños que descendieran por una laja y ganaran de un salto la embarcación para palanquearla de popa y de prora. Los briosos nativos obedecieron, y dentro del leño resbaladizo, que zigzagueaba sobre la espuma, forcejearon por impelerlo hacia la chorrera; mas de repente, al reventarse de las amarras, la canoa retrocedió sobre el tumbo trágico, y antes que pudiéramos dar un grito, el embudo rugiente los sorbió a todos.

Los sombreros de los dos náufragos quedaron girando en el remolino, bajo el iris que abría sus pétalos como la mariposa de la indiecita

Mapiripana.

La visión frenética del naufragio me sacudió vigorosamente con una ráfaga de belleza. El espectáculo fue magnífico. La muerte había escogido una forma nueva contra sus víctimas, y era de agradecerle que nos matara sin verter sangre, sin dar livores repulsivos a los cadáveres. ¡Bello morir el de aquellos hombres, cuya existencia apagóse súbitamente, como una brasa entre las espumas, al través de las cuales subió el espíritu haciéndolas hervir con rumor de júbilo!

Mientras corríamos por la laja del arrecife a tirar el cable de salvamento, en el ímpetu de un apoyo generoso pero tardío, pensaba yo que cualquier maniobra que acometieramos aplabeyaría la imponencia de la catástrofe; y, con los ojos fijos en la escollera, sentía el temor dañino de que los náufragos sobreaguaran, muertos e hinchados, a mezclarse en la danza de los sombreros. Mas ya el vellón espumante y leve había borrado con oleadas definitivas la última huella de la desgracia.

Impaciente por la insistencia de mis amigos, que, espectantes rondaban de piedra en piedra, grité imperioso:

—Franco, tú eres un necio! Cómo pretendes salvar aún a quienes murieron de un solo golpe? Qué beneficio les brindarías si se salvaran? Déjalos ahí, déjalos ahí, si es que no les envidias su hermosa muerte!

Franco, que recogía desde la margen pedazos de tablones de la curiara se armó con uno de ellos para golpearme. «Nada te importan tus compañeros? Así nos pagas? Jamás creí que fueras tan inhumano, tan detestable!»

Yo, en el estallido de aquella cólera, permanecía perplejo, desconcertado. Tuve vagas nociones de mi deber y busqué con los ojos la carabina. Por sobre el eco de los torrentes me herían las palabras de la agresión, que Franco seguía emitiendo a gritos, al par que manoteaba frente a mi rostro. Jamás había conocido yo una iracundia tan elocuente, tan tumultuosa. Habló de su vida sacrificada por mi capricho, habló de mi

ingratitud, de mi carácter voluntarioso, de mi rencor. Ni siquiera había sido leal con él cuando pretendí disfrazarle mi condición en La Maporita: decirle que era hombre rico cuando la penuria me denunciaba como un herrete; decirle que era casado cuando Alicia revelaba en sus actitudes la indecisión de la concubina! Y celarla como a una santa, después de haberla pervertido y encanallado! Y desgañitarme porque otro se la llevaba, cuando yo, al raptarla, la había iniciado en esos caminos! Y seguirla buscando por el desierto cuando en las ciudades vivían aburridas de su virtud otras mujeres de índole dócil y hermosa estampa! Y arrastrarlos a ellos en la aventura de un viaje horrendo para alegrarme de que murieran trágicamente! Todo porque era yo un desequilibrado tan impulsivo como teatral!

Esta última frase me hizo el efecto de un martillazo. Yo desequilibrado! Por qué? Por qué? Me apresuré a devolver el golpe y fui feliz en la acometida.

—Franco, no seas estúpido! En dónde está mi desequilibrio? Lo que voy haciendo yo por Alicia lo hiciste ahora tiempos por la Griselda! # **Crees que no lo sabía? Por ella asesinaste a tu Capitán!**

Y para ofenderlo con más ahínco, agregué, parodiando un concepto célebre: no está lo malo en tener querida sino en casarse con ella!

Mientras distendía mis risotadas sobre el sarcasmo, apoyóse Franco en la roca enhiesta. Hubo un instante en que creí que fuera a caer. Mi voz lo había traspasado como una lanza. # **Entonces escuché revelaciones desconcertantes:**

«Yo no le dí muerte a mi Capitán. Lo apuñaló la Griselda misma. Aquí está el Catire Mesa, que fue a buscarme con el aviso. Es verdad que en la sala oscura hice varios tiros, sin saber cómo. Mi propia mujer me quitó el revólver y encendió luz, advirtiendo con frase heroica: «Este la había apagado para venírseme por las malas, y aquí lo tienes». Se estaba revolcando en su propia sangre!

«Por culpable que fuera, la mujer se había redimido con su bravura. Le quité el puñal y me entregué preso, declarando ser el autor de todo. Pero el Capitán evitó el escándalo. No acusó a nadie!

«Digan éstos que están aquí cómo me expoliaba el Juez de Orocué. Quiso sumariar mi amancebamiento y vaciló ante la idea de que pudiéramos ser casados. Por eso Griselda, que es mujer viva, no perdía ocasión de predicar nuestro matrimonio. En esa mentira se apoyó nuestra conveniencia. Juro que lo que oyes es la verdad!»

Tan gran sorpresa me causaron aquellos hechos, que sentía el mareo de la confusión y la incertidumbre. Fidel seguía desnudando su corazón e iba descubriendome dramas íntimos, penas de hogar, hastíos de convivencia con la homicida, proyectos de una anhelada separación. Todos los días cultivó el deseo de que la mujer lo dejara solo, ahorrándole así la vergüenza de abandonarla sin un motivo justificable. Mas ella, por desgracia, no le era infiel, y de tal manera se dio a atenderlo y considerarlo, que lo ligó indestructiblemente con una lástima cariñosa, superior a cualquiera falta o al peor desvío. Para ella había organizado, a fuerza de sudores, la fundación de La Maporita. Quería dejarle un pasar mediano, mientras prescribía la deserción y podía regresar a Antioquia. Mas cuando se dio cuenta de que Barrera la enamoraba se encendió en celos. Tal vez sin mi ejemplo perjudicial se hubiera resignado a dejarla libre; pero yo le contagié mi furor nefario y ahora seguía mis pasos hacia el desastre. Y ya era imposible la reflexión. Ya no podía volver atrás. Ni viva ni muerta admitiría a la desertora; pero tampoco iba a hacerle daño. En verdad no sabía qué hacer!

No guardo otra memoria de su discurso, porque aunque lo oía, no lo escuchaba. El velo del pasado se abrió a mis ojos. Olvidados detalles se esclarecieron y me dí cuenta de circunstancias inadvertidas. ¡Con razón la niña Griselda quería emigrar! Con razón elevó sus aullidos de consternada el día que empuñé mi cuchillo contra Millán, por impedir que le arrebatara la mercancía a don Rafael! El relampagueo del arma lúcida le representaría la escena trágica, cuando sobre la sangre del seductor encendió la vela y lanzó su frase: «Quiso venirseme por las malas, y aquí lo tienes». Recordé asimismo sus sentencias contra los hombres y hasta el estribillo con que sabía morigerar mis atrevimientos: «Si no has de yevarme, no seás indino! Qué tás pensando? Con vos he sido mujer *chancera*, pero con otros.... me

hice valé!» Y, estremecida, descargaba el puño sobre mi pecho como para clavarme el hierro mortal.

Y de esa mujer sonriente y salvaje había hecho Alicia su asesora, su confidenta. En su alma inexperta y reconcentrada se iba desarrollando un carácter nuevo, bajo la influencia perniciosa de tal amiga. Pensando talvez que yo la repudiaría en cualquier momento, puso su esperanza en el amparo de la patrona, a quien imitaba hasta en sus defectos, sin admitir mis reconvenciones, para darme a entender que no estaba sola y que podía yo abandonarla cuando quisiera.

Cierta vez la niña Griselda, en ausencia mía, le daba clases de tiro al blanco. Sorprendílas con el revólver casi vacío y permanecieron tan impasibles como si estuvieran con la costura.

—Qué es esto, Alicia? A tal punto has perdido la timidez?

Sin responderme, encogióse de hombros, pero su compañera exclamó sonriendo:

—Es que las mujeres debemos saber de tóo! Ya no hay garantía ni con los maríos.

Helí Mesa vino a interrumpir mi meditación con este consejo: Una amistad como la de ustedes resiste choques! Esta discusión no tiene importancia. Las manos del Teniente no se han manchado. Puede estrecharlas.

Mientras oprimía las de Fidel, le ordené al Catire:

—Dáme también las tuyas, que se mancharon por justicieras!

El Pipa y los guahibos se fugaron aquella noche.

«Amigos míos, faltaría a mi conciencia y a mi lealtad si no declarara en este momento, cual lo hice anoche, que sois libres de seguir vuestra propia estrella, sin que la suerte mía os detenga el paso. No penséis en mi vida sino en la vuestra. Dejadme solo, que mi destino desarrollará fatalmente su trayectoria. Aún es tiempo de regresar a donde queráis. El que siga mi ruta, va con la muerte.

Si insistís en acompañarme, que sea corriendo el mundo por cuenta propia. Seremos solidarios por la amistad y el común provecho; pero cada quien afrontará su destino por separado. De otra manera, no aceptaré vuestra compañía.

Decís que desde la boca de estas corrientes en el Guaviare sólo se gasta media jornada en salir al pueblo de San Fernando. Si no teméis que el Coronel Funes os pueda prender como sospechosos, desandad las orillas de estos raudales, haceos una balsa de platanillos y dejadla rodar hacia el Atabapo. Vuestra despensa estará en los montes: # [Ya conocéis las palmas de seje y las de manaca](#).

Por mi parte, sólo os demando que me ayudéis a ganar la contraria márgen. Según aseveraban los maipureños, el Papunagua extiende su delta a pocos kilómetros de este salto y allí los indios *puinaves* tienen bohíos. Con ellos quiero atreverme hasta el río Guainía. Y ya sabéis lo que voy a hacer, aunque parezcan cosas de loco».

Así amonesté a mis compañeros esa mañana que amanecimos en el Inírida abandonados sobre unas rocas.

Fue el Catire Mesa el que habló por todos al responderme:

—Los cuatro formaremos un solo hombre. No hemos nacido para reliquias. A lo hecho, pecho!

Y me precedió por la orilla abrupta, buscando el punto mejor para aventurarnos en travesía, sin llevar otro equipo que las carabinas y los chinchorros.

Yo tuve claramente desde aquel día el presentimiento de lo fatal. Todas las desgracias que han sucedido se me anunciaron en ese instante. A pesar de ello, avancé indomable por la playa arriba, mirando a veces, con afán íntimo, la sombría costa del lado opuesto, con la certeza de que mis plantas no volverían a pisar nunca el suelo de las zonas que recorrían. Cuando mis ojos encontraban los de Fidel, sonreíamos silenciosos.

—Mejor que el Pipa se picuriara, exclamó Correa. Ese bandío repelente y endemoniao era peligroso. ¡Cómo fregó con la cantaleta de que saliéramos al Guainía, por el arrastrero del río Nauquén. Tóos estos montes le metían mieos! Pero más el Coronel Funes.

—Dices bien, le repuse yo. Siempre temía que en cualquier raudal saliera a atacarnos la indiada prófuga que se guarece en este desierto, donde los chorros y la espesura son sus defensas.

—Y dále que dále con la *fregancia* de que veía humos sobre los riscos. Y no admitía que eran vapores de otras cascás.

—Pero es innegable que ha andado gente por estos rumbos, observó Helí. Miren esa poyata de aquel remanso: espinas de pescado, fogones, cáscaras.

—Algo más raro aún, replicó Franco. Latas de salmón, botellas vacías. No se trata de indios únicamente. Estos son gomeros recién entrados.

Al escuchar aquellas palabras, pensé en Barrera. Mas afirmó el Catire, cual si adivinara mis pensamientos:

—Tengo plena evidencia de que nuestra gente está en el Guainía. Por lo demás, los rastros son pocos. No han pisoteado veinte personas este arenal y todas las huellas son de pies grandes. Estos han sido venezolanos. Conviene tirarnos a la otra orilla para ver qué señas se topan. En la línea oscura de aquellos montes se advierte un claro. Esa será la entrada del Papunagua.

Aquella tarde, semi-acostados en una balsa y braceando en la espuma a falta de remos, nos dejó el río impulsarla hacia opuesta riba, sobre la onda apacible que teñía el sol.

Mi dureza contra el vigía resultó bestial. Lo hubiera matado al menor intento de resistencia. Cuando descendía con trémulos pies los escalones del palo oblicuo que le servía de escalera al zarzo, lo empujé para que cayera; y luégo, al verlo de bruces, inofensivo y atolondrado, lo agarré por el pelo para saber qué cara tenía. Era un anciano de alta estatura, que me miraba con ojos tímidos y elevaba los brazos sobre la frente por impedir que lo macheteara. Sus labios se estremecían con el balbuceo de algunas súplicas: Por Dios! No me mate usted, no me mate usted!

Al escuchar tal imploración, percibiendo la semejanza que la ancianidad venerable pone en los hombres, me acordé de mi anciano padre y con alma angustiada abracé al cautivo para levantarla del suelo donde yacía. En mi propio sombrero le ofrecí agua. Perdone, le dije; no me había dado cuenta de su vejez.

Mientras tanto, mis compañeros, que sitiaban el barracón para garantizar el asalto mío, saquearon el zarzo, antes que pudiera yo contenerlos. Persona alguna se hallaba ahí. Bajaron con la carabina del prisionero.

—De quién es este máusser? le gritó Franco.

—Mío, señor, dijo el aludido con voz cortada.

—Y qué hace usted aquí armado de máusser?

—Me dejaron enfermo hace varios días....

—Usted es centinela de los raudales! Y si lo niega, lo fusilamos!

El hombre, vuelto hacia Franco, quería postrarse:

—Por Dios, no me mate! Piedad de mí!

—Dónde están, pregunté, las personas que lo dejaron?

—Se fueron antier para el alto Inírida.

—Qué cadáveres han guindado sobre las barrancas que dan al río?

—Cadáveres?

—Sí, señor, sí, señor! Los encontramos esta mañana porque los zamuros los denunciaron. Cuelgan desnudos de dos palmeras, amarrados con alambres por las mandíbulas.

—Es que el Coronel Funes vive en guerra con el Cayeno. Hace una semana que los vigías vieron remontar una embarcación. Y como el Cayeno tiene correos, le llegó el aviso al siguiente día. Trajo desde el Isana un personal de veinticinco hombres y asaltó a los navegantes.

—Esa embarcación, repuso al Catire, fue la de las huellas en los playones. Esos eran los humos que observó el Pipa.

—Díganos usted qué gente era esa.

—Unos cuantos secuaces del Coronel, que venían de San Fernando a robar caucho y a cazar indios. Todos murieron. Y es costumbre colgarlos para escarmiento de los demás.

—Y el Cayeno dónde se halla?

—Hace lo que los otros venían a hacer.

El viejo agregó después de una pausa:

—Y la tropa de ustedes, en dónde está? Por dónde vino sin que la vieran?

—Una parte esculca los montes; otra, ya remonta el río Papunagua. El Cayeno asesinó nuestra descubierta mientras forzábamos los raudales.

—Señor, dígale a su gente que si encuentra tambos desiertos no coma del mañoco que en ellos haya. Ese mañoco tiene veneno.

—También los mapires que están aquí?

—También. El mañoco que sirve lo tengo oculto.

—Tráigalo, y cóma usted en presencia nuestra.

Cuando el anciano se movió para obedecerme, le miré las canillas llenas de úlceras. Dio se cuenta de mis miradas y con acento humilde me encareció: Abran ustedes mismos aquel mapire. Verdaderamente, provoco asco.

Y al recibir la afrechosa harina que le ofreció el mulato en una totuma, empezó a comerla confiadamente, pero sin poder ocultar sus lágrimas.

Por reanimarlo un poco, le dije suave: No se aflija usted si la vida es dura. Déjenos comer de sus provisiones. Usted es alguien! Ya seremos buenos amigos.

Aquella noche se incendiaba la sombra con los relámpagos y la selva crujía con rumores tétricos. Hasta cuando el viento lluvioso apagó la hoguera, estuve escuchando la conversación de mis camaradas con el inválido; pero me vencía un pesado sueño y perdí la hilación de la conferencia. El viejo se llamaba Clemente Silva y decía que era pastuso. Diez y seis años había vagado por esos montes, trabajando como cauchero, y no tenía un solo centavo.

En un momento que desperté, decía en el tono explícito de quien hace constar un favor plausible:

—Yo ví las avanzadas que traen ustedes. Venían tres nadadores cruzando el río. Temeroso de que el Cayeno regresara, callé el aviso. Y hoy cuando había resuelto coger la trocha....

—Hola, exclamé, enderezándome en el chinchorro. Cuántas personas ha visto usted? Y cuándo las vio?

—Tengo seguridad de lo que les digo: Tres nadadores, hace dos días. Serían las siete de la mañana. Por más señas, traían sus ropas amarradas en la cabeza. Ha sido milagro que el Cayeno no los topa. Pasan tántas cosas en este infierno....

—Buenas noches. Sé quienes son. No conversemos más.

Así dije, para evitar posibles indiscreciones de mis amigos. Pero ya no pude dormir, pensando en el Pipa y en los indianos. Ante los peligros que nos rodeaban me sentía nervioso y alicaído; mas formé la resolución de acabar con aquella vida de sobresaltos, sucumbiendo de cualquier modo, con mis rencores y mi capricho, antes que cejar ante la impotencia de mis propósitos. Por qué don Clemente Silva no me dio un tiro, si con esa ilusión penetré en el tambo? Por qué el Cayeno se retardaba con las cadenas y los tormentos? Ojalá me guindara de cualquier árbol, donde el sol pudriera mis carnes y el viento me agitara como un péndulo de infortunio!

—Dónde está don Clemente Silva?, le pregunté al Catire Mesa apenas amaneció.

—Lavándose la cara allí en la zanjita.

—Y por qué lo dejaron solo? Si se fugara....

—No hay ningún temor: Franco anda con él. Toda la madrugada estuvo quejándose de la pierna.

—Y qué opinas tú de ese pobre viejo?

—Es nuestro paisano y aún no lo sabe. Creo que se le debe confesar todo y pedirle que nos ayude.

Cuando bajé a la fuente me enternecí al ver que Fidel le lavaba las llagas al afligido. Este, al sentir mis pasos, avergonzóse de su miseria y alargó sus calzones hasta el tobillo. Con turbado acento contestóme los buenos días.

—Esas lacraduras de qué provienen?

—Ay, señor, parece increíble. Son picaduras de sanguijuelas. Por vivir entre el fango picando goma, esa maldita plaga nos atosiga, y, mientras el cauchero sangra los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él. La selva se defiende de sus verdugos y al fin el hombre queda vencido.

—A juzgar por usted, el duelo es a muerte.

—Eso sin contar los zancudos y las hormigas. Está la *veinticuatro*, está la *tambocha*, tan venenosas como escorpiones. Algo peor todavía: la selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espino de zarza-mora, y la codicia quema como la fiebre. La ambición de riquezas sostiene al cuerpo desfallecido y el olor del caucho da la locura de los millones. El peón suda y trabaja con deseo de ser empresario que pueda salir un día a las capitales a derrochar la goma que lleva, a gozar de mujeres blancas y a emborracharse meses enteros, sostenido por la evidencia que en los montes hay mil esclavos que dan sus vidas por procurarle aquellos placeres, como él lo hizo para su amo en pasados tiempos. Sólo que la esperanza va más despacio que la ambición y el beri-beri es un mal amigo. En el desamparo de las estradas muchos sucumben de calentura, abrazados al árbol que mana leche, pegando sus bocas a la corteza, para calmar, a falta de agua, la sed de la fiebre con caucho líquido; y allí se pudren como las hojas, roídos por las ratas y las hormigas, únicos millones que les llegaron, después de muertos.

El destino de otros, no es tan precario: a fuerza de ser crueles se convierten en capataces, y esperan cada noche, con libro en mano, a que llegue el personal de trabajadores a entregar la goma extraída para ir haciéndoles los abonos. Nunca quedan contentos con el trabajo y el berrenque es medida de su disgusto. Al que trajo diez litros, le apuntan menos, y de esta suerte van enriqueciendo su contrabando y lo venden con gran reserva al empresario de otra región, o lo entierran para cambiarlo por licores y mercancías al primer *chuchero* que visite los siringales. Por su parte, algunos peones hacen lo propio. La selva, por destruirlos, les arma el brazo, y se roban y se asesinan, a favor del secreto y la impunidad, pues no hay noticia de que los árboles hablen de las tragedias que provocaron.

—Y usted por qué soporta tántas desdichas?, clamé indignado.

—Ay, señor, la desgracia lo anula a úno.

—Y por qué no se vuelve para su tierra? Qué podemos hacer para libertarlo?

—Gracias, señor.

—Por ahora, es preciso curar sus llagas. Permita que yo mismo le haga remedios.

Y aunque el viejo, asombrado, se resistía, remanguéle hasta la corva los pantalones y me arrodillé para examinarlo.

—Fidel, estás ciego? En estas úlceras hay gusanos!

—Gusanos! Gusanos!

—Sí, hay que buscar *otova* para ponerles.

El viejo repetía con voz quejosa:

—Será posible? Qué humillación! Gusanos, gusanos! Y fue que un día me quedé dormido y los moscones me sorprendieron!

Cuando lo condujimos a la barraca murmuró aún:

—Engusanado, engusanado y estando vivo!

Ha de saber usted, le dije esa tarde, que soy por idiosincrasia el amigo de los débiles, de los tristes. Aunque supiera que usted iba a traicionarnos mañana mismo, sería respetada la invalidez en que vive hoy. No sé si tengan crédito mis palabras, pero piense que podríamos ultimarlo sin riesgo alguno, sólo por ser cómplice de un bandido como el Cayeno. Me ruega usted que le diga a dónde queremos llevarlo preso y si le permito lavar sus trapos para morir con la ropa limpia; pues bien, ni lo mataremos ni lo apresamos. Antes, le pido que se encargue de nuestra suerte, porque somos paisanos tuyos y estamos solos.

El anciano púsose en pie, para convencerse de que no soñaba. Sus ojos incrédulos y alelados nos medían con insistencia, y, tendiendo las manos hacia nosotros, exclamó trémulo:

—Sois colombianos! Sois colombianos!

—Como lo oye, y amigos tuyos.

Paternoamente nos fue estrechando contra su pecho, sacudido por la emoción. Después quiso hacernos muchas preguntas en que promiscuaba temas diversos, acerca de la patria, de nuestro viaje, de nuestros nombres. Pero yo interrumpílo de esta manera:

—Ante todo, jure usted que contaremos con su lealtad.

—Lo juro por Dios y por su justicia!

—Muy bien. Pero qué piensa hacer con nosotros? Cree usted que el Cayeno nos matará? Será necesario matarlo a él?

Y agregué para ayudarlo en su desconcierto:

—O más bien: El Cayeno puede volver aquí?

—No lo creo. Se fue para Caño Grande a cazar indios y a robar caucho. No tiene interés ninguno en regresar esta semana a sus barracones del Guaracú, porque la *madona* llegó a cobrarle.

—Quién es esa madona de que nos habla?

—# [Es la turca Zoraida Ayram](#), que anda por estos ríos negociando corotos con los caucheros y tiene en Manaos una pulperia de gran renombre.

—Oiga usted. Es indispensable que nos conduzca a las barracas del Guaracú para hablar con la señora Zoraida Ayram, antes que el Cayeno regrese de Caño Grande.

—Yo la conozco perfectamente y fui criado suyo. Ella me trajo del Putumayo para el Río Negro. Me trataban tan mal, que me eché a sus pies para pedirle que me comprara. Aunque mi cuenta valía dos mil soles, la pagó con descuentos considerables, me llevó a Manaos y a Iquitos, sin reconocerme jornal ninguno, y luégo me vendió por seis contos de reis # [a su compatriota Miguel Pezil](#), para los gomales de Naranjal y Yaguanarí.

—Hola, ¿qué dice usted? ¿Conoce el siringal de Yaguanarí?

Franco, el Catire y el Mulatico nos rodearon dando estas voces:

—Yaguanarí... Yaguanarí. Para allá vamos!

—Sí, señores. Y, según decía la madona, llegaron hace un mes a dicho lugar veinte colombianos y unas mujeres a picar goma.

—¡Veinte! ¡Tan sólo veinte! ¡Si eran setenta y dos!

Hubo un grave silencio de indecisión. Nos mirábamos unos a otros, fríos y pálidos. Y repetíamos inconscientes:

—¡Yaguanarí! ¡Yaguanarí!...

«Como les dije a ustedes, agregó don Clemente Silva, después que le relatamos nuestra odisea, no puedo suministrarles otros informes. No conozco a Barrera sino de oídas, pero sé que tiene negocios con Pezil y con el Cayeno y que se trata de liquidar esa sociedad porque la madona reclama el pago de su dinero y se niega a conceder prórrogas. Entiendo que Barrera se había obligado a sacar de Colombia un personal de doscientos hombres; mas se apareció con número exiguo, pues ha venido abonando a sus acreedores las deudas viejas con caucheros de los que trae. Por lo demás, los colombianos no tienen precio en estas comarcas: dicen que somos insurrectos y volvedores.

«Comprendo perfectamente el deseo de ponerse al habla con la madona; pero es preciso tener paciencia. Mi turno de vigía sólo se vence el sábado próximo».

—Y si su relevo nos sorprendiera, ¿qué pensaría?

—No hay cuidado. El bajará por el Papunagua y yo me puedo volver por la pica nueva, a condición de dejarle un fogón prendido para que vea que estuve aquí. Desde este zarzo se mira el río y se divisan los navegantes. No me explico cómo ustedes me capturaron.

—Veníamos perdidos por la ribera. Y como los perros encontraron huellas humanas... Mas ese es un detalle que poco importa. ¿Con qué será preciso esperar?

—Y presentarnos en las barracas a la hora que el Váquiro se halle ausente inspeccionando las estradas de los caucheros. Ese capataz es muy malgeniado. Cuando yo les señale los barracones, se presentan ustedes, solos, a quejarse de que traían, para vender, un mañoco fresco y los gendarmes que remontaban se lo quitaron. (El sabe ya que esos gendarmes eran de Funes y que el Cayeno los tasajeó). Agreguen que les *trambucaron*

en los raudales la embarcación y tuvieron ustedes que venirse por las orillas y por los montes hasta que yo les puse la mano. Adviértanle que, como venían a pedir auxilio, los llevé a la trocha del Guaracú, y que ustedes llegan, acatando mis instrucciones, a implorar garantías y bastimentos. Ese discurso le agradará porque aumenta el crédito de la empresa y condena a sus enemigos.

—Cuente usted con que la novela tendrá más éxito que la historia.

—Yo llegaré más tarde para hacer resaltar el hecho de que ustedes se fueron solos en la confianza de hallar amparo.

—¿Y si nos ponen a trabajá? observó Correa.

—Mulato, repuse: No tengas miedo. Hemos venido a correr la vida!

—En cuanto a eso, no sabría qué aconsejarles. El Cayeno es cauteloso y cruel como un cazador. Es cierto que ustedes nada le deben y que van de paso para el Brasil. Pero si se le antoja decir que se picurearon de otras barracas...

—Explique, don Clemente. Poco sabemos de estas costumbres.

—Cada empresario de caucherías tiene caneyes, que sirven al mismo tiempo de viviendas y de bodegas. Ya conocerán los del Guaracú. Esos depósitos o barracas nunca están solos, porque en ellos se guarda el caucho, las mercancías y las provisiones y moran allí los capataces y sus queridas.

El personal de trabajadores está compuesto, en su mayor parte, de indígenas y enganchados, quienes, según las leyes de la región, no pueden cambiar de dueño en un plazo mínimo de dos años. Cada individuo tiene una cuenta en la que se le cargan las baratijas que se le avanzan, las herramientas, los alimentos, y se le abona el caucho que traiga a un precio irrisorio que el amo fija. Jamás cauchero alguno sabe cuánto le cuesta lo que recibe ni cuánto le abonan por lo que entrega, pues la mira del empresario está en guardar el modo de que siempre le estén debiendo. Esta nueva especie de esclavitud vence la vida de muchos hombres y es trasmisible a los herederos.

Por su lado, los capataces inventan diversas formas de expoliación: les roban el caucho a los siringueros, les arrebatan hijas y esposas, los mandan a trabajar a caños pobrísimos, donde no puedan sacar la goma exigida, y

esto da motivo a insultos horribles y a latigazos, cuando no a balas de winchester. Y con decir que un fulano se picureó o que quizás se murió de fiebres, se arregla el cuento.

Mas no es justo olvidar la traición y el dolo. No todos los peones son palomitas blancas: acontece a menudo que los caucheros piden enganche para robarse lo que reciben y salir a la selva sólo por matar a algún enemigo o para sonsacar a sus compañeros y conducirlos a otras barracas.

Esto dio pie a un convenio rigurosísimo, por el cual se comprometen los empresarios a capturar a toda persona que no justifique su procedencia o no presente su pasaporte con la constancia de que ha pagado lo que debía y fue dada libre por su patrón. Por su parte, las guarniciones de cada río tienen cuidado de que tal requisito se cumpla siempre.

Mas esta medida es fuente inexhausta de abusos y de secuestros. ¿Si el amo se niega a expedir el salvoconducto? ¿Si el empresario capturador despoja de él a quien lo presenta? Réstame aún advertir a ustedes que es frecuentísimo el último caso. El cautivo pasa a poder de quien lo cogió y éste lo encuentra en sus siringales a trabajar como preso prófugo, mientras se averigua *lo conveniente*. Y corren años y años y la esclavitud no termina nunca. ¡Esto es lo que me pasa con el Cayeno!

¡Y he trabajado diez y seis años! ¡Diez y seis años en la miseria! ¡Mas poseo un tesoro que vale un mundo, que no puede robarme nadie, que llevaré a mi tierra cuando sea libre: un cajoncito lleno de huesos!

«Para poderles contar mi historia —dijo esa tarde— tendría que perder el pudor de mis desventuras. En el fondo de cada alma hay algún episodio íntimo, que constituye nuestra vergüenza. El mío es una mácula de familia: ¡mi hija María Gertrudis *dio su brazo a torcer!*!»

Había tal dolor en las palabras de don Clemente, que nosotros apparentábamos no entender esa confesión. Franco se cortaba las uñas con la navaja, Helí Mesa escarbaba el suelo con un palillo, yo hacía coronas con el humo de mi cigarro. Tan sólo el mulato parecía envaído en la historia triste.

«Sí, amigos míos, continuó el anciano: El miserable que la engañaba con promesa de matrimonio, la sedujo en ausencia mía. Mi pequeño Luciano dejó la escuela y fue a buscarme al pueblo vecino, donde yo ejercía un modesto empleo, para contarme que los dos novios hablaban de noche por el solar y que su madre lo había reñido cuando le dio noticia de aquel suceso. Al oír su relato, perdí el aplomo, lo regañé por calumniador, exalté la virtud de María Gertrudis y le prohibí terminantemente que siguiera oponiéndose con celos y malquerencias al matrimonio de los dos jóvenes, que ya habían cambiado argollas. El pequeñuelo, desesperado, empezó a llorar y me declaró que estaba resuelto a perder la tierra antes que la deshonra de la familia lo hiciera sonrojarse ante sus compañeros de escuela pública.

Montado en una borrica, se lo envíe a mi esposa con un peón, que llevaba cartas para ella y María Gertrudis, llenas de consejos y admoniciones. Ya María Gertrudis no era hija mía!

Calculen ustedes cuál fue mi pena cuando supe mi deshonor. Medio loco, olvidé el hogar por perseguir a la fugitiva. Acudí a las autoridades, imploré el apoyo de mis amigos, la protección de los influyentes; todos me hacían tragar las lágrimas obligándome a referirles detalles pérpidos, y, al final, con gestos de lástima, me recriminaban de esta manera: «*La responsabilidad la tienen los padres. Hay que saber educar los hijos*».

Cuando humillado por la tortura volví a la casa, no me atreví a darle rienda a mi desespero. La pizarra de Lucianito pendía del muro, cerca al pupitre donde la brisa hacía sonar las hojas de un libro descuadernado; en el cajón ví los premios y los juguetes: la cachucha que le bordó la hermana, el reloj que le regalé, la medallita de la mamá. En la pizarra, reteñidas bajo una cruz, leí estas palabras: ¡Adiós, adiós!....

Más que la parálisis, fue la pena la que mató a mi pobre esposa. Sentado al borde del lecho, la veía empapar en llanto la almohada, procurando infundirle el consuelo que no he conocido nunca. Me agarraba a veces del brazo y lanzaba su grito suplicatorio: «Dáme mis hijos! Dáme mis hijos!» Por aliviarla acudí al engaño: inventéle que había logrado hacer casar a

María Gertrudis y que Lucianito estaba interno en el Instituto. Saboreando su pesadumbre la halló la muerte.

Un día, viendo que nadie, ni parientes ni amigos, me acompañaba, llamé a mi vecina por el cercado para que viniera a cuidar la enferma, mientras yo me ausentaba a buscar al médico. Cuando regresé, ví que mi esposa tenía en las manos la pizarra de Lucianito y que la observaba por todas partes, convencida de que era el retrato del pequeñuelo. Así acabó! Al colocarla en el ataúd sollocé esta frase: *¡Juro por Dios y por su justicia que traeré a Luciano, vivo o muerto, a que陪伴 tu sepultura!* Le besé la frente y puse sobre el pecho de la infeliz la pizarra yerta, para que llevara a la eternidad la cruz que su propio hijo había dibujado».

—Don Clemente, roguéle entonces: No resucite esos recuerdos que le hacen daño. Procure omitir en su narración todo lo sagrado y sentimental. Háblenos de sus éxodos en la selva.

Por un momento estrechó mi mano, murmurando profundamente:

—Es cierto. Hay que ser avaros con el dolor.

«Pues bien: —continuó después— seguí las huellas de Lucianito hacia el Putumayo. Fue en Sibundoy donde me dijeron que había bajado con unos hombres un muchachito pálido, de calzón corto, que no representaba más de doce años, sin otro equipaje que un pañuelo lleno de ropa. Negóse a decir de dónde venía, pero sus compañeros predicaban con regocijo que iban buscando # [las caucherías de Larrañaga](#), aquel pastuso sin corazón, socio de Arana y otros peruanos que en la hoyaz amazónica han esclavizado más de treinta mil indios.

En Mocoa sentí la primera vacilación: los viajeros habían pasado, pero nadie pudo decirme qué senda de aquel cuadrivio los vio seguir. Era posible que hubieran ido por tierra al Caño Guineo, para salir al Putumayo, un poco arriba del puerto de San José, y bajar el río hasta encontrar el Igaraparaná; tampoco era improbable que hubieran tomado la trocha de Mocoa a Puerto Limón, sobre el Caquetá, para descender por la dicha arteria hacia el Amazonas y remontar éste y el Putumayo en busca # [de los cauchales de La Chorrera](#). Yo me decidí por la última vía.

Tuve la fortuna de que en Mocoa me ofreciera su curiara y su protección un colombiano de amables prendas, # el señor Custodio Morales, que era colono del Cuimañí. Indicóme el peligro de acometer los raudales de Araracuara, y me dejó en Puerto Pizarro para que siguiera, al través de los grandes bosques, por el rumbo que va al puerto de la Florida, en el río Caraparaná, donde los peruanos tenían barracas.

Solo y enfermo emprendí ese viaje. Al llegar, solicité enganche y abrí una cuenta. Ya me habían dicho que a mi pequeño no se le conocía en esos lugares; pero quise convencerme de lo que oía y salí a trabajar goma.

Era verdad que en mi cuadrilla no estaba el niño, pero podía hallarse en cualquiera otra. Ninguno de los caucheros oyó su nombre. A veces se alegraba mi reflexión al considerar que Lucianito no había palpado la bruta inmoralidad de aquellas costumbres; mas cuán poco me duraba el feliz consuelo! Era seguro que se encontraba en otras regiones, bajo otros amos, educándose en la残酷和 la villanía, enloquecido de miseria y humillación! Mi capataz principió a quejarse de mi trabajo. Un día me cruzó la cara de un latigazo y me envió preso a los barracones. Toda esa noche estuve en el cepo, y, en la siguiente, me mandaron para *El Encanto*. Ya había conseguido lo que quería: buscar a Lucianito en otros gomales».

Don Clemente Silva quedóse mudo. Tocábase la frente con manos estremecidas, como si aún sintiera en su rostro el culebreo del látigo infame. Después agregó:

Amigos, esta pausa abarca dos años. De allí me picurié para La Chorrera.

* * *

Recuerdo que la noche de mi llegada celebraban el Carnaval. Frente a los barandales del corredor discurría borracha una muchedumbre cosmopolita. Indios de varias tribus, blancos de Colombia, Venezuela, Perú y Brasil, negros de las Antillas, vociferaban pidiendo alcohol, pidiendo mujeres y chucherías. Entonces desde el fondo de una trastienda aventábanles triquitraques, botones, potes de atún, cajas de galletas, tabaco

de mascar, alpargatas, franelas, cigarros finos. Los hombres que no podían recoger nada, empujaban, por diversión, a sus compañeros sobre cada objeto que les caía, y encima de él se arracimaba un tumulto humano, entre risotadas y pataleos. Del otro lado, junto a las lámparas humeantes, había grupos de gente absorta, escuchando a los cantadores que entonaban aires nostálgicos de sus tierras: el *bambuco*, el *joropo*, la *cumbia-cumbia*. De repente, un capataz velludo y bilioso se encaramó sobre una tarima y disparó al viento su wínchester. Se hizo el silencio. Todas las caras se volvieron al orador. «Caucheros, exclamó éste, ya conocéis la munificencia del nuevo dueño. El señor Arana ha formado una compañía que es propietaria de los cauchales de La Chorrera *# y los de El Encanto*. Hay que trabajar, hay que ser sumisos, hay que obedecer! Ya nada queda en la pulperia para regalaros. Los que no hayan podido recoger ropa, tengan paciencia. Los que están pidiendo mujeres, sepan que en las próximas lanchas vendrán cuarenta, oíndo bien, cuarenta, para repartirlas de tiempo en tiempo a los trabajadores que se distingan. Además saldrá pronto una expedición a someter las tribus *andoques* y lleva encargo de recoger *guarichas* donde las haya. Ahora, prestadme todos vuestra atención: cualquier indio que tenga mujer o hija debe presentarla en este establecimiento para saber qué se hace con ella».

Inmediatamente otros capataces tradujeron ese discurso a la lengua de cada tribu, y la fiesta siguió como antes, coreada por aplausos y exclamaciones.

Yo me escurría por entre la gente, temeroso de encontrarme con Lucianito. Fue la primera vez que no quise verlo. Sin embargo, miraba hacia todas partes y resolví preguntar por él: «Señor, usted conoce a Luciano Silva? Dígame, entre esta gente habrá algún pastuso? Sabe usted, por casualidad, si Larrañaga o Juanchito Vega viven aquí?»

Viendo que mis preguntas producían hilaridad, me atreví a penetrar en el corredor. Los centinelas me rechazaron. Un hombre vino a advertirme que el aguardiente lo repartían en las barracas. Y era verdad: por allí desfilaba la multitud presentando los jarros y las totumas al vigilante que hacía la distribución. Un cuadrillero tísico y borrachoso quería chancearse:

vertió kerosén en una ponchera y les ofreció el petróleo a unos indios. Como ninguno aceptó el engaño, les tiró la vasija con el sobrante. No sé quién rastrilló sus fósforos; pero al momento una llamarada crepitadora achicharró los cuerpos de los indígenas, que se abalanzaron sobre el tumulto, con berreadora precipitud, coronados de fuego lívido, abriéndose paso hacia las corrientes, donde se sumergieron agonizando.

Los empresarios de La Chorrera se asomaron a la baranda, con los naipes de póker entre las manos. «¿Qué es esto? ¿Qué es esto?» se repetían. [El judío Barchilón tomó la palabra](#): «¡Hola, muchachos, no sean tan patanes! Van a quemarnos el *ensoropado* de los caneyes!» Larrañaga [calcó la orden de Juancho Vega](#): «¡No más diversión! ¡No más diversión!»

Y al sentir el hedor de la grasa humana, escupieron sobre la gente y se encerraron a toda prisa.

Así como el caballo entra a los corrales y a coces y mordiscos aparta las hembras de su rodeo, integraron los capataces sus cuadrillas a culatazos y las empujaron a sus barracas, en medio de un bullicio atormentador.

Yo alcancé a gritar con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Luciano! ¡Lucianito, aquí está tu padre!

Al día siguiente, mi paciencia se puso a prueba. Eran casi las dos y los empresarios seguían durmiendo. Por la mañana, cuando las cuadrillas salieron a los trabajos, [se me presentó un negrote de Martinica](#), afilando en la vaina de su machete la hoja terrible. «¡Hola, me dijo, vos por qué te quedás aquí?»

—Porque soy *rumbero* y voy a salir en exploración.

—Vos parecés picure. Vos estabas en El Encanto.

—Y aunque así fuera, ¿no son de un solo dueño las dos regiones?

—Vos eras el sinvergüenza que escribía el mismo letrero en todos los palos. Agradecé que te perdonaban.

Púsele fin al riesgoso diálogo porque ví al Tenedor de Libros abriendo la puerta de la oficina. Ni siquiera volvió a mirarme cuando el saludo, pero

avancé hasta el mostrador.

—♯ Señor Loaisa, le dije del mejor modo, quiero saber, si acaso es posible, cuánto vale la cuenta de un hijo mío.

—Un hijo tuyo? ¿Querés comprarlo? ¿Ya te dijeron que lo vendían?

—Para hacer mis cálculos con la cuenta... Se llama Luciano Silva.

El hombre plegó un gran libro y tomando su lápiz hizo unos números. Mis rodillas temblaban por la emoción: ¡al fin encontraba el paradero de Lucianito!

—Dos mil doscientos soles, dijo Loaisa. ¿Qué recargo te piden sobre esa suma?

—¿Recargo?... ¿Recargo?

—Naturalmente. No estamos para vender personal ninguno. Por el contrario: la empresa busca gente.

—¿Podría usted decirme dónde está ahora?...

—¿Tu muchacho? Fijáte con quién tratás. Eso se les pregunta a los cuadrilleros.

Por desgracia mía, el negrote entró en ese instante.

—Señor Loaisa, exclamó, no pierda palabras con este viejo. Es un picure del Encanto ♯ y de la Florida, flojo y destornillado, que en vez de picar los árboles, grababa letreros en las cortezas con la punta de su cuchillo. Vaya usted a los siringales y se convence. Por todas las estradas la misma cosa: «*Aquí estuvo Clemente Silva en busca de su querido hijo Luciano*». ¿Ha visto usted vagabundería?

Yo, como un acusado, bajé los ojos. Después clamé:

—¡Hombres, bien se conoce que ustedes no han sido padres!

—¿Qué opinan de este viejo tan descocado? ¡Cómo habrá sido de mujeriego cuando hace gala de tener hijos!

Así me respondieron, desenfrenando sus carcajadas; pero yo me erguí como un mástil y mi mano debilitada abofeteó al Contabilista. El negro, de un puntapié, me tiró boca abajo contra la puerta. Al levantarme lloré de orgullo y satisfacción!

En la pieza vecina se alzó una voz trasnochada y amenazante. No tardó en asomar, abotonándose la piyama, un hombre gordote y abotagado, pechudo como una hembra, amarillento como la envidia. Antes que hablara, apresuróse el Contabilista a informarle lo sucedido:

—¡Señor Arana, voy a morir de pena! ¡Perdone usted! Este hombre que está presente vino a pedirme un extracto de lo que está debiendo a la compañía; mas apenas le enuncié el saldo, se lanzó a romper el libro, lo trató a usted de ladrón y me amenazó con apuñalarnos.

El negro hizo señas de asentimiento; permanecí aturrullado de indignación; Arana enmudecía más. Pero con mirada desmentidora consternó a los dos infames, y me preguntó, poniéndome las manos sobre los hombros:

—¿Cuántos años tiene Luciano Silva, el hijo de usted?

—No ha cumplido los quince.

—¿Usted está dispuesto a comprarme la cuenta suya y la de su hijo?

—¿Cuánto debe usted? ¿Qué abonos le han hecho por su trabajo?

—Lo ignoro, señor.

—¿Quiere darme por las dos cuentas cinco mil soles?

—Sí, sí, pero aquí no cargo dinero. Si usted quisiera la casita que tengo en Pasto... Larrañaga y Vega son mis paisanos. Ellos podrían darle un informe, ellos fueron mis condiscípulos.

—No le aconsejo ni saludarlos. Ahora no quieren amigos pobres. Dígame, agregó sacándome al patio: ¿usted no tiene goma con qué pagar?

—No, señor.

—¿Ni sabe cuáles son los caucheros que me la roban? Si me denuncia algún escondite, nos dividiremos la que allí haya.

—No, señor.

—¿Usted no podría conseguirla en el Caquetá? Yo le daría compañerazos para que asaltara los barracones.

Disimulando la repulsión que me producían aquellas rapaces maquinaciones, de mano de la astucia fui a la doblez. Aparenté quedar pensativo. Mi sobornador estrechó el asedio:

—Me valgo de usted porque comprendo que es hombre honrado y que me sabrá guardar la reserva. Su misma cara le hace el proceso. De no ser así, lo trataría como a picure, me negaría a venderle a su hijo y a úno y a ótro los enterraría en los siringales. Recuerde que no tienen con qué pagarme y que yo mismo le doy a usted los medios de quedar libres.

—Es verdad, señor. Mas eso mismo obliga mi fé de hombre reconocido. No quisiera comprometerme sin tener la seguridad de poder cumplir. Me gustaría ir al Caquetá, por lo pronto, como *rumbero*, mientras estudio bien la región y abro alguna trocha que sea estratégica.

—Muy bien pensado, y así será. Eso queda al cuidado suyo y el hijo de usted al cuidado mío. Pida un wínchester, víveres, una brújula, y llévese un indio como carguero.

—Gracias, señor, pero mi cuenta se aumentaría...

—Eso lo pago yo, ese es mi regalo de carnaval!

El pasaporte que me dio el amo hacía rabiar de envidia a los capataces. Podía yo transitar por donde quisiera y ellos debían facilitarme lo necesario. Mis facultades me autorizaban para escoger hasta treinta hombres y tomarlos de las cuadrillas que me placieran, en cualquier tiempo. En vez de dirigirme hacia el Caquetá, resolví desviarme por la hoyo del Putumayo. Un vigilante de las estradas del caño Eré, a quien llamaban *El Pantero*, por sobrenombre, me puso preso y envió en consulta el salvoconducto. La respuesta fue favorable, pero me reformaron la atribución: en ningún caso podía escoger a Luciano Silva.

La citada orden echó por tierra todos mis planes porque yo buscaba a mi hijo para llevármelo. Muchas veces, al sentir el estruendo de los cauchales, derribados por las peonadas, pensaba que mi chicuelo andaría con ellas y que alguna rama podía aplastarlo. Por ese entonces se trabajaba el caucho negro tanto como el *siringa*, # llamado *goma borracha* por los brasileños; para sacar éste, se hacen incisiones en la corteza, se recoge la leche en las petaquillas y es necesario cuajarla al humo; la extracción de aquél exigía

tumbar el árbol y hacerle lacraduras de cuarta en cuarta, para recoger el espeso jugo y depositarlo en hoyos abiertos, donde lentamente se coagulaba. Por eso era tan fácil que los ladrones lo traspusieran.

Cierto día sorprendí a un peón tapando su depósito con tierra y hojas. Ya circulaba la falsa especie de que yo ejercía fiscalización por cuenta del amo, leyenda que me puso en grandes peligros porque me granjeó muchas odiosidades. El sorprendido cogió el machete para matarme, pero yo le tendí mi wínchester, advirtiéndole: Te voy a probar que no soy espía. No contaré nada. Pero si mi silencio te hace algún bien, díme dónde se encuentra Luciano Silva.

—¡Ah!... Silvita... Silvita... Está en Capalurco, sobre el río Napo, con la peonada de Juan Muñeiro.

Esa misma tarde principié a picar la trocha que va desde el caño Ere hasta el Tamboriaco. En esa travesía gasté seis meses: tuve que procurarme yuca silvestre y hacer mañoco. ¡Qué tan grande sería mi extenuación, cuando decidí descansar un tiempo, en el abandono y la soledad!

En el Tamboriaco encontré peones de la cuadrilla que residía en un lugar conocido con el nombre de *El Pensamiento*. El capataz me invitó a remontar el caño, so pretexto de que visitara los barracones, donde me daría víveres y curiara. Esa noche, apenas quedamos solos, me preguntó:

—Y qué dicen los empresarios contra Muñeiro? No lo perseguirán?

—Acaso Muñeiro....

—Se fugó con peones y caucho, hace cinco meses. Noventa quintales y trece hombres!

—Cómo! Cómo! Pero es posible?

—Trabajaron últimamente cerca de la laguna de Cuyabeno, volvieron a Capalurco, se escurrieron por el río Napo, saldrían al Amazonas, y estarán en el extranjero. Muñeiro me había propuesto que tiráramos todos esa parada; pero yo tuve mi recelillo, porque está de moda entre los sagaces picurearse con los caucheros, prometiéndoles realizar la goma que llevan, prorrtearles el producido y dejarlos libres. Con esta ilusión se los cargan para otros ríos y se los venden a nuevos amos. Y ese Muñeiro es tan faramallero! Y como hay un resguardo en el río Mazán....

Al oír esta declaración me descoyunté. El resto de mi vida estaba de sobra. Un consuelo triste me confortó: con tal que mi hijo residiera en país extraño, yo, para los días que me quedaban, arrastraría gustoso la esclavitud en mi propia patria.

—Pero —prosiguió mi interlocutor— también se rumora que ese personal no se ha picureado. Piensan que usted lo llevó consigo a no sé qué punto.

—Si ni siquiera he visto el río Napo!

—Eso es lo curioso. Usted sabe muy bien que una cuadrilla cela a la otra y que tenemos obligación de contarle al dueño común lo bueno y lo malo. Envié un posta al Encanto con el aviso de que Muñeiro no parecía. Me contestaron que averiguara si usted se lo había llevado con su gente hacia el Caquetá, y que, en todo caso, remitiera preso a Luciano Silva. A usted lo esperan desde hace tiempos y varias comisiones lo andan buscando. Yo le aconsejaría que se volviera a poner en claro esas cosas. Dígales allá que no tengo víveres y que mi personal se está muriendo de calenturas.

Quince días más tarde regresé al Encanto, a entregarme preso. Ocho meses antes había salido a la exploración. Aunque aseveré haber descubierto caños de mucha goma y ser inocente de la fuga de Juan Muñeiro y los de su grupo, me decretaron una novena de veinte azotes por día, y sobre las heridas y desgarrones me rociaban sal. A la quinta flagelación no podía tenerme en pie; pero me arrastraban en una estera hacia un hormiguero de *congas bravas*, y tenía que salir corriendo. Esto divirtió de lo lindo a mis victimarios.

De nuevo volví a ser el cauchero Clemente Silva, decrepito y lamentable.

Sobre mis esperanzas pasaron los tiempos.

Lucianito debía tener diez y nueve años.

Por esa época hubo para mi vida un suceso trascendental: un señor francés, # a quien llamábamos el *mosiú*, llegó a las caucherías como explorador y naturalista. Al principio se susurró en los barracones que venía por cuenta de un gran museo y de no sé qué sociedad geográfica; luégo se dijo que los amos de los gomales le costeaban la expedición.

Y así sería, porque Larrañaga le entregó víveres y peones. Como yo era el rumbero de más pericia, me retiraron de la tropa trabajadora en el río Cahuinarí para que guiara al francés por donde él quisiera.

Al través de las espesuras iba mi machete abriendo la trocha, y detrás de mí desfilaba el sabio con sus cargueros, observando las plantas, los insectos y las resinas. De noche, en playones bien despejados, apuntaba a los cielos su teodolito y se ponía a coger estrellas, mientras que yo, cerca del aparato, le iluminaba el lente con la linterna de foco eléctrico. En lengua enrevesada solía decirme:

«Mañana te orientarás en la dirección de aquellos luceros. Fíjate bien de qué lado brillan y recuerda que el sol sale por aquí».

Y yo le respondía regocijado:

—«Desde ayer hice el cálculo de ese rumbo, por puro instinto».

El francés, aunque reservado, era bondadoso. Es cierto que el idioma le oponía complicaciones; pero conmigo se mostró siempre afable y cordial. Admirábase de verme pisar el monte con pies descalzos, y me dio botas; dolíase de que las plagas me persiguieran, de que las fiebres me achajanaran, y me puso inyecciones de varias clases, sin olvidarse nunca de dejarme en su vaso un sorbo de vino y consolar mis noches con un cigarro.

Hasta entonces parecía no haber observado la condición esclava de los caucheros. ¡Cómo pensar que nos apalearan, nos persiguieran, nos mutilaran aquellos señores de servil ceño y melosa charla que salieron a recibirla en La Chorrera y en El Encanto? Mas cierto día que vagábamos en una vega del Yacuruma, por donde pasa un viejo camino que une barracones muy retirados en la soledad de aquellas montañas, se detuvo el francés a mirar un árbol. Acerquéme por alistarle, según costumbre, la cámara fotográfica, y esperar órdenes. El árbol, castrado antiguamente por

los gomeros, era un *siringo* enorme, cuya corteza quedó llena de cicatrices, gruesas, protuberantes, y tumefactas, como lobanillos apretujados.

—El señor desea tomar alguna fotografía? le pregunté.

—Sí. Estoy observando unos jeroglíficos.

—Serán amenazas puestas por los caucheros?

—Evidentemente: aquí hay algo como una cruz.

Me acerqué congojoso, reconociendo mi obra de antaño, desfigurada por los repliegues de la corteza: «*Aquí estuvo Clemente Silva.*» Del otro lado, las palabras de Lucianito: «Adiós, adiós....»

—Ay, mosiú, murmuré, esto lo hice yo!

Y, apoyado en el tronco, me dí a llorar.

Desde aquel instante tuve, por vez primera, un amigo y un protector. Compadecióse el sabio de mis desgracias y ofreció libertarme de mis patrones, comprando mi cuenta y la de mi hijo, si aún era esclavo. Le referí la vida horrible de los caucheros, le enumeré los tormentos que soportábamos, y, porque no dudara de mis asertos, lo convencí objetivamente:

—Señor, diga si mi espalda ha sufrido menos que ese árbol.

Y, levantándome la camisa, le enseñé mis carnes contusionadas.

Momentos después, el árbol y yo perpetuamos en la kódak nuestras heridas, que vertieron para igual amo distintos jugos: siringa y sangre.

De allí en adelante, el lente fotográfico se dio a funcionar entre las peonadas, reproduciendo fases de la tortura, sin tregua ni disimulo, abochornando a los capataces, aunque mis advertencias no cesaban de predicarle al naturalista el grave peligro de que mis amos se disgustaran. El sabio seguía impertérrito, fotografiando mutilaciones y cicatrices. «Estos crímenes, que avergüenzan la especie humana —solía decirme— deben ser conocidos en todo el mundo para que los Gobiernos se apresuren a remediarlos.» Envió notas a Londres, París y Lima, acompañando vistas de sus denuncias, y pasaron tiempos sin que se notara ningún remedio.

Entonces decidió quejarse a los empresarios, adujo documentos y me envió con cartas a La Chorrera.

Sólo Barchilón se encontraba allí. Apenas leyó el abultado pliego, hizo que me llevaran a su oficina.

—Dónde conseguiste botas de *soche*? gruñó al mirarme.

—El mosiú me las dio con este vestido.

—Y dónde ha quedado ese vagabundo?

—Entre el caño Campuya y Lagarto-cocha, afirmé mintiendo. Poco más o menos a treinta días.

—Por qué pretende ese aventurero ponerle pauta a nuestro negocio? Quién le otorgó permiso para darlas de retratista? Por qué diablos vive alzaprimándose los peones?

—Lo ignoro, señor. Casi no habla con nadie y cuando lo hace, no se le entiende....

—Y por qué nos propone que te vendamos?

—Cosas de él....

El furioso judío salió a la puerta y examinaba contra la luz varias de las postales que dio la kódak.

—Miserable! Este espinazo no será el tuyo?

—No señor, no señor!

—Pélate medio cuerpo, inmediatamente!

Y me arrancó a tirones blusa y franela. Tal temblor me agitaba en aquel momento, que, por fortuna, la confrontación resultó imposible. El hombre requirió la pluma de su escritorio, y, tirándomela de lejos, me la clavó en el homoplato. Todo mi cuadril se tiñó de rojo.

—Puerco, quíta de aquí, que me ensangrientas el entablado.

Me precipitó hacia la baranda y tocó un silbato. Un capataz, a quien le decíamos *El Culebrón*, acudió solícito. Me repreguntaron sobre mil cosas y las contesté maliciosamente. El amo ordenó al entrar:

—Ajústale las botas con unos grillos, porque de seguro le quedan grandes.

Así se hizo.

El Culebrón se puso en camino con cuatro hombres, a llevar la respuesta, según decían.

El infeliz francés no salió jamás!

El año siguiente fue para los caucheros muy fecundo en expectativas. No sé cómo empezó a circular subrepticiamente en los gomales y barracones un ejemplar del diario «*La Felpa*», que dirigía en Iquitos [#] el periodista Saldaña Roca. Sus columnas clamaban contra los crímenes que se cometían en el Putumayo y pedían justicia para nosotros. Recuerdo que la hoja estaba maltrecha, a fuerza de ser leída, y que en el siringal del caño Algodón la remendamos con caucho tibio, para que pudiera viajar de estrada en estrada, oculta entre un cilindro de chusque grueso, que parecía cabo de hachuela.

A pesar de nuestro recato, un gomero del Ecuador a quien llamábamos *El Presbítero*, le sopló al vigilante lo que ocurría y sorprendieron cierta mañana, entre unos palmares de *chiquichiqui*, a un lector descuidado y a sus oyentes, tan distraídos en la lectura, que no se dieron cuenta del nuevo público que tenían. Al lector le cosieron los párpados con cumare y a los demás les echaron en los oídos cera caliente.

El capataz se puso en marcha para El Encanto, a mostrar la hoja; y como no tenía curiara, me ordenó que lo condujera por entre el monte. Una nueva sorpresa nos esperaba: había llegado un Visitador y en la propia casa recibía declaraciones.

Al darle mi nombre, comenzó a filiarme y en presencia de todos me preguntó: usted quiere seguir trabajando aquí?

Aunque he tenido la desgracia de ser muy tímido, alarmé a las gentes con mi respuesta: No señor, no señor!

Entonces gritó el letrado con voz energética:

«[#] Puede marcharse cuando le plazca, por orden mía. Cuáles son sus señales particulares?»

—Estas, afirmé desnudando mi espalda.

El público estaba pálido. El Visitador me acercaba sus espejuelos. Sin preguntarme nada volvió a ordenar:

—Puede marcharse mañana mismo!

Y mis amos dijeron sumisamente:

—Señor Visitador, mande lo que quiera Su Señoría!

Uno de ellos, con el desparpajo de quien recita un discurso bien aprendido, agregó ante el funcionario:

—Curiosas cicatrices las de este hombre, verdad? Tiene tántos secretos nuestra botánica, particularmente en estas regiones! No sé si Su Señoría habrá oído hablar de # [un árbol maligno, llamado «Mariquita» por los gomeros](#). El sabio francés, a petición nuestra, se interesó mucho por estudiarlo. Dicho árbol, a semejanza de las mujeres de mal vivir, brinda una sombra perfumadísima; mas ay! del que no resista a la tentación: su cuerpo sale de allí veteado de rojo, y la comezón es desesperante, y van apareciendo unos lamparones que se supuran y luégo cicatrizan desuniformes. Como este pobre viejo que está presente, muchos siringueros han sucumbido a la inexperiencia.

—Señor,... iba a insinuar; pero el hombre siguió tan cínico:

—Y quién creerá que este detalle insignificante le origina complicaciones a nuestra empresa? Tiene tántas aulagas este negocio, exige tal patriotismo y perseverancia, que si el Gobierno nos desatiende quedarán sin soberanía estos grandes bosques, dentro del propio límite de la Patria. Pues bien: ya Su Señoría nos hizo el honor de averiguar en cada cuadrilla cuáles son las violencias, los azotes y los suplicios a que sometemos nuestras peonadas, según el decir de nuestros vecinos, envidiosos y despechados, que buscan mil maneras de impedir que nuestra Nación recupere sus territorios y que haya peruanos en estas lindes, para cuyo intento no faltan nunca ciertos escritorcillos asalariados.

Ahora retrocedo al tema inicial: La empresa abre sus brazos a quien necesite de sus recursos y quiera enaltecerse por el esfuerzo. Aquí hay trabajadores de muchos lugares, buenos, malos, dísculos, perezosos. Disparidad de caracteres y de costumbres, indisciplina, amoralidad, todo eso ha encontrado en *la mariquita* un cómplice cómodo; porque algunos

—principalmente los colombianos— cuando riñen y se golpean o padecen *el mal del árbol*, se vengan de la empresa que los corrige, desacreditando a los vigilantes, a quienes achacan toda lesión, toda cicatriz, desde las picaduras de los mosquitos hasta la más ligera rasguñadura.

Así dijo, y, volviéndose a los del grupo, les preguntó: Es verdad que en estas regiones abunda la mariquita? Es cierto que produce pústulas y nacidos?

Y todos respondieron con grito unánime:

—Sí señor, sí señor!

—Afortunadamente, agregó el bellaco, el Perú atenderá nuestra patriótica iniciativa: le hemos pedido a la autoridad que militarice nuestras cuadrillas, mediante la dirección de oficiales y de sargentos, a quienes pagaremos con mano larga su permanencia en estos confines, con tal que sirvan a un mismo tiempo de fiscales para la empresa y de vigilantes en las estradas. De esta suerte el Gobierno tendrá soldados, los trabajadores garantías insospechables y los empresarios estímulo, protección y paz.

El Visitador hizo un signo de complacencia.

Un abuelo, Balbino Jácome, nativo de Garzón, a quien se le secó la pierna derecha por la mordedura de una tarántula, fue a visitarme al anochecer; y recostando sus muletas bajo el alero de la barraca donde mi chinchorro estaba colgado, me dijo quedo: Paisano, cuando pise tierra cristiana págue una misa por mi intención.

—En premio de que confirma cuanto dicen los empresarios?

—No. En memoria de la esperanza que hemos perdido.

—Sepa y entienda, repuse yo, que usted no debe valerse de mi persona. Usted ha sido el más abyecto de los *lambones*, el favorito de Juancho Vega, a quien superó en renegar de nuestro país y en desacreditar a los colombianos.

—Sin embargo, dijo, mis compatriotas algo me deben. Pues que usted se va, puedo hablarle claro: he tenido la diplomacia de enamorar a los

enemigos, aparentando esgrimir el foete para que hubiera un verdugo menos. He desempeñado el puesto de espía para que no pusieran a otros, de verdaderas capacidades. No hice más que amoldarme al medio y jugar mi *tute* con cartas propias. ¿Que era necesario atajar un chisme? Yo lo sabía y lo reformaba; que a un tal lo maltrataron en la cuadrilla? Aplaudía el maltratamiento, ya inevitable, y luégo me vengaba del capataz. ¿Por qué los vigilantes me miman tanto? Porque soy el hombre de las influencias y la confianza. Oye, le digo a uno: Los amos han sabido cierta cosita.... Y éste se me arrodilla prorrumpiendo en explicaciones. Entonces obtengo lo que nadie conseguiría: No me les pegues a los paisanos; si aprietas allá, te remacho aquí!

De esta manera practico el bien, sin escrúpulos y sin gloria, y con sacrificios que nadie advierte. Siendo una escoria andante, hago lo que puedo como patriota, disfrazado de mercenario. Usted mismo se irá muy pronto, odiándome y maldiciéndome, y al pisar su valle, fértil como el mío, sentirá alegría de que yo sufra en tierra salvaje la expiación de pecados que son virtudes.

Confiéselo, paisano: # cuando su viaje hacia el Caquetá no le rogué que se picureara? ¿No le pinté, para decidirlo, el caso de Julio Sánchez, que en una canoa se fugó con la esposa encinta, por toda la vena del Putumayo, sin sal ni fuego, perseguido por lanchas y guarniciones, guareciéndose en los rebalses, remontando tan sólo en noches oscuras, y en tan largo tiempo, que al salir a Villa-Mocoa la mujer penetró en la iglesia llevando de la mano a su muchachito, que le había nacido entre la curiara?

Pero usted despreció muchas facilidades. ¡Si las hubiera tenido yo, si no me maneara esta enfermedad! Todos los que se fugan, por mis consejos, me prometieron venir por mí y llevarme en hombros; luégo se largan sin avisarme, y si los prenden, cargo la culpa, y vienen a decir que he sido su cómplice, por lo cual tengo que exigir que les echen palo, para recuperar así mi influencia mermada. ¿Quién le rogó al francés que pidiera de rumbero a Clemente Silva? ¿Qué mejor coyuntura para un picure? Y usted, lejos de agradecer mis indicaciones, me trató mal! Y en vez de impedir que el sabio se metiera en tantos peligros, lo dejó solo, y tuvo la ocurrencia de venir con

esas cartas donde el patrón, para que sucediera lo sucedido. ¡Y ahora quiere que yo me ponga a contradecir lo que el amo diga, cuando nos ha perdido el Visitador!

—¡Hola, paisano, explíqueme eso!

—No, porque nos oyen en la cocina. Si quiere, más tardecito nos meteremos en la curiara, con el pretexto de ir a pescar.

Así lo hicimos.

En el puerto había diferentes embarcaciones. Mi compañero se detuvo a hablar con un boga que dormía a bordo de una gran lancha. Ya me impacientaba por la demora cuando oí que se despidieron. El boga prendió el motor y encendióse la luz eléctrica. Encima del bombillo de más volumen comenzó a zumbar el ventilador.

Entonces, por un tablón que servía de puente, pasaron a la barca varias personas, de vestidos almidonados, y entre ellas una dama llena de joyas y de arandelas, que se reía con risa de rico. Mi compañero se me acercó. «Míre, dijo en voz baja, los señores amos están de té. Esa hermosura a quien le da la mano Su Señoría es la madona Zoraida Ayram».

Nos metimos en la curiara, y a poco andar, la amarramos en un remanso, desde donde veíamos luces de focos reflejadas en la corriente. Balbino Jácome dio principio a su exposición:

«Según me contaba Juanchito Vega, las cartas que el francés mandó al extranjero habían producido alarmas muy graves. A esto se agrega que el francés desapareció, como desaparecen aquí los hombres. # Pero Arana vive en Iquitos y su dinero está en todas partes. Hace como seis meses, empezó a mandar los periódicos enemigos, para que la empresa los conociera y tomara con tiempo sus precauciones.

Al principio, ni siquiera me los mostraban; después me preguntaron si podían contar conmigo y me gratificaron con la administración de la pulperia.

Cierta vez que los empresarios se marcharon a La Chorrera, unos cuadrilleros pidieron quinina y pólvora. Como bien conozco qué capataces no deletrean, hice varios paquetes en los periódicos y los despaché a los barracones y siringales, por si algún día, al quedar por ahí volteando, daban con un lector que los recogiera.

—Paisano, repuse, ahora sí le creo. Entre nosotros circuló uno. ¡Por causa de él vine a dar aquí, a encontrarme la salvación! ¡Gracias a usted! ¡Gracias a usted!

—No se alegre, paisano: ¡Estamos perdidos!

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Por la venida de este maldito Visitador! ¡Por este Visitador que al fin no hizo nada! Míre usted: quitaron el cepo, el día que llegó, y pusieronlo de puente al desembarcar, sin que se le ocurriera reparar en los agujeros o en las manchas de sangre que lo vetean; fuimos al patio, al lugar donde estaba fija la dicha máquina de tormento, y no advirtió los trillados que dejaron los prisioneros al sacudirse, pidiendo agua y pidiendo sombra. Por burlarse de él, olvidaron en la baranda un berrenque de cuatro puntas, y preguntó el muy simple si estaba hecho de piel de toro. Y Macedo, con gran descaro, le dijo riéndose: «Su Señoría es hombre sagaz. Quiere saber si comemos carne vacuna. Evidentemente, aunque el ganado cuesta carísimo, en aquel botalón apegamos las *resecitas*».

—Sin embargo, argüí, el Visitador es un hombre enérgico.

—Pero sin malicia ni observación. Es como un toro ciego que sólo le embiste al que le haga ruido. ¡Y aquí nadie se atreve a hablar! Aquí ya estaba todo bien arreglado y las cuadrillas reorganizadas: a los peones descontentos o resentidos los encontraron quién sabe en dónde, y los indios que poco entienden el español ocuparon los caños próximos. Las visitas del funcionario se limitaron a reconocer algunas cuadrillas, de las ciento y tántas que trabajan en estos ríos y en muchos otros inexplorados, de suerte que en recorrerlas e interrogarlas nadie gastaría menos de cinco meses. Aún no hace una semana que llegó el Visitador y ya está de vuelta.

Su Señoría se contentará con decir que estuvo en la calumniada selva del crimen, que les habló de *hábeas corpus* a los gomeros, oyó sus quejas,

impuso su autoridad y los dejó en condiciones inmejorables, facultados para el regreso al hogar lejano. Y de aquí en adelante, nadie prestará crédito a las torturas y expoliaciones, y sucumbiremos sin esperanza, porque el informe que presente Su Señoría será respuesta obligada a todo reclamo, si es que quedan personas cándidas que se atrevan a insistir sobre asuntos ya desmentidos oficialmente.

Paisano, no se sorprenda al escucharme estos razonamientos, en los cuales no tengo parte. Es que se los he oído a los empresarios. Ellos temblaron ante la idea de salir de aquí con la soga al cuello; y hoy se ríen del temor pretérito porque aseguraron el porvenir. Cuando el Visitador se movía para tal caño, en ejercicio de sus funciones, quedábamos en casa sin más distracción que la de apostar a que no pasarían de cinco, de tres o dos los gomeros que se atrevieran a dar denuncias y a que Su Señoría tendría para todos la misma frase: «Usted puede irse cuando le plazca».

—Paisano, ¡Si estamos libres! ¡Si nos han dado la libertad!

—No, compañero, ni se lo sueñe. Quizás algunos podrían marcharse, pero pagando, y no tienen medios. No saben el por dónde, el cómo, ni el cuándo. *«Mañana mismo»*. ¡Ese es un adverbio que suena bien! ¿Y el saldo, y la embarcación, y el camino y las guarniciones? Salir de aquí por quedar allá, no es un negocio que pague el gasto, muy menos hoy que los intereses sólo se abonan a rejo y sangre.

—¡Yo me olvidaba de esa verdad! ¡Me voy a hablarle al Visitador!

—¡Cómo! ¿A interrumpirle sus coloquios con la madona?

—¡A pedirle que me lleve de cualquier modo!

—No se afane, que mañana será otro día. El boga con quien hablé al venir aquí, dañará el motor de la lancha esta misma noche y durará el daño hasta que yo quiera. Para eso está en mis manos la pulperia. Ya ve que los lambones de algo servimos.

—¡Perdóneme, perdóneme! ¿Qué debo hacer?

—Lo que manda Dios: confiar y esperar. ¡Y lo que yo mando: seguir oyendo!

Sin hacer caso de mis angustias, Balbino Jácome prosiguió:

—Su Señoría no se lleva ni un solo preso, aunque se le hubieran dado algunitos, por peligrosos; no a los que matan y a los que hieren, sino a los que roban. Pero el Visitador no pudo hacer más. Antes que llegara, fueron espías a las barracas a secretar el chisme de que la empresa quería cerciorarse de cuáles eran los servidores de mala índole, para ahorcarlos a todos juntos, con cuyo fin les tomaría declaraciones cierto socio del extranjero, que se haría pasar por Juez de instrucción. Esta medida tuvo un éxito completísimo: Su Señoría halló por doquiera gentes felices y agradecidas, que nunca oyeron decir de asesinatos ni de vejámenes.

Mas el crimen perpetuo no está en las selvas sino en dos libros: en el Diario y en el Mayor. Si Su Señoría los conociera, encontraría más lectura en el DEBE que en el HABER, ya que a muchos hombres se les lleva la cuenta por simple cálculo, según lo que informan los capataces. Con todo, hallaría datos inicuos: peones que entregan kilos de goma a cinco centavos y reciben franelas a veinte pesos; indios que trabajan hace seis años, y aparecen debiendo aún el mañoco del primer mes; niños que heredan deudas enormes, procedentes del padre que les mataron, de la madre que les forzaron, hasta de las hermanas que les violaron, y que no cubrirán en toda su vida, porque cuando conozcan la pubertad, los solos gastos de su niñez les darán medio siglo de esclavitud!

Mi compañero hizo una pausa, mientras me ofrecía su tabaquera. Yo, aunque consternado por lo que oía, quise defender al Visitador:

—Probablemente Su Señoría no tendrá orden judicial para ver los libros.

—Aunque la tuviera. Están bien guardados.

—Y cómo será posible que Su Señoría no lleve pruebas de tántos atropellos que fueron públicos? Se estará haciendo el disimulado?

—Aunque así fuera. Qué ganaríamos con la evidencia de que fulano mató a zutano, robó a mengano, hirió a perensejo? Eso, como dice Juanchito Vega, pasa en Iquitos y en donde quiera que existan hombres: cuánto más aquí en una selva sin policía ni autoridades. Líbrenos Dios de que se compruebe crimen alguno, porque los patrones lograrían realizar su mayor deseo: la creación de Alcaldías y de Panópticos, o mejor, la

iniquidad dirigida por ellos mismos. Recuerde usted que aspiran a militarizar los trabajadores, a tiempo que en Colombia pasan cosillas reveladoras de algo muy grave, de subterránea complicidad, según frase de Larrañaga. Los colonos colombianos no están vendiendo a esta empresa sus fundaciones, forzados por la falta de garantías? [Ahí están Calderón, Hipólito Pérez y muchos otros](#), que reciben lo que les dan, creyéndose bien pagados con no perderlo todo y poder escurrir el bulto. Y Arana, que es el despojador, no sigue siendo, prácticamente, Cónsul nuestro en Iquitos? Y el Presidente de la República no dizque [# envió al General Velasco a licenciar tropas](#) y resguardos en el Putumayo y en el Caquetá, como respuesta muda a la demanda de protección que los colonizadores de nuestros ríos le hacían a diario? Paisano, paísanito, estamos perdidos! Y el Putumayo y el Caquetá se pierden también!

Oigame un consejo: No diga nada! Dicen que el que habla yerra, pero el que hable de estos secretos errará más. Vaya predíquelos en Lima o en Bogotá, si quiere que lo tengan por mentiroso y exagerado. Si le preguntan por el francés, diga que la empresa lo envió a explorar lo desconocido; si le averiguan la especie aquella de que El Culebrón mostró cierto día el reloj del sabio, adviértales que eso fue sólo con ocasión de una borrachera, y que por siempre la está durmiendo. Al que lo interroguen por *El Chispita*, respóndale que era un capataz bastante ilustrado en lenguas nativas: yeral, carijona, huitoto, muinane; y si usted, por adobar la conversación, tiene que referir algún episodio, no cuente que esa paloma les robaba los guayucos a los indígenas para tener pretexto de castigarlos por inmorales, ni que los obligaba a enterrar la goma, sólo por esperar que llegara el amo y descubrirle ocasionalmente los escondites, con lo cual sostenía su fama de adivino honrado y vivaz; hable de sus uñas, afiladas como lancetas, que podían matar al indio más fuerte con imperceptible rasguñadura, no por ser mágicas ni enconosas, sino por el veneno de *curare* que las teña.

—Paisano, exclamé, usted me habla de Lima y de Bogotá, como si estuviera seguro de que puedo salir de aquí!

—Sí, señor. Tengo quién lo compre y quién se lo lleve: la madona Zoraida Ayram!

—De veras? De veras?

—Como ser de noche. Esta mañana cuando Su Señoría lo mandó llamar para interrogarlo, la madona lo veía desde la baranda, con su binóculo: y cuando usted declaró en voz alta que no quería trabajar más, ella pareció muy complacida por la insolencia. «Quién es, me preguntó, ese viejo tan arriesgado?» Y yo respondí: «Nada menos que el hombre que le conviene: es el rumbero llamado *El Brújulo*, a quien le recomiendo como letrado, ducho en los números y en las cuentas, perito en tratos de goma, conocedor de barracas y siringales, avispado en asuntos de contrabando, buen mercader, buen boga, buen pendolista, a quien su hermosura puede adquirir por muy poca cosa. Si lo hubiera tenido cuando el asunto de Juan Muñeiro, no me contaría complicaciones».

—Asunto de Juan Muñeiro? Complicaciones?

—Sí, descuidillos que ya pasaron. La madona les compró el caucho a los picures de Capalurco, y en Iquitos se lo querían decomisar. Pero ella triunfó. Para eso es hermosa! Les habían prohibido a las guarniciones que la dejaran subir los ríos de esta región, y ya ve usted que el Visitador le compuso todo, y hasta de balde. Sin embargo: la mujer cuando da, pide; y el hombre pide cuando da.

—Compañero, la madona tendrá noticias de Lucianito! Quiero hablar con ella! Aunque no me compre!

Veinte días después estaba en Iquitos.

La lancha de la madona remolcaba un bongo de cien quintales, en cuya popa gobernaba yo la *espadilla*, sufriendo sol. Frecuentemente atracábamos en bohíos del Amazonas, para realizar la *corotería* aunque fuera permutándola por productos de la región, jebe, castañas, pirarucú, ya que hasta entonces la agricultura no había conocido adictos en esos territorios tan dilatados. Doña Zoraida misma pactaba las permutas con los colonos, y era tal su labia de mercachifle, que siempre al reembarcarse tuvo el placer

de que yo inscribiera en el Borrador las cicateras utilidades que había obtenido.

No tardé en convencerme de que mi ama era de carácter insoportable, tan atrabiliaria como un canónigo. Negóse a aceptar la idea de que yo fuera el padre de Lucianito, habló despectivamente de Juan Muñeiro, y a fuerza de humillaciones pude saber que los prófugos, tras de engañarla con un siringa, que *era robado y de mala clase*, burlaron las guarniciones del Amazonas y remontaron el Caquetá hasta la confluencia del Apaporis, por donde subieron en busca del río Taraira, que tiene una trocha para el Vaupés, a cuyas márgenes fue a buscarlos apenas pudo, con el objeto de que la indemnizaran de los perjuicios provenientes del contrabando, sin lograr más que decepciones y hasta calumnias contra su decoro de mujer virgen, pues hubo deslenguados que se atrevieron a comentar un drama de amor.

—No olvides, viejo, gritóme un día, tu condición de criado mendigo! No tolero que me interrogues familiarmente sobre asuntos que apenas serían pasables en conversaciones de camaradas. Basta de preguntarme si Lucianito es un mozo apuesto, si tiene bozo, buena salud y modales nobles. Qué me importan a mí semejantes cosas? Ando tras de los hombres para inventariarles sus lindas caras? Está mi negocio en preferir los clientes gallardos? Sigue tú de atrevido y necio, para vender tu cuenta a quien me la compre!

—Madona, no me trate usted así, que ya no estamos en los cauchales! Harto estoy de sufrir por hijos ingratos! Ocho años llevo de buscar al que se me vino, y él, quizás, mientras yo lo anhelo, no habrá pensado nunca en hallarme a mí! El dolor de este pensamiento sería suficiente para abreviarme la pesadumbre, porque soy capaz, en cualquier instante, de soltar el timón del bongo y lanzarme al agua! Sólo quiero saber si Luciano ignora que yo lo busco; si topaba mis señas en los troncos y en los caminos; si se acordaba de su mamá!

—¡Ay, arrojarte al agua! ¡Arrojarte al agua! ¿Será posible? ¿Y mis dos mil soles? ¿Mis dos mil soles? ¿Quién me paga mis dos mil soles?

—¿Ya no tengo derecho ni de morir?

—¡Eso sería un fraude!

—¿Pero cree usted que mi cuenta es justa? ¿Quién no cubre en ocho años de labor diaria lo que se come? ¿Estos harapos que llevo encima no están gritando la miseria en que viví siempre?

—Y el robo de tu hijo...

—¡Mi hijo no roba! ¡Aunque haya crecido entre bandoleros! No lo confunda con los demás. ¡El no le ha vendido caucho ninguno! Usted hizo el trato con Juan Muñeiro, recibió la goma y nada le dio. ¡He revisado todos los libros!

—¡Ay, este hombre es espía! ¡Me engañaron los de El Encanto! ¡Traición del viejo Balbino Jácome! ¡Pero de mí no te burlarás! ¡Cuando desembarquemos, te haré prender!

—¡Sí, # [que me entreguen al Juez Valcárcel](#), para quien llevo muchas revelaciones!

—Alá! ¿Piensas meterme en nuevos embrollos?

—¡Pierda cuidado! No seré delator cuando he sido víctima.

—Yo arreglo eso. ¡Me echarás encima el odio de Arana!

—No mentaré lo de Juan Muñeiro.

—¡Vas a crearte enemigos muy poderosos! ¡En Manaos te dejaré libre! ¡Irás al Vaupés y abrazarás a Luciano Silva, a tu hijo querido, quien de seguro te anda buscando!

—No desistiré de hablar con mi Cónsul. ¡Colombia necesita de mis secretos! ¡Aunque muriera inmediatamente! ¡Ahí le queda mi hijo para luchar!

A las pocas horas, desembarcamos.

El altercado con la madona me enalteció. A las últimas frases, me troqué en amo, temido por mi dueña, mirado con respeto por la servidumbre de lancha y bongo. El motorista y el timonel, que en días anteriores me ordenaban lavar sus ropas, no sabían qué hacer con el *señor Silva*. Al saltar a tierra, uno de ellos ofrecióme sus cigarrillos, mientras que el otro me alargaba la yesca de su eslabón, con sombrero en mano.

—«Señor Silva, usted nos ha vengado de muchas cosas!»

—La mestiza de Parintins, camarera de la madona, pidió a los hombres, desde la lancha, que descorrieran las cortinas de lona cruda.

—Pronto, que la señora tiene cefálicos. Ya se ha tomado dos aspirinas. ¡Es necesario guindar la hamaca!

Mientras los marineros obedecían, empecé a meditar mis planes: ir al Consulado de mi país, exigirle al Cónsul que me asesorara en la Prefectura o en el Juzgado, denunciar los crímenes de la selva, referir cuanto me constaba sobre la expedición del sabio francés, solicitar mi repatriación, la libertad de los caucheros esclavizados, la revisión de libros y cuentas en La Chorrera y en El Encanto, la redención de miles de indígenas, el amparo de los colonos, el libre comercio en caños y ríos. Todo, después de haber conseguido la orden de amparo a mi autoridad de padre legítimo, sobre mi hijo menor de edad, para llevármelo, aun por la fuerza, de cualquier cuadrilla, barraca o monte.

La camarera se me acercó:

—Señor Silva, nuestra señora ruega a usted que ordene sacar del bongo lo que allí venga y que haga en la Aduana las gestiones indispensables, como cosa propia, por ser usted el hombre de más confianza.

—Dígale que me voy para el Consulado.

—¡Pobrecita, cómo ha llorado al pensar en *Lú*!

—¿Quién es ese *Lú*?

—Lucianito. Así le decía cuando anduvieron juntos en el Vaupés.

—¡Juntos!

—Sí señor, como beso y boca. Era muy generoso, le conseguía lotes de caucho. La que tiene detalles ciertos es mi hermana mayor, que actualmente está en el Río Negro, como querida de un capataz del turco Pezil, y fue primero que yo camarera de la madona.

Al escuchar esta confidencia, temblé de amargura y resentimiento. Volví el rostro hacia la ciudad, disimulando mi indignación. Ignoro en qué momento me puse en marcha. Atravesé corrillos de marineros, filas de cargadores, grupos del resguardo. Un hombre me detuvo para que le mostrara mi pasaporte. Otro me preguntó de dónde venía, y si en mi canoa

quedaban legumbres para vender. No sé cómo recorrió calles, suburbios, atracaderos. En una plaza me detuve frente a un portón que tenía un escudo. Llamé.

—¿El Cónsul de Colombia se encuentra aquí?

—¿Qué Cónsul es ese? preguntó una dama.

—El de Colombia.

—¡Ja, ja!

En una esquina ví sobre el balcón el asta de una bandera. Entré.

—Perdone, señor: ¿el Consulado de la República de Colombia?

—Este no es.

Y seguí caminando de ceca en meca, hasta por la noche.

—Caballero, le dije a un nadie: ¿dónde reside el Cónsul de Francia?

Inmediatamente me dio las señas. La oficina estaba cerrada. En la placa de cobre leí este anuncio: Horas de despacho, de nueve a once.

Pasada la primera nerviosidad, me sentí tan acobardado, que eché de menos la salvajez de los siringales. Siquiera allá tenía *conocidos* y para mi chinchorro no faltaba un lugar; mis costumbres estaban hechas, sabía desde por la noche la tarea del día siguiente y hasta los sufrimientos me venían reglamentados. Pero en la ciudad advertí que me faltaba el hábito de las risas, del albedrío, del bienestar. Vagaba por las aceras con el temor de ser importuno, con la melancolía de ser extranjero. Me parecía que alguien iba a preguntarme por qué andaba ocioso, por qué no seguía fumigando goma, por qué había desertado de mi barraca. Donde hablaran recio, mis espaldas se estremecían; donde hallaba luces, encandilábanse mis ojos, habituados a la penumbra. La libertad me desconocía, porque no era libre: tenía un amo, el acreedor; tenía un grillo, la deuda; y me faltaban la ocupación, el techo y el pan.

Varias veces había recorrido el pueblo, sin comprender que no era muy grande. Al fin, me dí cuenta de que todos los edificios se repetían. En uno de ellos desocupábanse los vehículos. Adentro, aplausos y músicas. La

madona bajó de un coche, en compañía de un caballero gordo, cuyos bigotes eran gruesos y retorcidos como dos cables. Quise volver al puerto y ví en una tienda al motorista y al timonel.

—Señor Silva, estamos aquí porque no hay cuidado en la embarcación. Ya entregamos todo. Mañana, a las doce en punto, sale el vapor de línea que entra al Río Negro. La madona compró pasaje. Pero los tres viajaremos en nuestra lancha. Saldremos cuando lo ordene. Le aconsejaríamos dejar sus secretos para Manaos. Aquí no le oyen. ¿Qué esperanzas le dio su Cónsul?

—Ni siquiera sé dónde vive.

—¿Ustedes podrían decirme, les preguntó el timonel a los parroquianos, si el Consulado de Colombia tiene oficina?

—No sabemos.

—Creo que donde Arana, Vega y Compañía, insinuó el motorista. Yo conocí de Cónsul a don Juancho Vega.

La ventera, que lavaba las copas en un caldero, advirtió a sus clientes:

—El latonero de aquí adelante me ha contado que a su patrón lo llaman El Cónsul. Pueden indagar si alguno de ellos es colombiano.

Yo, por honor del nombre, rechacé la burla:

—Ustedes no sospechan por quién pregunto!

Sin embargo, al amanecer tuve el pensamiento de visitar la latonería y pasé varias veces por la acera opuesta, con actitudes de observador, mientras llegaba la hora de presentarme al Cónsul de Francia. La gente del barrio era madrugadora. No tardó en abrirse la indicada puerta. Un hombre, que tenía delantal azul, soplabía fuera del quicio, con grandes fuelles, un brasero metálico. Cuando llegué, comenzó a soldar el cuello de un alambique. En los estantes se alineaba una profusa cacharrería.

—Señor, ¿Colombia tiene Cónsul en este pueblo?

—Aquí vive, y ahora saldrá.

Y salió, sorbiendo su pocillo de chocolate. El tal no era un ogro, ni mucho menos. Al verlo, aventuré mi campechanada:

—¡Paisano! ¡Paisano! ¡Vengo a pedir mi repatriación!

—# **Yo no soy de Colombia, ni gano sueldo.** Su país no repatria a nadie. El pasaporte vale cincuenta soles.

—Vengo del Putumayo, y esto lo compruebo con la miseria de mis *chanchiras*, con las cicatrices de los azotes, con la amarillez de mi rostro enfermo. Lléveme al Juzgado a denunciar crímenes.

—Yo no soy abogado ni sé de leyes. Si no puede pagar a un procurador...

—Tengo revelaciones sobre la exploración del sabio francés.

—Pues que las oiga el Cónsul de Francia.

—A un hijo mío, menor de edad, me lo secuestraron en esos ríos.

—Eso se debe tratar en Lima. ¿Cómo se llama el hijo de usted?

—Luciano Silva, Luciano Silva!

—¡Oh, oh, oh! Le aconsejo no decir nada. El Cónsul de Francia tiene noticias. Ese apellido le será ingrato. Un tal Silva fue a La Chorrera, después que el sabio desapareció, usando los vestidos del hombre ilustre. La orden de captura no tardará. ¿Conoce usted al rumbero apodado El Brújulo? ¿Cuáles van a ser sus revelaciones?

—Versarán sobre cosas que me contaron.

—Las sabrá de seguro el señor Arana, quien se interesa por ese asunto; pero refiéraselas usted y pídale trabajo, de parte mía. El es hombre muy bueno y le ayudará.

Porque no percibiera mi agitación, me despedí sin darle la mano. Cuando salí a la calle, no acertaba a encontrar el puerto. El motorista y el timonel estaban a bordo con unos peones.

—Vámonos, les rogué.

—Venga conozca tres compañeros, del personal del señor Pezil, el caballero grueso que anoche estuvo en cine con la madona. Todos vamos para Manaos, y vamos solos porque nuestros patrones toman el buque.

Al instalarnos para partir, me dijo alguno de esos muchachos:

—De todo corazón lo acompañamos en sus desgracias.

—De igual manera les agradezco sus expresiones.

—En el propio raudal de Yavaraté, contra las raíces de un jacarandá.

—¿Qué me dice usted?

—Que es preciso esperar tres años para poderle sacar los huesos.

—¿A quién? ¿A quién?

—A su pobre hijo. ¡Lo mató un árbol!
El trueno del motor apagó mi grito:
—¡Vida mía! ¡Lo mató un árbol!

ERRATAS

PÁGINA:	LÍNEA:	DICE:	LÉASE:
74	10	Ya cuando en la tarde	Ya cuando la tarde
129	35	repuso al Catire	repuso el Catire
171	9	capaz de enfrentársele	capaz de enfrentárseles
171	28	sin ver la capa del capataz sin ver la cara del capataz	
199	18	acento suplicario	acento suplicante

(Erratas señaladas en la edición de 1924)

Notas para esta edición

*Carlos Guillermo Páramo Bonilla
Ángela Zárate Díaz*



Las que siguen no son, hasta cierto punto al menos, las notas habituales de una edición crítica. Otras ediciones de *La Vorágine* han surtido espléndidamente el texto con explicaciones y comentarios aclaratorios, en particular la clásica de Montserrat Ordóñez (Rivera, 1998) y las más recientes de Flor María Rodríguez-Arenas (Rivera, 2013) y Remedios Mataix (Rivera, 2021); las tres, como ha sido de rigor, basadas en la quinta edición de *La Vorágine*, de 1928. Por contraste, en la presente sección, nos hemos concentrado en preparar las notas conforme alguno de estos criterios: 1) registrando e interpretando las variantes notables en la trama o los nombres de personas, lugares o especies que aparecen en los manuscritos de la Biblioteca Nacional (de aquí en adelante, MBN), por juzgarlos de extrema importancia para precisar las circunstancias personales, históricas y sociales de la escritura de la novela; 2) explicando, cuando es posible, las personas o referencias históricas que son relevantes para comprender la dimensión de lo que está ocurriendo; 3) comentando algunos pasajes (entre estos, las fotografías) que son de particular interés para emplazar el contexto social y cultural de la novela; 4) interpretando algunas expresiones de manera distinta a como se ha hecho en las ediciones críticas referidas.

Los MBN (número de clasificación RM 617, en la Sala Fondo Antiguo en Raros y Manuscritos, de la Biblioteca Nacional de Colombia) consignan la que muy probablemente fue la segunda versión de la «[Primera parte](#)» de la novela, y el borrador del primer tercio de la «[Segunda parte](#)». Existe una óptima versión digitalizada en línea, pero optamos por adelantar buena parte del cotejo a partir de los materiales originales, gracias al generoso apoyo de la Biblioteca Nacional y su directora,

Adriana Martínez Villalba. Resulta importante advertir, en cualquier caso, que nuestra intención no es ni de cerca establecer una edición genética o diplomática de *La Vorágine*; esta en cambio ha sido la fértil labor de Norma Donato, a quien igualmente agradecemos su acompañamiento y asesoría con respecto a los manuscritos y la edición príncipe. Por lo mismo, nos hemos limitado a indicar solamente las variaciones que consideramos más significativas para darle una mayor complejidad a la novela, si esto es físicamente posible.

Página 17

«doctor don Antonio Gómez Restrepo»

Antonio Gómez Restrepo (1869-1947) fue una figura tutelar para Rivera. Poeta, crítico literario inexorable, político y diplomático profesional, varias veces ministro en distintas carteras, saludó y promocionó la obra poética de Rivera, en particular su colección de sonetos *Tierra de promisión*, de 1922. No obstante, su recepción de la novela fue por comparación tibia y cautelosa, o así le pareció a Rivera —en extremo hipersensible frente a la crítica—, quien retiró la dedicatoria de las siguientes ediciones de *La Vorágine*.

Página 19

«Señor Ministro»

Presumiblemente, por la naturaleza de lo presentado y en concordancia con el rol de especialista en asuntos limítrofes que se había granjeado Rivera en su actividad como Representante a la Cámara, este Ministro al que se dirige tendría que ser el de Relaciones Exteriores. Y dado que el mismo Rivera firma esta nota remisoria —con lo cual deliberadamente le otorga realismo y actualidad—, muy probablemente tenía en mente a una o dos figuras: Antonio Gómez Restrepo, el mismo a quien dedicó la primera edición de *La Vorágine* (canciller encargado en 1924); o Antonio José Uribe (1869-1942), jurista, diplomático, canciller en 1922, político, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional y, en esa última calidad, director de la tesis de grado con la que Rivera se graduó en 1917.

«por el Cónsul de Colombia en Manaos»

Muy probablemente, este Cónsul refiera a Demetrio Salamanca Torres (1853-1925), quien como representante diplomático en Manaos y experto en la región amazónica defendió férreamente los intereses nacionales y acusó a varios gobiernos —en especial, al de Rafael Reyes (1904-1909)— por abierta connivencia con la expansión territorial de los dominios de la Casa Arana. Produjo asimismo una obra mayúscula, *La Amazonia Colombiana* de 1916, cuyo segundo volumen fue considerado tan escandaloso por sus inapelables revelaciones sobre la corrupción y negligencia gubernamental en la región, que el ministro de Relaciones Interiores Miguel Abadía Méndez ordenó la incineración de la totalidad del tomo (no obstante, algunos ejemplares lograron sobrevivir y la obra fue publicada por completo en 1994 por la Academia Boyacense de Historia).

Página 20

«Arturo Cova, en las barracas del Guaracú»

Con la atrevida inclusión de esta fotografía, antes del fragmento de la carta de Cova que hace las veces de epígrafe, Rivera de seguro pretendía remarcar la realidad de las situaciones y los personajes de la novela. Como se verá a lo largo de la trama de *La Vorágine*, la cámara fotográfica juega un papel preponderante al ratificar verdades que de otra manera serían puestas en duda. Sin embargo, muy rápidamente se hizo evidente que este Arturo Cova no era otro que el mismo Rivera, por la época de su trabajo con la Comisión de Límites, probablemente al cabo de haber contraído paludismo en diciembre de 1922. El retrato tomado a Rivera en Yavita en 1923 —reproducida en la solapa de la presente edición gracias a la autorización de la Universidad de Caldas— constata a todas luces que se trata del mismo personaje. Objeto de burlas, por lo mismo, Rivera optó por retirar la leyenda de la tercera y cuarta edición y prescindir de todas las imágenes para la quinta y definitiva de 1928. Quedan, en cualquier caso, importantes preguntas sobre esta fotografía. En primer lugar, la seria posibilidad de que se trate de un fotomontaje, en el que el rostro del autor hubiera sido superpuesto sobre el tronco de alguien más. A lo que sigue el hecho no desdeñable de que un censo cauchero de 1911 —levantado por el Gobernador del Territorio Federal Amazonas de Venezuela, Samuel Darío Maldonado— indica la existencia de un cauchero Arturo Cova justo en la misma región donde concluye la «Tercera parte». ¿Lo conoció Rivera? ¿Acaso perteneció a él el rostro sobre el que se superpuso la faz de Rivera, si efectivamente fue un fotomontaje? Como sea, incluso si esto no fuera así, impresiona el arrojo de Rivera en este gesto que difumina radicalmente las fronteras entre autor y personaje. Que se sepa, sólo una obra en la literatura universal lo había antecedido en este recurso, y no tan evidentemente: en *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle, publicada en Londres, en 1912, el famoso creador de Sherlock Holmes se hizo fotografiar disfrazado como el protagonista de la novela, el profesor Challenger, para la imagen del equipo de la expedición que enfrentaba la página del título. Curiosa y coincidencialmente, *El mundo perdido* ocurre en el Roraima venezolano, muy cerca de donde tiene lugar buena parte de la historia de *La Vorágine*, y también alude indirectamente a las crueidades de la Casa Arana. Por otra parte, Mario Jursich ha atinado en identificar un par de obras precedentes que bien pudieron haber sembrado en Rivera la idea de servirse de fotografías: *Brujas, la muerta* (1892), de Georges Rodenbach, y *Diez de febrero* (1910), del fotógrafo Lino Lara.

Página 22

«Un cauchero»

Debemos a la impecable y detectivesca pesquisa del estudioso brasileño Leopoldo Bernucci (2020, pp. 214-218) la identificación de esta fotografía y la que le sigue —presentada por Rivera como «el cauchero Clemente Silva»— como originalmente provenientes de tarjetas postales producidas y distribuidas en Manaos hacia 1904 o 1905. En ambos casos, las leyendas originales fueron eliminadas y sustituidas sin variación hasta la cuarta edición de *La Vorágine*. La imagen es enormemente sugestiva en sí misma: un cauchero aparece hundido y casi mimetizado con la selva circundante, empequeñecido y reducido por un gigantesco árbol de *Hevea brasiliensis*; resulta claro quién domina a quién. Pero hay algo igual de llamativo y perturbador en el anonimato del personaje, según Rivera: es solamente «un cauchero», pero es a la vez todos los caucheros; podría ser incluso el protagonista multitudinario que en voz solista canta el «llamento» que inicia la tercera parte de la novela... ¿O podría haber alguna otra alusión escondida? Si existe la posibilidad

—así sea remota— de que el personaje de la tercera fotografía en efecto haya sido Clemente Silva (véase la nota a la [página 24](#)), ¿sería viable conjeturar que este sea el Arturo Cova «histórico»?... Si esto parece pura especulación, cuando menos demuestra el espíritu juguetón e ingenioso con el que Rivera quiso sembrar incógnitas entre sus lectores.

Página 23

«La Vorágine»

Inicialmente José Eustasio Rivera le había puesto un nombre diferente a su novela, que aparece tachado con fuerza en el libro de cuentas donde escribió parte de los MBN (Pieza 1, folio 1r). Encima del rayón ubicó el título definitivo: *La Vorágine*, escrita en «Sogamoso, abril 22, 1922. Rionegro, Orinoco, Guaviare, Guainía, Casiquiare, Amazonas, 1923», según detalla el autor unas líneas abajo (en cualquier caso, sabemos que el texto definitivo lo concluyó en Neiva, en abril de 1924). Este libro de cuentas reposa en la Biblioteca Nacional en conjunto con otras siete piezas, entre ellas mapas y anotaciones que el mismo Rivera realizó durante su participación en la Comisión de Límites con Venezuela (1922-1924). Contiene la «[Primera parte](#)» de la novela y un poco de la «[Segunda parte](#)», que se complementa con otro cuadernillo (Pieza 2) que incluye sólo un segmento del relato de Clemente Silva. Según Policarpo Neira Martínez, amigo y compañero de cacería de Rivera en Sogamoso, durante una lectura en voz alta que hizo el poeta de lo que llevaba adelantado del manuscrito (la misma Pieza 1 de los MBN), al llegar al cierre de la primera parte, «levantando aún más la voz, agitando en el aire el cuaderno como una bandera y [sentenciando] entre una convulsa risotada: “En medio de las llamas empecé a reír como Satanás”», Neira, preso de la emoción, le gritó: «¡Eso es una vorágine!». Rivera lo «miró de reojo y sin decir una palabra abrió el cuaderno por la primera página, con dos líneas nerviosas tachó el título con que había empezado a escribir su novela y en letra grande y cursiva escribió encima: *La Vorágine*» (Neale-Silva, 1988, p. 228). La anécdota tiene visos de credibilidad, pero es curioso que Neira no haya revelado cuál era el título original. Más convincente fuera suponer que conoció el cuaderno *después* del tachón y que gustara de atribuirse el tino de un título tan afortunado. [** Ir al manuscrito.](#)

Página 24

«El cauchero Clemente Silva»

De nuevo, debemos a Leopoldo Bernucci (2020, p. 216) la identificación del original de esta fotografía en una colección de postales manauense, producida entre 1904 y 1905. La leyenda original de la imagen rezaba «*A Borracha no Amazonas, Fazendo os cortes por meio do moitá*». Para Bernucci, no cabe duda de que Rivera, al cambiarle la leyenda por la de «El cauchero Clemente Silva» en las primeras ediciones de *La Vorágine*, apeló a un artificio para reforzar la idea de que sus protagonistas eran reales, pues sostiene categóricamente que Silva fue un «personaje inventado». Empero, según el testimonio de Custodio Morales (véase la segunda nota a la [página 138](#)), Clemente Silva sí existió y vivió con él en el río Caraparaná, hacia 1905. De hecho, según Jorge Añez (1944, p. 158), Morales «lo reconoció en la fotografía que de él se publicó en la primera edición de *La Vorágine*». De ser esto cierto, sería una innegable posibilidad que el personaje retratado en esta figura fuera el mismísimo Silva, inmortalizado, sin saberlo, gracias a una postal brasileña. Por demás, la escogencia de la imagen no podía ser más eficaz: Clemente

Silva devorado por la selva, orgánico y casi uno solo con el árbol que desangra y lo desangra, a medio camino entre el cielo y el infierno.

Página 25

«Antes que me hubiera apasionado»

A Rivera le interesaba la musicalidad en su escritura. Se sabe que duró buena parte de 1923 y 1924 corrigiendo una y otra vez la novela. En este apartado de los MBN (Pieza 1, folio 1r), por ejemplo, cambió «enamorado profundamente» por «apasionado», y si lo pensamos en términos de ritmo, sonido y carácter, su elección fue acertada para un poeta como Arturo Cova. Este tipo de correcciones puede encontrarse repetidamente a lo largo del manuscrito. [** Ir al manuscrito.](#)

«se me entregó sin vacilaciones»

Rivera tuvo dificultades a la hora de caracterizar el tipo de entrega que le había hecho Alicia a Arturo Cova. Como se demuestra en los MBN (Pieza 1, folio 1v), pasó de ofrendarle «su virginidad» a «su cariño», para luego derivar en un «se me entregó sin vacilaciones, sin cariño», al que le quitaría la parte final para dejar del todo la frase que aquí leemos. Muy posiblemente este cambio se deba a cuidados del escritor para evitar ser demasiado explícito sobre la relación física entre los dos personajes.

Página 26

«Casanare no me aterraba con todas sus leyendas espeluznantes»

En los MBN (Pieza 1, folios 2r y 2v), Rivera fue un poco más amplio para definirnos aquellas leyendas espeluznantes, pues escribió que «Casanare no me aterraba, pese a sus leyendas de fieras, serpientes y bandidos», tres tipos de seres con los que Arturo Cova tendría que enfrentarse a lo largo de su paso por el llano.

«esa libertad del espíritu que nunca se pierde en la reclusión»

Esta frase aparece escrita en los MBN (Pieza 1, folio 2v) de la siguiente manera: «de que alguien me capturara y me devolviera, librándome de Alicia, una libertad más preciosa que la que me robara la reclusión». Podríamos aventurarnos a pensar que entre ambas oraciones hay una diferencia en la libertad que obtendría Cova: en la primera versión, al hacer una comparación entre el encierro y Alicia, se trata de una libertad asociada a su hombría; en la segunda, en cambio, se interpreta como la libertad de soñar, de tener la ilusión de un más allá esperanzador, aun en medio de su desventura.

Página 27

«Allí permanecimos una semana»

Aquí aparece por primera vez la convención utilizada por Rivera en los MBN (Pieza 1, folio 3r), una cierta clase de red/numeral (#), que empleamos para marcar estas anotaciones. Por lo que hemos podido apreciar, el autor la emplea para recordar alguna modificación, intervención o revisión a realizar después. En este caso, por ejemplo, nos aventuramos a creer que la dibujó al final de la frase para no olvidar en la transcripción del texto que era necesaria una separación con asteriscos aquí para indicar cambio de escena, la cual no aparece indicada inicialmente en el manuscrito.

«las monedas que hacíamos, caso de que las hicéramos»

Conforme los MBN (Pieza 1, folio 3r), en su primera intención, Rivera había precisado que se trataba de falsificar monedas, pero luego lo reemplazó por «hacíamos». Quizá pretendía jugar con la ambigüedad en la interpretación y la musicalidad de la frase.

Página 29

«Yo me llamo Pepe Morillo Nieto»

En los MBN (Pieza 1, folio 4v), el Pipa aparece como «José Nieto». El significado de este nombre es enorme y demuestra que Rivera originalmente buscaba aquí adelantar sin mayor sutileza un nuevo capítulo para un viejo ajuste de cuentas. Alude a José Nieto, próspero comerciante y terrateniente de Orocué, nacido en Santa Rosa de Viterbo, que en 1918 contrató los servicios de Rivera —recientemente graduado como abogado especialista en liquidación de herencias—, para que lo representara en un complejo litigio contra Josefa Estévez, viuda de Oropeza, en la sucesión de los hatos Mata de Palma y Mata de Vaquero, dos de los más grandes de Casanare y originalmente propiedad del recientemente fallecido Ramón Oropeza (véase la primera nota a la [página 45](#)). Por razones muy poco claras, ya instalado en Orocué, Rivera cambió de bando y pasó a litigar a favor de su antigua demandada, en contra de su representado. Nieto evidentemente lo tomó a mal, tanto que Rivera sostuvo haberse medido con él a tiros y haber resultado herido en el lance, a orillas del río Meta. En cualquier caso, Nieto ganó definitivamente el caso en 1918, hecho que, como se verá más adelante, también quiso Rivera cobrarles a tres de los jueces involucrados, incorporándolos con saña en la novela. Que hubiera pensado llamar así al Pipa es, por ello, muy elocuente: el Pipa es la encarnación de la duplicidad, la traición y la «malicia indígena», «ladina». Al finalmente bautizarlo como «Pepe Morillo Nieto», apenas si disfrazó el «José» por su hipocorístico. Creemos, igualmente, que el «Morillo» bien pudo buscar aludir al proverbial villano de la historia patria, el Pacificador, Pablo Morillo.

«y la situación me ha reducido a vivir descalzo»

José Eustasio Rivera eliminó de este diálogo del Pipa una parte interesante que pervive en los MBN (Pieza 1, folios 4v y 5r), en la que él deriva su estado de desgracia de la tacañería del Alcalde: «la situación me ha reducido a vivir descalzo, aunque, propiamente hablando, soy sirviente de mi padrino, a quien no le conozco la mano derecha, pues sólo una vez me regaló unas alpargatas usadas porque a él le quedaron muy grandes».

Página 30

«Cómo podré olvidar el papel que has desempeñado en mi vida?»

Frente al papel que tuvo Cova en la vida de Alicia, Rivera había señalado —y tachado— en los MBN (Pieza 1, folios 5v y 6r): «Mas no será sólo el de seductor, porque ya mi destino no tiene más amparo que el que me da mi condición de víctima». Aquí Alicia piensa en Cova como un victimario, como alguien que ha desatado el peor escenario posible en su vida y del que no podrá librarse fácilmente. Sorprende también porque Alicia es, quizás, el personaje que más evoluciona en la trama: pasa de ser la mujer sujetada al destino a convertirse en la mujer que lo reta y se defiende del infortunio. Quizá por ello resultaba preciso eliminar esta parte del diálogo.

«Le temo por tí»

Originalmente este diálogo era mucho más largo, incluía un «Más que la suerte de una joven como tantas valen tu talento y tu vida. Tengo miedo de que los comprometas por mí» que el mismo Rivera tachó y reemplazó en los MBN (Pieza 1, folio 6r) por «Más que mi suerte, valen tu talento y tu vida», para finalmente eliminar el fragmento del todo. De haberlo dejado, Alicia estaría declarando que su vida no tiene ningún valor en comparación con la de Arturo Cova. Como sabemos, es justo la existencia de Alicia la que motiva la historia, la que lleva al personaje principal a enfrentar todo lo que hay de divino y de mundano en la Amazoninoquia y en él mismo.

Página 31

«Soy Gámez y Roca»

El general Gámez y Roca no tuvo existencia histórica, pero en los MBN (Pieza 1, folio 6v) aparece como «Gámez y Roa». Ese nombre, en cambio, como hace tiempo lo identificó Eduardo Neale-Silva, de seguro aludía a Pedro León Gámez y Roa, «activo y tenaz magistrado que desbarató en Orocué las pretensiones judiciales del poeta» (1986, p. 304) y que a la postre fue un prestante abogado, vinculado por largo tiempo a la administración del departamento de Boyacá, en distintas calidades.

Página 32

«contagiosa de simpatía y benevolencia»

En los MBN (Pieza 1, folio 7v), Rivera tacha un apartado en el que se revela el nombre completo de Don Rafo: «Se llamaba Don Rafael Salas y Alicia, en sus horas de jovialidad, le nombraba Don Rafo o Don Salvador, con visible complacencia del agraciado. Y nos había salvado, de veras». Con esta descripción, podemos decir que Don Rafo es en el llano lo que Clemente Silva es en la selva para Arturo Cova: un salvador. Salas era el segundo apellido de Rivera, por la vía materna, lo cual le confería al personaje un carácter de protección avuncular. También, según Neale-Silva (1986, p. 303): «Don Rafo es abreviatura del nombre de don Rafael Orozco, mercader, amigo del padre de Rivera», hecho que sostiene David Rivera, sobrino de José Eustasio (Bernucci, 2020, p. 223).

«Sin duda ninguna»

Recordemos que Don Rafo tiene experiencia militar, ya que estuvo junto con el padre de Cova en «alguna campaña». En este diálogo, Rivera realizó varios niveles de corrección que pueden rastrearse en los MBN (Pieza 1, folio 8r), los cuales revelan la perspectiva que tiene Don Rafo sobre el cuerpo de tropas de Gámez y Roa: «Sin duda ninguna. Ni recordará siquiera quién lo golpeó. Y estamos muy lejos, adonde no se aventura la guarnición, o mejor dicho, el cuerpo de inválidos que se acuartela en la pieza inmediata a la de Gámez y Roa, que ni limpia los grasses, ni conoce la tarea militar». Los «grasses» [sic.] eran los fusiles reglamentarios de retrocarga Gras, de factura francesa, utilizados con frecuencia durante la Guerra de los Mil Días; estos además eran monotiro, lo que implicaba un ejercicio continuo de limpieza para volver a cargar el cartucho. (No es raro encontrar que en varias memorias de dicha conflagración se escriban erróneamente como Grass, tal y como lo hizo Rivera).

Página 33

«y es boga y vaquero»

Aquí Rivera había agregado en los MBN (Pieza 1, folio 8r) algunas características del Pipa: «Ha sido capitán de indios salvajes, vagando desnudo, como ellos. Y sabe idiomas de varias tribus y es boga y vaquero, como ninguno... habilísimo». En una siguiente corrección precisó que «entre ellos vivió», lo que indica un reconocimiento del Pipa como indígena, conocedor de sus hábitos y cosmología, de manera más pronunciada y literal.

«una mata, un caño, un zural»

De nuevo, podemos apreciar la importancia de la musicalidad para Rivera. Él mismo había escrito en los MBN (Pieza 1, folio 9r) «una mata, un zural, un caño». Luego tachó «un caño» y lo ubicó en su posición final. Este tipo de decisiones sólo revelan un interés genuino por el tono y la rima, dos aspectos fundamentales para los poetas José Eustasio y Arturo Cova.

Página 34

«de bermellón evocaban las manchas de los tejados»

Como ya lo habíamos mencionado, Rivera estuvo reeditando continuamente los manuscritos hasta sentirse lo suficientemente satisfecho para publicar su novela el 24 de noviembre de 1924, el día del cumpleaños de doña Catalina Salas de Rivera, madre del escritor. Todo este párrafo que podemos leer aquí fue agregado por completo posteriormente, pues no aparece en los MBN (Pieza 1, folio 9v), ni siquiera como una primera intención que haya querido corregir.

Página 39

«Narciso Barrera, que ha tréido mercancías»

En los MBN (Pieza 1, folio 13r), este fundamental personaje, antagonista de Arturo Cova y genuina encarnación del mal demoníaco, aparece no como Narciso sino como «Julito Barrera». Se trata de otra referencia llena de significado. Julio Barrera Malo era un nombre conspicuo en toda la Amazoninoquia aún para la década de 1920, quince años o más después de que este bogotano se hubiera asentado en Ucuné, Vichada. Según le contó Luis Franco Zapata (véase la segunda nota a la [página 39](#)) a Eduardo Neale-Silva (1986, pp. 149-150), este sujeto «simpático, de trato afable, alto, educado y de buena presencia» había arribado a la región tras haber malversado fondos públicos en la capital, situación que lo hermanó con la figura del Petardo Lesmes en *La Vorágine*. Casado con Nazira Sabah —conocida en la región como Narcisa Sabas, una migrante sirio-libanesa que Rivera conoció en Orocué y a quien luego denunció en 1922 por trata de personas, modelo ella misma de la madona Zoraída Ayram (véase la primera nota a la [página 133](#))—, Julio Barrera Malo logró ejercer una perversa influencia sobre los pueblos indígenas nómades de la región, sirviéndose de ellos para aterrorizar a sus adversarios y tomar posesión de sus bienes y tierras, enfrentándolos entre sí, apelando a presuntos poderes mágicos y a la diseminación de enfermedades, y esclavizando tanto a los indios como a decenas de colonos blancos a través de medios de sugestión y endeudando muy parecidos a los de Narciso Barrera en la novela. El intelectual sikuani Marcelino Sosa (1988) produjo un fascinante texto sobre la versión nativa de las correrías del personaje. Según esta, Barrera hablaba la lengua de los indígenas e incluso tuvo una esposa sikuani con la que concibió un hijo, lo cual es plausible, porque de esta manera las reglas de reciprocidad familiar obligaban a secundarlo en sus maquinaciones. Con el tiempo, sigue el relato, Barrera empezó a ser temido por brujo y caníbal, una suerte de vampiro extractor de la grasa indígena, por lo que al final sucumbió tétricamente en una emboscada que le hicieron varios

grupos, en la que lo ultimaron a macanazos. Sus restos fueron esparcidos y enterrados en un vasto perímetro para que no se recompusiera. Para cuando Rivera hizo parte de la Comisión de Límites con Venezuela, hacía rato que Barrera había muerto, pero su influencia aún pervivía en forma de la venta de gente que a su nombre hacía o cobraba su viuda, doña Nazira. A partir de todo esto, Rivera produjo la última y definitiva conjunción de nombres y motivos en Narciso (por Narcisa/Nazira), que también le calaba como atributo a su temperamento megalómano y magnético —y que le trajo la muerte viéndose al espejo— y el apellido Barrera, ya no sólo como un guiño sobre el personaje histórico sino como una literal barrera para las aspiraciones de Arturo Cova. En todo esto, resulta curioso que en cambio Rivera no le hubiera dado uso al Malo, su segundo apellido. Tal vez le pareció demasiado obvio.

«Cuidao con desanimá a Fidel!»

Acá hay un hecho curioso: en los MBN (Pieza 1, folio 13r), Rivera se debate entre nombrar a Franco «Fidel» o «Luis», pues escribe un nombre sobre el otro. De hecho, a lo largo del manuscrito, lo llama de ambas formas, como si no se decidiera del todo. Estas luchas con los nombres demuestran su enorme atención por adjudicarle a cada personaje no sólo un apelativo sonoro y fácilmente identificable, ojalá soportado en la identidad de alguien conocido, sino que al tiempo pudiera revelar algún atributo característico. De lo que sabemos, Luis Franco Zapata y su pareja Alicia Hernández Carranza fueron grandes amigos de Rivera, a los que conoció durante el desarrollo del pleito de Mata de Palma que libraba en Orocué. Franco era un manizalita, exacto contemporáneo de Rivera, que había huido con Alicia —guatecana de extracción modesta, empleada en una tienda de Bogotá—, al haber sido ella comprometida por sus padres en matrimonio con un viejo terrateniente. Entre 1909 y 1917 habían vivido, individualmente o en pareja, en el Vaupés y el Casiquiare, probablemente explotando caucho. Hay unanimidad, entre quienes conocieron a Rivera, que la pareja fue el modelo para la historia de Cova y Alicia en *La Vorágine*. No obstante, Ricardo Charria Tobar (1968, p. 158) le deparó a Alicia una semblanza muy poco halagüeña cuando la conoció en Bogotá, donde residía «en una humilde pieza de la humilde Calle del Cartucho»: «una personita silenciosa y desmirriada, pequeña, de color aceitunado, en cuyo rostro se veía impresa la secuencia del paludismo crónico y aun de la anemia tropical. No denotaba en su conversación una inteligencia vivaz, sino más bien de limitados alcances». Al final, Franco se volvió «Fidel» —nombre propio que le cuadraba a su carácter leal— y de Alicia sólo sobrevivieron el nombre y la historia del móvil de la huida hacia el llano.

«Don Rafo, el que no arriesga no pasa el má»

En este diálogo, Rivera eliminó en los MBN (Pieza 1, folio 13r) un primer comentario de la niña Griselda, que contenía un tono desafiante y crítico frente a la masculinidad de Franco y Don Rafo. Allí, ella reclama mayor coraje y valentía en el par de hombres: «Parece U. hermano de Luis; miedoso, apaciguao. De qué les sirven los calzones?».

Página 40

«Y lo que gane Fidel...?»

Como vimos en una anterior nota (véase la tercera nota a la página 39), Griselda reprocha la valentía de Franco. En esta ocasión sucede lo mismo y puede leerse en un apartado del diálogo que Rivera tachó y eliminó en los MBN (Pieza 1, folio 14v): «Mire, estos montes son las caucherías. Y este zote de mi marido que está retrechero!». El Diccionario de la Real Academia de la Lengua, en

su edición de 1925, define zote como «Ignorante, torpe y muy tarde en aprender», por lo que aquí se vuelve evidente que Franco es incapaz de perseguir la ilusión de riqueza que produce la explotación del caucho en el Vichada. Las postales de Barrera, como se confirmaría después, no eran más que un espejismo que Franco ya intuía, a pesar de la insistencia de la niña Griselda.

Página 44

«que parecía un ídolo indígena»

Rivera había hecho una descripción más amplia del mulato Correa en los MBN (Pieza 1, folio 17v), que tachó y eliminó por completo de la novela. En el manuscrito aparece que Correa «parecía un ídolo indígena, hecho de caucho negro. A semejanza del caucho era negro y elástico y negro, y tenía la faz achatada y el pelambre churrusco». En una segunda corrección, además de mejorar la redacción, agregó que tenía «los ojos enormes». Resulta curioso que, de todos los materiales en la naturaleza, Rivera escogiera el caucho para describirlo. Más adelante en la narración veremos que Correa sufrió especialmente la travesía por la selva.

«Ni sombra de lo que usted conoció»

En los MBN (Pieza 1, folio 18v), este diálogo comienza con una exclamación que Rivera tachó: «¡Se lo puede llevar el Diablo!». Aquí emerge un primer reflejo entre Barrera y el Diablo: ambos lo trastornan todo, se dedican a aniquilar la vida y conducen a la gente ambiciosa al infierno.

Página 45

«y el viejo Zubieta, el dueño del hato»

En los MBN (Pieza 1, folio 18v) no se llama Zubieta sino Oropesa. Aun así, en la mente de Rivera ya aparecía Zubieta, pues al menos en una ocasión, se confundió y escribió este apellido, en vez de Oropesa. Ramón Oropeza había sido el legendario dueño del hato Mata de Palma, en cuyo juicio sucesorio se hallaba involucrado Rivera, contratado originalmente por José Nieto y luego en representación de la contraparte, la viuda del terrateniente, Josefa Estévez de Oropeza. Del viejo Ramón quedó una vívida descripción hecha por Jorge Brisson (1896, pp. 141-142) en 1894: «es venezolano y dueño de unas diez y ocho á veinte mil cabezas de ganado y de una fuerte suma en oro, que nadie sino él conoce. Es hombre de buena estatura, muy robusto, colorado, *pintón*, y marcado en toda la piel con manchitas amarillas, como atigrado; tendrá unos sesenta y cinco años y sufre de gota; su voz es oscura y sus ojos muy apagados por el abuso del alcohol. [...] Toda su conversación respira el más completo egoísmo é indiferencia por el progreso de la región; no se acuerda de que quizás no hemos comido desde ayer, y sólo nos hace servir una tacita de café». Evidentemente, esta figura histórica transmutó en el roñoso Zubieta de Hato Grande. Pero antes, Rivera efectuó un notorio cambio en la grafía del apellido, la sustitución de la «z» por la «s» en «Oropesa», que pudo haber obedecido a algo más que un error. Bien pudiera «Oro pesa» aludir a la inveterada tacañería y venalidad del sujeto.

«y al que no, no le hagás fuerza»

Antes de completar la estrofa que aquí leemos, Rivera había escrito tan sólo dos versos en los MBN (Pieza 1, folio 19r): «No le hace que no me quieras / Yo tampoco te querré». El fin de ambas versiones es el mismo, por lo que nos aventuramos a creer que el cambio se debe tanto a la musicalidad de la estrofa, como al reconocimiento del canto del llanero, siempre en simbiosis con el caballo.

Página 47

«una copa de whisky»

En los MBN (Pieza 1, folio 21r), esta escena originalmente ocurre con el ofrecimiento de brandy. Ahora bien, aunque importado de España, el brandy era una bebida mucho más asequible y socorrida como medicina y tonificante en los contextos fronterizos que el mucho más costoso y elegante whisky, presumiblemente escocés o irlandés. Al sustituir la bebida, Rivera hizo énfasis en la presunta opulencia de Barrera.

Página 50

«Apenas almuercen me monto!»

Antes de este diálogo, aparecía escrito en los MBN (Pieza 1, folio 23v) un párrafo completo en el que se describía la escena y se precisaban las palabras del mulato Correa: «Cuando nos dirigíamos a la casa en corro vociferante, noté que el mulato tenía unos armadillos, negruzcos, llamados cachicamos, de carne tierna y labrado caparazón. Mamá, échelos a la olla pa que vean estos blancos si hay bocao güeno. Señora Alicia, pa su persona las maté en la sabana». Rivera lo tachó por completo con líneas horizontales y verticales. Las continuas tachaduras de los manuscritos no dejan de recordar, siquiera irónicamente, que a Rivera lo conocían sus amigos como «Tacho», hipocorístico de Eustasio.

Página 51

«con la novedad del espectáculo próximo»

Resulta curioso que, en los MBN (Pieza 1, folio 24r), Rivera pareció ser más amplio a la hora de caracterizar, describir y darle voz al mulato Correa. Por ejemplo, en este apartado, aparece inmediatamente después: «Franco garantizaba, coreado por su esposa, “Correa es el mejor jinete de la región”», oración eliminada por completo de la primera edición de 1924 y posteriores.

Página 55

«se me debía tener lástima»

Unos momentos antes, Rivera señala que Arturo Cova tiene hermanas, por lo que no era hijo único y, además, se trataba del primogénito de la familia, lo cual dota al personaje de un carácter específico. En este apartado en concreto, Rivera había mencionado en los MBN (Pieza 1, folio 28r) algo más sobre sus anhelos con su familia: «Nunca me preguntaban por Alicia, ni mi padre se sentaba a la mesa conmigo, ni me permitía acompañar a mis hermanas cuando salían de pesca»; esto último luego lo reemplazó por «ni permitía que mis hermanas me invitaran a sus diversiones». Este apartado nunca aparece en la novela, a pesar de que revela rasgos de autoridad, sanción hogareña debido a su amorío con Alicia, y la relación que el mismo Cova buscaba entablar con sus hermanas, así fuera en sus ensueños.

«el último brandy de mis alforjas»

Antes de llegar a este diálogo, Rivera aplicó en los MBN (Pieza 1, folio 28r) varios niveles de corrección. Primero, había varias botellas de brandy que pasan a ser una y que, en realidad, se trata de un regalo para Alicia: «Venga U. acá, soñador, exclamó D. Rafo. Le traje a Alicia este brandy, para que lo tome con leche. Destape la botella y brindemos por la fortuna y por el amor». La mezcla entre brandy y leche no sólo es porque Alicia sea mujer —ya que los licores *para* mujeres

tendían a ser suavizados—, sino también por su asociación medicinal, al aligerar síntomas de pesadez y malestar generalizado.

Página 57

«Y con los cristianos también son atrevíos»

Tras varias correcciones en los MBN (Pieza 1, folio 30r), Rivera deja: «Y con uno también son atrevíos». Con el paso de «uno» a «cristianos» en la edición, se deja en claro la lógica de la otredad: es el puro contraste entre los indígenas salvajes y los civilizados racionales. Esta noción sería controvertida en la misma escena unos momentos después.

«los perseguía con los vaqueros y con el perraje»

Inicialmente, este diálogo decía en los MBN (Pieza 1, folio 30v): «Era que el Jaspe vivía entigrecío contra eyos. Los indios tenían razón. Los perseguía con los vaqueros y con todo el perraje del hato», y es interesante porque aquí Sebastiana demuestra un punto importante, pues, como se ve a lo largo de la novela, los «civilizados» resultan siendo más salvajes que los indígenas, quienes han sido disminuidos al punto de la barbarie desde la Conquista. Resulta aún más revelador que Sebastiana se ponga del lado de los indígenas, aun con lo que su hijo, el mulato Correa, cuenta antes y después. Las *guahibiadas* o *cuiviadas*, como solía llamarse a la práctica de «cazar» y aniquilar a las tribus nómades del llano, fueron motivo común de denuncia por parte de la gran mayoría de viajeros que describieron la región. Aun así, la infame masacre de La Rubiera, en Arauca, en enero de 1968, demostró que casi medio siglo después de aparecida *La Vorágine*, seguían cometiéndose actos atroces de esta naturaleza contra la población nativa.

Página 58

«Ya trujiste la vengavenga?»

Hasta la fecha, ha sido imposible identificar qué cáscara o corteza es la *vengavenga*. Genéricamente, el bebedizo en el que se le emplea corresponde al tipo de cocciones conocidas en la Amazoninoquia como *pusana* o *pusanga*, de uso afrodisíaco, pero también, como probablemente ocurre aquí, inductoras a la locura (efecto conocido como *pusana mala*). Pudiera tratarse del *guaco* (*Mikania glomerata*), planta trepadora muy socorrida por su efecto antiofídico, pero también como antirreumático o potenciador sexual, siempre mezclada en aguardiente (agradecemos esta pista a la profesora y colega arauquiteña Marcela Muñoz Martínez). O de la *chuchuguaza* (*Maytenus laevis*), que efectivamente es una corteza, aunque del piedemonte, de propiedades desinflamantes, depurativas e instigadoras de la pasión amorosa.

Página 63

«como el viento: sopla pa cualquier lao»

Aunque puede intuirse que Griselda está señalando que Alicia ya no le corresponde a Cova en sus delirios ni en su cariño, en los MBN (Pieza 1, folio 34v) resultaba mucho más explícito que esto se debía a su gusto por Barrera. Ante la pregunta de Arturo, Griselda responde: «Yo no tengo la culpa de que se hayan gustao. Le aconsejé a ella que te hablara clarito, sin recovecos. Vos no la podés obligá a que te quera, porque el cariño es como el viento: sopla pa cualquier lao». Como vemos, Rivera retiró la [primera parte](#), quizá para dejar mayor ambigüedad en la relación entre Alicia y Barrera.

«Me voy a matar a Barrera en presencia tuya!»

Este diálogo resulta ser más extenso en los MBN (Pieza 1, folio 34v), lo que permite entrever con mayor detalle el estado convulso de Arturo Cova, ya que decía en un primer momento: «No estoy borracho! Sí lo estoy! Y nos puede llevar el diablo! Me voy a matar a Barrera en presencia tuya. Y tendrás que ayudarme! Aprisa, aprisa!». También resulta interesante que justamente Alicia y Cova, al final de la novela, son quienes se encargan de acabar con la vanidad y la existencia de Barrera.

Página 66

«las muelas de Santa Polonia»

En rigor son las muelas de Santa Apolonia de Alejandría, virgen cristiana torturada en el siglo III d. C. con la extracción de sus dientes y la destrucción de su mandíbula. Patrona de la odontología, por ende. Durante la Edad Media y la temprana modernidad abundaron miles de reliquias con presuntas muelas originales de la mártir, cuyos poderes quitaban el dolor correspondiente. Tal vez por ser portadas en un pequeño bolso alrededor del cuello, como solían hacer los tahúres con sus piezas de apuesta, en la tradición popular de muchos países hispanoamericanos se les vino a llamar así a los dados.

«Echó cenas. Es un chico de suerte»

En castellano ortodoxo se escribe *senas* e indica cuando ambos dados caen reflejando la cara con los seis puntos, o sea, cuando se obtiene el número máximo posible. Rivera no buscó enmendar el error para ninguna de las ediciones que supervisó, y de idéntica manera aparece en los MBN (Pieza 1, folio 36bis vuelta). En cambio, varias ediciones contemporáneas corrigen la idiosincrasia.

Página 67

«Soy el tuerto Mauco, amigo de tóo el mundo!»

En los MBN (Pieza 1, folio 37v), este personaje se presenta como «Ramón Mauco» y no se le otorga el atributo de tuerto. Puede que Rivera tuviera en mente algún sujeto de características semejantes, acaso homónimo y hasta la fecha imposible de identificar. Al final, el mote de «tuerto» no sólo le incorpora un aspecto fisonómico llamativo y misterioso, sino que lo asocia con «entuerto» (agravio, injuria), palabra con la que —por ejemplo, en el *Don Quijote* de Cervantes— comparte significado.

Página 68

«La oración del justo juez»

La *oración del justo juez* es, de hecho, un título que cobija un conjunto importante de jaculatorias con un mismo hilo y tema comunes, cuya datación proviene como mínimo del siglo XV y se difundió con enorme éxito, en tanto práctica religiosa heterodoxa, a lo largo del mundo iberoamericano. Variantes, algunas muy completas, aparecen, por ejemplo, en *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegria, *Hampa afrocubana* de Fernando Ortiz o *Rosario Tijeras* de Jorge Franco Ramos, por no mencionar cientos de hojas sueltas de devoción popular. Como resulta previsible, se trata de una imploración de carácter mágico, inclusive brujesco. Quien la reza, solicita a la justicia divina, que todo lo ve y todo lo entiende, invisibilidad contra los enemigos (humanos o demoniacos), así como protección contra sus armas, persecución, envidia y hechizos. En algunas versiones, se utiliza como coadyuvante en la seducción de un objeto de deseo ajeno; en otras,

cierra con una cláusula de *contra*, devolviendo el maleficio al adversario y ultimadamente «amarrándolo». Ha sido, por lo mismo, inmensamente popular entre toda clase de maleantes: contrabandistas, bandoleros, abigeos o sicarios. Lo que resulta extraño en esta escena es que Mauco la emplee para curar la herida de Cova. Más sentido tiene cuando el tuerto se refiere, pocas líneas más abajo, a cómo sus oraciones le sirvieron para hacerse invisible frente a sus enemigos. Parece ser que aquí Arturo Cova tuvo un lapsus de memoria en su recuento.

Página 78

«¡Y si no, que nos yeve el judas!»

Puede parecer un hecho menor, pero en los MBN (Pieza 1, folio 46r) aparece «Y si no, que nos lleve el Diablo!». Este cambio de sujetos, aunque ambos están asociados con el mal, es interesante: Judas es la representación humana del Diablo al final de la vida de Jesús, es quien lo traiciona y lo entrega para su crucifixión. En todos los sentidos, esta figura resulta más cercana en la respuesta de Franco para manifestar sus intenciones, pues como amenaza, declara el nivel de maldad humana al que puede llegar, siendo incluso capaz de traicionar lo que se considera divino y sagrado.

Página 80

«como una lontananza del amanecer»

Entre este párrafo y los que siguen, Cova pondera con igual ilusión dos escenarios: una vida sin Alicia y otra con ella. Lo curioso resulta cuando después de esta frase, aparece en los MBN (Pieza 1, folio 47r) un apartado que fue eliminado en la edición y que revela un tono más condenatorio, menos libre y esperanzador: «Cautivaríamos para siempre al amor y adonde quiera nos seguiría, como el viento, como la luz. La cadena que nos ligaba no era la de las rosas que da la dicha, sino la del hierro oscuro de la desventura tenaz contra el olvido, sonora como los sollozos, pesada como la vejez».

Página 84

«Ora y siempre»

Esta respuesta de Antonio Correa alberga una sutil ironía. «Ahora y siempre» es cláusula de la oración canónica del *Gloria* católico: «[...] Como era en un principio, / ahora y siempre, / por los siglos de los siglos. Amén». En ese contexto, la justicia en las fronteras se halla extraviada desde tiempos inmemoriales y seguirá esténdolo eternamente.

«Muéstrennos el camino del Hato Grande»

Hato Grande es el nombre ficticio que Rivera le otorgó en la novela al hato Mata de Palma, propiedad de Ramón Oropeza (véase la primera nota a la [página 45](#)), en su tiempo el más grande y dilatado de Casanare, con alrededor de 20.000 cabezas de ganado y una extensión de poco más de 200.000 hectáreas. Fue en el curso de su división y juicio sucesorio que Rivera conoció los llanos, se radicó en Orocué y empezó a darle forma a lo que vendría a ser *La Vorágine*, seis años después.

«era el que firmaba José Isabel Rincón Hernández»

En el nombre de este desagradable personaje, Rivera aludió, con deliberada provocación, a los jueces Luis Felipe Rincón Castro y José Isabel Romero García, vinculados al juicio sucesorio de Mata de Palma y Mata de Vaquero, con los que el flamante abogado poeta se había enfrentado en

los estrados; con el primero, de manera especialmente amarga y pugnaz. De la misma manera, a otro juez, Pedro León Gámez y Roa, Rivera lo disfrazó en el cochambroso Gámez y Roca de Villavicencio. Pero más allá de su insistencia en retratar a los árbitros del pleito como seres sucios, corrompidos y del todo ridículos, queda la enorme incógnita de las razones de su odio, aparte del hecho palmario de haber perdido definitivamente el pleito para 1920. Por lo general, las biografías de Rivera insisten en su probidad y sentido de honor y de justicia, que lo llevaron a cambiar de bando, cuando ya estaba en Orocué, y salir en defensa de su anterior impugnada. No obstante, por lo menos un autor, Pedro Manuel Rincón (2019), examinó el caso a la luz del archivo personal de su extinto pariente, el juez Luis Felipe Rincón, y concluyó que había serios indicios de que Rivera había apelado a métodos coercitivos para nada legales. Sea lo que haya sido, de seguro Rivera tuvo que enfrentarse en los llanos a una práctica y una lógica del Derecho del todo distintas a las que había aprendido en Bogotá y, por una razón o por otra, salió resentido y desencantado del proceso.

Página 85

«le relató los sucesos como testigo presencial»

Como más adelante se confirma, el relato que aquí le cuenta Correa a Arturo Cova sobre el pasado de Franco no dice toda la verdad. De hecho, en los MBN (Pieza 1, folio 51v), Rivera tachó esta frase y la corrigió para dejarla así: «y mientras desyerbaban el conuco, intentó hacerle un relato de los sucesos, pero en ellos había cosas incomprensibles». En la primera edición, volvió a la oración original, quizás buscando que tanto Cova como los y las lectoras creyeran esta primera versión, de modo que la revelación de los hechos verdaderos fuera aún más dramática en la segunda parte de la novela.

«a la justicia favorables al acusado»

Como mencionamos en la anterior nota (véase la primera nota a la [página 85](#)), Rivera se cuidó de revelar parcialmente y con distorsiones el pasado de Franco. Tanto así que eliminó por completo un apartado, presente en los MBN (Pieza 1, folio 51v y 52r), en el que se revela la posible bravura de la niña Griselda contra el capitán:

Este, enterado ya de los propósitos del jefe, fuese una noche a su habitación, y apenas salvó el quicio de la sala, el Capitán apagó la vela. Y sonaron tiros. El seductor apareció con dos puñaladas en el costado, y nadie supo si se las infirió Franco o la Niña Griselda misma. El Capitán debilitado por el desangre, murió en la misma semana, a consecuencia de unas fiebres, habiéndole declarado antes a la Justicia que el Teniente tuvo razón en repeler la acometida traidora.

Página 86

«en su sitio, sin humillarse ni enmudecer»

Entre este párrafo y el siguiente, Rivera había mencionado en los MBN (Pieza 1, folio 52v) —aunque también lo tachó allí— el estado de su acompañante ante la tormenta: «Correa con espantada piedad confundía sus oraciones y se santiguaba». El mismo Cova tiende a describir el llano como si se tratara de un lugar tranquilo, sereno, por oposición a la selva, pero aquí podemos entrever que también es un escenario *sublime*, que genera grandes y extasiadas impresiones en quienes se enfrentan a su vastedad y, por qué no, a sus propias vorágines. La tormenta, así, hace las veces de un ominoso anuncio de la furia de la naturaleza que está por desatarse.

Página 87

«Mano Ugenio, es la primera vez»

«Mano Segundo Ugenio» en los MBN (Pieza 1, folio 53v). De seguro fue un nombre que Rivera escuchó en los llanos y le llamó la atención, pero probablemente por musicalidad desbastó al más eufónico y contundente «Ugenio», para jugar con los dinámicos «Tista» y «Sidor» de más adelante.

Página 88

«porque todos roban ganado»

Las formas en que funciona la justicia en los territorios de frontera son fuertemente criticadas por Rivera a lo largo de la novela. En este apartado de los MBN (Pieza 1, folio 54v), eliminado después, Franco terminaba su intervención diciendo: «En cuanto al juez, no hay temor ninguno. El bolsillo es el mejor abogado». Quizá no era el mejor lugar para mencionarlo, teniendo en cuenta que los vaqueros preferían huir antes que pagar... al igual que Cova y sus compañeros.

Página 92

«Aquí, Dólar, aquí Martel»

Martell es desde el siglo XVIII una importante casa francesa fabricante e importadora de coñac. Es así como los fieles canes, siempre, a partir de aquí, al lado de los protagonistas, muchas veces abriendo camino en avanzada, portan los nombres del alcohol y el dinero, espejismos y al tiempo agentes que alteran la percepción, generan adicción y conducen a la vorágine. En los MBN (Pieza 1, folio 58r) sus nombres son distintos, pero la idea permanece: se llamaban Balboa y Caronte, y, como es frecuente, es de suponerse que Rivera pudo haber conocido perros de cacería con esas designaciones, acaso los de Luis Franco Zapata con quien compartía la pasión cinegética. Balboa es el «descubridor» del Pacífico, que atraviesa la casi inexpugnable selva del Darién en busca de oro y esclavizando indios a su paso, y literalmente termina perdiendo la cabeza; es la ambición. En la mitología griega, Caronte es el barquero que transporta a quienes viajan al inframundo, sorteando las aguas del Estigia o el Aqueronte.

Página 93

«¿Cómo la tiene?»

El Pipa es uno de los personajes más interesantes de *La Vorágine*. Tiene la capacidad de *andar* entre todos y por eso genera gran desconfianza. El Pipa es y no es, por lo que resulta un ser difícil de clasificar y encasillar. Luego de la pregunta por Alicia, Rivera tachó en los MBN (Pieza 1, folio 59r) —y por ende eliminó por completo— una parte del diálogo del Pipa, la cual revela el artilugio detrás de su naturaleza: «Perdone que no lo trate de sumercé. Eso no pega por aquí, como entre los rolos de interior, nacidos y criados en servidumbre. A la tierra que fueres, haz lo que vieres»; y efectivamente el Pipa siempre hizo lo que vio.

Página 94

«Nosotros preferimos la libertad»

El mismo Rivera reconoce que se trata de una gran respuesta por parte de los dos jinetes. Aun así, en los MBN (Pieza 1, folio 59v), ellos no decidían la libertad, sino que respondían a la pregunta de

Franco: «preferimos perderlo tóo». Se trata de la lógica de sumar restando, de ganar su vida perdiendo unos jornales.

Página 96

«hasta vengar la ofensa increíble»

En la novela impresa, el término *vorágine* es mencionado en dos ocasiones, pero en los MBN (Pieza 1, folio 61r) aparece al menos una vez más y es precisamente en este apartado. Rivera había escrito: «Alarmado de mi demencia, recordóme que era preciso alcanzar a las fugitivas y hundirnos con ellas en la vorágine», revelando que Cova ya intuía que de llegar a seguirlos, nunca podría volver, lo que a su vez coincide con el significado detrás del acto de Franco de quemar su propia casa: es la decisión del desarraigo en pos de jugar el corazón al azar y al infortunio.

Página 97

«Segunda parte»

Aunque la *primera parte* del manuscrito no estuvo exenta de marcadas correcciones y tachones, en la segunda parte pareciera ser que el mismo Rivera se hubiera hundido en la selva de su novela y sucumbido a ella entre el delirio y la lucidez. Se trata de páginas enteras rebosantes de rayones, líneas, párrafos al margen y correcciones obsesivas, en las que el ingreso a la selva inaugura a su vez una verdadera vorágine, casi ilegible en los MBN (Pieza 1, desde el folio 61v hasta el final del libro de cuentas en el folio 86r).

Página 99

«una tribu guahiba, semidomada»

La categoría de «tribu semidomada» nunca se ha utilizado en los discursos coloniales, administrativos, indigenistas o antropológicos de época alguna y es de facto una invención de Rivera. Como nos ha informado Cova que eran guahibos (*sikuani*) y en los MBN (Pieza 1, folio 63r) se agrega que el enclave era «hasta de 95 personas», resulta fácil de colegir que tal condición equivalía a haberse sedentarizado parcialmente, bien por la acción de los misioneros o por la proximidad de los colonos. Incluso queda la duda de si Rivera no habría estado pensando más bien en «seminómada». (El Corpus Diacrónico del Español de la Real Academia sólo reconoce una instancia para «semidomada» entre 1500 y 1950, y es la de *La Vorágine*, y ninguna para «seminómada»; empero, Miguel de Unamuno ya se servía de esta última en su artículo sobre «El caballo americano», de 1907). Cabe citar, además, el agudo interrogante hecho por Monserrat Ordóñez, decana de los estudios sobre la novela, al talante de este pasaje. Frente a la solicitud del cacique de admitir el guayuco, respetar las pollonas y ordenarles a los winchester «no echar truenos», reflexiona: en las «tres peticiones está resumido el conflicto: el blanco impone su forma de vestir, viola a las mujeres y dispara para matar o por placer. Si una tribu que admite a los extraños e impone esas condiciones es “semidomada” habría que preguntarse qué significaba para Arturo Cova una tribu completamente domada: ¿la que no impone condiciones a su conducta?» (Ordóñez, 2014, p. 176).

Página 101

«Adolescente apenas»

Es posible que el Pipa provenga de la sabana de Bogotá, cuando menos si se da crédito a que en efecto tuviera un padrino en las inmediaciones de Cáqueza y a que sabe servirse óptimamente del habla y los ademanes del campesino del altiplano, cuando así se lo exige la ocasión. Por la fecha de los acontecimientos en la novela, es muy probable que su infancia hubiera transcurrido como la de cientos de gámines, víctimas del desplazamiento, la orfandad o la absoluta miseria en que dejó al país la Guerra de los Mil Días. Rivera muestra compasión con tres personajes cuyo pasado los condujo a actuar fuera de la ley, en un momento u otro: Clarita, Franco y el Pipa. ¿Habrá tenido conocimiento, durante su formación como abogado en la Universidad Nacional, de los trabajos o planteamientos del italiano Enrico Ferri conforme los cuales el crimen y el criminal eran productos sociales?

«el hato de San Emigdio»

El viajero e ingeniero francés Jorge Brisson (1896, p. 170) anota que para 1894 el Hato de San Emigdio se hallaba ubicado «a cuatro leguas al Oriente de la Trinidad» (del Pauto), que su propietario era Aquiles Lugo, quien contaba en su haber con entre 8.000 y 15.000 reses (en dos lugares Brisson da cifras distintas).

«con los banivas y los barés»

Los MBN (Pieza 1, folio 65r) sustituyen «los banivas y los barés» por «los mitúas y los tuparros». Esta notable asociación con tan distintos pueblos indígenas, con formas de vivir, cosmologías y lenguas asaz diferentes, remarcán la ductilidad del Pipa y su influencia sobre toda la Amazónia.

Página 102

«su juventud olía como la de todas»

No muy lejos de la esencia de esta descripción, Rivera escribió inicialmente en los MBN (Pieza 1, folio 65v): «Vista sin el lente de aumento de la pasión, a qué se reducía el hechizo de su persona? Sus cejas eran mezquinas, sus cabellos no me parecían adorables. Tampoco sabía besar y sus manos fueron siempre incapaces de inventar la menor caricia. Jamás escogió un perfume que la personalizara; su juventud olía como la de todas». No sólo se perciben cambios para favorecer el tono, la rima y la poética del análisis, sino también para volver más objetiva la imagen de Alicia y de esta forma reafirmar que los móviles de Cova no se deben al haberse apasionado por mujer alguna, sino al hecho de haber sido ofendido, lo cual le dejó una mancha en su honor que sólo pudo resolverse con la venganza.

Página 103

«El domingo la ví en misa»

El llorao que podemos leer en la edición dista bastante del que aparece en los MBN (Pieza 1, folio 65v): «El domingo la ví en misa - el lunes la enamoré / el martes ya le propuse - el miércoles me casé / el jueves la maté a palos - el viernes la sepulté / el sábado, el cabo de año - y el domingo a buscar otra, porque solo no me amoño». Quizá para los fines de la trama resultaba mejor que se tratara de una mujer que abandona al hombre, produciéndole una gran commoción, como la que siente Cova por Alicia. Aun así, con esta primera versión de Rivera, podemos entrever su intención de impregnar de dramatismo y venganza la empresa del personaje, herido en su orgullo y dispuesto a propiciar la muerte con el fin de saldar la ofensa.

Página 104

«En el garcero de Las Hermosas»

La ubicación o factualidad de este garcero es difícil de establecer, aunque Neale-Silva (1986, p. 151) sostiene, aparentemente basándose en información recibida de Luis Franco Zapata, que «Las Hermosas» sí existía y «quedaba a poca distancia de Orocué», lo cual es consistente con la información que arroja la novela. Para sorpresa, indica el biógrafo que hasta allí fueron Rivera y Franco «acompañados del mulato Correa» ([p. 150](#)), aunque nunca vuelve a mencionar quién era aquel y cuál su historia. Más allá de la precisión nominal o geográfica, los garceros hacían parte importante del ecosistema y la economía del llano, por las razones que expone Arturo Cova a continuación.

Página 107

«Entonce supe, por advertencia de nuestro intérprete»

Toda la explicación del reconocimiento del pato como tótem de la comunidad y, por ende, de la eficacia del acto de Cova que lo llevó a distinguirse como sagrado, fue un apartado que Rivera agregó después, ya que no aparece, ni siquiera tachado, en los MBN (Pieza 1, folio 68r). De hecho, si siguiéramos al pie de la letra las indicaciones del libro de cuentas que obró como borrador de la novela, casi que pudiéramos aventurarnos a creer que el autor iba a retirar por completo el incidente de los patos. Afortunadamente no lo hizo, pues de esta manera no sólo dotó a *La Vorágine* de un interesante revestimiento antropológico (muy polémico, por cierto), sino que dejó en evidencia la complejidad cosmológica de la comunidad indígena en cuestión, extensible a todas las demás.

Página 109

«su refugio tranquilo y vigorizante»

Tras las insinuaciones de las mujeres indígenas, Rivera había escrito en los MBN (Pieza 1, folio 70r) un párrafo muy interesante, en el que Cova declara desde muy temprano la intención de narrar su viaje: «Ya había pensado en escribir las complicadas páginas de mi vida, que principió sus éxodos en la pampa sobre la ruta de la tragedia y el infortunio. Y que está próxima a terminar quién sabe cómo, tal vez sin que haya tumba pa mis huesos». En el mismo lugar, el escritor tachó el apartado con una línea vertical y lo eliminó en su totalidad, sin siquiera retomarlo en la edición. De haberlo conservado, el diario de Cova hubiera sido el resultado de la curiosidad de un poeta por narrarse, mas no de la necesidad de un hombre atrapado en la selva, cuyo deseo último es hacer de su historia una denuncia de la esclavitud de las caucherías en la Amazorinoquia.

Página 110

«que un sabio de mi país ha llamado telepatina»

En la época en que apareció *La Vorágine*, aún *yagé* y *telepatina* eran nombres sustituibles en la literatura de viajes. No obstante, técnicamente se entendía que la segunda era el principio químico activo del primero. Del bejuco del *yagé* (*Banisteriopsis spp.*) sostuvo Miguel Triana (1908, p. 289) que la ingesta del extracto de su cocción producía «la clarividencia de tesoros ocultos y pronósticos del porvenir [...]. Dicen que con tal brebaje logran hacer viajes ideales perfectos, visitar ciudades desconocidas é influir en el ánimo de personas lejanas, como si estuvieran

realmente en su presencia». Por la misma época, en 1905, el biólogo y químico Rafael Zerda Bayón —el «sabio» al que alude el pasaje— lo identificó como «telepatina», mientras dirigía la expedición científica al Caquetá comisionada por el presidente Rafael Reyes. La telepatina fue aislada e identificada en 1923 como el principio activo del yagé, por el médico Guillermo Fisher Cárdenas, para su tesis de grado de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional. Sostuvo Zerda Bayón que, con el fin de dar cuenta de los efectos de esta planta del conocimiento, se ofreció como voluntario el coronel Custodio Morales (véase la segunda nota a la [página 138](#)), Jefe de la Colonia Militar en la Intendencia de Caicedo. Bajo su influencia, se enteró Morales de la muerte de su padre y la enfermedad de su hermana. De seguro, tiempo después fue Morales quien le contó a José Eustasio Rivera varios detalles sobre la experiencia y el contexto de las tomas de yagé entre los pueblos indígenas que conoció; situaciones muy bien retratadas, por cierto, aunque teñidas por una interpretación del bejuco como un agente fundamentalmente oracular.

«Las visiones del soñador fueron estrafalarias»

A pesar de que Rivera lo tachó en los MBN (Pieza 1, folio 70v), luego de esta oración había escrito: «Despertó al tercero día, con fuertes dolores en el estómago. Tenía sed y se aletargaba continuamente. El cacique ordenó purgarlo, y le pusieron caraña tibia sobre el ombligo». La caraña es una resina obtenida del Palo santo (*Bursera graveolens*), altamente valorada por sus cualidades medicinales y empleada para tratar infecciones, malestares gastrointestinales y respiratorios.

Página 115

«y a reclamar del Coronel Funes una crecida indemnización»

Esta es la primera vez que aparece en *La Vorágine* el nombre de Tomás Funes, militar venezolano responsable de la masacre en San Fernando de Atabapo, la cual presenció directamente Ramiro Estévez —cuyo testimonio conocemos en la tercera parte de la novela—. Lo curioso es que en los MBN (Pieza 1, folio 75r) no aparece esta mención, por lo que podemos pensar que fue una adición posterior de Rivera, que cobra sentido tanto más si pensamos que la segunda vez que se refiere a Funes es cuando Cova insta a sus amigos a que busquen su propia suerte y lo dejen solo, *pues quien va con él, va con la muerte*. Allí, el mismo Cova les indica que desde su ubicación actual, cerca al Guaviare, tienen la oportunidad de irse y llegar a San Fernando, pueblo custodiado por Funes.

Página 116

«No me felicite usted, decía; yo debí matarlos a todos!»

En el manuscrito, la conversación entre Helí Mesa y Arturo Cova iniciaba de la siguiente manera:

- Las mujeres, dijo, pueden llevarnos a la gloria o a los infiernos. Lo que importa es seguir tras ellas, a cualquier parte, con los ojos cerrados y el puño listo, sobre todo, si no van solas. Bien hace U. en rastrear la suya para matarla. Si me necesita, yo estoy de balde.
- Póngame U. entre los caucheros. Lo demás corre por cuenta mía.

El mismo Rivera tachó este intercambio de palabras y lo corrigió con el que podemos leer en la primera edición. Como vemos, el objetivo no era salvar a Alicia y a Griselda, sino castigarlas con la muerte por el abandono, lo cual resuena con el llorao del Pipa en su versión inicial (véase la nota a la [página 103](#)).

Página 117

«En el rancherío autóctono de Ucuné»

En San José de Ucuné, Vichada, se hallaba radicado Julio Barrera Malo (véase la primera nota a la página 39). Allí comerciaba sal y otros abastos con las comunidades indígenas cercanas, algunas aún nómadas, fundamentalmente guahibos, piapocos y sálivas.

«el Pipa quería apretarle la maturranga»

El cubanismo *maturranga* abarca un espectro importante de usos en el castellano latinoamericano. Connata treta, ardid, delito, picardía, marrullería, malicia, astucia, maleficio. «Apretar la maturranga» implica hacer brujería por procedimientos simpatéticos, como obrar sobre un muñeco con la forma o el nombre de alguien para dañar física o mentalmente a quien representa. También hay otra asociación posible: en los países pamperos como Paraguay, Uruguay o Argentina *maturrango* significa el que no sabe montar bien a caballo. No pudiera hacérsele un peor mal al mulato Correa, domador y jinete por excelencia, que reducirlo a eso.

«y la desenrolló acentuándome este discurso»

Cabe aclarar que desde «En el rancherío autóctono de Ucuné» (Pieza 1, folio 77r) y hasta casi el final del libro de cuentas que conforma la Pieza 1 de los MBN, se reescribió una y otra vez la novela, pues aparecen tachadas páginas enteras que revelan una reorganización completa, así como partes de la trama eliminadas. La página del manuscrito que contiene la escena del Pipa respondiendo a la advertencia de Cova para que dejara en paz al mulato Correa aparece tachada; pero evidentemente Rivera decidió retomarla en la publicación. En el borrador encontramos que el Pipa desenrolla la paja seca y dice: «Aquí te cojo, aquí te aprieto, el Diablo nos lleva o yo te suelto», fórmula que justamente cierra algunas versiones de la «Oración al justo juez» que antes también ha rezado el tuerto Mauco (véase la nota a la página 68) y que en este contexto ilustra sus capacidades de maleficio.

Página 118

«Bien puée ser pa nosotros mismos»

Aunque pueda parecer extraño, estas palabras del mulato Correa en el manuscrito son una señal de vida, lo opuesto al espíritu con que aparecen en la edición de 1924. Esto se debe a que en los MBN (Pieza 1, folio 77v, 78r y 78v) Correa moría o eso quería inicialmente Rivera, quien se arrepintió y tachó las páginas, retomando la historia desde que el Pipa arroja la hechicería. En el manuscrito, Correa mantiene una conversación con Helí Mesa en la que rememoran con nostalgia los días en el llano. Luego, de manera súbita, el mulato aparece muerto:

El querido mulato amaneció muerto. Cuando lo vi, ya lo habían sacado de su chinchorro y estaba en el suelo, inmóvil, con ambas manos en alto, tendidas hacia alguna cosa invisible que no pudieron atrapar. Fue el único entre nosotros que no odió a nadie, manso en su fortaleza, humilde en su hombría.

Después, se describe con gran crudeza lo que Cova y sus compañeros hicieron con el cuerpo:

Lo veíamos muerto, sin inmutarnos. Y hasta sentíamos apenas una plácida indiferencia, endurecidos ya por el infortunio, apenas repetíamos de cuando en cuando: «Dichoso de él que

ya descansó». Como los brazos estaban rígidos y era indispensable abajarlos hacia su pecho, le corté los tendones con mi navaja, y le disloqué los helados codos, sin sentir la menor angustia, como un juicioso estudiante de anatomía que despiltrafa un músculo anónimo. Luego le cubrí el rostro con mi pañuelo y en la playa de cualquier caño, escarbamos con los machetes la sepultura. Franco, alejándose un corto trecho empezó a llorar. Y yo, sobre el montón de arena cálida que cubría el yerto cadáver, tracé con mi palma abierta una cruz.

Nos atrevemos a pensar que Rivera se arrepintió de la muerte de Correa por dos motivos. Primero, como él mismo lo dice, el mulato era el único noble y puro del grupo, quien carecía de toda ambición y sed de triunfo, por lo que no tendría sentido que falleciera en la selva, ya que ésta castiga cualquier signo de avaricia. De hecho, es curioso que toda esta trama se haya eliminado y que en su lugar aparezca un relato en el que se condena la codicia: la historia de la indiecita Mapiripana, incluida sólo en la edición y no en el manuscrito. Ahora bien, no sólo lo mantuvo vivo, sino que le ofreció un destino más afortunado, pues parece ser que es el único personaje al que no lo devoró la selva (recordemos que, incluso al final, Clemente Silva queda condenado a errar en busca de sus compañeros). Segundo, al retirar la escena, Rivera evita que Cova y los demás se vuelvan seres monstruosos, curtidos por la indiferencia, la frialdad y el infiernito. De hecho, unas escenas más adelante, Franco y Cova se enfrentan por la muerte de dos indígenas que los acompañaban en su viaje. Allí, el primero le dice: «Nada te importan tus compañeros? Así nos pagas? Jamás creí que fueras tan inhumano, tan detestable!» (p. 125), por lo que podríamos pensar que también se trata de una decisión de tiempos: es necesario que esta transformación se realice de manera progresiva y que no resulte radical, pues existe un fuerte sentido de fraternidad y humanidad en *La Vorágine*, que se pierde si imaginamos a Cova dislocando los brazos del cuerpo inerte de Correa, por ejemplo. La estructura y el tenor de este apartado eliminado evocan con mucha cercanía una situación traumática para Rivera, cuando en 1916 conoció los llanos por vez primera, conforme se lo narraba a sus amigos, Elías Quijano y Guillermo Arana, en una carta:

A poco momento la candela huía hacia el Humea describiendo una línea de llamas que se perdía en la sombra trágica de la noche. Las llamaradas tienen hasta cincuenta metros de largo, media cuadra poco más o menos, y desprendidas del incendio vuelan solas, adelantándose grandes trechos a encender las palmeras y los pajonales a la redonda. Pasaron por frente de la casa sin causar daño ninguno, gracias a que soplaban vientos contrarios. Montoyita, el mayordomo, que tanto me quería, me dijo: *acostémonos, doctor, que ya la candela no hará más que calentar a los muertos que están enterrados, junto a la corraleja*. Y se puso a mostrarme los sitios donde años atrás abrieron sepulturas, y dijo: *¡Dios y María me libren de quedar enterrao pues aquí no hay quien le rece a uno ni un padrenuestro!* ¡Mi pobrecito nunca imaginaba que al otro día nos tocaría enterrarlo en el mismo punto!

Porque al otro día, a las seis de la mañana se nos ahogó Montoya, en un charco vecino a la casa. Después de tirar el taco de dinamita a las cachamas en su remanso, mientras los dos muchachos que lo acompañaban cogían las que iban saliendo a flote, cayó el pobre Montoya al agua, y, probablemente paralizado por el temblador, que es un pez eléctrico que inmoviliza cuanto toca, se hundió en el charco cristalino y silente, y sin dar un grito, corrieron los muchachos a ver qué le había sucedido, y sólo vieron los cabellos del ahogado que se movían bajo las corrientes, mientras el cadáver se encallaba en unos guaduales. ¡De allí le saqué yo, cuatro horas después cuando los pescadores corrieron a buscarme a las sabanas para darnos la

triste noticia! Si yo hubiera estado presente, nunca se hubiera ahogado el pobre Montoya. Ni me hubiera tocado extraerlo del fondo y llevarlo en peso a la casa para tenderlo en la salita, sobre un banco de carpintería, a cuya cabecera prendimos una lámpara de petróleo, mientras los dos muchachos cavaban la sepultura, llorando, fuera de los corrales, en el mismo sitio en el que la noche anterior se había estremecido ante la idea de quedar enterrado, sin que nadie le rezara ni un padrenuestro. ¡Pero yo sí recé por el pobre muerto! (Rivera, 1991, pp. 36-37)

Resulta inevitable preguntarse si algo o mucho de Montoya inspiró la creación del personaje de Antonio Correa.

«Sin una palabra, le obedecimos»

La historia de la indiecita Mapiripana entraña uno de los pasajes más célebres de *La Vorágine* y concentra, casi a exacto medio camino de la trama, una sinopsis de los temas fundamentales que se desarrollarán plenamente a continuación: la furia de la selva al ser ultrajada, la mujer fatal y caníbal, el castigo a la ambición y la lujuria. Aunque Rivera alcanzó a preparar, con variantes, el escenario para el relato de Helí Mesa en los MBN, no figura en estos la leyenda como tal. Lo más probable es que la haya escrito o esbozado en otro cuaderno o en hojas sueltas que no se han conocido hasta el presente, si es que alguna vez aparecen. El hecho es que en un momento posterior y trágico (Pieza 1, folio 83r), la menciona como algo que se ha relatado antes. Durante mucho tiempo se supuso que Mapiripana era un «mito» indígena. No obstante, ningún registro etnográfico de pueblos de la zona la ha referido y todo da para pensar que fue otro genial invento de Rivera. Lo cual no ha impedido que hoy en día varios grupos étnicos de Vichada y Guainía lo reclamen como propio en sus planes de vida. En otras palabras, uno de los efectos de la vasta circulación de *La Vorágine* fue influir en la adopción, por parte de los indígenas, de una historia que sentían y cuadraba como suya. En esta primera edición de 1924 (aquí, en la p. 118), la reacción de la comitiva ante la solicitud de Helí Mesa de hacer silencio para empezar a contar la historia es: «Sin una palabra le obedecimos». En la quinta edición, en cambio, Rivera (1928, p. 162) transformó la frase en: «A excepción de los maipureños, todos obedecimos». Pareciera un guiño juguetón que nos hiciera el autor, diciéndonos que para los indios no era una historia conocida o importante, al contrario del carácter ominoso que le otorgaban los blancos. Sobre todo porque en la edición de 1924, más adelante Cova se quejaría de que esos mismos maipureños en otros contextos «parecían mudos» (aquí, en la p. 122).

Página 120

«alucinación entre mi cerebro»

Durante las siguientes cinco páginas de los MBN (Pieza 1, folio 80r al 82r), Rivera y Cova parecen delirar en simultáneo, pues toda esta alucinación que tiene el poeta en medio de la selva se refleja en párrafos confusos, tachones continuos y cambios en la secuencia del sueño febril. Aquí parece indiscutible que ambos, tanto el escritor como el personaje, resultan siendo reflejo el uno del otro.

Página 122

«acercarnos a las barracas del Guaracú»

En los MBN (Pieza 1, folio 82r), la frase reza: «Esa fue la primer noticia que tuvimos de las barracas del Merivén». Que se sepa, no hay registro en la región de algún río o caño que tenga ese

nombre, como sí, en cambio, lo hay ampliamente de la existencia de los raudales del Guaracú sobre el río Isana.

«de siringales desconocidos, hasta del Putumayo y del Ajajú»

En los MBN (Pieza 1, folio 82v) la formulación de este pasaje es más escueta, pero incorpora un río que después se eliminó: el Querarí o «Kerary» —según la grafía de Rivera—, tributario del río Vaupés.

Página 123

«Destiñóse en las aguas el postrer lampo»

En los MBN (Pieza 1, folio 82v al 83r) podemos reconocer la indecisión de Rivera y todos sus esfuerzos por tratar de determinar la mejor manera de continuar la historia. Además de los acostumbrados tachones y el cambio de orden en los párrafos, aparecen modificaciones significativas en la trama: cuando en la novela surge el intento de fuga de los indígenas y la flagelación contra el Pipa por ser el autor intelectual del plan, en los MBN descubrimos la intención de Helí Mesa y Arturo Cova de asesinar a alguno de los indígenas para sembrar terror en el grupo y así evitar cualquier motín o escape. Todo comienza con una preocupación por la forma en que los indígenas se comunican con el Pipa:

No sé por qué permití que los maipureños siguieran comentando con el Pipa advertencias en el dialecto de los guahivos. Lo cierto es que a pocos instantes, Pajarito del M. y C. de la S. se enteraron de la noticia. Y se fugaron con ellos a media noche, llevándose nuestra curiara y dejándonos al capricho de nuestra suerte, sobre la aspereza de un arrecife, entre las aguas alborotadas y los montes oscurecidos. (Pieza 1, folio 82v)

Recordemos que Pajarito del Monte y Cerrito de la Sabana eran dos indígenas que se habían unido a la expedición de Cova, cuando este había efectuado el milagro de los patos. Abandonarlo implicaba que se había perdido la eficacia del mito y, por ende, Arturo Cova ya no era objeto de adoración: en medio de su infortunio se descubrió mundano y no había razón para considerarlo sagrado. Ahora bien, Rivera tachó la preocupación de Cova y la volvió reclamo de Helí Mesa, quien dice: «Por qué permite que estos mentirosos sigan argumentando con el Pipa sus advertencias en el dialecto guahivo? Pajarito del M. y C. de la S. ya se alborotaron. Y le aconsejaría matar a cualquiera de los 4 para que los restantes no se atemoricen y no se fuguen. A lo mejor del tiempo nos dejan solos!» (Pieza 1, folio 82v). Ante esta sugerencia, emerge un Arturo Cova frío, ajeno e indiferente, muy parecido a aquel que desmiembra el cuerpo inerte del mulato Correa (véase la primera nota a la [página 118](#)): «En verdad no sentí la menor alarma por el consejo. Matar un indio! Matar un hombre! Eso que tenía de particular?». Poco después, en la novela, Franco le reclama a Cova su falta de humanidad y su exceso de teatralidad, debido a su insistencia en impedir la búsqueda de los dos indígenas succionados por una literal vorágine. Arturo Cova llegó a creerse dueño de la vida y de la muerte pero, en el entretanto, se fue haciendo ridículo. Fue perdiendo todo el *carisma* que lo había vuelto sagrado para los indios e incluso que lo hacía amigo. Podríamos pensar que, al eliminar estos apartados, Rivera deseaba calcular muy bien el momento definitivo en que Cova demostraría haberse vuelto «un desequilibrado impulsivo y cómico» (como se puede leer en la Pieza 1, folio 84v) y que, para efectos de la trama, su frialdad

debía aparecer a cuentagotas y no de una manera radical, motivando el asesinato de un inocente a conveniencia.

Página 125

«Crees que no lo sabía? Por ella asesinaste a tu Capitán!»

La discusión de Franco y Cova fue reescrita un par de veces por Rivera en los MBN (Pieza 1, folio 83v al 85r). El sentido de fondo no cambia: Franco reclama a su amigo el punto de insensibilidad al que ha llegado, y en el transcurso revela su experiencia en un viaje que a todas luces resulta desesperanzador. Cova se burla y le saca a relucir que su locura no es propia, sino colectiva:

Franco, no seas estúpido, lo mismo vas haciendo por la Griselda! Por ella asesinaste a tu capitán y no le dejaste matar a muchos. Yo sólo voy a matar a un hombre. Mi querida se fue con él porque ya la tuyra no le gustaba. Y para ofenderlo con más ahínco agregué, parodiando una frase célebre: No está lo malo en tener querida, sino en casarse con ella. (Pieza 1, folio 84v)

En el manuscrito, Franco alcanza a contar la verdad tras su vínculo con Griselda, aunque Rivera lo tacha —asemejando literalmente una vorágine—, para reescribir todo el apartado desde el reclamo de Fidel, en busca de mayor coherencia, rima y ritmo en la historia.

«Entonces escuché revelaciones desconcertantes»

La pieza 1 de los MBN termina con la frase «Entonces escuché revelaciones extraordinarias» (folio 85r), dejando abierta la reescritura del testimonio de Franco en el que confiesa el origen de su relación con Griselda. Luego de esta frase en suspenso, de forma horizontal, José Eustasio Rivera escribió:

Nota: Este cuaderno viajó conmigo por todos los ríos Orinoco, Atabapo, Guaviare, Inírida, Guainía, Casiquiare, Rionegro, Amazonas, Magdalena y durante el año 1923 cuando anduve como abogado de la Comisión Colombiana de Límites con Venezuela; y sus páginas fueron escritas en las playas, en las selvas, en los desiertos, en las popas de las canoas, en las piedras que me sirvieron de cabecera, sobre los cajones y los rollos de cables, entre las plagas y los calores - Terminé la novela en Neiva, el 21 de abril de 1924. José Eustasio Rivera.

Curiosamente, no menciona aquí, como sí lo hace al principio del manuscrito, a Sogamoso o Firavitoba, municipios donde sabemos que compuso buena parte de la primera versión de la novela, «en un cuaderno largo y angosto de pasta de cartón carmelita y folios amarillos», según palabras de su amigo y compañero de cacería de allá, Policarpo Neira Martínez (Peña Gutiérrez, 1988, p. 36), haciendo evidente alusión a la misma Pieza 1 de los MBN. Según testimonio posterior de las hermanas de Rivera, cuando concluyó la obra en Neiva —efectivamente el 21 de abril de 1924, casi a dos años exactos de haberla iniciado—, el escritor fue a buscarlas, diciéndoles: «Para ustedes, sí, para ustedes... He terminado *La Vorágine*» (Ibíd., p. 47).

Página 127

«Ya conocéis las palmas de seje y las de manaca»

La palma de seje (*Oenocarpus batuana*), también conocida, entre otros nombres, como «milpesos», produce frutos comestibles y es predada por los *mojojoy*, las larvas de varios coleópteros que hacen parte fundamental de la dieta de la mayoría de los pueblos indígenas amazónicos. La manaca (*Euterpe oleracea*) es la misma del azaí, fruto rico en grasas, proteínas y carbohidratos. Así pues, Cova señalaba con patetismo que era posible para sus camaradas sobrevivir en el monte a partir de estas dos especies, mientras encontraban el camino hacia algún asentamiento humano. En la quinta edición, la frase adquirió una instrucción más específica: «Vuestra despensa está en los montes: leche de seje, tallos de “manaca”» (Rivera, 1928, p. 176), que paradójicamente restringía sus posibilidades alimenticias. Hoy en día, la desaforada producción del azaí en Brasil, Perú y Colombia, de la mano con su promoción como «superalimento», está causando desequilibrios muy serios en el ecosistema selvático. No se imaginaba Arturo Cova que invitaba a su comitiva a sobrevivir a punta de lo que un siglo después sería la base para una nueva forma de economía extractiva.

Página 133

«Es la turca Zoraida Ayram»

El personaje de la «turca» Zoraida Ayram es, en *La Vorágine*, el que admite mayores elucubraciones sobre su origen y significado. Sabemos que se basó en la sibilina Nazira Sabah, de ascendente sirio-libanés, conocida en Orocué y alrededores como Narcisa Sabas, viuda de Julio Barrera Malo (véase la primera nota a la [página 39](#)), a quien Rivera pudo haber conocido personalmente y de quien luego supo, durante su participación en la Comisión de Límites con Venezuela, que se hallaba involucrada en una sórdida transacción de trata de personas con Miguel Pezil (véase la segunda nota a la [página 133](#)). Conforme lo informó Rivera desde Manaos al Ministro de Relaciones Exteriores, el 18 de julio de 1923, había obtenido:

Una carta de la señora Narcisa Sabas viuda de Barrera, fechada en San Fernando de Atabapo en diciembre de 1920, en la cual confiere poder para reclamar al señor Pezil el saldo a favor de su esposo, procedente del trabajo de los colombianos vendidos [que antes ha informado que fueron setenta y dos familias que Julio Barrera traspasó en julio de 1910 —adenda nuestra].

b) Varias cartas del señor Pezil dirigidas ...a la misma señora Sabas de Barrera en que le advierte que casi todos esos colombianos han muerto o se han fugado; que los siete sobrevivientes se fueron a Manaos en 1920 y de allí el Cónsul de Colombia los repartió por el Caquetá, a pesar de las protestas del mismo Pezil.

c) Un detalle de la cuenta corriente entre [Narcisa Sabas viuda de] Barrera y Pezil, cerrada el 31 de diciembre de 1920, que arroja a favor de Barrera, como producto de los colombianos, la suma de quince contos ochocientos cuarenta y tres mil noventa y tres reis (15.843.593). (Rivera, 1991, p. 49)

No obstante, como bien sabemos, en su novela Rivera transfirió la comisión de este tipo de crimen a Narciso Barrera, aunque sin dejar de sugerir que la madona no tenía escrupulo alguno en secundar la práctica. Pero a diferencia de su procedimiento habitual con los nombres, en el de Zoraida Ayram, Rivera no adelantó un señalamiento explícito. Luis Eduardo Nieto Caballero conoció a doña Nazira en 1934 y produjo un retrato abiertamente exculpatorio de ella, dando a entender que Rivera la había plasmado con injustificada saña. Y es que no puede descartarse que

Rivera haya sostenido una relación amorosa o erótica con la viuda, por su época de Orocué, que de hacerse pública y conferirle un nombre demasiado evidente a la dama, lo hubiera hecho quedar como un despechado vengativo. También es posible que simplemente temiera el poder de la señora y su capacidad de influencia sobre el poder judicial. Por las razones que fueran, optó por llamarla Zoraida, un nombre de enorme musicalidad que, como lo ha señalado la crítica, podía invocar al personaje homónimo del *Quijote* de Cervantes, la mora que abandona su país, reniega del Islam y se entrega a la devoción de la Virgen María. Con el apellido vendría, pues, la ironía. Ayram es efectivamente un apelativo de origen sirio-libanés y sabemos que Rivera tuvo un amigo llamado David Ayram, a quien apodaban «el turco rico» (Neale-Silva, 1986, p. 303). Ahora bien, como también se ha observado, Ayram es María en sentido contrario; comentario mordaz, de ser así, sobre la piadosa Zoraida cervantina y, como María invertida o anti-María, para nada virgen; de hecho, una Eva: el origen de la tentación, la caída del hombre y la expulsión del Paraíso. A todo esto habría que agregar que, cuando menos según la versión sikuaní de la historia de Julio Barrera (véase la primera nota a la página 39), la mamá de doña Nazira se llamaba Eva y se creía que se alimentaba de gente.

Para la concreción del personaje literario de Zoraida, cuando menos pueden aventurarse dos inspiraciones: el retrato que hace Alberto Rangel de “la decana de los Muras”, en su *Inferno verde* de 1908, y *Zoraida*, primera novela del anglo francés William Le Queux, de 1895, que, si bien apareció en inglés, lengua que Rivera no conocía, refiere a los enredos de un aventurero británico y una misteriosa árabe de tal nombre que lo enreda y extravía, importante antecedente para el modelo de la arquetípica *femme fatale* de las novelas negras y de espionaje de la década de 1940.

«a su compatriota Miguel Pezil»

Como se señaló en la nota anterior, Rivera tuvo conocimiento de las andanzas de Miguel Pezil (o Pecil, en varias fuentes) a raíz del descubrimiento de sus actividades en el tráfico de personas hacia Brasil, en asocio con Julio Barrera Malo y su viuda. Por eso mismo, se cercioró el autor de presentar a este «turco» al lado de su presunta correligionaria, la madona Zoraida Ayram, en esta escena del relato de Clemente Silva. Aunque en su informe diplomático Rivera identificó a Pezil como brasileño, no existe evidencia que confirme su nacionalidad. En cambio, sí sabemos que alardeaba de ser turco. El gran etnógrafo alemán Theodor Koch-Grünberg (1995, vol. 2, p. 11) lo conoció y, aparte de no escatimar elogios sobre su hospitalidad y delicadeza, observó que en la puerta de su casa Pezil exhibía con orgullo la bandera con la media luna blanca y la estrella sobre campo rojo. (Por eso mismo podemos sospechar de sus orígenes; no sería la primera vez que un comerciante fronterizo quisiera pasar como «turco» —remarcando con ello su habilidad en los negocios, sus amplias conexiones nacionales e internacionales y una diáspora solidaria que lo respaldaba y protegía— sin serlo efectivamente). Su residencia más importante y conspicua era en Laranjal (en muchos lugares, como en *La Vorágine*, escrito como Naranjal), sobre la banda izquierda del río Negro, pero contaba asimismo con una vasta y dilatada red de plantaciones caucheras sobre los ríos Yurubaxí, San Felipe (San Marcelino, según Clemente Silva), Padauiri y Demini, esto es, entre el Guainía y el Brasil. Estaba casado con una venezolana, al parecer de alcurnia, y se esforzaba por posar de *gentleman* ante los ojos de los viajeros prestantes e inspectores, además de cuyo éxito dan cuenta varios testimonios. Pero no hay que llamarse a engaño: sabemos que era un tunante sin escrúpulos. En una entrevista que dio Rivera al legendario reportero antioqueño Horacio Franco, le contó cómo, cuando Pezil se enteró de que se le habían

fugado varios de los colombianos en su poder, fue en persona a hacerle el reclamo al general Luis María Terán, a la sazón Cónsul nuestro en Manaos, quien los había repatriado por el río Caquetá. «Entonces —decía Rivera— Pezil se presentó al Cónsul a reclamárselos por las vías de hecho, y el general Terán, de un merecido puñetazo, echó a rodar a Pezil escaleras abajo» (Neale-Silva, 1986, p. 253).

Página 137

«las caucherías de Larrañaga»

Para los primeros lectores de *La Vorágine*, el nombre del pastuso Benjamín Larrañaga o Larraniaga (1851-1903) era sinónimo del colombiano traidor, que por codicia se había vendido a los intereses peruanos. Para nada fue el único, valga decirlo, pero su historia adquirió visos de fábula negra, como lo atestiguan múltiples referencias en la literatura contemporánea a él, a sus prácticas inhumanas y a los escándalos sobre las atrocidades de la Casa Arana; el texto más célebre es *El libro rojo del Putumayo* de 1913. En la década de 1870, Larrañaga ya se hallaba vinculado a las expediciones de Rafael Reyes en busca de quina. En sus rimbombantes y poco fiables *Memorias*, el futuro presidente de Colombia lo describió como «mozo de gran valor y fuerza» (Pérez Silva, 1988, p. 26). Sobre 1895, regresó al territorio como «conquistador» —ese era el término en uso— del pueblo aimené (huitoto), al cual, originalmente, mediante el intercambio de dones y el avance de mercancías, puso a trabajar en la recolección de látex mientras fundaba la emblemática estación de La Chorrera, al principio conocida como Colonia Indiana, sobre el río Igaraparaná. Inevitablemente, por ambición y seguridad, tuvo que buscar coligarse con socios capitalistas en Iquitos; así fue como entró en relación con Jacobo Barchilón (véase la primera nota a la página 140) y con los hermanos Arana, Julio César y Miguel (véase la segunda nota a la página 141), conformando en 1901 la empresa Larrañaga, Arana & Cía. Aun así, como les ocurrió a muchos otros colombianos y peruanos sin suficiente músculo financiero ni capacidad de seguridad armada, pronto terminó sitiado por acreedores al servicio de su socio, Julio Arana, y hostigado por ellos en sus dominios, cuyo control estratégico resultaba fundamental para asegurar la región. Disuelta la empresa conjunta, La Chorrera pasó a manos de Arana tras una mínima compensación de 25.000 libras esterlinas (aducía Arana que las 70.000 libras restantes saldaban deudas pendientes), y aunque Larrañaga buscó replegarse en pos de otros territorios más seguros para «conquistar» nuevos grupos, murió en circunstancias extrañas, muy probablemente a causa de envenenamiento con arsénico, crimen del cual frecuentemente se ha sindicado a Arana, a veces incluso como autor material. En todo caso, Rafael Larrañaga, hijo de Benjamín, estaba virtualmente secuestrado por Arana, hecho que a este último le dio enorme ventaja en la coacción. En su *Amazonia colombiana* de 1916, Demetrio Salamanca Torres (véase la segunda nota a la página 19) esbozó una descripción de Benjamín Larrañaga, a quien conoció en Mocoa, en 1876, que bien pudiera haber leído o escuchado José Eustasio Rivera en Manaos, de la propia boca del autor:

Se veían en este individuo señales marcadas de baja estirpe, ignorante y extremadamente inculto; entonces era jornalero en trabajos de extracción de quinas en la agencia de Campucana; tenía mala reputación; y en efecto, era de rebajada condición moral, borracho consuetudinario, guapetón y perdonavidas. (1994, p. 27)

Durante el furor de los escándalos del Putumayo, Arana y sus portavoces insistieron en que las peores brutalidades las habían cometido Larrañaga y su gente. Incluso argumentaron haberlos obligado a retirarse del negocio en aras de proteger a los indios. Esta defensa era presuntuosa, pero lo cierto era que este pastuso fue tan sanguinario como sus socios. Su fecha de nacimiento en 1851 arroja una pista interesante. Clemente Silva sostendrá más adelante que fue condiscípulo suyo en la escuela, de lo que se deduce que la edad del rumbero, para la época de su encuentro con Arturo Cova, debía estar sobre los 65 años. La retención de Rafael Larrañaga por parte de Arana también pudo haber inspirado, cuando menos en parte, la historia de Luciano Silva. Larrañaga hijo, también agente y explotador cauchero, murió poco tiempo después que su padre, naufragando en unas versiones y en otras devorado por los indígenas.

Página 138

«de los cauchales de La Chorrera»

Ubicada sobre el río Igaraparaná, el barracón de La Chorrera (antes llamada Colonia Indiana) fue la estación central y el mayor centro de acopio de la Casa Arana, a donde cada cuatro meses arribaba el vapor *El Liberal*, propiedad de la empresa, para abastecerla de víquillas y llevarse el producto recolectado. Asimismo, la amparaba en el lugar una Comisaría Militar peruana. Originalmente establecida por Benjamín Larrañaga (véase la nota a la [página 137](#)) y Crisóstomo Hernández en 1898, mientras transferían su interés por la quina al caucho, fue usufructuada definitivamente por Julio César Arana, quien mantuvo como gerente general, hasta 1909, al peruano Víctor Macedo (acusado, en varias denuncias, de promover una temprana política de exterminio sobre la mano de obra indígena). Su población de trabajadores mestizos, en su mayoría peruanos, se acercaba a la centena, aparte de un importante contingente de empleados barbadenses y un número fluctuante de indígenas que en un momento u otro podría llegar a igualar o superar la cantidad de colonos. En su época de mayor auge, *El Liberal* podía cargar de vuelta a Iquitos hasta 500.000 kilogramos de caucho, que casi inmediatamente eran despachados hacia El Havre, Hamburgo, Liverpool o Nueva York. La Chorrera dominaba una vasta extensión de territorio en forma de 16 secciones subsidiarias, cada una con su propio jefe, y unas 40 sucursales más pequeñas. El aparato de explotación contaba, pues, con una presencia armada y amenazante, cuando no abiertamente aniquiladora, de alrededor de 700 personas dotadas de carabinas, rifles de repetición, revólveres e incluso algunas ametralladoras, amén de machetes y chicotes, que ejercía terror sobre más de 4.000 indígenas, en su mayoría huitotos, pero también ocainas, nonuyas, fititas, resígaros, andoques y boras. Hoy en día, el edificio erigido por la Casa Arana en La Chorrera ha sido resignificado por su actual población indígena —reconstituida a partir de sobrevivientes del genocidio— como Casa del Conocimiento: un centro educativo y lugar de memoria de enorme significado para sus relaciones con el pasado y su proyección como sociedad.

«el señor Custodio Morales»

Don Custodio Morales fue el gran informante de José Eustasio Rivera, en particular sobre lo que correspondió a la región de Caquetá-Putumayo. Frecuentador de los cafés y las tertulias bohemias de Ibagué o Bogotá a las que también asistía Rivera, este militar veterano «siempre sonriente, alto, flaco, desgarbado, con el bigote cano y un poco ralo y el cabello ligeramente encrespado hacia arriba» (Charria Tobar, 1963, p. 159), había participado con el grado de coronel en la expedición al Caquetá del general Eloy Caicedo, enviada por el presidente Reyes con el fin de establecer una colonia penal y agrícola en Florencia. En ese periodo fue cuando se prestó voluntariamente a

consumir yagé, para el estudio de Rafael Zerda Bayón (véase la primera nota a la [página 110](#)). El proyecto fracasó, por la mala disciplina de la tropa y un incierto tren de abastecimientos, pero no parece haber sido esa la causa por la cual Morales y otros cuatro miembros desertaron, escapando hacia el Caquetá para engancharse como caucheros. Según su propio testimonio, allí trabajó para distintos patrones colombianos que, uno por uno, fueron devorados por la expansión de la Casa Arana. Finalmente se asentó en Cuemaní (Cuimaní en la novela), en el Caquetá medio. Morales sostuvo, mucho tiempo después, que en ese lugar fue donde conoció a Clemente Silva. Para la década de 1910, Custodio Morales se hallaba radicado en Ibagué y desde allí comenzó una activa vida de cronista de sus experiencias amazónicas, con frecuencia denunciando los atropellos peruanos. El afecto y respeto que le profesaba Rivera se hacen evidentes, tanto por su mención como «colombiano de amables prendas» en *La Vorágine*, como por la cálida dedicatoria que le autografió en un ejemplar de la primera edición, que hoy se halla en la colección de la Biblioteca Nacional de Colombia. Que se sepa, su último rol público fue como muy solicitado experto sobre la misma novela y la vida de su autor; en esa calidad suplió de mucha información al crítico chileno y biógrafo de Rivera, Eduardo Neale-Silva; aunque valga decir que —como sucede con casi todos los testimonios de personas que conocieron al autor y le vieron crear su obra magna— sus evocaciones a veces parecieran haberse moldeado para ratificar punto por punto lo ocurrido en *La Vorágine*.

Página 139

«y los de El Encanto»

Ubicada a unos 60 kilómetros de distancia de La Chorrera, sobre el río Caraparaná, El Encanto era la segunda más importante estación con que contaba el emporio de Arana en la región del Putumayo. Originalmente fundada hacia 1900 por el colombiano Gregorio Calderón, pasó a manos de Arana mediante la habitual maniobra del peruano de asociarse primero con su fundador y luego presionarlo a vender. Como en La Chorrera, allí se edificó otra imponente construcción desde la que se alcanzó a controlar una cincuentena de secciones. La población fija, entre mestizos y barbadenses, llegaba a unas 150 personas. Su gerente desde 1906 era Miguel Loayza (véase la cuarta nota a la [página 140](#)).

Página 140

«El judío Barchilón tomó la palabra»

Aunque se trata de un personaje de frecuente mención en la literatura de denuncia sobre las atrocidades del Putumayo, la información sobre Isaac Jacob (o Jacob Isaac) Barchilón es enormemente imprecisa y rudimentaria. Sabemos que era judío sefardí y su origen habitualmente se indica como Tánger, en Marruecos, pero en otras fuentes se anota como Algiers, en la Argelia francesa; en ambos lugares el apellido abunda. Asentado originalmente en Brasil, entró en asociación con Benjamín Larrañaga, José María Moriz (o Mori, o Morey) Ramírez y Julio César Arana en 1901, pero sabemos que tres años después le vendió sus predios a Arana. Según Demetrio Salamanca Torres (1994, p. 48), «Batchelón», como lo escribe, ejercía también funciones militares, comandando la lancha peruana de guerra *Amazonas* con la que hostigaba frecuentemente a los caucheros colombianos (también pudiera tratarse de un hijo o de un hermano suyo; la referencia es vaga a ese respecto). En 1903, Barchilón se encontraba en La Chorrera, aún gerenciada por Larrañaga, y allí participó en la masacre de 25 indígenas okainas, transcurrida en

medio de la celebración del cumpleaños de la cuñada del patrón. Luego de haber sido azotados durante todo el día, al constatar Barchilón que no habían fallecido aún, él mismo los roció con kerosene y les prendió fuego. Este episodio fue denunciado por Benjamín Saldaña Rocca (véase la primera nota a la [página 147](#)) y fue publicado en varias antologías como la de Olarte Camacho y *El Libro Rojo del Putumayo*, aunque sin mencionar a Barchilón, como en cambio sí lo hizo el juez Carlos A. Valcárcel en *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*, de 1915. (Como fuera, la práctica de envolver indígenas en costales o telas —incluso en la bandera peruana— para empaparlos en combustible y prenderles fuego, aparece denunciada con frecuencia en distintos contextos y es achacada a varios agentes). Como sucedió con la gran mayoría de empleados o socios de Arana sindicados de crímenes atroces, su pista se perdió alrededor de 1915. Es posible, en todo caso, que este sea el mismo Jacobo Barchilón que aparece como dueño de tienda en la argentina Provincia de Santa Fe, conforme un directorio comercial de 1942.

«calcó la orden de Juancho Vega»

Juan Bautista Vega, pastuso, fue el primer socio colombiano de Julio César Arana, entre 1890 y 1896. Según varias fuentes, Vega fue instrumental en poner en relación comercial a su paisano Benjamín Larrañaga (véase la nota a la [página 137](#)) con Arana. Fruto de ello, se radicó en Iquitos, el 8 de abril de 1904, la fundación de la compañía Arana, Vega y Larrañaga, con un inciso en su acta de creación del todo significativo: «*A los indios del Putumayo se les obligará a trabajar por la fuerza para los socios por medio de los empleados de la compañía*» (Lagos, 2005, p. 80). Cercano también al presidente Rafael Reyes, Vega fungió como Cónsul de Colombia en Iquitos entre 1904 y 1905, situación que luego hizo parte del expediente contra el expresidente, en el que fue sindicado de favorecer los intereses de la empresa peruana en el territorio nacional (hecho de palmaria constatación, valga decirlo). En 1912, el juez peruano Carlos A. Valcárcel dictó orden de encarcelamiento para Bautista Vega, acusado de encubrir los crímenes de la Casa Arana. La condena no se llevó a cabo.

«se me presentó un negrote de Martinica»

Esta es una misteriosa mención, pues sabemos que la gran mayoría, si no todos los empleados negros contratados por la Casa Arana, provenían del Caribe británico, especialmente de Barbados —donde se enganchó el contingente más importante en 1904—, pero también de Antigua, Montserrat y Dominica (Cabrera Becerra, 2018). La historia de los barbadenses en el Putumayo de la Casa Arana es un capítulo que todavía demanda mucha investigación. Contratados para ejercer oficios varios —servidumbre, mecánica, cocina, vigilancia, etc.—, muchos terminaron convirtiéndose en torturadores, auxiliares de tortura o cazadores de indígenas remisos o prófugos. De seguro, el efecto era calculado, dadas la extrañeza y el temor —reportado en varias fuentes— que producía la gente de piel negra entre los nativos. Y justo por ello fue que el Reino Unido comisionó a su Cónsul en Rio de Janeiro, Roger Casement, a adelantar la investigación que devino en el *Libro azul del Putumayo*, de 1912, que inquirió sobre el rol de súbditos británicos (los barbadenses) en la perpetración de crímenes atroces y la esclavización de los indios.

«Señor Loaisa, le dije del mejor modo»

Miguel de los Santos Loayza era uno de los lugartenientes de confianza de Arana y, en esa condición, gerente de la estación El Encanto. Fue un personaje con fama de sanguinario, al que Arana mantuvo hasta el ocaso de la compañía; tanto así que, ya para la década de 1920, frente al inminente repliegue definitivo del territorio colombiano, Loayza se encargó de deportar por la

fuerza a casi 7.000 indígenas boras, huitotos y okainas hacia el lado peruano, a nuevas estaciones a orillas del río Ampiyacu, sobre las que continuó gobernando hasta finales de la década de 1950. De entre los hombres de Arana, es de los que más sabemos. El último encuentro reportado con Loayza, aún radicado en el Ampiyacu, lo registró un prófugo nazi, Hermann Becker-Freysing, médico sindicado y luego ejecutado por adelantar experimentos con la población recluida en el campo de concentración de Dachau.

Página 141

«y de la Florida, flojo y destornillado»

La estación cauchera de La Florida sobre el río Caraparaná fue fundada hacia 1901 por los hermanos Calderón (José Gregorio, Ildefonso, Tobías, Teófilo), como satélite de acopio de El Encanto y con mano de obra fundamentalmente huitota. La distancia entre ambos puntos no era menor, en cualquier caso: como mínimo, 46 horas en canoa, dado que el sendero por la selva podía ser mucho más dilatado y dispendioso. Para 1905, La Florida había pasado a ser explotada en consorcio con Julio César Arana, mediante la creación de la empresa Calderón, Arana & Cía, que alcanzó a tener 3.500 indígenas bajo su control. No obstante, se trató de una figura de papel: el capital de 12.500 libras esterlinas (más un saldo en deudas de 70.000 adicionales) aportado por Arana, equivalió a una compra de facto de El Encanto y sus estaciones.

«¡Señor Arana, voy a morir de pena!»

El retrato que aparece en *La Vorágine* de Julio César Arana hizo carrera, al mostrarlo como un ser degenerado y repulsivo. Pero no lo plasmó con verdadera justicia. La historia de Julio César Arana del Águila (1864-1952) fue la de un empresario tan hecho a pulso como carente del menor escrúpulo en lo concerniente a la ampliación y consolidación de su imperio cauchero. Natural de Rioja, en el piedemonte oriental andino peruano, apenas adolescente llegó a la Amazonia como vendedor de sombreros y otras mercancías menores. Rápidamente se involucró en el naciente negocio del caucho. En menos de veinte años, a punta de astucia comercial y de tejer relaciones de negocios, de endeude o de parentesco con las nuevas élites de Iquitos, había sacado del juego a todos sus rivales colombianos y peruanos; había inscrito su empresa (la Peruvian Amazon Company) en Londres, con junta directiva apropiadamente inglesa; y se había convertido en el hombre fuerte y benefactor de todo el Departamento de Loreto. Incluso al cabo de los escándalos sobre las atrocidades cometidas en sus estaciones (que, no nos quepa la menor duda, eran de su conocimiento, siquiera porque eran métodos admitidos como corrientes para la esclavización de la población indígena y la obtención de goma), no sólo mantuvo la extracción en varias de sus estaciones hasta la década de 1950, aunque fundamentalmente en el lado peruano, sino que llegó a ser un conspicuo senador por Loreto entre 1921 y 1924, es decir, contemporáneo con la aparición de *La Vorágine*. (Que sepamos, no contamos con registro publicado de la reacción de Arana ante el éxito de la novela). Su poder e influencia alcanzaron a ser lo suficientemente fuertes, como para que los sucesivos gobiernos peruanos de Augusto Leguía y Guillermo Billinghurst siguieran desde la distante Lima, y con enorme recelo, los movimientos de una región que, bajo el influjo de Arana y asociados, vivía casi independientemente del resto del país. Pero también la vida de Arana fue la de uno de miles de personajes de frontera, sujetos a los vaivenes de la *fortuna*. En ese sentido, su trayectoria es casi la que pudiera narrarse en un corrido, con todo y su inevitable colofón moralizante, a guisa de *vanitas*. A medio camino entre la malicia y la prudencia, Arana estaba lejos de ser el barón del caucho despilfarrador y salido de madre que tanto gustan de ilustrar los libros

anglosajones sobre el Putumayo, siempre con un pie en el burdel y otro en la agencia, la champaña en una mano y el revólver en la otra. Si bien no parece haberse negado ningún lujo a su alcance (residencias en Europa, internado suizo y luego colegio inglés para sus hijas), su antigua casa en Iquitos, aún en pie, llama la atención por no estar ubicada en el marco de la Plaza de Armas, previsible lugar para alguien de su condición. También resulta diciente que pocas veces hubiera antepuesto su nombre en las distintas y numerosas compañías que fundó en asociación con otros caucheros compatriotas o colombianos. Nada indica que fuera dado a la juerga o a la borrachera; por lo mismo, esta aparición suya en el desaforado carnaval en La Chorrera poco se compadece con su temperamento. Al contrario, su estudiada sobriedad patricia lo hizo tanto más temible, por su sangre fría, a la hora de azuzar a sus abogados y bancos de bolsillo tras la presa de sus socios y sacarlos sin contemplación del mercado, amén de incitar en Loreto el rencor patriotero contra Colombia. Y es que Arana no sólo se encargó de comprar y cancelar a la competencia colombiana; de hecho, compró, bajo la figura de una larguísima concesión y con el interesado favorecimiento de la presidencia de Reyes, buena parte de la Amazonia colombiana. Tanto que resultó inevitable para el Estado colombiano compensarlo por las «mejoras» adelantadas durante su presencia en el Putumayo, inclusive después del conflicto colombo-peruano de 1932 a 1934. En 1939, el Banco Agrícola Hipotecario de Colombia le canceló un primer depósito por 40.000 dólares; un cuarto de siglo después, la Caja Agraria le consignó el faltante de 160.000 dólares a los sucesores de Arana, adquiriendo así, definitivamente, el territorio que habría de conformar en 1988 el inmenso Resguardo del Predio Putumayo. Como muchos contemporáneos suyos, Julio Arana se hallaba convencido de que estaba «haciendo patria». Respondiendo a esta certeza, se enfrentó ante el Parlamento británico en defensa de sus acciones y empresa, aun cuando la ley sajona no tenía jurisdicción alguna sobre él. La minuta de su comparecencia, en estas circunstancias, demuestra una brecha insalvable de presunciones opuestas, del lado de los jueces y del cauchero, sobre qué significaba lo que estaba haciendo. Lo cual, evidentemente, no niega que los crímenes imputados a sus agentes y empleados sí hubieran ocurrido. No hasta hace mucho, la figura de Arana seguía siendo venerada en Loreto e Iquitos como la de un prohombre. El que hoy en día su memoria sea mucho más ambigua, no puede desconocer que se trató de un barón del caucho entre muchos; tal vez más astuto y carismático que la gran mayoría, pero no más sanguinario. Como tenía que ser para una vida de frontera y de corrido, murió casi en la pobreza, a orillas del océano Pacífico, muy lejos de la febril Amazonia que fue testigo de su ascenso meteórico.

Página 143

«llamado goma borracha por los brasileños»

Goma borracha es en realidad un pleonasio resultado de la falsa amistad entre el castellano «goma» y el portugués «borracha» que traduce justamente lo mismo: el caucho extraído del árbol *Hevea brasiliensis*. Aunque se trata de una etimología disputada, se ha aventurado que la palabra lusitana provenga originalmente de la similitud entre los antiguos odres de vino —elásticos, oscuros y沿ongados— y los «chorizos» de semejante forma en que se transportaba el caucho coagulado para su posterior procesamiento. En la actualidad, «goma borracha» es como se llama en algunos países al borrador de caucho.

Página 144

«Por esa época hubo para mi vida»

Dentro de los MBN, además del cuaderno de cuentas en el que se narran la «Primera parte» y un pedazo de la «Segunda parte» de la novela, encontramos otro cuadernillo, más pequeño y modesto. Se trata de un librito color rojo que en su portada promociona: «PAPELERIA, LIBRERIA, ENCUADERNACION Y TIPOGRAFIA. Útiles de Escritorio. Materiales para Escuelas. Gran surtido de libros de instrucción. Obras de literatura, Novelas, etc., etc. ARTICULOS DE PRIMERA CALIDAD. TRABAJOS ESMERADOS. Precios extraordinariamente bajos. J. V. MOGOLLON & Co. COLOMBIA». Y qué curioso, porque además de anotaciones geográficas sobre los ríos y el territorio que Rivera recorrió como miembro de la Comisión de Límites con Venezuela —de la que participó entre 1922 y 1924—, encontramos un fragmento del relato de Clemente Silva (Pieza 2, folios 9r al 14v), correspondiente a la «Segunda parte» de *La Vorágine*, un trabajo esmerado, sin duda alguna.

«A quien llamábamos el mosiú»

El *mosiú* (acomodación fonética del francés *monsieur*) no es otro que el geógrafo y explorador francés Eugène Robuchon (1872-1906), contratado en 1903 por el gobierno peruano para levantar la cartografía de la región del Putumayo y así ratificar la existencia del territorio como parte del Perú, al tiempo que la titularidad de los, para entonces, ya vastos predios de las muchas compañías de Julio César Arana (véase la segunda nota a la [página 141](#)). Durante los tres años que recorrió la región, sostuvo lapsos de estadía en Iquitos, donde se sabe que montó un estudio fotográfico. Para noviembre de 1905, Robuchon fue visto por última vez en las inmediaciones de la estación Último Retiro, próxima a la confluencia de los ríos Caquetá y Cahuinarí. Tras su desaparición, la Casa Arana se aprestó a informar que el geógrafo había sido capturado y devorado por indígenas caníbales. Empero, desde muy temprano corrió la sospecha de que en realidad Robuchon pudo haber sido asesinado en razón de poseer material gráfico y testimonial que demostraba las múltiples atrocidades de los agentes de la compañía contra la población aborigen, bien fuera porque pensara denunciarlas en su país de origen o porque intentaba extorsionar con ello a sus contratantes. Para algunas voces colombianas previas a *La Vorágine* (por ejemplo, el general Rafael Uribe Uribe), Robuchon había sido cómplice de algunos crímenes. La novela cambió decididamente la suerte de su figura, fijándolo como el humanitario y escandalizado *mosiú*. Sea cual fuere el motivo de su desaparición, encontrar a Robuchon, con vida o cuando menos sus restos, se volvió una causa internacional en una era en que estas juliovernanas empresas —como la de Stanley en pos de Livingstone en 1871— todavía alimentaban la imaginación de los lectores y el interés de las sociedades geográficas. Fue así como en su búsqueda llegó en 1908 al Putumayo Thomas William Whiffen, un capitán retirado de caballería, veterano de la guerra de los Bóers y miembro de la Real Sociedad Geográfica, que aunque no lo encontró, pudo establecer que hasta febrero de 1906 Robuchon aún había seguido activo. Del viaje de Whiffen quedaron una de las más importantes etnografías de su época, *The North-West Amazons* de 1915, y su posterior participación en el proceso del parlamento británico contra Arana, aunque este último siempre lo acusó de intentar chantajearlo. De Robuchon, la Casa Arana patrocinó la publicación en 1907 de un libro que recogía parte de sus informes, bajo el título de *En el Putumayo y sus afluentes* y el cuidado del Cónsul peruano en Manaos —adlátere y apologista profesional de Arana—, Carlos Rey de Castro, quien reforzó de múltiples maneras la hipótesis de su muerte a manos de antropófagos. En tiempos aún recientes, las investigaciones de Juan Álvaro Echeverri han permitido que nos hagamos un retrato mucho más complejo del explorador francés y tener acceso a una edición del libro de Robuchon (2010), acompañada de otros materiales supérstites que

anteriormente no habían sido tomados en cuenta. Asimismo, hace muy poco el libro de Whiffen (2022) ha visto la luz en su primera traducción al castellano, a cargo de Felipe Cárdenas-Arroyo y con la preparación editorial de Roberto Pineda Camacho.

Página 146

«El furioso judío salió a la puerta»

Como sabemos, José Eustasio Rivera consignó varias referencias de carácter histórico en su novela, las cuales utilizó no sólo para guiar la trama, sino para construir los personajes y las relaciones que tenían entre sí. En una nota anterior (véase la primera nota a la [página 140](#)), decimos que Jacobo Barchilón fue uno de los empleados y/o socios de Arana. La caracterización del personaje en los MBN (Pieza 2, folio 10v) fue mínima, pero al pasar a la novela, descubrimos que Rivera reemplaza «El hombre salió a la puerta» por «El furioso judío salió a la puerta». Podría parecer un hecho menor, hasta cuando vemos que además de esto incluye un diálogo que no se encuentra en el manuscrito: «*Puerco*, quita de aquí, que me ensangrientas el entablado» ([p. 146](#) en la presente edición; la cursiva es nuestra), refiriéndose a Clemente Silva, a quien Barchilón le ha clavado una pluma en la espalda. El hecho se vuelve interesante si pensamos que, además de ofrecer una mayor caracterización de Barchilón —que corresponde con el personaje histórico en sí—, Rivera se aprovecha de su figura para retratar la relación entre los capataces y los caucheros, entre el furioso judío y Clemente Silva, pues recordemos que para el judaísmo el puerco es un animal impuro, repugnante, llegando al punto de constituirse como tabú alimenticio. De esta manera, Clemente Silva sólo puede ser sinónimo de suciedad y desagrado para Barchilón.

Página 147

«el periodista Saldaña Roca»

El limeño Benjamín Saldaña Rocca de Vergallo (1861-1912) cumplió un papel trascendental como uno de los primeros y sistemáticos denunciantes, desde el lado peruano y la misma Iquitos, de los crímenes de la Casa Arana, y en esa calidad se convirtió en referencia obligada para toda la literatura posterior sobre el genocidio del Putumayo. De aparente ascendente judío, capitán condecorado de la Guerra del Pacífico (1879-1883), cercano a los círculos anarquistas de Lima, participó en la creación o fundó por su cuenta varios periódicos o hebdomadarios de cáustica invectiva política antes de trasladarse a Iquitos, por razones desconocidas, en 1906. Un año después denunciaba penalmente a Arana y redactaba e imprimía *La Sanción* cada tres días y *La Felpa* cada quince, fundamentalmente dedicados a exponer los continuos reportes que recogía sobre los atropellos de la gente de Arana, en muchas ocasiones a partir de los testimonios de extrabajadores de distintas estaciones caucherías, pero también criticando con inexorabilidad la injerencia del barón del caucho y su familia en la política municipal y departamental. Arana era el dueño del periódico de mayor circulación local, *El Loreto Comercial*, y si no hubiera sido por la publicidad que a *La Sanción* y *La Felpa* les dio el estadounidense Walter E. Hardenburg, cuando destapó las atrocidades del «Paraíso del Diablo» en una serie de reportajes homónimos publicados por el semanario londinense *Truth* en 1909, tal vez no habrían alcanzado a tener el impacto que después se les atribuyó. Aun así, la mención que hace Clemente Silva de la circulación de *La Felpa* en los barracones es creíble; este, en particular, debía llamar la atención de la población letrada de extracción baja, dadas sus cándidas pero eficaces ilustraciones o caricaturas monocromas a página entera, su tono satírico henchido de coplas y versos adaptados para la

ocasión y, cuando menos al principio, su llamativa impresión en tinta roja. De «periódico formidable» lo tilda el rumbero en los MBN (Pieza 2, folio 11r). El denuedo de Saldaña le valió toda suerte de amenazas, descréditos y procesos judiciales por parte del aparato de Iquitos. Para 1908 tuvo que cerrar su imprenta y poco tiempo después regresar a Lima. Continuó fundando periódicos y esporádicamente insistiendo en el castigo contra Arana, hasta que la muerte lo halló a los 51 años, en el minero y lejanísimo Cerro de Pasco. Una colección significativa de ejemplares originales de *La Sanción* y *La Felpa* reposa en nuestro Archivo General de la Nación (Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores, transferencia 2, Delegaciones, Tomo 600, 1903-1910). Y una compilación casi completa ha sido transcrita y espléndidamente cuidada y publicada recientemente por Leopoldo Bernucci y Ana Varela Tafur (2020).

«Puede marcharse cuando le plazca»

En los MBN, Clemente Silva no sólo fue liberado de las caucherías cuando, en respuesta a la inquietud del Visitador, declaró su intención de irse, sino también por el valor de su testimonio. Ante el «No señor, no señor!» de Silva, el Visitador respondía inicialmente en el manuscrito: «Este hombre queda al amparo de la justicia. Este hombre debe esperarme aquí para llevarlo a Iquitos para que declare a mi regreso. Allí dirá detalles precisos de sus expiaciones, expondrá lo que sepa sobre la exploración del sabio francés» (Pieza 2, folio 11r), lo que da luces sobre aquella visita enigmática para los caucheros, así como amplía lo que sucedió tras la desaparición del *mosiú*. De hecho, parece ser que Rivera quería insistir en la figura de Robuchon (véase la segunda nota a la página 144), pero se arrepintió y decidió dejarlo como un hecho enigmático en el relato de Clemente Silva.

Página 148

«un árbol maligno, llamado “Mariquita” por los gomeros»

En los MBN (Pieza 2, folio 11v), Rivera es más explícito: «un árbol maligno llamado P.H. P.F. o Caspicaracho», que luego reemplazaría por «mariquita». Las abreviaturas responden a nombres populares del *Toxicodendron striatum*: «Pedro Hernández» y «Pedro Fernández», respectivamente. Como es descrito en la novela, el árbol es una especie tóxica de Sudamérica que, al contacto o bajo el influjo de su sombra, produce una reacción dermatológica fuerte, cuya comezón es desesperante. Por lo mismo, hasta el día de hoy no es raro escuchar al colono o al campesino que pasan por lugares donde se da esta especie, decir algo en la línea de «*Con permiso, Don Pedro Hernández*», que busca que el árbol no lo agrede y lo deje pasar a su lado.

Página 149

«Un abuelo, Balbino Jácome, nativo de Garzón»

En los MBN (Pieza 2, folio 12r), el mismo personaje es introducido como «oriundo de Pitalito». En casos como este, no resultan demasiado claras las razones para la sustitución del origen. ¿Obedeció a un criterio de eufonía? ¿O buscaba aludir o encubrir a alguien en específico?

Página 150

«Cuando su viaje hacia el Caquetá»

En los MBN (Pieza 2, folio 13r), Balbino Jácome le reclama a Clemente Silva un itinerario distinto: «Cuando su viaje al Vaupés no le pedí que se picureara? U. resolvió coger para el Napo y

aquí se supo», aunque luego tachó la segunda frase. De seguro, resultaba mucho más difícil para el rumbero sostener que iba hacia el noreste, hacia el Caquetá o el Vaupés, si lo pescaban yendo en sentido totalmente contrario, hacia el Napo en el suroeste.

Página 151

«Pero Arana vive en Iquitos»

Teniendo en cuenta los manuscritos disponibles hasta la fecha (Pieza 1 y Pieza 2), esta sería la primera vez que se menciona a Julio César Arana en la trama. Lo curioso está en que Rivera decide tachar el nombre y reemplazarlo por un simple «Gerente» (Pieza 2, folio 14r), sin hacer alusión a uno en particular. Luego, como vemos en la primera edición, decide volver a ser explícito con el personaje al que se refiere, por lo que pudieramos llegar a pensar que se trata de una voluntad política de Rivera: nombrar aquello que es ignorado y que se pretende inexistente, pues recordemos que las denuncias hacia Arana datan, como mínimo, de principios del siglo XX y Colombia sólo vino a interesarse —y eso, parcialmente— cuando se detonó la disputa por la frontera con el Perú. Ahora bien, siguiendo la trama, el abuelo Balbino Jácome le explica a Clemente Silva lo inútil de la llegada imprevista del Visitador. En los MBN (Pieza 2, folio 14r), Arana —«Gerente», únicamente— sabía que el Visitador llegaría y ordena una serie de disposiciones para que el escenario de trabajo en las caucherías parezca a duras penas difícil por condiciones ambientales, mas no imposible en tanto sistema de tortura y esclavitud. Nos enteramos también de que el «Gerente» ha remitido una comunicación de evidentes implicaciones criminales, que además remarca su figura como capo gangsteril. «Si todavía vive [Clemente Silva], decía la carta, vean si pueden salir de él, como salieron del Culebrón. Sin embargo más convendría que el Visitador le tomara datos de todo lo que hicimos por el francés. El asunto de los azotes no vale nada si el colombiano Jácome lo desmiente» (Pieza 2, folio 14r). Jácome no dudó en desmentir y en un diálogo que no aparece en la primera edición, Clemente Silva le reclama haber sido capaz de cometer tal traición, a lo que el abuelo responde: «Sí, afirmó, para que ustedes padecan menos. No olvide U. que mi silencio lo habría matado. *En mi lengua tuve su vida*» (Pieza 2, folio 14r y 14v; énfasis nuestro). Esta última figura es magnífica y pone de presente que no todas las decisiones finales de Rivera o de cualquier autor son siempre afortunadas. Con enorme desprecio, Clemente Silva ha llamado a Jácome «lambón», en referencia a su aparente capacidad para adular servilmente a los patronos, a sabiendas de sus crímenes, porque busca su protección o negligencia. «Lambón» refiere al acto perruno de «lamber», lamer, ora en forma de petición de clemencia al amo, ora como acto escatológico: lamerle, limpiarle del cuerpo hasta lo más infame a cambio de unas caricias de aprobación y una magra recompensa. Pero también Jácome es así la encarnación del *lengua* en las relaciones de mediación colonial: aquel que traduce, a su propia conveniencia, el intercambio de palabras entre el conquistador y el conquistado. Si el Pipa es la encarnación de la «malicia indígena», del «indio ladino» —taimado, ventajista y desleal—, Balbino Jácome es el anverso del mismo personaje: el encubridor de la resistencia.

Página 153

«Ahí están Calderón, Hipólito Pérez y muchos otros»

El opita José Gregorio Calderón fue una leyenda de la temprana cauchería amazónica. En 1907 fundó Calamar, sobre el río Unilla, hoy en día en el departamento del Guaviare, primero sirviéndose del trabajo a endeude —o fruto de alianzas por intercambio de dones— de los

indígenas cubeo, luego del de huitotos y carijonas. Con sus hermanos fundó en 1901 las estaciones de La Florida, Filadelfia y El Encanto (véanse la primera nota a la [página 141](#) y la nota a la [página 139](#)), sobre el Caraparaná. Calderón fue un temprano denunciante de la presencia peruana; ya para 1902 se había manifestado al respecto en comunicación a la prefectura de la Provincia de Caquetá. Al parecer, también dirigió escaramuzas contra los primeros enclaves de Arana, incluso instigando a los indígenas de Último Retiro a rebelarse. Pero esto parece haber sido sobre todo un mecanismo de presión para negociar con el pez grande; ya en 1905 se había asociado con sus antiguos enemigos y se constituía Calderón, Arana & Cía. Con ello, Arana se hizo a la segunda estación más importante de su complejo extractivo. En el mismo envío inicial que produjo la colonización quinera-cauchera del Caquetá y Putumayo, al lado de Calderón y sus hermanos se encontraban Benjamín Larrañaga (véase la nota a la [página 137](#)); los hermanos antioqueños Eloy, Venancio, Roberto, Francisco, Ramón, Raimundo, Emilio y Ricardo Gutiérrez (con Pedro Pizarro fundadores de Florencia); el mulato descanseño y prófugo de la justicia Crisóstomo Hernández (conocido como el «conquistador de la huitocia»); Juan Bautista Vega (véase la segunda nota a la [página 140](#)) e Hipólito Pérez. Este último, tolimense, fundó en 1901 la estación Argelia, se asoció con Arana en 1905 y, en obediencia a un patrón predatorio habitual, terminó sacado por este último del negocio tras una compra del predio por 5.000 libras esterlinas. La distancia navegable entre Argelia y La Chorrera (véase la primera nota a la [página 138](#)) podía llegar a ser de 95 horas; esto da cuenta tanto de la complejidad del transporte del caucho como de la dilatación del emporio de Arana.

«envió al General Velasco a licenciar tropas»

Veterano de varias guerras civiles y con un papel preponderante durante la Guerra de los Mil Días en el Tolima, siempre en el bando conservador, el general Benigno Velasco fue designado en 1906 por el presidente Rafael Reyes como intendente militar del Caquetá y el Putumayo. Sobre lo que denuncia Balbino Jácome, quien ve en el licenciamiento y disolución de resguardos en el Putumayo, por parte de Velasco, una maniobra cómplice del gobierno con las pretensiones territoriales de Arana, pueden aventurarse otros propósitos distintos. Tal parece que la intención de Reyes, o al menos la de Velasco, era flanquear el bloqueo peruano y consolidar un poderoso frente cauchero-militar colombiano en el medio Putumayo. (El móvil no tenía por qué reñir con el puente comercial establecido entre Reyes y Arana por medio de varios testaferratos; al fin y al cabo, Reyes movía sus fichas con miras a sacar el mayor provecho por el lado que mejor le fuera). La expedición de Velasco, compuesta en su mayoría por convictos, sufrió reveses parecidos a la de su par, el general Eloy Caicedo, en la que participó Custodio Morales (véase la segunda nota a la [página 138](#)). En 1907 Velasco fue reemplazado por el corregidor del Caraparaná, Jesús Orjuela.

Página 156

«que me entreguen al Juez Valcárcel»

Carlos A. Valcárcel fue el juez titular de la Corte de Iquitos designado en 1910 por la Corte Superior de Loreto para investigar las muchas denuncias contra la Casa Arana publicitadas por Benjamín Saldaña Rocca (véase la primera nota a la [página 147](#)). Trabas burocráticas —probablemente intencionales— y quebrantos de salud lo obligaron a retirarse pronto del Putumayo, en procura de atención médica en Nueva York, periodo durante el cual fue reemplazado por el juez Rómulo Paredes, un antiguo abogado al servicio de Arana que, en su nueva labor, no tuvo empacho en recomendar, tras un largo memorial, la emisión de 230 órdenes de detención. Aunque Valcárcel refrendó la instrucción y procedió cuanto antes a ordenar la captura de Pablo Zumaeta,

gerente de la Peruvian Amazon Company y cuñado de Arana, fue declarado insubsistente —de seguro por la intervención tras bambalinas del que entonces ya era su enemigo jurado— y sólo pudo retomar la investigación tras la restitución de su cargo en 1912. El 10 de diciembre de ese año, recién retorna a Iquitos, emitió auto de detención contra Julio César Arana y Juan B. Vega (véase la segunda nota a la [página 140](#)); no obstante, casi enseguida cayó víctima del beriberi y su nueva ausencia fue aprovechada por los poderes locales para desatar una furiosa campaña de desprestigio en su contra, acusándolo hasta de pederastia. Sin embargo, para entonces la balanza empezaba ya a inclinarse en contra de Arana, y aunque la Corte de Iquitos fue descaradamente parcial con los acusados, el gobierno peruano —bajo la nueva presidencia de Guillermo Billinghurst—, recelaba lo suficiente de lo que estaba pasando en Loreto como para salir a apoyar públicamente a Valcárcel. En 1915, el juez, ya retirado, publicó un clásico de la literatura sobre el genocidio cauchero, *El proceso del Putumayo, sus secretos inauditos*, que en muchos aspectos y lugares aportó las pruebas más sólidas en contra de los métodos de Arana y asociados, más consistentes, incluso, que las presentadas en el *Libro azul británico*, al final de la investigación llevada a cabo, casi al mismo tiempo, por el Cónsul Roger Casement. El libro de Valcárcel cuenta con una edición contemporánea de fácil acceso en línea (Valcárcel, 2004).

Página 159

«Yo no soy de Colombia, ni gano sueldo»

Como cosa habitual, tampoco la suerte favoreció en esta escena a Clemente Silva. La fecha de su búsqueda del Cónsul colombiano en Manaos tuvo que ocurrir entre 1912 y 1913, ya que antes había mencionado al juez Valcárcel (véase la nota a la [página 156](#)) y, como se sustenta más adelante, la acción de la novela no va más allá de 1914. Durante ese periodo sí hubo allí un representante de nuestro país, un nacional colombiano, Emilio Cabrera, quien de una u otra manera ejerció el cargo entre 1908 y 1917, y, por lo que parece, defendió en lo que pudo los intereses y las condiciones de sus compatriotas en la región, mucho más claramente, en todo caso, que su antecesor, el corrupto Juan B. Vega. Ahora bien, lo que hasta la fecha sabemos de este personaje es mínimo; es tan poco, de hecho, que ni siquiera es claro de si se trata del mismo Jose Emilio Cabrera, cauchero pastuso, que aparece mencionado aquí y allá como habitante de Puerto Largo, en la margen izquierda del río Putumayo, hacia 1900. Como lo han demostrado las intensivas pesquisas de Carlos Zárate Botía y Gabriel Cabrera Becerra, la historia diplomática de Colombia en la Amazonía está llena de casi irresolubles lagunas, dada la ausencia de documentación conocida. Sea como sea, si hemos de creerle en su recuento, el triste Brújulo fue objeto de alguna chanza malintencionada, con independencia de que a Rivera le interesara hacer hincapié en la desatención nacional de un lugar tan estratégico como Iquitos.

Página 165

«Y el antiguo prófugo de Cayena»

Esta ciudad en la Guyana francesa albergaba dos centros penitenciarios para prisioneros políticos o extremadamente peligrosos: Saint-Laurent-de-Maroni, creada en 1858, y la Isla del Diablo, mar adentro en el Caribe, a 11 kilómetros de la costa, establecida en 1852. Sus sentencias carcelarias —popularmente conocidas como «la guillotina fría»— solían ser de por vida, hecho que se aseguraba por la virtual imposibilidad del escape, dada la bravura del mar, por demás infestado de tiburones, o la inexpugnabilidad de la selva hacia tierra firme. Sin embargo, algunos convictos lograron

fugarse, el más célebre de ellos Henri Chàriere, alias «Papillon», cuyas memorias noveladas de 1969 fueron exitosamente adaptadas a un clásico filmográfico de 1973. Y, claro está, el Cayeno, de quien es de suponerse que originalmente fue trasladado desde Francia hacia allí, a causa de algún crimen atroz o sonado, o por participar en la acción violenta de algún grupo extremista. Rivera le aseguró a su primer traductor al inglés, Earl K. James, que el Cayeno era un personaje real (Neale-Silva, 1939, p. 326). Pero no ha sido posible para nadie, al menos hasta ahora, dar con su modelo. Vale asimismo recordar que la pimienta de cayena es una variedad de chile picante; explosiva, por así decirlo. Atributo que le cuadra bien a este truhan.

Página 172

«**Tambochas! Esto equivalía a suspender trabajos»**

La marabunta de hormigas tambochas (*Eciton burchellii*) —carnívoras, venenosas, de poblaciones millonarias en cada raza— es una poderosa metáfora de todo lo que ocurre en el corazón narrativo de *La Vorágine*. Se trata de miles y miles de seres abocados a la destrucción de lo que tienen por delante, en obediencia a un propósito colectivo, a una estrategia de despliegue que puede abarcar varios kilómetros, cuando se abren las columnas de ataque en abanico; a una enorme coordinación en el trabajo, al establecimiento de jerarquías (reinas, guerreras, obreras) y a un implacable poder de aniquilamiento. Se estima que en una situación como la que aquí evoca horrorizado Clemente Silva, pueden consumir hasta 100.000 animales en un día. Las tambochas admiten ser leídas como la ambición o el sistema que llama a millones de personas a un frente extractivo en busca de *fortuna*, y que con enorme violencia no deja tras de su paso «más que ruido y desolación». Sorprende, por lo mismo, que nunca se haya apelado al motivo en ninguna de las muchísimas carátulas que hasta la fecha ha tenido la novela en sus múltiples ediciones, oficiales o piratas.

Página 180

«**En esa tarea lo encontraron los Albuquerques»**

Muy probablemente se refiere a los hermanos Manoel Antonio y Chico de Albuquerque, o a parientes suyos. Theodor Koch-Grünberg (1995, vol. 2, p. 19) los encontró en 1904, en Bella Vista, en la orilla izquierda del río Caiarý-Vaupés, donde Manoel fungía como *subprefeito*. Sobre el río, en la isla de Jacaré-capuámu, residía su padre Boaventura, un respetado patriarca proveniente de Pará, pero que se había asentado hacía 30 años en Bella Vista para fundar el «linaje de los Albuquerque» (Ibid.).

Página 186

«**Franco vació mañoco de su bolsillo»**

Además de considerables apartados de *La Vorágine*, los MBN —particularmente la Pieza 2— traen consigo una gran variedad de escritos, mapas y reflexiones, la mayoría en torno a la geografía del suroriente del país. En medio de coordenadas y referencias, surge un registro interesante: se trata de un «Listado de víveres» (Pieza 2, últimos 3 folios del documento) que Rivera debió redactar con el fin de solicitar insumos que se hacían necesarios durante su participación en la Comisión de Límites con Venezuela. La lista es sorprendente, cuando menos para las expectativas de nuestra época: aceitunas; carne de res; carne de cerdo; galletas; jamón; leche condensada; langostas —sí, langostas—; *petit pois* —tal cual aparece escrito y se refiere a arvejas en conserva—; salmón; queso; vino tinto; *pousse-café*; brandy y whisky, por enumerar algunos. Lo mismo sucede con la

solicitud de objetos: papel *toilet*, servilletas, manteles, toallas, limpiones, filtros y catres. En rigor, nada asegura que estas fueran solicitudes de Rivera, pues la logística de la Comisión corría por cuenta de la Federación Suiza, que hacía las veces de garante neutral. Y bien sabemos que una de las razones por las cuales Rivera renunció airadamente de la Comisión, el 27 de noviembre de 1922, fue por la desatención en los suministros, cuando ya había caído presa del paludismo y padecían hambre en su campamento, como bien lo confirman las fotos que le tomaron por esa época, entre ellas la que reproducimos en la solapa del presente volumen, cuyo original reposa en los Archivos de Rivera de la Universidad de Caldas. Según el propio testimonio del autor, cuando arribó a São Gabriel de Cachoeira, se hallaba en un crítico estado de desnutrición, y fue gracias a la ayuda de monseñor Pedro Massa que pudo recuperarse (véase la primera nota a la [página 227](#)).

Página 205

«En el estanco de Capecci»

Jesús Capecci (o Capecchi) era un boyante comerciante de San Fernando de Atabapo y fue asesinado con su esposa por los insurrectos comandados por Funes el 8 de mayo de 1913.

Página 209

«va asesinando a sus mismos cómplices»

Para cuando Rivera había iniciado la escritura de *La Vorágine*, ya la férrea dictadura del coronel Tomás Funes Guevara (1855-1921) había concluido con estruendo. La llamada «Noche de los machetes», narrada con enorme eficacia y un notable rigor por Ramiro Estévanez, tuvo lugar el 8 de mayo de 1913; de lo que se puede colegir que la acción de la novela no va más allá de 1914. Pero, por esa misma razón, aunque de seguro conocía el ocaso del mandón atabapense, prefirió mantenerlo en pleno cenit de su régimen. Funes gobernó la región durante siete años; era tal su poder, que el mismo dictador de Venezuela, el general Juan Vicente Gómez, prefirió dejarlo a sus anchas y llamarlo «compadre» que tomar cartas en el asunto, seguro convencido de que una confrontación con el tirano resultaba, amén de costosa e incierta, inconveniente, pues éste ejercía a su manera una decidida soberanía que mantenía a raya los intereses colombianos y brasileños sobre el territorio. Por lo que algunos cronistas describieron, tampoco todo fue brutal durante ese septenio: Funes tenía pretensiones modernizadoras y jugaba con la idea de convertir a San Fernando en un puerto cauchero a la altura de Iquitos o Manaos; trajo la electricidad, montó un servicio regular de correos, abrió carreteras y calles, promovió la higienización. Todo a costa, ni qué decirlo, de reprimir sin cuartel a la oposición (se le endilgan 460 muertes, muchas a cargo de su fuerza personal de policía) y, sobre todo, de someter a sangre y fuego a las poblaciones indígenas de la región, especialmente los yekuana, yanomami y piaroa, que todavía lo recuerdan con horror. Funes ordenó arrasar sus aldeas, capturarlos por la fuerza y esclavizarlos para la extracción cauchera. Se calcula que alrededor de 1.000 yekuanas perecieron en esas circunstancias. En una buena medida, al darle relevancia argumental a la tiranía de Funes, Rivera quería señalar que el terrible genocidio indígena del Putumayo no había sido un caso aislado en la Amazoninoquia. (Y aunque no tenía por qué traerlo a colación, el exterminio masivo de la población indígena era algo que venía sucediendo simultáneamente en otros lugares de Colombia, como, por ejemplo, en la Serranía del Perijá). Pero, como ocurrió con su retrato de Julio Arana (véase la segunda nota a la [página 141](#)), la semblanza que hizo de Funes se limitó en exceso a la caricatura infamante. La mayoría del tiempo, plasmó una imagen del «indio» Funes como la de un

troglodita tanto o más básico e ignorante que el Váquiro, cosa que definitivamente no era. Porque fuera lo que fuera, como ocurría con Arana, Funes era un avezado administrador y un político artero. Mucho más apropiado fue sentenciar que «Funes es un sistema, un estado del alma, es la sed de oro, es la envidia sordida. Muchos son Funes, aunque lleve uno solo el nombre fatídico» ([p. 203](#)). A la postre, el coronel se granjeó suficientes enemigos influyentes como para que apoyaran los movimientos del guerrillero antigomecista Emilio Arévalo Cedeño, que con su gente se cerró sobre San Fernando y capturó a Funes, sin gran resistencia, el 27 de enero de 1921, para fusilarlo cuatro días después.

«pero yo se las adivino!»

En este pasaje se ha revelado el talante definitivo de Zoraida como una devoradora de hombres, paralela, en su versión humana, a la indiecia Mapiripana. Como ya lo hemos observado en una nota previa (véase la primera nota a la [página 133](#)), hay una posible figuración del apellido Ayram como una María invertida, es decir, como una Eva, sinónimo de tentación, caída y muerte. Pero en el carácter de la madona (que así es llamada, no tanto en referencia a la Virgen, como al título de gran señora) describe una psíquis y una sensualidad asfixiante mucho más complejas que las de la Eva bíblica: es otra forma de anti-María, es una Venus. Toda ella está hecha para subyugar, con su cuerpo y sus artes, al héroe. Daniel Samper Ortega recordaba que a José Eustasio Rivera le encantaba la música de Richard Wagner (Neale-Silva, 1986, p. 162), hecho para nada raro entre la esfera intelectual de la época, a ambos lados del océano Atlántico. Y bien pudiera ser que Rivera estuviera familiarizado con los libretos de los dramas musicales del compositor alemán, ampliamente difundidos y ya para entonces fácilmente asequibles en castellano, siquiera resumidos en prosa, y específicamente con la historia del poeta medieval Tannhäuser, dividido entre la arrolladora pasión por la diosa del amor, que se sirve de todo lo que tiene y puede para retenerlo en el inframundo, y la casta devoción por la virginal Isabel. Como se habrá acabado de leer, en la primera edición de 1924 Cova se lamenta de que «este diablo de vieja infanda toca los lindes de la marchitez y la obesidad». En la quinta y última edición, Rivera sustituyó ese pasaje por «esta jamona indecorosa alcanza los límites de la marchitez y la obesidad» (Rivera, 1928, p. 309). Originalmente, Zoraida es una bruja en el molde canónico: un «diablo de vieja» que es «infanda», es decir, horrible, y por ello a Cova parecía haberle sucedido lo que al lascivo misionero cuando conoció la verdadera cara de Mapiripana, que una vez satisfizo su deseo brutal, descubrió, para su tormento, un rostro de pesadilla. Para 1928, la situación transmutó en algo más mundano y prosaico: Zoraida se redujo a una «jamona», una señora entrada en carnes y años, «indecorosa» aparte de todo.

Página 213

«que trazó la Oficina de Longitudes de Bogotá»

Hay que conocer este mapa para entender a qué se refería Arturo Cova en su acibarada cavilación. Tenía toda la razón. La dichosa carta media 197 x 205 centímetros, en una escala de 1:1'000,000, y buena parte de la orografía de la región amazónicoquense aún no aparecía consignada. Rivera accedió a este mapa y tuvo razón al usar la voz de Cova para reclamar las inexactitudes geográficas de la carta. De hecho, en la Pieza número 2 de los MBN encontramos anotaciones que José Eustasio Rivera realizó siendo miembro de la Comisión de Límites con Venezuela (1922-1924), las cuales agrupan desde la definición de los cauces de ríos y los territorios circundantes, hasta datos de quienes le habían suministrado la información. Uno de los escritos más interesantes

de esta Pieza se titula «Observaciones al Mapa de Longitudes» (Pieza 2, folio 24r). Si quisieramos buscar una explicación geográfica del reclamo de Cova, allí encontraríamos algunas de las razones, incluso de tipo etnográfico:

El Guéjar está mal levantado - El Cunumía no desemboca en aquel sino en el Ariari - El Guejar tiene unos 250 kilómetros y es navegable por canoas desde el Ariari hasta la cuchilla del Neme - El Cafre, llamado erróneamente Cafra en el mapa, no desemboca antes del salto Angostura, sino abajo de éste, pocos kilom. arriba de la boca del Ariari. El Cafre tiene unos 250 Ks. y es navegable por canoas en invierno y en todo tiempo por canoas pequeñas - Según informe de los indios Guayaberos, hubo otro tiempo una misión religiosa entre el Ariari y el Guayabero y llevaban los productos de sus hatos por el San Vicente al arrastradero del río Manacasías y salían al Meta - El Balsillas no es afluente del Guayabero sino del Caguán - Este nace en un cerro llamado el Puro - Rucio a 2.600 ms. poco + o - que es el divertium aquarum entre el Magdalena, el Orinoco y el Amazonas-

El mapa en cuestión, puede ser consultado en una digitalización de altísima calidad en el catálogo en línea de la Biblioteca Nacional de Colombia, sección Mapoteca.

Página 223

«¡El primer ataque de beriberi!»

Por beriberi se entiende un conjunto de enfermedades producidas por la deficiencia de vitamina B1 (tiamina), usualmente ocasionada por la falta de harinas, huevos, carnes rojas o legumbres en la dieta. Afecta principalmente los sistemas nervioso y cardiovascular, produciendo fatiga intensa y adormecimiento en las extremidades, pero también enfermedades neurológicas como la encefalopatía de Wernicke o el síndrome de Kórsakov. La primera se expresa en torpeza en los movimientos, pérdida de la audición y de la vista, confusión, irritabilidad y eventual psicosis. El segundo progresiva a la fabulación, o sea, a llenar las lagunas mentales con información inventada que se asume como factual y verídica. Toda esta sintomatología es consistente con lo que venía experimentando Arturo Cova desde su ingreso a la selva, y nos recuerda una vez más que lo que hemos venido leyendo es fundamentalmente su delirio.

Página 225

«¡Cocota! ¿No te descubres?»

En este contexto, *cocota* no equivale a su canónica definición en castellano (que alude a una pieza de ropa o a un peinado que cae sobre el cogote o la nuca), sino a una adaptación del francés *cocotte* —recuérdese que el Cayeno es de esa nacionalidad—, que en la época era la forma habitual de referirse a las prostitutas o cortesanas de lujo.

Página 227

«El Prefecto Apostólico, Monseñor Massa»

He aquí uno de los pocos comprobados anacronismos de Rivera en la trama de *La Vorágine*. Mientras la mayoría de referencias a personajes factuales resultan probables en el marco de tiempo en que transcurren los desplazamientos de Arturo Cova o Clemente Silva, en esta ocasión —sin duda, con el fin de hacerle un homenaje— se hace mención de alguien que no estaba por esa época

en la zona. El salesiano italiano Pedro Massa (1880-1968) sólo vino a ser prefecto apostólico en la región del Río Negro hasta 1920, y tres años después lo conoció Rivera en São Gabriel de Cachoeira, según su propio testimonio, salvándolo del hambre crónica y procurándole combustible y víveres para proseguir el rumbo hacia Manaos. Durante ese encuentro, monseñor Massa le obsequió un ejemplar de *Inferno verde*, colección de estampas amazónicas escrita por el recifense Alberto Rangel, publicado por primera vez en 1908, el cual sabemos que influyó directamente en la redacción de algunos pasajes de *La Vorágine*. Este volumen, hoy en posesión de la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá, reza en su frontispicio: «*Mons. Pedro Massa ofrece 1922 ao pregado amigo Dr. José Eustasio Rivera lembrando una hora de palestra no sertão Rio Negro São Gabriel 1/17/1923*».

«a fines de la semana, en el vapor Inca»

En el informe suscrito desde Manaos por Rivera y Melitón Escobar Larrazábal al Ministro de Relaciones Exteriores, con fecha 18 de julio de 1923, se lee en el pasaje que resume su itinerario: «En Santa Isabel dejamos la lancha [brasileña *Isabel*] y nos embarcamos el 7 de julio siguiente en el vapor Inca, de la Compañía Nacional de Transportes, el cual nos condujo a esta ciudad» (en Rivera, 1991, p. 43). En realidad, la embarcación de 303 toneladas pertenecía a la Companhia de Navegação e Comércio do Amazonas, sita en Manaos, y tenía un poco más de sesenta años de existencia. Un poco antes del viaje de Rivera, el primer gran cineasta del Amazonas, el portugués Silvino Santos —que en algún momento fue patrocinado por Julio César Arana— filmó al Inca en su clásico documental *No País das Amazonas*, de 1922.

«¡Umarituba! João Castanheira Fontes»

João Castanheira (o Castanheiro) Fontes era comerciante de caucho en Umarituba, en el bajo Río Negro, y Rivera lo conoció durante su participación en la Comisión de Límites con Venezuela. Era nativo de la zona, vástago de una casa comercial que llevaba por lo menos 20 años en la región, por lo que su aparición en este momento de la trama es del todo plausible.

Página 229

«y, tomándola en brazos, se lo mostré»

Al final, Arturo Cova deviene en caníbal, ha alcanzado el paroxismo de la condición salvaje, metafóricamente al menos. Los caribes (*Pygocentrus cariba*) son las mismas pirañas, pero en este contexto *caribe* es una denominación mucho más significativa. Deriva de un vocablo recogido por Cristóbal Colón durante su primer viaje, el 22 de noviembre de 1492, entre sus «interlocutores» taíno-ciboneyes, arawak-parlantes, de la isla La Española, pronunciado en uno u otro costado del lugar como *caniba*, o bien *carib*. («Interlocutores» en entrecomillado, porque ante la mutua total ignorancia del idioma del otro, el genuino diálogo sólo podía ser gestual y enormemente rudimentario). Presuntamente, el término aludía a la gente de otras islas que venía a cazarlos y comérselos. De allí surgieron, pues, las nociones eminentemente intercambiables de caribe y caníbal. Y en esta climática escena del relato de Arturo Cova, él ha dado muerte a Barrera mordiéndolo y hundiéndolo en un pozo infestado de caribes.

*

* * *

Bibliografía

- Áñez, J. (1948). *De «La Vorágine» a «Doña Bárbara». Estudio crítico a propósito de la originalidad de dos famosas novelas americanas*. Imprenta del Departamento.
- Bernucci, L. (2020). *Un paraíso sospechoso. La vorágine de José Eustasio Rivera: novela e historia*. M. Serrano (Trad.). Pontificia Universidad Javeriana.
- Bernucci, L. y Varela Tafur, A. (Eds.) (2020). *Benjamín Saldaña Rocca: prensa y denuncia en la amazonía cauchera*. Pakarina Ediciones.
- Brisson, J. (1896). *Casanare*. Imprenta Nacional.
- Cabrera Becerra, G. (2018). La presencia antillana en la Amazonia: los negros barbadenses en la explotación del caucho y sus imágenes. *Memorias. Revista digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano*. 14(36).
- Charria T. (1963). *José Eustasio Rivera en la intimidad*. Tercer Mundo.
- Koch-Grünberg, T. (1995 [1909]). *Dos años entre los indios: viajes por el noroeste brasileño, 1903 / 1905*. M. M. Ortiz y L. C. F. Castillo Serrano (trads.), 2 vols. Universidad Nacional de Colombia.
- Lagos, O. (2005). *Arana, rey del caucho. Terror y atrocidades en el Alto Amazonas*. Emecé.
- Neale-Silva, E. (1939). *The Factual Bases of «La Vorágine»*. *Publications of the Modern Language Association of America*, 54(1), 316-331.
- Neale-Silva, E. (1986 [1960]). *Horizonte humano: vida de José Eustasio Rivera*. Fondo de Cultura Económica.
- Olarte Camacho, V. (1932 [1911]). *Las crueidades de los peruanos en el Putumayo y en el Caquetá*. Imprenta Nacional.
- Ordóñez, M. (2014). *La escritura, ese lugar que me acompaña*. C. Alzate, B. Osorio y B. Restrepo (Eds.). Universidad de los Andes.
- Páramo Bonilla, C. G. (2004). En el camino hacia *La vorágine*: dos antropólogos tempranos y su incidencia en la obra de José Eustasio Rivera. En *Cuadernos de los Seminarios: Ensayos de la Maestría en Antropología* (pp. 35-54). Universidad Nacional de Colombia.
- Páramo Bonilla, C. G. (2009). «Cosas de *La vorágine*»: una guía para viajeros «hacia el vértice de la nada». *Palimpsestvs* 7, 13-25.
- Páramo Bonilla, C. G. (2012). Cinco personajes en *La vorágine*: tipos, mito e historia de la Amazonia. En F. Correa Rubio, J.-P. Chaumeil y R. Pineda Camacho (Eds.), *El aliento de la memoria. Antropología e Historia en la Amazonía Andina*. CNRS / IFEA/ Universidad Nacional de Colombia, 208-258.
- Peña Gutiérrez, I. (1988). *Breve historia de José Eustasio Rivera*. Cooperativa Editorial Magisterio.
- Pérez Silva, V. (1988). *Raíces históricas de «La vorágine»*. Ediciones Príncipe Alpichaque.
- Rincón, P. M. (2019). *Las Vorágines de Rivera*. Uniediciones.
- Rivera, J. E. (1928). *La Vorágine*. Quinta edición. Editorial Andes.
- Rivera, J. E. (1991). *José Eustasio Rivera intelectual. Textos y documentos, 1912-1928*. H. S. Pachón-Farías (Ed.). Universidad Surcolombiana.
- Rivera, J. E. (1998 [1928]). *La vorágine*. M. Ordóñez (Ed.). Cátedra.
- Rivera, J. E. (2013 [1928]). *La vorágine*. F. M. Rodríguez-Arenas (Ed.). Stockcero.
- Rivera, J. E. (2021 [1928]). *La vorágine*. R. Mataix (Ed.). UNED.

- Robuchon, E. (2010 [1907]). *En el Putumayo y sus afluentes*. J. Á. Echeverri (Ed.). Editorial Universidad del Cauca.
- Salamanca Torres, D. (1994 [1916]). *Amazonia colombiana. Estudio geográfico, histórico y jurídico en defensa del derecho territorial de Colombia*. Academia Boyacense de Historia / Gobernación de Boyacá.
- Sosa, M. (1988). La historia de Julio Barrera, versión guahiba. En *Los Llanos: una historia sin fronteras. Primer Simposio de Historia de los Llanos Colombo-Venezolanos* (pp. 146-155). Academia de Historia del Meta.
- Triana, M. (1908). *Por el Sur de Colombia. Excursión pintoresca y científica al Putumayo*. Garnier Hermanos. [Existe una edición de 2021 a cargo de la Universidad del Cauca].
- Valcárcel, C. A. (2004 [1915]). *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*. A. Chirif (estudio preliminar). Monumenta Amazónica. https://www.iwgia.org/images/publications/0330_El_Proceso_del_Putumayo_Doc_44.pdf
- Whiffen, T. (2022 [1915]). *El Amazonas noroccidental. Notas de algunos meses vividos entre tribus caníbales*. R. Pineda Camacho y F. Cárdenas Arroyo (Eds.). Academia Colombiana de Historia.





AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de la suma de varias contribuciones, esfuerzos y apoyos recibidos por un grupo importante de personas e instituciones.

En primer lugar, queremos agradecer a Ángela Cifuentes, Pilar Reyes, Eder Pérez y Miller Becerra, por su trabajo arduo apoyando la gestión y coordinación de los espacios de encuentro de la FCH en donde le dimos forma a este proyecto. A Edgar Hernando López, por cuidar y apoyar este proyecto, y al equipo administrativo, en especial a Katherin Peña, por la eficiente gestión que lo hizo realizable.

Agradecemos también a Ximena Pachón, al equipo de la UCRI, y a Marcela Muñoz, por la asistencia que nos ofrecieron cuando requerimos su valiosa ayuda.

No podemos dejar de agradecer al equipo del Centro Editorial y a sus estudiantes auxiliares, que con ojos precisos y mentes creativas realizaron tareas arduas de revisión: a Valentina Barón Leal, quien ayudó a identificar variantes entre el manuscrito de la Biblioteca Nacional (Pieza 1) y la novela; a Íkaro Valderrama, por el levantamiento cuidadoso del texto

de la primera edición y por la corrección de estilo de las presentaciones y notas; a Gabriela Burgos, María Alejandra Morales Rozo y Sarita Martín Rincón, quienes prestaron sus ojos y oídos para cotejar nuestro manuscrito con el original; a esta última le agradecemos también su esmerado cuidado del texto completo. A Catalina Arias, por estar al frente de los procesos de gestión editorial.

Al Comité Editorial de la Facultad y a Alejandra Jaramillo, Vicedecana de Investigación y Extensión, agradecemos su aval y entusiasmo frente a este proyecto de la Facultad.

A la Vicerrectoría de la Sede Bogotá, a cargo de Ismael Peña; a la Secretaría de Sede, en cabeza de Lorena Chaparro; a la Dirección Académica de Sede, a cargo de Carlos Cubillos; a la Oficina de Planeación y Estadística de la Sede Bogotá, bajo la jefatura de Geraldo Millán, y a su asesora, Ximena Álvarez, les debemos que este libro pueda ser distribuido gratuitamente entre los miembros de la Ciudad Universitaria. Agradecemos tanto su motivación en la recepción de este proyecto, como su apoyo en la gestión de los recursos necesarios.

Por último, queremos agradecer a la Biblioteca Nacional de Colombia y a su directora, Adriana Martínez Villalba, por permitirnos consultar en físico las ocho piezas que conforman los manuscritos de *La Vorágine*; al Centro de Bibliotecas de la Universidad de Caldas por autorizarnos el uso de la imagen de José Eustasio Rivera en Yavita; a la Biblioteca Luis Ángel Arango por compartirnos en alta calidad la digitalización de la primera edición de la novela.

Sin ellos y ellas hubiera sido imposible llevar a cabo esta publicación.











Esta es la primera publicación de la COLECCIÓN ESPEJO DE AGUA de la Decanatura y el Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia. Con ella celebramos los 100 años de la primera edición de la novela de Rivera, egresado en 1917 de nuestro programa de Derecho.

La edición se debe a las ideas, la gestión y las horas de trabajo que sumaron Carlos Guillermo Páramo Bonilla, Carmen Elisa Acosta Peñaloza y Ángela Zárate Díaz; la asesoría para el establecimiento del texto es de Norma Donato Rodríguez; y el cuidado de la edición, de Jineth Ardila Ariza. El diseño total del libro y la ilustración de la portada son obra de Santiago Palazzesi (gostostudio).

El cuerpo del texto se compuso en Ancízar serif y sans en sus distintas variables [tipografía institucional de la un, creada por César Puertas y Viviana Monsalve, de la Escuela de Diseño Gráfico]. La carátula se imprimió en Earth Pact de 290 gramos [papel ecológico extraído de la pulpa de la caña de azúcar] y las páginas interiores en Polen Natural de 70 gramos (novela) y en Holmen de 60 gramos.

Se imprimió en los talleres de DGP Editores.

Bogotá, abril de 2024.







año **vorágine** centenario 1924-2024

Las ediciones de *La Vorágine* se cuentan por legiones: desde las doctas, cargadas de notas al pie, hasta las de filibusta factura, que no pueden faltar en cualquier agáchese. La apropiación popular de la novela también ha sido innegable. Aún hay quienes se la aprenden de memoria y difícilmente habrá territorio de frontera donde no exista una pensión o una casa de empeño llamada «*La Vorágine*». Para ser centenaria, no merma su necesidad. Pero el éxito le ha traído consigo dos maldiciones: ser encasillada en categorías limitadas, como «novela de la selva», «novela de la violencia», «novela de las caucherías», atinadas pero parciales para una obra que es justamente sobre la vastedad y la porosidad de las fronteras. La segunda maldición es que se haya vuelto de obligada lectura en el colegio, y que cuando más debiera maravillar, espante. La recordamos como una tarea indigesta e irrelevante, hasta que la leemos con ojos nuevos y nos sorprende y fascina como un tesoro recién descubierto. El regreso a *La Vorágine* suele volvernos adeptos, si no adictos a sus páginas.

La primera versión de la novela, la de 1924, que conmemoramos con esta edición, era más osada y cadenciosa que las posteriores; aquí reproducimos su prosa poética, con arriesgada fidelidad, e incluimos las fotografías que Rivera consideró fundamentales para soportar la historia, en un gesto vanguardista sin precedentes, ignorado después con inexplicable terquedad. Acompañamos la novela con una sección de notas al final –en donde hacemos una confrontación con los manuscritos que conserva la Biblioteca Nacional de Colombia, que arroja nuevas luces sobre las bases históricas y las primeras intenciones narrativas del autor– y quince textos que demuestran su inagotable vigencia y dialogan con ella desde el amplio espectro de las disciplinas sociales y humanas.

Editorial
UNAL

Centro Editorial
Facultad de Ciencias Humanas

ISBN: 978-958-505-564-3

9 789585 055643

Dirección Académica **UNAL**
SEDE BOGOTÁ

